

Biblioteca del Fútbol Ecuatoriano - I
Área de candela
Fútbol y literatura



Callo Paguay - El Comercio

Introducción y selección de textos:
Raúl Pérez Torres



César Morejón - El Comercio

La Biblioteca del Fútbol Ecuatoriano es un juego en equipo, en el que han participado muchas personas e instituciones.

ENTIDADES GESTORAS

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-Ecuador)
Municipio del Distrito Metropolitano de Quito (MDMQ)
Empresa Municipal de Agua Potable y Alcantarillado (EMAAP-Q)
Diario El Comercio

EDITOR Y COORDINADOR GENERAL

Fernando Carrión

EDITORES

Raúl Pérez Torres, Volumen I
Kinto Lucas, Volumen II
Pablo Samaniego, Volumen III
Fernando Carrión, Volumen IV
Fernando Carrión, Volumen V

AUTORES

Volumen I

Demetrio Aguilera Malta, Jorge Andrade, Fernando Arias, Fernando Artieda, Carlos Béjar Portilla, Roberto Bonafont, Andrés Carrión, Fernando Carrión, Marcelo Cevallos, Edgar Allan García, Paúl Herman, Patricio Herrera, Kintto Lucas, Galo Mora, Juan Carlos Morales, Pablo Lucio Paredes, Raúl Pérez Torres, Juan Reyes Daza, Edmundo Ribadeneira, Carlos Ríos Roux, Antonio Rodríguez, Carlos Rodríguez Coll, Abdón Ubidia, Sócrates Ulloa, Humberto Vacas Gómez.

Volumen II

Vicente Rommel Berrezueta B., Roberto Bonafont, Jacinto Bonilla Prado, Fernando Carrión, Ricardo Cachón, Otón Chávez, Martha Córdova Avilés, Francisco Febres Cordero, Washington Herrera, Alfonso Laso Ayala, Alfonso Laso Berniceo, Kintto Lucas, Esteban Michelena, Alejandro Moreano, Blasco Moscoso Cuesta, Vito Muñoz, Jaime Naranjo, Pepe Navarro Guzmán, Fernando Oña, Gabriela Paz y Miño, Jorge Ribadeneira Araujo, Martha Cecilia Ruiz, Ricardo Valconcellos, Mauro Velásquez.

Volumen III

Víctor Aguilar, Macarena Bustamante, Fernando Carrión, Edward Jiménez, Kevin Jiménez, Jaime Naranjo, Pablo Lucio Paredes, Pablo Samaniego, Juan Sarmiento, Wilson Ruales, Sandra Vela.

Volumen IV

Fernando Bustamante, Fernando Carrión, Simón Espinosa Jalil, Xavier Lasso, Jaime Naranjo, Carlos Melgarejo, Carlos Ríos Roux, Pedro Santos, René Vallejo, Javier Velásquez Villacís.

Volumen V

Isabel Carrera, Fernando Carrión, Patricio Falconí, Ariruma Kowii, Jaime Naranjo, Xavier Ponce C. Carlos Pontón, Daniel Pontón, Jenny Pontón, Simón Espinosa Cordero, Jacques Ramírez, Francisco Rhon.

EQUIPO DE TRABAJO

Milagros Aguirre: Entrevistas
Manuel Dammert Guardia: Asistente Editorial
El Comercio: Fotografías
Alicia Torres: Edición
Gonzalo Estupiñán: Asistente Editorial
Antonio Mena: Diseño y Diagramación
Leonidas Molina: Administración
Jaime Naranjo: Estadísticas

Fotografías: Archivo Diario El Comercio

Impresión: Imprenta Mariscal

ISBN SERIE: 978-9978-67-122-1

ISBN: 978-9978-67-114-6

©FLACSO Sede Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro

Tel.: (593-2)3238888

Fax: (593-2)3237960

flacso@flacso.org.ec

www.flacso.org.ec

Quito, Ecuador

Primera edición: diciembre de 2006

Índice

Presentación	9
Prólogo	
El fútbol como hecho social total	11
<i>Fernando Carrión M.</i>	
I. Y el árbitro dijo	
Toda cancha pasada fue mejor	21
<i>Raúl Pérez Torres</i>	
II. Área de candela	
Una pelota, un sueño y diez centavos	35
<i>Demetrio Aguilera Malta</i>	
Segundo tiempo	37
<i>Carlos Béjar Portilla</i>	
Cuando me gustaba el fútbol	41
<i>Raúl Pérez Torres</i>	
Lejano círculo del cielo (Fragmento)	45
<i>Jorge Velasco Mackenzie</i>	
El terremoto y el rey	49
<i>Edwin Ulloa</i>	
El pase internacional	57
<i>Sócrates Ulloa</i>	
Outsider	65
<i>Paúl Herman</i>	

Gambetas para un poema	69
<i>Marcelo Cevallos</i>	
La clasificación	73
<i>Patricio Herrera</i>	
Anselmo quería ser futbolista	77
<i>Antonio Rodríguez</i>	
“Canción, poemas y fútbol”	79
<i>Entrevista a Margarita Laso</i>	
III. La barra brava	
Fotografía de Spencer en la peluquería	89
<i>Galo Mora</i>	
El crack	95
<i>Edmundo Ribadeneira</i>	
Cabeza mágica	103
<i>Carlos Ríos Roux</i>	
Una zancadilla en el césped	105
<i>Juan Carlos Morales</i>	
La hora de la verdad	107
<i>Fernando Arias</i>	
Una vuelta alrededor del alma	123
<i>Roberto Bonafont</i>	
El fútbol sólo es vida. Nada más	125
<i>Pablo Lucio Paredes</i>	
Goles y recuerdos	129
<i>Carlos Rodríguez Coll</i>	
Papa Aucas, pasión y sombrero	139
<i>Jorge Andrade</i>	
El campeonato en los graderíos	143
<i>Juan Reyes Daza</i>	
Una historia de magia y goles	149
<i>Kintto Lucas</i>	

<i>“El fútbol jamás ha impuesto una corriente de pensamiento”</i>	153
<i>Entrevista a Jorge Enrique Adoum</i>	
IV. Fuera de juego (Despejando al viento)	
El barrio El Batán y su estadio Olímpico Atahualpa	159
<i>Carlos Ríos Roux</i>	
Qué es el mundial sin Maradona	161
<i>Raúl Pérez Torres</i>	
Yo jugué en una Liga de fantasía	163
<i>Raúl Pérez Torres</i>	
Aquí yace un hombre bueno	167
<i>Raúl Pérez Torres</i>	
Nosotros	171
<i>Abdón Ubidia</i>	
Cosa de pelotas	173
<i>Edgar Allan García</i>	
El fútbol como práctica de identificación colectiva	177
<i>Fernando Carrión</i>	
Los que se van	183
<i>Humberto Vácas Gómez</i>	
Conversando con Don Blasco Moscoso: Ese fútbol que hipnotiza	185
<i>Andrés Carrión</i>	
<i>“El fútbol es un retrato mejorado del país”</i>	191
<i>Entrevista a Juan Manuel Rodríguez</i>	
V. Pitazo final	
Se busca un 10 para una pichanga de ángeles	197
<i>Fernando Artieda</i>	
Bibliografía	199
El ABC del fútbol	203
<i>Fernando Carrión</i>	
Cine, literatura y fútbol	235



Archivo El Comercio

Presentación

Muchos podrían sorprenderse porque el Municipio de Quito y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Sede Ecuador auspicien la publicación de la “Biblioteca del Fútbol Ecuatoriano”, cuyo primer volumen, “Fútbol y Literatura”, se presenta ahora. Pero, no hay lugar para la sorpresa: el fútbol hace tiempo que dejó de ser un hecho deportivo solamente, para convertirse en un tema complejo de la sociedad. Y, es justamente este nexo o esta cualidad la que ha permitido la convergencia de las instituciones mencionadas.

Hoy el fútbol es un fenómeno social que tiene que ver con la construcción de diversas identidades sociales y culturales; identidades nacionales; identidades por región o locales; identidades que se relacionan con el género, con la edad, con la clase. El fútbol, además, es un fenómeno económico pues los clubes dejan de ser tales para convertirse en empresas. El fútbol tiene relación con la seguridad ciudadana por la presencia de las “barras bravas”; está vinculado con la política, la tecnología y con la vida cotidiana de las personas.

En otras palabras, es un hecho social total donde la literatura, el periodismo, la historia, la cultura y la política tienen mucho que decir de fútbol; así como el fútbol tiene más que hablar sobre ellas.

Por ello, la “Biblioteca del fútbol Ecuatoriano” busca presentar a consideración de los aficionados y especialistas, en las distintas ramas del saber, este conjunto de ensayos que permiten dar cuenta de las reflexiones que se vienen haciendo desde hace algún tiempo en el país, con el ánimo de estimular su conocimiento y mejorar su práctica. De esta manera, el país podrá entenderse un poco más, después de la lectura de este trabajo hecho por múltiples amantes y detractores de este deporte. Es sin duda una de las matrices simbólicas más importantes de este inicio de milenio.

El I. Municipio de Quito y la FLACSO sede Ecuador invitan a los lectores y las lectoras a encontrar en este volumen y en esta Biblioteca, ese algo más del fútbol.

Paco Moncayo
Alcalde
I. Municipio del Distrito
Metropolitano de Quito

Adrián Bonilla
Director
FLACSO – Ecuador



Guillermo Corral - El Comercio

Prólogo

El fútbol como hecho social total

Fernando Carrión Mena

“El fútbol constituye un hecho social total porque atañe a todos los elementos de la sociedad, pero también porque se deja enfocar desde diferentes puntos de vista.”

Marc Augé

El sentido de la unilateralidad

En este principio de milenio parece que la humanidad ha entrado en la era del fútbol porque tiene un nivel de presencia generalizado en el planeta y un grado de influencia en múltiples esferas del quehacer social. Se trata, sin duda, de uno de los fenómenos globales más expansivos de la hora actual; al extremo que su referencia es obligatoria en los ámbitos de la globalización cultural y económica.

En el Ecuador este fenómeno no es una excepción, a tal punto que ha asumido la condición de arena del poder simbólico del sentir nacional y se ha convertido en práctica relevante de la integración social. En estos últimos años, por ejemplo, sólo dos hechos históricos han

logrado construir en el país un sentimiento de unidad nacional: la guerra del Cenepa con el Perú en 1995 y la clasificación a los mundiales de fútbol Corea-Japón 2002 y Alemania 2006.

Es, por otro lado, una de las prácticas más comprensivas, totalizadoras y abarcadoras y, sin embargo, poco se conoce sobre su contenido social, económico, político y cultural a nivel nacional. La intelectualidad nacional no se ha dado el tiempo para construir su historia, reflexionar sobre este fenómeno y generar una verdadera cultura del fútbol ecuatoriano. Solventando esta unilateralidad (solo deporte), se podrá conocer más nuestro país para así fortalecer el sentimiento de unidad nacional y recuperar un cierto optimismo social.

Existe la percepción generalizada de que el fútbol no ha sido una de las preocupaciones principales de los intelectuales y académicos ecuatorianos. Cuando ello ha ocurrido, más bien se han dedicado a denostarlo como si fuera el “opio del pueblo” o a ignorarlo, convirtiéndose este silencio en uno de sus signos más crueles. Sin embargo, con el trabajo de

producir esta Biblioteca del Fútbol Ecuatoriano (BIFE) nos hemos encontrado con la agradable sorpresa de que la lista de los textos existentes y de las personas que escriben o les interesa escribir es extensa.

Sin embargo, esta situación no esconde la presencia de una “posición vergonzante” o, al menos, displicente de la comunidad académica que se expresa en que muchos intelectuales siguen al fútbol con pasión pero no se atreven a verbalizarlo públicamente, porque lo conciben como un género menor o sienten que es “mal visto” ser aficionado. Por otro lado, la academia ecuatoriana ha puesto su atención preferente en otros fenómenos sociales, en apariencia más importantes, dejando de lado esta problemática que nació y se desarrolló asociada a la sociedad civil y con autonomía relativa frente al Estado¹.

Cuando se han superado estos prejuicios, el enfoque dominante ha sido el deportivo-emocional (una pasión), encarnado en el periodismo del día a día, que no toma distancia frente al hecho deportivo. De esta manera, los periodistas deportivos –junto a los medios de comunicación– se han constituido en los por-

tavoces de un territorio infranqueable que defiende su campo como si se agotara en sí mismo, sin entender la pluridimensionalidad del fútbol. Probablemente, este desconocimiento tenga que ver con la perspectiva ingenua que mira el fútbol solo como un juego en el que no intervienen otras disciplinas, desarrollándose así exclusivamente una visión sobre su rasgo más visible: el deportivo, con lo cual se construye una interpretación auto-referida y unilateral, y se pierde la riqueza de la pluralidad de expresiones y determinaciones.

El prejuicio de que el fútbol se juega con los pies y no con la cabeza aún prevalece; es decir, que es una actividad hecha a patadas². Tan es así que fue calificada como una práctica enajenante que debería ser combatida³, incluso, sin conocerla. Los estadios se definieron como “manicomios” colectivos donde las hinchadas descargan las frustraciones contenidas durante la semana y los jugadores se convierten en psiquiatras que sanan las más bajas pasiones sociales.

En suma, el fútbol ha sido poco refle-

1 Dos ejemplos de la afirmación: por un lado, la FIFA, una ONG mundial que rige el fútbol profesional, está por encima de los estados nacionales y, por otro, los clubes profesionales y, mucho más, los equipos del deporte barrial tienen un nivel alto de participación social explícitamente por fuera del Estado.

2 “Siempre me ha parecido más viril el desafío entre cuchilleros. Sigo sintiendo que a pesar de que matar formaba parte de esta práctica, había una cierta nobleza que no he podido encontrar en un hombre que patea una pelota (Borges, Jorge Luis).
3 Probablemente, la posición más lúcida de la visión del fútbol desde la perspectiva romana del “pan y circo” sea la de Umberto Eco, que plantea su función de distracción y de domesticación social.

xionado y debatido más allá de las emociones-pasiones que despierta⁴ y del fenómeno estrictamente deportivo que se reclama, convirtiéndose así en un tema esporádico para la literatura, la historia, la economía, la cultura, la política y la sociedad.

El sentido de la Biblioteca del Fútbol Ecuatoriano: la integralidad

Con esta Biblioteca se busca llenar este vacío y abrir un nuevo camino de reflexión y conocimiento de nuestro fútbol, en el momento en que hemos dado el salto internacional con la clasificación a dos campeonatos mundiales, el de Corea-Japón en el año 2002 y el de Alemania en el 2006. Y, al hacerlo existe la oportunidad de conocer no solamente el deporte como tal, sino el conjunto del fenómeno del que forma parte. Con ello esperamos superar el conocimiento superficial que domina.

No se puede desconocer que la internacionalización del fútbol ecuatoriano dada por las clasificaciones a los mundiales, nos insertó en los procesos de competitividad a escala mundial en todas las dimensiones que adornan al fútbol. Esto significa que para ser competitivos en el deporte se requiere de una sólida estructura orgánica, de flujos financieros míni-

mos, de respaldos sociales y de importante opinión pública, entre otros; pero también se debe contar con éxitos deportivos porque de lo contrario, todo lo demás se viene abajo. Hoy sólo la eficiencia del triunfo vale. Hoy –en la época de la eficiencia– el fútbol se mide con los triunfos y, sobre todo, con la ubicación en la tabla de posiciones. El juego bonito es posible siempre y cuando se triunfe. Esa es la productividad, esa es la eficiencia, ese es el éxito.

Dime, poeta:

Si el mundo es como un balón

Redondo por la ilusión

De llegar pronto a su meta:

¡Vale la pena jugar! Silencio del ultramar,
luna llena...

mar serena;

viejo amigo

en secreto te lo digo,

¡que lo que vale la pena

es ganar!

José María Pemán

El éxito y la eficiencia en el fútbol actual se logran construyendo un alto nivel de competitividad con buenos dirigentes, buena prensa, buenos modelos de gestión, buena infraestructura, buena cultura futbolística y, también, buenos jugadores inscritos en un estilo identificable; cuando no es así, cualquier éxito puede ser pasajero. Adicionalmente, se debe tener una reflexión importante sobre el fenómeno. Eso explica porque en países como Argentina y Brasil en América

4 "El fútbol es el deporte de la pasión y toda pasión es peligrosa". Maximilian Schell



Fútbol / Si fueras puerta del campo / Y yo fuera delantero / Del equipo del Cariño / FC., goal certero, Chutaría sobre tu red, / Que no pararía San Pedro, / Que es mucho más que Zamora, / Porque es portero del Cielo. *Fernando Villalón*

Latina y en España y Alemania en Europa, existe una abundante bibliografía que aporta a la comprensión de este fenómeno multidimensional. Si el fútbol ecuatoriano ha mejorado considerablemente este último tiempo, al ubicarse a la altura de muchas de las mejores selecciones del mundo, también tiene que ponerse a su altura el periodismo, la literatura y las ciencias sociales.

En este sentido, la Biblioteca del Fútbol Ecuatoriano es el punto de partida de un proyecto o sueño en construcción que deberá ser edificado con investigación, debate y capacitación. Busca

convertirse en el primer peldaño, a la manera de una "línea base", de una importante reflexión sobre el fútbol nacional, a partir de sus múltiples componentes y determinaciones. Solo así se podrá dotar al fútbol de una historia donde reconocerse, de una geografía en la cual asentarse, de una economía para proyectarse y de una cultura desde la cual identificarse. Y sobre todo, contar con un grupo de personas e instituciones que participen en la cruzada por el estudio de este gran fenómeno global.

No ha sido fácil encontrar personas que dejen por un momento su actividad

profesional central, así como la pasión, para *pensar* el fútbol objetivamente. Tampoco ha sido fácil que las instituciones entiendan y apoyen el proyecto. Finalmente, se ha conseguido.

La Biblioteca tiene la intención de romper el prejuicio de intelectuales, empresarios e instituciones de considerar el fútbol como una actividad inútil, alienante y divisora; y de hacer conciencia en la "gente de fútbol" –que opera como burbuja de cristal impenetrable– de la necesidad de entender el fútbol como una actividad que requiere de historiadores, economistas, sociólogos, antropólogos, etnólogos, urbanistas, psicólogos, médicos y no sólo periodistas deportivos, deportólogos o futbolistas.

El aporte de la Biblioteca (BIFE) no está en la singularidad de cada uno de los volúmenes y, mucho menos, en uno o varios artículos aislados; sino en el objetivo⁵ de empezar a pensar el fútbol desde una óptica plural. Su importancia está en la suma de los cinco volúmenes y en la unión de todos los artículos bajo el manto de la integralidad. Es la totalidad y no las partes el aporte de esta iniciativa. Por eso el nombre de Biblioteca⁶, que con estos cinco libros empieza.

La Biblioteca se compone de cinco volúmenes porque el fútbol empieza con una pelota cuyo tamaño ha sido definido con el número cinco. Por eso, cinco son los libros, como los dedos de la mano, y tienen la siguiente lógica:

Dos de ellos son antologías de textos escritos a lo largo del tiempo: la una en el mundo de la literatura (poesía, novela, cuento, ensayo), encargada al literato Raúl Pérez, y la otra, referente a la prensa deportiva (periódicos, revistas), recopilada por el periodista Kintto Lucas.

Los tres volúmenes restantes se realizaron con artículos solicitados expresamente a especialistas en determinados campos del conocimiento, de acuerdo al criterio del editor de cada volumen. Así, el de economía fue coordinado por Pablo Samaniego (economista), el de historia y geografía por Fernando Carrión (arquitecto) y el de sociedad y cultura por Francisco Rhon (antropólogo).

Cada uno de los cinco volúmenes se complementa con entrevistas a actores relevantes, realizadas por Milagros Aguirre; con datos, bibliografía y frases internacionales que permiten ubicar nuestro fútbol en el escenario mundial, compilados por Manuel Dammert G.: y, con algunos datos temáticos solicitados al doctor Jaime Naranjo. Con la finalidad de tener una mirada desde las imágenes se ha contado con el valioso aporte del Diario El Comercio.

Para el desarrollo de la Biblioteca se ha convocado a no menos de cuarenta

5 La máxima expresión del fútbol es el gol, que significa objetivo, meta.

6 "Institución cuya finalidad consiste en la adquisición, conservación, estudio y exposición de libros y documentos", Diccionario de la Real Academia de la Lengua, España, 2001.

personas provenientes de distintos lugares del país, de profesiones diversas y de actividades diferentes con el fin de fortalecer el tejido discursivo del fútbol ecuatoriano desde la óptica del pensamiento, para entenderlo y acompañarlo en su proceso de crecimiento.

Institucionalmente, la Biblioteca está anclada en FLACSO Ecuador, organismo dedicado a las Ciencias Sociales, y se ha contado con el apoyo de la Empresa de Agua Potable del Municipio de Quito (EMAAP-Quito) y del Diario El Comercio.

Gol de antología: literatura

Este primer volumen de la Biblioteca del Fútbol Ecuatoriano denominado, *Área de Candela (fútbol y literatura)*, busca recopilar textos escritos por ecuatorianos o sobre temas nacionales que vinculen al fútbol con la literatura. Para el efecto, se ha solicitado que Raúl Pérez -connotado maestro de las letras nacionales, futbolista de primera generación y aficionado reflexivo- sea quien realice esta antología de textos literarios sobre el fútbol ecuatoriano, precedidos por un estudio introductorio que ponga en perspectiva analítica esta relación edificante.

La relación entre literatura y fútbol nació hace mucho tiempo. Se podría afirmar que son consustanciales porque el fútbol requiere de una narrativa que le dé racionalidad y lógica discursiva con la

finalidad de integrar sus varias dimensiones operativas. Al fútbol se lo relata, analiza y narra, así como también se lo interpreta y cuenta. El fútbol tiene una narrativa que le es propia y otra que se estructura sobre la base de metáforas.

La primera dimensión narrativa viene de la propia lógica del fútbol como deporte. Para nadie es desconocido que tiene una jerga propia, donde se conjugan un conjunto de categorías importadas de distintas disciplinas del quehacer intelectual. En otras palabras, esta narrativa tiene un lenguaje que viene de la geometría, la guerra, la religión⁷ y la fauna⁸. Un lenguaje con *extranjerismos* propios, provenientes del inglés. Allí se construye un tejido discursivo propio de la literatura balompéica.

El fútbol difícilmente puede ser entendido fuera de los postulados de la geometría euclidiana. Están el *punto* penal, la sucesión de puntos como *línea* media o de meta y el *espacio* de la cancha bajo el formato de un *rectángulo*. El *arco* a la manera de meta tiene *horizontales* y *verticales*; así como el fútbol puede ser *vertical* u *horizontal*. El entrenador o el

7 Ejemplos como la “mano de Dios”, el gol salvador, la gloria, el infierno, victoria milagrosa, la Virgen del Quinche, y, no se diga, las supersticiones que dominan los camerinos, la cancha y las tribunas.

8 Los sobrenombres son evidentes: el Gato Maldonado, el Zorro Bores, la Pantera Benítez, el Pato Hurtado; el Pulpo Bolaños pero también existe el olfato goleador y el instinto natural entre otros.

periodista se comunican con los jugadores y los espectadores (sea como hinchas o audiencia) a través del sentido que tiene el control de la pelota dentro del *rectángulo* donde se juega, para lo cual buscará la posesión del *espacio* a distintas velocidades dependiendo de si se trata del *área* propia o del *área* chica. En el fútbol hay *ángulos*, *parábolas*, *triangulaciones* y *centros* (los que hacen los jugadores al *área* de candela o al *centro* de la cancha) entre otros. Y, sobre todo, existe la *esférica* que es la razón de ser del fútbol: el balón.

El fútbol, además, recurre permanentemente al lenguaje conceptual proveniente del carácter bélico que encierra este deporte, lo cual le permite incorporar a la narrativa y a su esencia los principios y las categorías de la guerra. Pero lo hace desde una perspectiva que racionaliza la violencia. Allí está el sentido de la *estrategia* como organizador pacífico del conflicto en el *escenario*, los actores (*adversarios* o *enemigos*) y el tiempo. En el fútbol se *dispara* un *misil* o se cobra un *tiro* libre. Un jugador potente es un *tanque* como Eduardo Hurtado, si tiene un *tiro fuerte* se llamará Cañoncito Peñaherrera o si el defensa es recio será el *Bam Bam* Hurtado.

El idioma inglés llega desde la cuna del fútbol: Inglaterra. Para empezar, el nombre de este deporte es *fútbol* (football), reconocido por la Real Academia de la Lengua desde 1927 y que hasta la presente fecha busca –sin resultado positivo– una traducción al castellano:

balompié. Los nombres de los equipos (*club*, en inglés) son Racing, River Plate o Crack; el árbitro se llama *referee* y su ayudante *linesman*. Las posiciones de los futbolistas en el terreno se las entiende como *back*, *goal-keeper* y *half*. También tenemos algunas de las infracciones claves como el *offside*, *el corner* o *el penalty*. La jugada cumbre del fútbol sudamericano se llama *drible*. Y, no se diga el valor supremo de la palabra *gol*, que quiere decir objetivo, meta⁹. La suma de goles es el *score*, es decir el resultado final.

La segunda dimensión narrativa se la construye desde la distancia del hecho deportivo, sea como periodismo, ciencia social o literatura. Porque al fútbol se lo juega y se lo reflexiona, por ser una actividad que se vive tanto dentro de la cancha como fuera de ella. Como afirma Antezana (2003): “La forma de vivir (en) el fútbol es

9 “Es perfecta la palabra. Gol. Como la palabra pan. Como la palabra luz. ¿Quién hizo la palabra gol? Sí, ya sabemos que proviene del inglés *goal*, que significa objetivo, meta. De todas maneras, en castellano, esta palabra es un auténtico milagro. Porque tiene una sílaba. Porque puede ser dicha. Y puede ser gritada en alarido. (...) Hasta visualmente la palabra gol es insustituible. Ahí tiene la “o” redonda, perfecta, del balón. Funcionalmente no hay con qué darle a la palabra. Al estar compuesta de arranque con una “g” gutural, está servida en bandeja para la garganta. Y la garganta, recordemos, es la puerta del corazón y otros reinos interiores. Después viene esa “o” que, dijimos, es redonda como el fútbol. Para colmar tanta perfección y funcionalidad la palabra desemboca en la “l”. Ele liberadora. Ele de libertad, libertad, libertad. Oíd. Oíd. Oíd mortales el grito sagrado: gooooooolllll” (Braselli, 2001)

hablándolo, verbalizándolo, que los aficionados sean también un importante actor –como el coro griego– en este espectáculo dramático”. Y ello es posible porque el fútbol, como el teatro, tiene actos escénicos desarrollados dentro de la cancha (aquí) y relatos, narrativas y actos verbales (allá), que dan lugar a la ecuación que socializa al fútbol espectáculo.

Por tanto, se puede afirmar, sin temor a equivocación, que el fútbol se ha constituido en un género literario vinculado a lo dramático y a lo épico, donde han jugado un importante papel los poetas (poeta del gol), novelistas (gol de antología), cuentistas (contar el gol) y, probablemente con mayor peso, los ensayistas (ensayo diario).

La narrativa del fútbol –propia de su género– no solo que nos habla de héroes, hazañas, hechos históricos, traumáticas derrotas, sino también de lo vivido cotidianamente por aquellos personajes anónimos que viven y se desviven; es decir, permite extender la jornada deportiva más allá de los noventa minutos que dura el partido y del restrictivo espacio del rectángulo donde se realiza¹⁰. Y lo logra a través de un tejido discursivo altamente creativo donde la ficción y la metáfora

juegan con fuerza su propio partido¹¹.

Por eso, se ha escogido a Raúl Pérez para que haga esta antología, porque vivió el fútbol desde el juego y el deporte y luego lo reflexionó desde los lenguajes de la literatura y el cine. Pero también es la persona que vivió la literatura como literato y desde allí fue hacia el encuentro con el fútbol. Ha hecho una síntesis.

Bibliografía

- Antezana, Luis (2003) “Fútbol, espectáculo e identidad”, en: Alabarces, P. *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*. FLACSO, Buenos Aires.
- Braselli, Rodolfo (2001) *De fútbol somos*, Buenos Aires: Ed. Sudamericana.
- García, Julián (1996) *Épica y lírica del fútbol*, Madrid: Alianza Editorial.
- Schell, Maximilian
- Villena, Sergio (2002) “Fútbol y Nación”, en *Revista Decursos*; Cochabamba: Ed. CESU

10 Un ejemplo de ello es el famoso “maracanazo”, que se lo sigue jugando 50 años después... gracias a la narrativa que le da movimiento a la memoria.

11 Allí están algunas de las siguientes metáforas del juego: el túnel, el sombrero o sombrero, el rincón de las ánimas, la marca estampilla o el poeta del gol, entre otros.



I
Y el árbitro
dijo...



Pátrico Terán - El Comercio

Toda cancha pasada fue mejor

Raúl Pérez Torres

A sí decía mi amigo mexicano Juan Villoro, lleno de nostalgia, como si estuviera disponiéndose para bailar un tango y no para escribir un texto sobre el fútbol, toda cancha pasada fue mejor. Y en esa frase sintetizaba no solamente la tristura y la nostalgia de la vieja escuela del fútbol, cuando la camiseta era el barrio, la familia, la patria, la vida, y el equipo, el club, era aquella amante perpetua que nos mantendría para siempre pendientes, obsesivos, fieles, visitándola domingo a domingo, mirando por sus ojos de fantasía, militando ciegos en su ideología de colores únicos, haciéndole fintas a la vida, amagando la pobreza de los días lunes, driblando juntos a ese destino cada vez más duro, cada vez más extraño, cada vez más ingrato, perdonando los errores de esta amante imprevisible, sus faltas, olvidando la derrota del último fin de semana, recordando hasta la saciedad el triunfo, de esos muchachos nuestros, del mismo barro, de la misma estirpe, de cuyos pies dependía el mundo.

Toda cancha pasada fue mejor, decía, y suspiraba: ¡Hay de un club que no cul-

tiva santas nostalgias! recordando a su equipo, aludiendo a la memoria, esa herramienta de la escritura que nos permite volver a vivir lo que ya se ha ido, especialmente los momentos más importantes de nuestra infancia, y de nuestra juventud, y de nuestra madurez, es decir el fútbol, esa magia circular que rodaba como un sol para calentarnos, para darnos vida, para permitirnos olvidar por unas horas –como en el sueño– aquella realidad dura, perversa, injusta, que nos esperaba filuda y venenosa a la salida del estadio. Cuánta razón tenía aquel extraordinario escritor argelino que “a medio camino entre el sol y la indigencia”, acuciado por su angustia existencial, decía sencillamente “no hay lugar en el mundo donde un hombre pueda sentirse más contento que en un estadio de fútbol”. Se trataba de Albert Camus, el premio Nóbel que era golero de un equipo de segunda.

Es que en ese tiempo, *el fútbol no era asunto de vida o muerte sino algo más importante*, como dijo alguien que no puedo recordar, y el barrio era ese pedazo entrañable del trajinar diario, esa vecindad fra-

terna, ese universo simbólico de calles laberínticas y secretas, con sus propios mitos y sus propias leyendas, de iglesia, bares y cantinas para ejercer la bohemia junto a Julio Jaramillo o Daniel Santos o la inolvidable Carlota Jaramillo, laberinto de conocidos perros callejeros y de bellas muchachas a las que defendíamos a capa y espada de cualquier extraño, extraño al barrio, aunque ellas no quisieran ser defendidas, y sabíamos de cada una su nombre y apellido, el lugar de sus lunares, la medida de su cintura de avispa, el color de sus ojos y el grosor de sus pestañas, el apodo, el vestido del domingo y las enaguas de sus días regulares, protegíamos a la novia del *flaco*, a la enamorada del *chino*, a la pretendiente del *patitas*, relaciones sagradas a las que solapábamos cuando era necesario, alcahuetéabamos un poco, les hacíamos el plan, les protegíamos de las beatas, del chisme y la maledicencia que caminaba invisible por los tapias, por los muros y tejados, por la misa del domingo, por las cañerías y las tiendas, bellas muchachas nuestras a las que les encargábamos que nos tejieran las redes para los balones, que nos tuvieran agüita para luego del partido, les nombrábamos reinas de nuestro club, les entregábamos flores robadas del jardín de don Gabela, y les pedíamos también su protección y su solidaridad cuando los vidrios rotos, cuando los zapatos del colegio destrozados, cuando las malas notas, pero especialmente cuando la pelota caía en el patio de la

casa de doña Chavela Rivera, viuda amargada que reventaba los balones que caían en sus manos, con las mismas agujetas con las que tejía escarpines para vender donde las *cachas* (cacharrerías para cualquier despistado), malévola y gritona, me recordaba lo que decía Sergio Ranieri nostalgando quizá el potrero donde hizo sus primeras fintas: “el más peligroso de todos era ese oscuro personaje de la geopolítica barrial: la vieja de al lado...”

Cuántas nuevas amistades, cuántos amoríos, cuántos matrimonios, cuántos divorcios, cuántos enemigos, cuántas trompadas, cuántas discusiones nos deparró el fútbol. Cuántos sacrificios, cuántas sesiones (aunque quizá menos que las del partido comunista al cual ingresé por ese tiempo), cuánta canilla rota, rodilla destrozada, ojo amoratado, para nomás de crear una realidad *otra*, que nos encumbre al cielo, para nomás de aprender a patear al sol, para nomás de manejar la naranja de la pelota, gajo a gajo, acariciando su circularidad perfecta, esperando su eterno retorno, su infinita redondez de muchacha gorda, su misteriosa dialéctica que se enredaba en los pies de todos nosotros y sin embargo salía siempre limpia, nítida, al lugar donde le esperaba el más hábil, el más fino, el más ligero, para encaminarla al gol, con la misma tensión de vida o muerte que sentimos segundos antes del orgasmo, de la entrega total.

Pero, la vida se encargaría de jugararnos sus gambetas extrañas y muchos de

nosotros, a pesar de nuestro compromiso militante, de nuestro camino hacia un futuro incierto, de las distintas brujerías económicas que a cada uno tocaba con su varita mágica para empobrecernos más o enriquecernos, pese a todo, ya no abandonaríamos nunca esa "religión laica de la clase obrera" y a pesar del asombro y la extrañeza de nuestra familia, de nuestros amigos intelectuales, escritores formados, de los líderes de izquierda que pensaban que eran dueños de nuestro tiempo, de la profesión que exigía una constante alienación, una especialización reaccionaria y a tiempo completo, de nuestros hogares serios donde no se por qué estaba prohibido el espacio lúdico, el lugar del sueño de abiertos ojos, nunca dejamos de asistir al estadio, al campo de juego, a ese ritual maravilloso que nos devolvía la niñez perdida en el tránsito de la sordidez y la tristura, campo de juego donde ninguna prohibición valía la pena y el tiempo se volvía eterno, donde podíamos desgañitarnos (dentro del campo o fuera) y gritar, llorar y reír, sin complejos, sin la hipócrita corbata de qué dirán, sin la camisa de fuerza y el comportamiento almidonado de una sociedad pacata y mediocre, berreando por nuestro equipo, bailando en el mismo puesto, inventándonos una impronta gestual, un código de sensaciones, poniéndonos de pie como resortes, en el paroxismo del delirio ante una jugada genial de Polo Carrera o del Pibe Bolaños, y pidiéndoles, rogándoles (con



"Y tres señores de negro. / Un pito y dos banderines. / Alcancías de improperios."
Rafael Fernández Shaw

esa prepotente arrogancia dirigida a los otros), abriendo los brazos, ¡Basta Maestro!, pero sabiendo en el fondo que todavía queríamos más, más fintas, más cascaritas, más túneles, más chalacas, más chilenas, para que de una vez por todas supieran los contrarios quién era quién.

Mi hermano Lenin, un abogado de prosapia, el recuerdo de mi padre con la herencia de cinco libros encima y un pensamiento fulgurante, mi hermana diosa del ballet y de las matemáticas, no entendían. Nadie entendía al energúmeno que tenían al lado cuando por casualidad se hablaba de fútbol, como un descanso obligado que yo metía como quien no quiere la cosa, entre tanto Dostoievsky y tanto Chejov. Como dice Samper Pizano en otro con-



Diego Palero - El Comercio

He descubierto un rasgo muy bueno en todo esto; tras la derrota con los Italianos [primera ronda, 1978] cuando la gente los aplaudió, porque el argentino suele enojarse cuando pierde. Es decir, se aprendió a ser buen perdedor. *Jorge Luis Borges*

texto: “con esa gente no era posible discutir. Como no es posible cantarle una cumbia a un noruego”.

Años más tarde, cuando me contagié de esa enfermedad terminal de la intelectualidad, agradecí desde mi corazón de niño, que aún pervive, las palabras de Jorge Valdano que decían: “El fútbol: trivial, sospechoso y de indiscutible peso social, fue siempre utilizado y manoseado. La respuesta de los intelectuales a esta fuerza popular es parcelable. Un buen número cree que mancha. Por prejuicios culturales (juegos para analfabetos), políticos (trampa capitalista), prejuicios

sexuales (un mundo de hombres), o por el comprensible espanto que les produce hacer soluble a la individualidad a la gran masa. Lo cierto es que entre este tipo de sabios y el fútbol hay una relación frustrada en el origen, un divorcio prematrimonial con dos efectos: unos lo ignoran y otros lo desprecian. Simpática hostilidad era la de Jorge Luis Borges, quien el día del debut de la selección argentina en el Mundial 78 dictó una conferencia en Buenos Aires a la misma hora del partido. Trataba sobre la inmortalidad”.

Y eso lo decía un gambeteador lúcido del fútbol y las letras, que sabía por

experiencia todos los manoseos a los que estaba expuesto tanto el gran jugador como el gran equipo. Maltratado quizá por los dos polos ideológicos, la izquierda que despreciaba esa inútil concentración de masas y la derecha que las utilizaba. (Ni qué hablar ahora de la promiscuidad mediática y el marketing). Pero en las barriadas, en el pueblo, el único polo al que se rendía pleitesía era al Polo Carrera, nuevo Walt Disney latinoamericano, que al decir de muchos hinchas maliciosos “hacia bailar a los animales”. Y, ya sea en San Juan, en Lomas de Sargentillo, en San Roque, en el barrio de la Tola, en Cotocollao, en el barrio América, la pelota rodaba más esplendorosa y auténtica que la política, olvidados de las injusticias, de las desigualdades, de la corrupción y la perversidad del ambiente, de los rencores y las ingratitudes, hombres, mujeres, niños, viejos, se arremolinaban en el estadio, en la cancha de fútbol, en el potrero de la esquina, en las calles recién asfaltadas, para gritar su alegría o su tristeza, su inconformismo o su desaliento, su frustración o su esperanza, y a veces, ya al final de la cerveza o del paico, siempre, ese permanente y nostálgico alarido, que salía justamente de la frustración, de la rebeldía y el dolor, ese *¡Viva Alfaro, Carajo!* que refrendaba la victoria o la derrota del papá Aucas o del Barcelona.

Cuanta razón tiene Fernando Carrión cuando, en su artículo “¿Qué le puede dar el fútbol al país?” dice: “Hoy el

Ecuador es más respetado por su fútbol que por su política. El cambio constante de gobiernos, la corrupción imperante, la ausencia de moneda propia, los políticos cantores y los presidentes en el exilio son objeto de constantes burlas y risas, mientras que la prensa especializada, los deportistas y la gente común reconoce que el fútbol ecuatoriano ha evolucionado favorablemente. El imaginario del Ecuador en el exterior es, por decir lo menos, paradójico: lo que daña la política lo enmienda el fútbol...”.

Obviamente, ningún ecuatoriano en sus cabales, esté en Murcia, en Génova o en Malchinguí, pondrá en duda quienes han representado el honor de la patria con dignidad y coraje, Alberto Spencer o Abdalá Bucaram, Alex Aguinaga o Yamil Mahuad, la selección ecuatoriana de fútbol o el congreso nacional, el Bolillo Gómez o cualquiera de los bailarines a los que se refiere Carrión. La comparación no es pertinente sino para develar los imaginarios de nuestro pueblo. El de aquí y el del lado de allá (como diría Cortázar), para denotar esa integración simbólica que olvida la canallesca forma de parcelar o fragmentar el Ecuador de acuerdo a sus intereses, con el regionalismo, o la raza, el género o la clase social, manipulaciones en las que los políticos ecuatorianos son expertos, comparación para ahondar esa tragedia que sufre cada familia nuestra, al verse separado de su hermano, de su hijo, de su esposa, de su madre, al ir a estrellarse contra esas otras

alambradas, ya no las de nuestros viejos estadios amados, sino las de los aeropuertos ecuatorianos, para dar el último adiós a nuestro ser querido, imposibilitado de trabajar en su propio país, expulsado, asqueado de la codicia y la corrupción, de la mediocridad y la falta de perspectivas, impotente ante tanto quemimportismo y tanto engaño.

Pero aún así, en todo el mundo, una sola camiseta, estemos donde estemos, reconociéndonos, olfateándonos, sonriéndonos, abrazándonos frente a un mismo ideal que inclusive deja de ser lúdico para tornarse identitario, solidario, cívico. Porque hay una verdad profunda y digna de desentrañarla y estudiarla desde el punto de vista sociológico y antropológico, no solamente aquello de Maturana, *como juegas vives*, sino que cada país tiene el fútbol que se merece o que le merece, por ejemplo el *chiclesito* brasilero a ritmo de zamba, que tiene una pertenencia con sus playas llenas de sol, arena y mujeres *ronaldiñas*; o el fútbol argentino, individualista, “tocando su propia partitura”, bailando casi en soledad, como en el tango, o el español con un estilo tan sin estilo, que para definirlo tendríamos que conocer la identidad de todas sus autonomías, o el fútbol inglés, tan calculador como Churchill y así de frío y neblinoso.

Recuerdo siempre lo que escribía mi amigo Juan Carlos Morales en su “Historia de Pelotudos”, refiriéndose a esto; él decía que *el mejor deporte en el Ecuador era dispararle al que va adelante*. Yo

estoy de acuerdo con esa metáfora, pero en lo que respecta a su fútbol, cada vez, como si recién estuviéramos conociendo las escondidas maravillas de sus regiones, vamos llenándonos de jugadores hábiles, guerreros, desacomplejados, llenos de autoestima, con físicos envidiables y con un nuevo sentido de responsabilidad y de dignidad. En el fútbol ecuatoriano hay intrincada selva y elevadas montañas, nieve y sol, valles y acantilados, playas y bosques, geografía humana que se asemeja a un pavo real y que tiene todos los matices para hacerle un gol al arco iris.

Las dos clasificaciones al Mundial (Japón y Alemania) nos han permitido pensar en otro Ecuador, en mirarnos con una nueva familiaridad, en integrarnos bajo una sola geografía multidiversa y una sola historia, que bien puede nacer en el Estero Salado, atravesar los Andes como Bolívar, cruzar el Valle del Chota, abrazarse en los suburbios de Guayaquil y rodar como una hermosa pelota de trapo de mil colores que cubrirá los vacíos dolorosos de *la otra realidad*, o de la realidad de los otros, de los mentecatos poderosos, de los que no tienen tiempo de entender las connotaciones simbólicas de ese ritual esférico que siempre da la vuelta.

Ya se ha dicho que el fútbol es la dramatización de la sociedad, allí está presente el lenguaje diario del espíritu, la lucha eterna, el amor y el dolor, y hasta la muerte. Cuántas veces, al mirar una finta, un tiro al arco, una volada especta-

cular, no recordamos a Gonzalo Pozo, *Pocito*, a César Garnica, al Chalmeta Pérez, fantasmas que junto a los consagrados, todavía salen a la cancha, Gen Rivadeneira con su uniforme de frac y de crack, Pablo Ansaldo con el coraje en las manos, el Pibe Bolaños con sus piernas chuecas a lo Garrincha, jugando todavía en nuestra mirada y en nuestro recuerdo, esos muertos redivivos en la literatura y en la memoria, esos inolvidables muertos, héroes de gestas llenas de polvo, de polvo de oro, jugadores muertos, hinchas muertos. "Morí el 17 de mayo de 1987" decía Michel Platini, "a la edad de 32 años, día en que me retiré del fútbol." Y mi amigo Juan Villoro, mexicano contagiado seguramente por el fantasma de Juan Rulfo, decía "Quién haya escuchado el furor de un estadio lleno sabe que hay más voces que espectadores: los fantasmas acudieron a la cita..." pero no queda allí su maravillosa aprehensión del aliento de los muertos sino que nos cuenta que: "Nelson Rodríguez, el cronista que bautizó a Pelé como Rey, sabía que toda pasión tiene sus pioneros y que en las grandes gestas se requiere de un apoyo mortal. Entre los gritos de guerra y los delirantes festejos que integran su antología de artículos, "A sombra das chuteiras imortais" destaca una impecable invitación necrológica: "Nadie puede faltar al Maracanã el domingo, e incluyo a los fantasmas en la convocatoria: la muerte no exime a nadie de sus deberes con el club".

Sí, queridos lectores, los estadios de fútbol están siempre llenos, los vivos, los muertos, la memoria, están allí. Y una muestra, quizá la más dolorosa, la más profunda, la más revolucionaria, la que nos hará pensar en que el pueblo nunca olvida, es la carta que Claudio Morresi (jugador de River Plate, compañero de Francescoli) publicó en La Prensa de Argentina, el 25 de marzo de 1996, en el 20 aniversario del golpe de estado.

Su hermano había sido asesinado durante la sangrienta dictadura militar que llenó de cadáveres y desaparecidos a la Argentina. Morales la recogió para su antología. Sería imposible para mí reducirla e impensable que ustedes no la lean, especialmente para los ecuatorianos que no olvidan, para los que están en contra de toda tiranía, por ello la transcribo aquí, cuan larga es, cuan profunda es, cuan ejemplar y dolorosa es.

Dice así:

"...30.000 personas van a concurrir a la cancha. Los jugadores, al ir por el túnel, esperan encontrar un estadio repleto.

Cuando en el centro del campo los equipos levantan la vista para saludar a las hinchadas, notan que las tribunas están totalmente vacías.

En ese momento recuerdan que hoy es 24 de marzo y se cumplen 20 años del golpe militar que institucionalizó el terrorismo de Estado.

En la tribuna sur, que alberga a miles de personas, faltan los hinchas de Boca y River, que fueron secues-

trados de sus domicilios o lugares de trabajo, alojados en centros clandestinos de detención y luego de varias sesiones de tortura, arrojados desde aviones al mar.

En la tribuna norte no se encuentran los hinchas de Racing e Independiente, que luego de pasar por el mismo calvario del secuestro y la tortura, fueron acribillados a balazos y sus cadáveres esparcidos por descampados.

En la tribuna este no figuran los hinchas de Huracán y San Lorenzo, encontrados años después en fosas comunes. Exterminados de las formas más perversas. En la tribuna oeste no están los hinchas de Rosario y Newell's que antes de matarlos esperaron que parieran para quedarse con sus hijos como botín de guerra.

En esas épocas, los familiares de los desaparecidos buscaron una respuesta por la suerte de sus seres queridos. Los que se adjudicaron ser lo dueños de la vida y de la muerte, ocultaron toda información.

Fue tanta la barbarie, tantas las atrocidades cometidas que siguen escondiendo el verdadero final de sus víctimas.

El 24 de marzo de 1976 comenzaba la masacre más feroz, cobarde y sangrienta de la historia argentina.

Veinte años después se juega otra fecha del campeonato.

Los que vayamos a la cancha, los que escuchemos el partido por radio o los que veamos a la noche los goles por tvé, no podremos olvidar lo que pasó en Argentina.

En nuestra memoria tiene que estar presente todo lo ocurrido. Transmitirlo a las generaciones que vienen, con el nombre y el apellido de los culpables, entendiendo que es

la última forma de justicia que nos queda. Sabiendo que es lo único que garantizará que no vuelva a ocurrir nunca más. En el estadio vacío el partido está por comenzar.

Los jugadores empiezan a sentir cómo baja de las tribunas desiertas el aliento de las hinchadas. Son 30.000 voces que no paran de cantar”.

Alguna vez, luego de la primera clasificación ecuatoriana al Mundial del Japón, yo escribía que en un país desencantado, triste y humillado por los poderes públicos, por los líderes políticos deshonestos, por una gobernabilidad corrupta, por un ejemplo permanente de perversidad y violencia, por una comunicación que prioriza lo truculento y lo infame, algo ha pasado, una varita mágica la ha tocado por fin. Una buena estrella se reafirma en su horizonte. Once muchachos, humildes de todos los colores, de distintas regiones de la Patria, de las más olvidadas, de las más saqueadas, han decidido, junto a su entrenador, junto a su líder, darnos quizá el ejemplo preciso que el Ecuador necesita para encontrar el rumbo, para modificar su comportamiento, acomplejado y enfermizo por el dolor y la miseria. Y esto lo ha conseguido mediante la única forma en la que se puede modificar una relación social, un compromiso humano, es decir, mediante la cultura.

Bolillo nos ha conversado la manera cómo encontró a este grupo deportivo: depresivo, sin ganas, desarticulado, enemistados unos con otros, afectados por una vanidad y una superficialidad desa-

lentadora, sin el menor respeto al comportamiento colectivo, y ha empezado por allí, por la educación, por la necesidad de transmitirles rasgos de amor, de ternura, de solidaridad y respeto, por leerles páginas de nuestra historia, por enseñarles el valor de un libro, de una obra de arte, de una película, por rescatar junto a ellos aquella herencia de dignidad y combatividad, por enseñarles el valor que tiene un sentimiento colectivo, una meta donde solamente está el nombre de la Patria, donde no hay estrellas ni dioses, sino sólo el trabajo tenaz, sencillo, diario, bajo ese lema profundo, que quiera que no, se va a convertir en un lema psicológico en todos los ecuatorianos. "Sí se puede".

Sí se puede, sí se puede rescatar la identidad a pesar de esta globalización neoliberal que trata de uniformar nuestro pensamiento, nuestra moral y nuestros sentimientos. A pesar de los terroristas ecuatorianos invisibles que se pasean por Miami o Panamá jugando a la ruleta con el resto de sus atracos. Sí se puede cuando lo hacemos juntos, cuando gritamos juntos, cuando nuestra energía es colectiva para levantar la voz.

Nuestros muchachos, todos los que participaron en esta contienda de honor, empezando con sus orientadores talentosos y profundos como Bolillo o Aguinaga, nos han demostrado que sólo la honradez, sólo el sentido de Patria, puede desempolvar esa palabra perdida, o quizá solamente olvidada: la *esperanza*.



Los estadios ya son demoliciones que se caen a pedazos. Hoy todo pasa en la televisión y en la radio. *Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares*

Con la tricolor en el corazón y en la mente sí podemos ser mejores profesionales, mejores líderes políticos, mejores obreros, mejores periodistas, mejores artistas, mejores deportistas, mejores gobernantes. Desde la psicología, esta clasificación a un mundial de fútbol significa que un pueblo se ha liberado de muchos traumas sociales, que se ha devuelto su autoestima, y que se puede poner a prueba su inteligencia, su tenacidad y su magia frente a cualquier otro país del mundo.

Y hace poco, luego de la clasificación para el Mundial de Alemania me permití enviarles un mensaje a los muchachos de la selección en la que decía: Nuevamente el Tin a tocado el Tim...bre para que todos los ecuatorianos nos dispongamos a

salir a la alegría del recreo. Y esta vez, el recreo será en Alemania; hasta allá les seguiremos, contagiados por esa sonrisa de ébano que presagia milagros.

Muchachos de la dignidad. Otra vez su esfuerzo y su ejemplo nos devuelven la fe en la Patria, nos obliga a pensar que el Ecuador no es ese país fragmentado y corrupto de los politiqueros, que no debemos reflejarnos en ese espejo cínico y terrible de aquellos gobernantes, empresarios, diputados, ministros, leguleyos que han destruido la Patria, sino que debemos permanecer unidos y fraternos, defendiendo nuestra soberanía y nuestra identidad, buscando juntos el fin último de la cultura, es decir la felicidad y la alegría de los ciudadanos. Ustedes son nuestro espejo, en ustedes crecen las virtudes más ricas y más profundas de nuestro ser colectivo, porque ustedes son el pueblo y el pueblo es generoso, solidario, ingenuo, fresco, aguerrido, patriota, honrado, sencillo.

Con cuanta razón, viéndoles triunfar a cada paso, algún poeta amigo decía: “La Patria no es una / sino dos que están en guerra.” Sí, una la de los corruptos que ejercen el poder y otra, la de la gente digna, excluida, trabajadora, que día a día, en cualquier tarea que la vida la impone, deja su huella de fe, de sacrificio y de dignidad, ese ejemplo que con su comportamiento diario, ustedes han dejado en las canchas y en el espíritu de doce millones de ecuatorianos abrumados por el dolor, la miseria y la injusticia en la que nos han sumido los traficantes del poder.

Ustedes vuelven a unir aquello que está roto, ustedes representan la metáfora que nos devuelve la esperanza, ustedes son el referente de la Patria profunda, verdadera. Cada uno de ustedes, como nuestros grandes poetas, nuestros grandes artistas, son el paradigma, el mundo sensible, que nos remite a nuestra propia esencia. He allí su responsabilidad: alentarnos desde su ejemplo lúdico a seguir viviendo con la alegría y la inocencia de los niños.

Con ustedes, en Ecuador, ¡sí se puede!

Como este partido se va terminando, pasemos a algo más ligero. “Los reglamentos del fútbol son muy reglamentarios”, así le dijo un niño a José María Firpo, ese profesor de primaria que se pasó cuarenta años de su vida recogiendo esas *boutades* de los niños y que luego los trasladó a ese libro único que se llama “¡Qué porquería es el glóbulo!”. Cuanta verdad entraña esa expresión, por lo menos para mí, que he sido un jugador de la calle, del barrio, del Colegio Mejía, del corazón amateur. Si el fútbol es el símbolo de la modernidad, el reglamento es su refrigeradora. Allí queda helándose la dinámica de lo imprevisto, la creatividad que entraña la improvisación, la temperatura del juego. El reglamento, el mercado, los “pies de obra”, la tortura mediática, ha destruido ese sistema de lealtades que era la base del fútbol al que me llevaba mi tío Raúl en el estadio del Arbolito.

Cada vez es más triste entusiasmarse, jugarse la vida por una camiseta, el cambio de camiseta empieza a ser tan constante en el fútbol como en la política, y el asombro, la euforia, han encontrado su pereza mental en la televisión o en la radio. Ya no vamos al fútbol, lo vemos o lo escuchamos acostados en la cama, comiendo *pop corn* y pidiendo a gritos una limonada. No nos damos cuenta que los locutores nos engañan, que estamos viendo otro partido, que se han inventado un metalenguaje que no tiene nada que ver ni con la magia de la mirada, ni con ese rumor que viene de la vida, ni con esa sonrisa ancha como una ola que se riega por la gramilla, por el césped, ni con esa pelota que rueda cantando y bailando de pie a cabeza, de rodilla a pecho. La televisión nos saca del partido para decirnos que todo va mejor con coca cola. Tenía razón Tulio Savastano cuando explicaba que en este tiempo “no hay score ni cuadros ni partidos. Los estadios ya son demoliciones que se caen a pedazos. Hoy todo pasa en la televisión y en la radio. La falsa excitación de los locutores ¿nunca los llevó a maliciar que todo es patraña? El último partido de fútbol se jugó en esta capital (Buenos Aires) el 24 de junio del 37. Desde aquel preciso momento, el fútbol, al igual que la vasta gama de los deportes, es un género dramático a cargo de un solo hombre en una cabina o de actores con camiseta ante el cameraman.”

Ver y tocar a los jugadores, esos hombres de mármol o de ébano, “perfuma-

dos en sudor”. Contar sus hazañas, escribir su leyenda, cantar su gloria, pintar su derrota, bailar su destreza, teatralizar sus acrobacias, esculpir sus gestos, filmar su parábola, eso es lo que debemos hacer los escritores y artistas. Es decir, ser gratos con el pequeño espacio de felicidad que nos han dado, con esa autoestima tan alicaída y que es como una segunda piel, desembarazarnos de ese comportamiento tan almidonado, dejar surgir el rincón del niño que todos tenemos guardado en el cuarto oscuro de nuestra edad, permitir que fluya en todas sus manifestaciones la emoción y el asombro que nos produce la vida trasladada a un estadio, retratarla tal como es, con su sabiduría y su violencia, con su fuerza y su delicadeza, con su agilidad de vértigo y su tierna serenidad.

En todo caso, adaptados ya (quiera o no) a la modernidad, a la tecnología, a la globalización, sigo pensando y con mayor razón, que la frase de Maturana es pertinente. Como se juega se vive, y como se vive se escribe. Mucho tiempo jugamos mal y escribimos mal. Poco a poco hemos aprendido a jugar, a vivir y a escribir. Hay muy poca literatura sobre fútbol, pero van apareciendo nuevos cultores, nuevos gambeteadores de la palabra. En este libro los recojo como si fuera un solo equipo, como si fuera una sola camiseta, la del fútbol. Aquí encontraremos arqueros, defensas y delanteros, titulares y suplentes como se requiere en cualquier equipo que se respete. Hasta



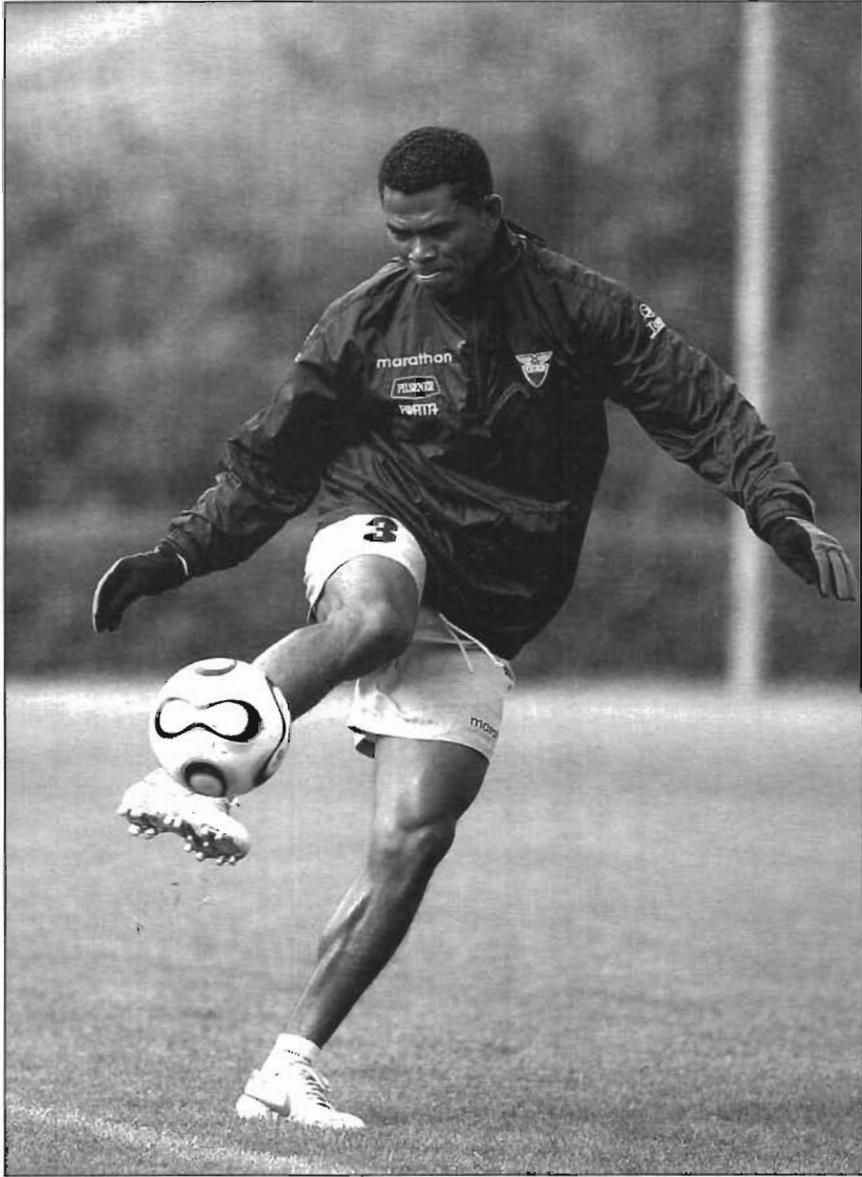
En el fútbol entran tres maravillas humanas: la memoria, la emoción y los sueños; luego en el fútbol entra todo. *Jorge Valdano*

un director técnico, sociólogo por supuesto, futbolistas y exfutbolistas, periodistas y economistas, y, claro, poetas. Todos ecuatorianos. Por eso, para empezar este partido, este libro, he dividido el campo de lectura en pequeños espacios, el primero repite lo que algún locutor ecuatoriano no se cansa de decir: Y el árbitro dijo..., que corresponde a esta introducción desordenada y nerviosa como todo partido que empieza; luego

viene, Área de candela, en la que hemos antologado cuentos y capítulos de novela, es decir ficción, de los pocos escritores ecuatorianos que se han ocupado del fútbol como tema literario. Luego viene el capítulo, La barra brava, que no alude a ninguna simpatía de los autores por algún equipo, sino donde consta narrativa y memoria, es decir aquellos textos, quizá indelebles, que narran cosas pasadas en la *realidad real*, puntos de vista, homenajes, pasiones, recuerdos, asombros, escritos por personalidades de nuestra vida intelectual y política de diferentes épocas; luego viene, Fuera de juego, una zona en el que los jugadores despejan la pelota de la palabra al viento, vaya donde vaya, sea que caiga ésta en un género lírico, en una entrevista que retrotrae el tiempo, un pase lleno de humor, una condolencia, o un sesudo tiro de esquina sobre la práctica de la identidad colectiva, para luego cerrar el libro como es de esperarse, con el Pitazo final, un bello poema que nos recuerda a ese inolvidable número 10 ecuatoriano, que ahora juega cascaritas con los ángeles.

Entonces, a la cancha...

II.
Área de candela
(Cuento y novela)



Alfredo Laguna - El Comercio

Una pelota, un sueño y diez centavos 17 horas y 50 minutos

Demetrio Aguilera Malta

En los últimos momentos del partido, Juan Ángel —Rumba Eterna, como lo llamaban en su barrio— estaba angustiado. Lo que contemplaba y los pronósticos de la mayoría de los espectadores le iban produciendo un escalofrío que le arañaba hasta los intersticios más recónditos. ¿Qué podría hacer? ¿Qué podría decir? Cuanto pudo, ya lo intentó antes. Ahora, sólo le quedaba resignarse y esperar. Ruco Bóveda, “su hermano del alma”, lo observaba, malicioso.

– Mejor nos vamos, ¿no?

– ¿Por qué no te vas tú? Al fin y al cabo no nacimos juntos.

El esquelético viejo sonrió.

– ¿Para qué perder más tiempo? Esto va a terminar en un empate cero a cero.

– ¡No me chingues!

Ruco Bóveda prosiguió, imperturbable:

– A nuestros futbolistas autóctonos les sobra de greñas lo que les falta de patas.

– ¿Por qué no les das una muestra en la cancha? Así todos veríamos que a ti, en cambio, te sobra de pata lo que te falta de pelo. Luces una cabeza de nalga.

Algo los interrumpió, captando íntegramente la atención de los dos. Los pronósticos estaban modificándose. Durante el transcurso del minuto final, Pata de Águila pareció emprender un vuelo. Avanzó unos cuantos metros —¿fallaría como en cada uno de los últimos domingos?—. Esta vez, no. Utilizando un incontenible tiro a distancia, perforó la portería adversaria.

Todo fue tan inesperado y rápido que cuando Juan Ángel quiso darse cuenta, ya atronaba el espacio la voz de Pedo Loco:

– ¡Goooool!

El trascendental evento —según Rumba Eterna, uno de los más importantes de los tiempos actuales— se estaría transmitiendo por radio y televisión bajo los auspicios habituales de una conocida marca de bebida alcohólica. Las transmisiones llegarían a todo el país, y aun hasta afuera, más allá de las fronteras patrias. Esto, como era natural, en el espacio mínimo de las pantallas domésticas, entre apuestas apasionadas, discusiones violentas, cruce de palabrotas y, a veces, hasta de golpes. Todo ello sazonado, como era de

esperarse, con sabrosos bocadillos y cálidos líquidos.

En tanto, en el teatro de los acontecimientos, parecía que el estadio de Santa Gracia —el mayor no sólo de Macrópolis, sino, también, del mundo entero— se hubiera levantado de sus cimientos para disfrutar mejor del espectáculo. En ocasiones, se dijera que parodiando a un volcán recién nacido, emitía su voz de hierro y de cemento, para corear aquel acento, expresión máxima de júbilo:

— ¡Goooooooooool!

Con todo, era Juan Ángel quien sentía el más feliz de los mortales. Estaba sacudido por una serie de pensamientos y deseos contradictorios. ¿Se lanzaría a bailar a media cancha? ¿Iniciaría saltos acrobáticos, lo mismo que si fuera de

resortes? ¿O, simplemente, daría vueltas y vueltas, como un canguro en el último *round* de un match de box?

Ruco interrumpió su feliz meditación.

¿Qué se siente, Rumba? ¿Se te hace reales y pesetas? Su “hermano del alma” lo miró, como si aterrizara de una nube.

— ¿A mí?, ¿por qué?

— Porque las grandes emociones se nos concentran en lo más prieto y plegadizo del pellejo.

— Ya me tienes hasta el copete con tus tarugadas.

Editorial Planeta. Letra viva
Edición: julio 1998

Segundo tiempo

Carlos Béjar Portilla

Eso mismo le digo. Si a Cascarita se le ocurre cruzarla por la izquierda así, en forma total, era seguro que yo la agarraba de chanfle, pero el otro aflojó y tuvo miedo de driblar en la línea de *corner* y para no perder el cuero prefirió, el menso, tocar los botines del *back* centro y los hizo refugiarse en el tiro de esquina. ¡Qué le cuento! Faltaban minutos para terminar y la general era un despelote completo, gritaban y ya invadían el *grass* para celebrar el empate y sacar a los locales en hombros. Con ese punto, ganaban el campeonato. Bien aliviados, nos íbamos a quedar y eso que nosotros veníamos de sostener en Bolivia varias confrontaciones y en Montevideo, las ganamos todas para que vea nomás la experiencia que traíamos como visitantes. Pero había que ver, los paisanos eran duros y el machete zumbaba en las dieciocho. El referí no decía nada, como que el muy torcuato ya estaba pitando cargado desde que empezó la complementaria y me derribaron un par de veces, a la altura de los veinte y los cuarentidos, cuando entraba embalado; por más que reclamamos, nada, nada.

Al ver esto la defensa de ellos se avisó y comenzaron con los *fouls* descarados, si hasta me sacaron la manga de la camiseta, además que como nueve, me tocaba la peor parte y usted siente que las cañoneras se le agarrotan y cuando corre en profundidad a buscar el claro o hace la pared con el interior es como que va con plomo en los botines. Eso siempre pasa a los cuarenta, así que no se puede hacer jugadas de fantasía y que me cache acariciar el cuero, las cascaritas se acaban, se busca el hueco para patear, pero, todo se cierra. Ve únicamente defensas por todo lado de manera que hay que retrasar el balón con las consabidas rechiflas de la general. Me imagino aquí los nervios de toda la fanaticada oyendo la radio ya casi para finalizar y la vieja esperando que ponga el de honor que también nos hubiera dado el campeonato. En eso lesionaron al zurdo Gobeá, cuando hacía una entrada de mucho peligro, arremetiendo por el centro y ya todos coreaban el gol, la bola que viaja al fondo de los piones, y el referí no pita, aplicando la ventaja y hace sonar el silbato sancionando el tanto. Faltaban treinta segundos.



Paola Calafornano - El Comercio

Los grandes defensores del fútbol siempre han considerado que el juego de manos es juego de villanos. *Julián García Candau*

Era nuestra victoria y nos pusimos a brincar como niños en la grama. El estadio se derrumba de puro silencio, los paisanos se quedaron fríos, cuando en eso el árbitro indica el punto en donde se cometió la infracción para que se cobre, anulando así nuestra conquista.

Gobea se levantó y corrió como loco a reclamarle y todavía no salíamos de la euforia cuando ya lo había expulsado. Esto me hace acordar de las finales que jugamos en Bogotá por la Libertadores. Era en el sesenta y dos y el respetable había colmado totalmente las aposentaduras del “Campín” sin dejar claros. Récord de taquilla que pasaba de millón de pesos. Nuestro cartel era fabuloso porque veníamos de cumplir una campaña de puros triunfos. Yo estaba en la

cabeza de la tabla, veintidós goles en doce partidos. Gobea y el ñato Santacruz todavía andaban por el banco. Nos entrenaba Pepe Silveira que después fue al Corinthians y nos puso el cuatro tres tres con un líbero adelante, que ése era yo, como nueve, a pesar que algunas veces cambiamos las camisetas para confundir un poco a las defensas. El hecho es que tenían depositadas en nosotros todas las expectativas.

En esa vez teníamos poca barra porque fueron pocos los aficionados que pudieron acompañarnos, no como en Guayaquil, un partido antes de la final, cuando la hinchada se venía estadio abajo ya que en los primeros cuarenta y cinco les habíamos metido cinco a los peruanos. No se olvide que los del Rímac son lo que hay para un desmarque y juegan en profundidad. Perico Cruz era un show pateando desde las dieciocho pero no había nada que hacer, estábamos inspirados y atrás el patucho Carpio no dejaba pasar ni el aire. Comenzamos con el baile, la filigrana, el ballet funcionaba como nunca y nos marcaban el ritmo desde las tribunas batiendo las manos. Dos minutos antes el árbitro dio por finalizado el encuentro, porque el respetable empezó a invadir la cancha para sacarnos en hombros y todo era una locura increíble; las banderas, los pitos, los cohetes, encendieron los periódicos en galería, nos arrancharon en pedazos la celeste y al rato también me quedé sin los botines. Imagínese usted el

recibimiento que me esperaba en el barrio. La vieja estaría llorando de pura emoción prendida de los comentarios finales en donde se iba a dar cuenta exacta de los tres golpes que me tocaron, sobre todo del segundo que fue una jugada de mucha inspiración. Vino un centro de la derecha para nadie. Sacó de lateral uno de los muchachos justo sobre mi cabeza saltamos con el back y me lo llevé largo para bajarla con el pecho, driblar a dos más que se me botaron y disparar de zurda al vuelo, bajo y cruzado sobre el parante derecho porque había visto con el rabillo del ojo que el *man* del arco andaba cazando moscas en el izquierdo. Un partido más y nos llevábamos la Copa.

Por eso vino lo de Quito y como le dije, era algo bárbaro que dos equipos nacionales se hubieran clasificado, pero todos nos daban el mayor chance para el triunfo. Se sabía que los paisanos juegan recio y en cancha propia se crecen como cuando le metieron dos a cero al seleccionado de Argentina, pero qué le íbamos a hacer, llevamos la camiseta, usted

sabe lo que son los colores y teníamos fe absoluta en llevarnos los puntos. El partido iba a ser de trámite violento por lo que se jugaba y le repito, que en el área chica zumbaba la patada, además teníamos miedo de que el referí de puro bandido nos pite un penal en las postrimerías, así que había que jugar limpio abajo, entrándole al cuero con anticipación. Yo le conté cómo nos anularon el gol del zurdo Gobeza faltando treinta segundos y estábamos jugando el descuento con el público metido dentro de la cancha cuando un mal rechazo de la defensa me permitió desviar la esférica hacia la izquierda, en donde el ñato lo cogió solo y enfiló potente cañonazo a media altura hasta el mismo fondo de las redes, así fue que nos llevamos la Copa.

Ahora, si usted quiere que le cuente el partido que jugamos con Santos en el sesenta, pida media botella más de caña, bríndeme otro trago y verá lo que es candela.

Joyas de la Literatura Ecuatoriana
Círculo de Lectores. 1985. Quito - Ecuador



Archivo- El Comercio

Cuando me gustaba el fútbol

Raúl Pérez Torres

Yo bajaba con Oswaldo por la Avenida América, rodando la pelota con pases largos de vereda a vereda, cuando mamá salió a la ventana de la casa y me llamó a gritos. Me paré en seco mirando cómo la pelota se iba solita, sin nadie que la detuviera, que la acariciara, como lo hacía yo con mis zapatos de caucho ennegrecidos y rotos. Oswaldo estupefacto por un momento, corrió luego tras ella y yo regresé donde mamá, limpiándome las manos en el pantalón.

Mi vieja, enfadada y marchita, llena de grandes surcos sus mejillas, me habló de la misma manera que hablan todas las madres pobres, me recriminó mi suciedad, mi vagancia y ese juego maldito que destruía mis zapatos y dejaba mi ropa “hecho sendales”.

Luego llevándome al comedor me dijo “desclava ese cuadro de la pared y límpialo porque debes ir a empeñarlo”.

Me dediqué por entero a esta labor y Oswaldo me ayudaba, tratando de sacarle el mejor brillo con el trapo que utilizaba mamá para limpiar los cubiertos (que casi siempre estaban limpios). Era un cuadro

plateado de la Divina Cena tallado a mano. Despreciaba ese cuadro, siempre lo había mirado desde mi silla con esa muerta benevolencia que no servía para nada, con el tipo de barbas largas sentado en la mitad de una mesa enorme y los doce más mirando nuestro almuerzo de caras macilentas y sopa de fideo. Oswaldo me dijo: “hay que jalarle las barbas a éste” y yo me reí buscando en su actitud esa sombra protectora de la amistad, pero luego me puse triste y con ganas de decir puta madre, porque me daba pena ver cómo poco a poco nos íbamos quedando sin nada, primero el radio, luego la vajilla que le regalaron a Micaela cuando se casó, el despertador de Julia, el abrigo que Manolo heredó de papá, el prendedor que le regaló el tío Alonso a mamá cuando regresó de España, los libros de medicina de cuando el ñaño estudiaba y así todo, y también estaba eso de que podía verme Gabriela en el momento de entrar a la casa de empeño de don Carlos, como ya me había visto otras veces. Por eso y por mucho más estaba triste. Pero Oswaldo me dijo que me acompañaría y además recordé que el cuadro no me gus-

taba y que ahora podría comer en paz, mirando las paredes vacías y las telas de araña que siempre me produjeron una extraña fascinación.

Guardamos la pelota en la red que Micaela tejió cuando estaba en cinta y bajamos a lo de don Carlos.

Quedaba en el primer piso de la casa de Gabriela, había que atravesar un zaguán largo y embaldosado. Yo procuraba no topar las baldosas negras y caminaba en puntillas. Siempre que no tocaba las baldosas negras don Carlos me recibía afectuosamente y decía: “veamos, veamos, qué me traes ahora condenado”. Al final habían dos puertas cerradas y despintadas, con mucha mugre, y manoseo, con el timbre a un lado (todas las veces que tocaba ese timbre me daban ganas de orinar), se abrió sigilosamente una puerta corrediza pequeña y unos ojos chiquitos sin luz, escudriñaban a los lados de mi rostro, sin fijarse en mí, hasta que finalmente me miraba y decía con voz gangosa: “veamos, veamos, qué me traes ahora condenado”.

Estiré el paquete y don Carlos preguntó: “¿qué es esto?”, a la vez que abría el envoltorio con sus manos amarillas y temblorosas. Me desentendí del asunto y me puse a mirar tras suyo todo lo que mis ojos podían ver: medallones empolvados, chalinis de diferentes colores, radios, libros, máquinas de coser y de escribir, dos o tres biblias de enorme tamaño, un cofre de hueso, cobijas, un estuche de cuero, una espada, un título

de abogado con marco de madera tallado, ternos de hombre, abrigos, todo ordenado y pegado con un papelito blanco. Pero el cuarto lleno de humo no me dejaba ver más allá, donde una bruma espesa se extendía como borrándolo, como debe ser la entrada al infierno, hasta que su voz ronca sonó en mi oído como cuerno y dijo; “esto no sirve, es pura lata”. Volví mi cabeza desamparada hacia Oswaldo que estaba escondido inclinado tras la puerta y él me hizo una seña impaciente frunciendo las cejas y agitando las manos, indicándome que insista, entonces yo mientras bailoteaba desesperadamente en mi puesto, frotándome las piernas, le dije: “es nuevo, el tío nos trajo de Roma”.

Don Carlos pasaba el dedo por los apóstoles y mascullaba algo entre dientes, luego prendió un foco y se iluminó el cuarto con miles de reflejos dorados que por simple coincidencia venían a estrellarse contra mis ojos, al rato dijo: “cuánto”, yo respondí: “cien, mamá lo sacará a fin de mes”. Don Carlos lanzó una risotada y gritó: “ni comprado, ni que estuvieran vivos”. Tragué saliva y respondí: “cuánto ofrece” y me sentí como esas mujeres que vendían verduras en el mercado del barrio. Don Carlos fue a su escritorio y sacó dos billetes de a veinte, diciéndome: “toma esto condenado para que no te vayas con las manos vacías, firma aquí” y me señaló el libro azul con la pasta rota. Firmé y recogí los dos papeles y sentí un profundo resentimiento

con mamá, con Oswaldo, con don Carlos y con esos viejos plateados de la Divina Cena. Cuando me retiraba, don Carlos me gritó: “espera la contraseña” y me lanzó un recibo que lo doblé y guardé en el bolsillo de la camisa junto con los billetes, pensando en que ya teníamos para otro día de comida.

Antes de salir pedí a Oswaldo que saliera primero y me avisara si Gabriela estaba en la ventana. Oswaldo salió alegre, pateando la pelota y luego me hizo unas señas que yo no entendí bien. Cuando salí, la voz inconfundible de Gabriela me gritó: “Chino”, pero yo aclambrado hasta los talones me lancé contra Oswaldo, le quité la pelota y corrí con todas mis fuerzas. En la esquina de la Panamá cambié un billete y compré un helado y dos delicados. Allí le esperé a Oswaldo, pero no apareció; entonces empecé a subir a la casa pateando las piedras y aplastando las pepitas de capulí que encontraba en la calle, ese sonido me producía una dulce satisfacción en las plantas de los pies y en el oído.

Cerca de la casa me encontré con la jorga del flaco Darío, todos estaban en rueda, *tecniqueando* con una cáscara de naranja. Me quedé viéndoles hasta que se acercó el Chivolo Sáenz y me dijo: “Chino, juguemos un partidito”, yo me iba a negar pensando en que mamá me estaría esperando para tomar café y comprar la leche de la mamadera del hijo de Micaela, pero el flaco vino por atrás y me hizo soltar la pelota, así que decidí irme



No trabajarás el sábado ni el domingo, porque estos días están consagrados al fútbol.
Ambrose Bierce

con ellos diciéndome: “qué carajo, que esperen”.

Había una canchita frente a la Escuela Espejo. Allí jugaba yo siempre al salir de la escuela, en el tiempo en que asistía, pero desde que murió papá ya no volví porque mamá me dijo que era preciso que la acompañara, que se sentía muy sola y triste y que yo era su único halago, pero ahora sé que no fue por eso, sino que necesitaba a alguien a quien insultar, a quien mandar a los empeños, a quien enviar a la tienda a fiar el pan de la tarde. Pero en la cancha me olvidaba de todo y le daba a la pelota más que ninguno, tal vez sólo por eso gozaba de un pequeñísimo respeto, como ahora en que el flaco me decía: “Chino, haz vos el partido” y yo meditaba, me daba aires, miraba a

todos, uno por uno, y decía serio: “vos Chivolo acá, vos Patitas allá”.

Ellos metieron el primer gol. Nos sacamos las camisetas y entonces sí se distinguía más. Yo me entendía bien con Perico pero más con Oswaldo, lástima que Oswaldo no estuviera porque sino era goleada. De todas maneras ganamos un partido y suspendimos el otro porque casi ya no se veía y decidimos pararlo para continuar al otro día.

Cuando fui a ponerme la camisa, ésta había desaparecido. Comencé a buscarla primero con una risa nerviosa, luego angustiado y luego con lágrimas en los ojos, pero la camisa nada. Todos empezaron a abandonarme. Se me abrió un abismo oscuro, largo, de donde salía mamá, Micaela, su hijo, Oswaldo, papá, el profesor, los zapatos de caucho, don Carlos, Gabriela, los apóstoles.

Seguí buscando por horas, debajo de las piedras con las que señalábamos el gol, tras de los árboles, bajo las yerbas, fui a la tienda y rogué que me prestaran una esperma y seguí buscando, con el dorso desnudo, empapado en lágrimas, tras de las matas de chilca, en el tapial, al otro lado de la cancha.

Ya muy entrada la noche, desolado y vencido, lleno de frío y miedo me dije: “bueno, Chino, que mierda” y me llené de tristeza. De la misma tristeza que tenía mamá cuando perdió a papá.

Ahora estoy en la estación esperando que pase Oswaldo y el negro Bejarano a ver si nos vamos a Guayaquil para embarcarnos.

Cuentos Escogidos
Colección Antares, Sexta reimpresión
Octubre de 2002

Lejano círculo del cielo

(fragmento)

Jorge Velasco Mackenzie

VII

Veo el claro que se abre entre el defensa y el Pibe, intuyo la preocupación del arquero que se sale a las dos piedras, hago que voy a patear y sigo con la bola. Crúzala, me grita el Diablo desde la otra punta y le hago el pase. El sordo la baja con el pecho porque se la puse alta, corro hacia el centro, me la devuelve mal y en seguida me caen dos, driblo al uno, el otro me la saca por debajo, la toca para un Negro que se lleva hacia nuestro lado. Patafuerte lo faulea cuando se acerca peligrosamente al arco custodiado por Manos de Seda. Juega limpio, le dice al niche, y el Pata pide disculpas. Dan dos botes, otra vez al Diablo, otra vez yo para Niño Niño que se afana pidiéndome el pase, se la mando de taquito y él patea fuerte, el Gordo del arco contrario apenas la desvía con las uñas.

Salados, me dice el Niño cuando volvemos a nuestros puestos. El Diablo y yo en la delantera, atrás, Niño Niño, el Pibe de Oro y Patafuerte, en el arco Mano de Seda que recién ha salido de la grande.

Un seis pesado, bueno para ganarle a cualquier equipo de los alrededores, lo jodido es jugar en la calle, en esa vía que no podemos cerrar a pesar de que todavía están en el patio los palos quemados del incendio.

Bola, gritan, y la redonda comienza a moverse, se atora en los bordillos, sale del asfalto, cobran ao. En un momento nos tienen dominados, el Negro se embala hacia la defensa y otra vez Patafuerte la corcha. Ya pue pana, dice, y se para furioso. Tranquilos yuntas, gritan desde las barras. Cuando miro hacia allá, descubro a la Narcisca mirándome, la noto cansada, agotada por el susto del incendio y las amenazas de Marcial que ha jurado matarme. Agacho la cabeza, empujo el balón hacia adelante, pico con bola, me quito de encima al defensa y disparo. El Gordo del arco le pone el cuerpo y ahí me quedo. Mójate el ojo, flaco, me dice alguien desde la puerta del Rincón de los Justos. Yo, sin pensar, me escupo el dedo y hago una cruz sobre mi ojo derecho.

A ver si se va la salazón, me digo y sigo en lo mismo, picando, barriéndome.

El Diablo arranca por el costado, busca el claro, se la quitan de frente. Un patucho que ha entrado recién me baila por abajo; la burla me infla la ira, corro atrás suyo, le cruzo la pata y cae sobre la bola. Lo veo ponerse de pie, elevar los puños, pero en el acto desaparece arrastrado por sus compañeros. Lo cambian para la otra punta. Tranquilo *broder*, me ruega el Pibe. Me agacho para atarme los zapatos, miro las puntas romas, la suciedad de los cordones, en esta entrada marco el gol, me prometo, y busco la bola.

Viene por arriba, Patafuerte y el Negro saltan, le gana el negro que de un frentazo la manda hacia el arco, la pelota rueda despacio y el Manos la toca para enviarla al corner. En el indor no hay corner, cobran ao, la bola cae en un entrevero de piernas, de cuerpos que se empujan hasta que Manos de Seda la atrapa en el suelo. Buena Manos, le dicen, y él la tira hacia el centro donde estoy yo, me volteo, veo al Gordo solitario, agachado un poco para apoyar las manos en las rodillas, busco la izquierda, avanzo unos pasos, y pateo con fuerza, el Gordo del arco la quiere atajar pero la pelota traza una curva y se le escapa de las manos. Gol, gritan, gol, digo yo levantando las manos y corriendo por la calle hacia donde está la Narcisa; el Pata y el Manos me palmean la espalda. Un chanzlazo Sebastián, dice Niño Niño y volvemos al centro.

Saque, dicen los otros. La Narcisa ni ha mirado, a cada momento la veo volte-

arse buscando a alguien entre los espectadores, dejo de correr para amarrarme las puntas de la camisa con un nudo en la cintura, pido bola, apenas me llega la toco con las puntas de los zapatos, se la pongo al Diablo que la pierde en seguida. No hay que confiarse, le digo al Niño de pasada. Sí, parcero, me responde y le cae al Negro que ha tomado la bola y se la pone para el Patucho, lo marco con las manos en alto, hacemos cabreo, nos acercamos al bordillo donde me pone el cuerpo y caigo. No le reclamo, estamos a mano, me dice, y sé que es cierto, me ayuda a ponerme de pie y me da una nalgada para que vuelva al centro. Las barras aúllan, no les ha gustado el gesto porque conocen al Patucho, saben que es el lanza más diestro de las “Cinco Esquinas”, que es traicionero y siempre juega sucio.

De pronto estoy cansado y siento sed, me acerco al bordillo para pedir de beber, la Narcisa me da una jarra de agua que bebo dejando caer el líquido sobre mi pecho desnudo, después me agacho y ella derrama el resto sobre mi nuca que se contrae por el golpe de frío. Cuando me incorporo, la miro a los ojos, siento ganas de decirle algo que la anime, pero callo y vuelvo a mi puesto, pásala, grito, sin darme cuenta de quién la tiene. Un jugador contrario se confunde y me la pone rodada, avanzo mirando al frente, agachándome, esquivando los codazos, pateo, la bola sale desviada del arco y un muchacho corre a traerla.



Y en las vísperas de los partidos importantes, lo encierran en un campo de concentración donde cumple trabajos forzados, come comidas bobas, se emborracha con agua y duerme solo.
Eduardo Galeano

El sol comienza a arderme en el pelo, comprendo que la Narcisa tenía razón cuando me miraba con pena, el juego se ha vuelto demasiado largo y mis piernas ya no dan más. Tengo ganas de sentarme, sacarme los zapatos y pedirle que me moje los pies. Sebastián, grita el Niño Niño, y veo la bola pasar pasivamente a mi lado, siento cuando el Patucho la detiene con la planta del pie y la empuja hacia adelante para pasármela por entre las piernas. Túnel, dice burlándose, pero yo no siento. Busco otra vez a la Narcisa y no la encuentro entre las barras, pierdo tiempo cuando me gritan

que baje para ayudar a la defensa, la pelota inexplicablemente vuelve a mis piernas, me volteo, pienso que es otra oportunidad para terminar, corro despacio hacia el arco del Gordo, cuidado que te jode, dicen con un grito fortísimo, me detengo para esquivarlo, al voltearme miro a Marcial cayendo sobre mí con el cuchillo adelantado, por un momento la hoja brilla con el reflejo del sol, él la hunde en mi costado, me hiere, caigo sobre el balón que se mancha de sangre.

Área Chica. Antología
 Editorial El Conejo. 1982



El terremoto y el rey

Edwin Ulloa

*Siento una voz que me dice
agúzate
que te están velando*

Richie Rey

Listos.....listos, nos fuimos:

Afición deportiva ecuatoriana, muy buenas tardes, ya estamos con todos los oyentes del país en el programa de mayor sintonía en la historia de la radiodifusión nacional. Quiero.....en primer lugar..... dejar aclarada mi posición, por cuanto, el pueblo que me conoce, la afición deportiva que me ha llevado a ocupar el sitial preponderante que me permite mantener adelante el programa más popular de la Radio, es más como decía Javier Benedetti Roldós (el mejor comentarista de política que hay en estos lares) decía...mientras mayor es el poder, mayor es el peligro de la muerte y todo puede ser.

Hay pues, la circunstancia presentada el día de ayer en el Estadio Modelo de la Ciudad de Guayaquil. Comustedes conocen... yo he sido gestor, impulsador,

propiciador de la clausura de este escenario deportivo, por lo del Tambor y lo del Terremoto..... ¡como si yo fuera Ursus, Sansón Melena o la Mamá de Tazán! acaso un Terremoto se produce porque uno grita, zapatea, berrea y le dice cuatro verdades a los periodistas mafiosos, no pues, así no es la cosa. Lo del Temblor y lo del Terremoto, no es más que un pretexto para que la Federación Deportiva del Guayas, haciendo un labor que desde todo punto de vista merece todos los elogios y el mayor de los aplausos y el saber que desta catterba de dirigentes, que no vamos a decir que sean deshonestos, sino que son ignorantes y sin capacidad, questán nada más por el sentido de figuración..... que durante treinta, cuarenta o cincuenta años han estado dirigiendo los destinos de la F.D.G. y no se percataron desde que se hizo el Estadio, desde que la Comisión Nacional de Fútbol constructora del Estadio, entre los que figuran: el conocido, honorable y respetable hombre de la Radio, Don Volter Paladines Polo, lo mismo el destacado dirigente guayaquileño, nacido el veinticinco de Julio, Don Gustavo Mateus y Ayluardo y

estaba conformando esa comisión el igualmente destacado Don Samuel Ubilla, uno de los dirigentes más capaces en el Totem de la F.D.G.....

Estos señores, construyeron el Estadio con todos los adelantos de la época y para que dure: diez, veinte o treinta años en perfectas condiciones. Mas, ¿cuál es la situación? desde su inauguración, el Estadio nuatenido el mantenimiento que debió haber tenido ? y cállate pues no ves que me cortas la inspiración..... como..... ha, te pica la nariz, cortanota es este Pepe Cebollas? decía.....que de esto no le podemos echar la culpa a Don Jacinto Carrión, Administrador del Estadio.... quiá hecho más de lo humanamente posible. Él no tiene la culpa de que sihayán bloquiado las puertas..... no es justo.....fíjense lo que mián contado: mián dicho que todo ha cambiado, allá por el sector donde queda la Ciudadela Kennedy..... allí existía una cueva de pervertidos sexuales.....llámense éstos.....sodomitas, eh badeas o como los quieran llamar... y de gente que practicaba uno de los delitos más execrables que puede tener la naturaleza:.... el estupro que quiere decir violación a las bravas, a la fuerza, con empuñe y secuestro estilo bandido de la Luz roja Caril Chezman celda 2475. Así, donde existía esa cueva de rufianes, depravados, esa cueva de sinvergüenzas, bueno pues la F.D.G. hizo el Estadio, construyó el Estadio, pero no se imaginaba que la ciudad se iba agrandar tanto por ese sector.

Yo quiero dejar bien clara esta situación del Estadio más grande del país, porque ayer, ante dieciséismil espectadores, óigame bien, dieciséismil espectadores questuvieron abajo de la línea amarilla, el Estadio no se derrumbó. Vuelvo a insistir: mi protesta, mi condena, mi grito y mi relajo, se produce, porque nuesquel Estadio se va a caer por un terremoto, sino, que había que llegar, tenía que llegar el momento de que alguien se conduela. Ayer vi... que recién mián puesto en la lлага un poco de Mertiolate y me lo puso Pancho Jiménez y vino Jaime Muñoz de Dinader y vi que me puso un poco de Estreptamidil para que se me seque..... y vino Jaime Predreros, el de Aseo de Calles, con un poco de Locortén y vi también que ya ha quemado la basura, quiá barrido y mandado las cuadrillas de la municipalidad, para quesa parte por donde el pueblo pudo salir y por donde Velasco mi dueño de casa pudo caminar con su hijo Alberto. Esa parte rosada, apisonada, sin basura bueno, es hechura deste programa..... ¡por eso nos combateeeen! ¡eso es lo que he querido! ¡ya han iluminado la salida! Dos tremendos focos gigantes le han puesto. Yo felicito en nombre del pueblo, de mi pueblo que va a la General..... porque si la Tribuna es oscura a la salida, la General está en tinieblas.

Ahora, da gusto..... se sale por la puerta de la General y se ve muy bien, todo claro, ya no hay el peligro de que si sales por ahí te van a poner el brazo, porque

en Arca abierta el Justo peca, dice la Biblia. Y pues quieres ratero, sino que ves la oportunidad de llevarte la plata y te la llevas pues ñaño lindo, no ves que está saliendo a vaca muerta..... ponte que estés saliendo con tremenda esclavota como la del Rey, ponle el brazo y son cincuenta mil sucres que te vas a llevar, pero, si estás saliendo con la luz prendida, testaviendo todo el mundo..... tienes que ser muy avezado o muy ágil para que te quieras llevar algo. Entonces quiero felicitar al señor Pedreros, a la Federación Deportiva del Guayas, pero decirles también, que una cura mediomedio, porque por dentro se me pudre el brazo ya última hora me lo van a cortar. ¡Yo necesito esa parte pavimentada! quel Consejo Provinc... que Guido Chiriboga mi pana haga algo, ¡que se deje de tanta fotooo! porque me voy a cabrear aunque se me resienta el Colorado, no ves que tú te hiciste en el deporte pues, devuélvele algo a los que te eligieron.

Desmándala con Tino Aladino. Siento una voz que me dice/agáchate/que te están tirando/. Y bien, ahora Importadora Navia da la hora: es la una y treinta minutos de la tarde, Importadora Navia, repuestos para toda marca de carros. Licor Superfino Cristal/el buen huisqui se añeja bien/ y Licor Superfino Cristal también/.

Serrrrrrrrrrvillanta/ se llama la zapatería de su carro/ y el zapato de su carro se llama Yeneral/ Baquerizo Moreno mil ciento cinco/.

Es la una y treinta y cinco minutos de la tarde, llegó la hora de tomar un buen Café... Prescafé, soluble, moderno, instantáneo, Prescafé.

Atención, atención: Mariscal, ven a verme la cara que hay que cobrarle a Prescafé para pagarte tu comisión, porque cuando se trata de que tú cobres apareces y se te ve la nariz de Oto Vieira que tienes ?¿Cómo....? donde Rigoberto está... ahaaaa yo te digo no más? Cot Cola, la negra que provoca, Cot Cola. ¡No verdad Aladino que te gusta la Negra que provoca! Hágame caso no sea ratero/no ponga el brazo/juegue Gola-zo/que le hará millonario de la noche al día/.

Peñaherrera Compañía Anónima, nueve de Octubre cuatrocientos veintinueve y José de Antepara. Vaya a la esquina del repuesto y olvídense del resto.

.....Quiero.....manifestar a la afición, que no tengo nada que ver, con los letreros colocados en el Estadio Modelo el día de ayer. Los letreros fueron colocados por el señor Giampiero Galioti Di Puglia, quien trabaja con nosotros, de Director de la Barra de Abdalá. El señor Di Puglia ahora trabaja por su cuenta y yo no tengo nada que ver con los letreros colocados en el sector de la Tropical, sector identificado con este Comentarista. Porque se da el caso, que comentaristas de la Radio, dirigentes deportivos, me han llamado para preguntarme. ¿oye Rey, quién te ha mandado a poner esos letreros? Yo no sé si le habrán paga-

do o no le habrán pagado, si lo haría como guayaquileño, tampoco sé, lo cierto es que a río revuelto ganancia de pescadores. El rey jamás pondría un letrero tan turro: “Señor Alcalde Guayaquil quiere un Estadio nuevo.....” y lo que no sale y la gente no sabe, es que hay un Sapo que quiere llevarse la plata.

Por otro lado quiero dejar aclarado, que con el señor Di Puglia no guardo ningún problema porque me gusta ser gente y si los demás te quieren dar la patada como la han dado toda la vida....yo no puedo hacer eso.....yo no puedo olvidar que Galioti me hacía hacer pipí en el Estado Capuel cuando tenía siete años y de que me cargaba cuando mi papá me decía..... nonono no se lo lleven a Chinchulín, después quien lo va a cuidar a ese man y Galioti le decía: no se preocupe Director que yo le llevo al Rey. Entonces deso yo no me puedo olvidar y en mi conciencia está la parte positiva, la negativa que se la lleve Galioti, pues, para siempre será el que me cargaba. Asies que es el problema, pues que yo he llegado posteriormente con guardaespaldas: con el guardaespaldas Vicente Baren, Edy Escobar, Pedro Pablo Moncayo, el otro guardaespaldas Don Jorge Nina Merino y Ricardo Mariscal López, porque ahora resulta que todos los colaboradores desta programación son guardaespaldas del Rey, es decir, que yo soy el Don Corleone..... Yo me llamo Vito Corleone, soy el Padrino en vez de llamarme Pablo Vela Córdoba.

Yo no necesito guardaespaldas y aparte deso quiero recordarle al señor Roberto Román, malcriado, mangajo, patán, incorrecto, inculto, le quiero recordar algo importante, que tiene que estar enmarcado en los cánones de la decencia... Yo no podía tener de guardaespaldas al hombre que Ignomirielo llevó junto con la selección de fútbol, por merecimiento propio, porque ha estado en el trabajo previo de la preselección... de mañana, de tarde y de noche, cubriendo, reportando todo el trabajo del seleccionado, entonces no puede ser mi guardaespaldas..... guardabarriga puede ser, porque tiene una panza horrorosa este Pepe Cebollas, como lo motejamos cariñosamente en esta programación. ¡De dónde me sacas entonces esta acusación Román! ¡Porque te pones trompudooo! Déjame contarte algo para que entiendan Uds. saben lo que pasa con un hombre que anda veinte días con el mismo calzoncillo y se lo quieren quitar a la brava para ponerle uno nuevo y no quiere, no me quitan ñaaaaa ñaaaaa..... calzoncillo sucio, mugroso, estilo cargador de la plaza..... nopues señor, hay que cambiarle el carapacho al Estadio, para que no venga después, Giampiero o Román de los palotes: señor Alcalde queremos Estadio nuevo..... imagínese, nosotros que ni siquiera tenemos marcador electrónico, ahora que se viene el Juventudes de América y Brasil le está metiendo cuatro a cero al Ecuador, recién sale por ahí un pelado con un



Leer un libro no sirve para jugar mejor al fútbol ni jugar un partido sirve para hacer mejor literatura. Dos juegos (fútbol y literatura) que tienen diferentes modos de expresión y que resultan compatibles a fuerza de ser distintos. *Jorge Valdano*

número descolorido de hojalata todo patuleco, igual que cuando hacen cambios..... ¡que no ha visto el Fútbol en la Yoniiiiiii.....! yo les voy a mandar a regalar una caña, un palito, para que la gente vea quien entra y quien sale y en esto me le voy a cargar al grandote Carlos Coello Martínez el Verdugo. Hasta cuándo permite que los pasabolas jueguen con el Tricolor Nacional, voy a mandar una denuncia a la Presidencia de la República y voy a utilizar mis buenos oficios con el Abogado Abdalá Bucaran, mi buen amigo, para decirle: Abogado, pare ya la mano, hasta cuándo juegan con el

Lábaro Patrio..... lo bajan a la maldita sea, se cae al suelo, lo tiran, el uno se quiere llevar el amarillo, el otro el azul, el otro el rojo..... queso pues, no hay sentido de civismo, tampoco queremos ser más papistas quel Papa, pero las cosas tienen que decirse como son.

Lo mismo el asunto de los camilleiros..... horrorosos, fuleros, ni en la guerra se ve eso: un para de enanos que tienen que cargar a un tipo que pesa más de doscientas libras, se caen pues, se les dobla las piernas, el público se ríe. ¡Oyeeeeee! ¡desmándala! y después la canción de Abdalá.



Teresa Bñones - El Comercio

El fútbol es una de las realidades de nuestro tiempo que con más fuerza reclaman ser pensadas. *Carlos Goñi Zubiet*

Y yo pasaría de tonto si no supiera/ que uno tiene que andar mosca por donde quiera/ y es poneso que yo digo desta manera/ ese individuo no sabe en qué se metió/.

¡Oyeeeeee... la del látigo de Dios, ta'quianda dormido este man!

Abdalá, Abdalá/ Abdalá al Provincial... Ya lo conoce la gente/ de lo que capaz Abdalá/ es honrado y valiente/ persigue al malo quiatenta contra el vivir provincial/ insuperable Intendente/ defensor de su ciudad/ Gua-yaquil es diferente/ bajo

su acción provincial/ en deporte fue primero/ como dirigente ejemplar/ multa y persigue al ladrón/ que comercia explotando/ con la carne y el arroz/ con la leche y bebidas/ los precios y el mal licor/ haciendo cumplir la Ley Seca/ al pobre y al rico señor/ ya sí sus familias tienen/ más dinero en el hogar.

Hace canchas deportivas/ para el jugador barrial/ persigue peloteros/ y los guarda en el Modelo/ a los mozos insolentes/ que no saben respetar/ y a los que son malos hijos/ les enseña a respetar/ todos los buenos lo quieren/ y a los malos también/ pues que venga el Intendente / sólo sabe hacer el bien/. Chícala cachícala cachín bun ban/ chícala cabúngala cachín bun ban/ al Provincial en diciembre/ tiene que ir Abdalá.

Llegó la hora de un buen Café, Prescafé da la hora: son las dos en punto de la tarde. Novinovinovinovinovinovinovinocennntroooooo/ no se quede afuera métase pa'dentro/ y no me diga voy allá/ vaya Aguirre y Boyacá/ allá está Sr. Salinas el del crédito instantáneo/ no se quede afuera, métase pa'dentro.

Asesoría Técnica Jurídica del Abogado Adeodato Valencia Galarza, todo quedará claro/ nada será una farsa./ Hoy entras y mañana sales/ Abogado Adeodato Valencia Galarza/ Seis de Marzo y Aguirre, en toda lesquina.

Modesto Torres Alvarado/ el Cónsul del Cielo/ y futuro Concejal con Abdalá/ piyamas de tabla en toda medida/... Modesto Torres Alvarado/ el hom-

bre que le pagó el sepelio a J.J.

Y para finalizar esta programación, el Jefe le canta al Rey y su bonche Dos Gardenias... con mucho gusto para el viejo Chicharra que se aflojó ayer, para Don Boli y la Mulata Encarnación, para el Gordo Lucho y la Pelada, para Salchichón y su camello de Importadora Andina, para Miguel el Llorón, para Humberto Campaña mi parcerero, para Cachete que camella en Ocabsa, para la Chancha Bardales, para Tuqui-Tuqui que pronto se casa, para el Ronco y su amor inseparable, para Año Viejo, para Gastón y Tatito, para Charles y su familia, para Fredy y su música bacana de Santa Elena y Colombia, para Antonio Loco Ardito, para la gente de Ambato y García Goyena, para Boris y su compadre Perico, para el Esquizofrénico Walter, para la chica más bonita de Venezuela y Noguchi, para el niño Julito Santana pana del Rey, para la gallada de Ifesa: Bolonazo, Boloncito, Cabeza Antigua y Zorreche, para Tony Reyes y sus Dinámicos cobra y cobra, para el Mago Villagómez y su esposa, para la Fiera de Los Esteros y el Mojino, para el personal de la Imprenta Barriguetoldo, para Carlos Ponce el Lando Buzanca de Babahoyo que se encuentra enfiestado, para la señora Elena y su Secuechivo, para las faldas del rey: Patricia, Italia, Norma y Meche, para Garrincha en el Cerro, para yo no sé qué me ha hecho esa muchacha, para Don Lucho y los

lavadores de carros de Los Ríos y O'Connor, para el Dientón Amargado, para el hostigoso Jorge, toma y toma, toma y toma, para Caruzo y Zavalita questá contento por el tres a cero, para Rascabuche y su señora, para el Colorado Cuero de Iguana del Taller Siete de Trébol, para el Zambo Cabeza de Mondongo, para el Bembón Joaquín y esa flaca no es tuya Negro Gil, para Martita y Mireya las Infieles del Barrio, para Irlanda Melendres y su hermana questá muy pero muy buena... ¡Huyyyy! para Cara de Plato y sus cinco años de estudio, para el Convento de los Vagos, para Arturo Siete Ñocos, para Cabeza de Gato Pandillero, para el Anacovero Colón mis hijos son Recontrafeos, para la Rata Muerta, para la Gaga de la Despensa Marisol, para la gente de la Penitenciaría, para Mompoxina, para Tinterillo, para patechivo... y para tí, Pecosa Infiel, que ya no te acuerdas de cuando la vaca era ternera, yo sí me acuerdo de la buena jarra de naranjada, el arrocito blanco y granado con menestra y la carnita... ¡Que viva el petate y la colcha Piel de Tigre! Ahora sí fanáticos... directo donde Rigoberto a la oficina número tres, nos están esperando las bielas bien heladitas.

Chao.

Área Chica. Antología



Eduardo Terán - El Comercio

El pase internacional

Sócrates Ulloa

El bus de Trasandina paró justo delante de la pequeña terraza para dos mesas del retorancito de don Pepe, tapando el paisaje de mar con sus bañistas y sus ventas de helados, agua de coco, troliche, corbiche y cebiche que los muchachos ofrecían en bandejas, canastos, baldes y carritos en competencia cerrada y con insistencia. Mi cuñado Jorge y yo, disfrutábamos de una cerveza helada adentro, que estaba más fresquito. Dentro del bus estaba sólo el chofer que se disponía a bajar.

– Este hijuemadre... iba a protestar mi cuñado Jorge, pero se detuvo cuando se percató que el personaje era conocido. El tipo, maduro, entrecano, atlético, moreno, de bigote, peinado con brillantina, se lo veía tuco en la edad que tenía, pantalón de lino gris perla, camiseta a la legua americana rayada en vertical, zapato mocasín y gafas Ray-ban de aviador; era un antiguo futbolista, centrodelantero en sus mejores tiempos en el Everest de Guayaquil y volante de contención en sus últimos tiempos en el Macará de Ambato. Como centrodelantero llegó a la selección nacional un par de ocasiones

en campeonatos sudamericanos.

Cuando nos vio, sonrió y vino con toda confianza directamente a nuestra mesa; hola don Jorge, hola don Ulises, nos dijo mientras extendía su mano, Aristóteles le aclaré, discúlpeme, se sintió azorado, entré por una cerveza, ¿puedo sentarme con ustedes? Claro, desde luego Leonidas, faltaba más y acto seguido antes de que ordene, Jorge pidió otra bien helada y un vaso más. Esta compañía cortó nuestra conversación sobre la enorme pasión por la música que tenía mi cuñado, que había logrado armar ya una respetable colección de algo así como cinco mil lompleis de música tropical y de jazz por autores, por intérpretes, por épocas, por géneros, por formatos, etc. La conversación se desvió desde luego hacia el fútbol.

– Qué fue Leonidas, qué se cuenta del ambiente, le preguntó Jorge... cómo van las cosas. Y... don Jorge, más o menos no más... ya no es como antes. Se ha separado del ambiente, no le he visto mucho, le aseveró Jorge. No, no del todo. Siempre voy los domingos al estadio, en cualquier parte donde esté de viaje. El

gusanito es lo más fuerte, tercié yo para no dejar de intervenir. Así es... bueno, también curioso por allí a ver si hay algún muchacho que tenga condiciones... a veces suele salir algún negocito. ¿Ha visto algo últimamente? Poco... dudó un tanto. Sólo he visto uno realmente bueno el otro día en Ambato; para pasar el rato, hasta que me toque el turno me crucé al pequeño estadio que está frente al Terminal, a curiosear simplemente, casi siempre lo hago. Me ubiqué en las gradas junto a la entrada y reparé que mi amigo, el Chicha, entrenaba a dos equipitos que había armado. Nos vimos y nos saludamos de lejos, con afecto.

– El Chicha era un gran puntero izquierdo, dije yo interrumpiendo, era de lo mejorcito que había, aclaró Jorge. Sí, pero nunca se arriesgó a salir a Quito o a Guayaquil... le hubiera ido mejor, dijo Leonidas, a pesar de que había muy buenos punteros izquierdos en esa época, el mellizo Mendoza, el Bomba Atómica Guzmán, el Guaguío que se arriesgó y encajó muy bien en el Emelec en Guayaquil... el Pocito, en Quito, el mismo negro Madrid, que si el Loco Medina no le rompe la canilla en el campeonato de Cuenca, hubiera sido mejor... hubiera sido difícil quitarles el puesto; yo tuve suerte porque se habían retirado el flaco Raymondi, el Marico Alcívar y el Federico Zenc casi al mismo tiempo de Chendraui, el de Guayaquil me habló para el Everest. Vean que duré bastante hasta que le “cedí” el puesto al negro

Spencer que venía con fuerza dijo medio sonreído por ese “le cedí”, diecisiete años no más tenía, continuó. Siempre he pensado que si el negro se hubiera hecho uruguayo como le pedían, lo hubieran reconocido como el mejor del mundo... creo que era tanto o mejor que Pelé, pero se puso necio en seguir manteniendo la nacionalidad... No exageremos mucho, pero es cierto que le hubiera ido mejor, ya se puso la celeste por dos ocasiones, una en Wembley, acoté.

– Bueno, el asunto es que este negrito, muy joven, me llamó la atención, es centroamericano neto, a pesar de su físico medio esmirriado que se puede corregir y es alto; me llamó la atención porque se desplazaba bastante bien, driblaba bien, aunque abusaba como todo hábil, se desprendía muy bien y hacía jugar, jugaba de frente al arco como Di Stéfano y con alegría, le puse atención y me quedé hasta el final del tiempo porque todavía no era la hora de salir. El Chicha los reunió en rueda y les empezó a hablar; yo me acerqué con la intención de ver disimuladamente de cerca al negro. Saludé con el Chicha con abrazo y con un gesto general a los muchachos. De manera intencional ignoré al negro y de refilón vi que levantó también el brazo como los demás.

– Y... como van los muchachos, Chicha, le pregunté de oficio. Y... ya verás más o menos no más. Es que ya no es como antes, le dije y tomé la pelota... bien desgastada que el Chicha la tenía

pisada contra el piso de arena, es que me parece que no hay mucho interés ni calidad, le dije para que me oigan todos mientras empezaba a dominar la pelota primero con un pie, luego con el otro, con ambas rodillas, fanfarroneando un poco; qué fue les dije sin quitar la vista de la pelota, pueden hacer esto... qué van a poder, les dije mientras pasaba el balón hasta el hombro y luego a la cabeza donde lo retuve unos segundos; qué van a poder hacer esto, maletas, les dije sobrándome y pateando hacia un costado; dos se abrieron para no recibir el pelotazo; ya ven ¿y si se trataba de un tiro libre? ¿Ah?... bueno ñaño, me tengo que ir, ya me toca el turno. El negro trataba de hacerse notar conmigo pero yo siempre le daba la espalda y cuando me despedí con un gesto general, los miré a casi todos menos a él. Caminé hasta la salida y antes de llegar a la puerta sentí unos pasos apresurados atrás, no presté atención porque ya sabía de lo que se trataba.

– Don Leonidas me dijo, yo me hice el sorprendido y me volví con gesto de fastidio. Si... ¿se le ofrece algo? Mire don Leonidas, yo sé quién es usted, sé su trayectoria como jugador... sé que usted ha ayudado a algunos muchachos, ubicándolos en equipos... cómo, quién te ha dicho eso, le respondí casi con disgusto. Yo no ayudo a nadie, cholito... y tú, a cuenta de qué me dices eso, yo no te he visto jugar. Sí, don Leonidas usted estaba en las gradas y yo estaba haciendo un buen partido. Qué buen partido ni qué

buen partido... estás loco vos, de qué buen partido me hablas, vi a los muchachos pero a vos se me hace que recién te veo; aaaah ya, creo que estabas en el grupo, le dije mientras me retiraba a la salida. Don Leonidas, por favor, no me diga que no me vio; o talvez, si le pido que venga otra vez para que me vea, disculpe... no crea que estoy vacilando. Para que te vea... a vos, vean eso, le dije mirándole de arriba abajo, cómo así fs; y vos pretenderás ser futbolista, cómo así ff... con ese físico, flaco, desnutrido, tísico parecen. Para ser futbolista hay que ser fuerte, papeado, le dije mientras le hacía notar mi bíceps y mi intercostal con el brazo en jarra; qué va negro, vos no sirves para nada, para otra cosa, menos para futbolista, juega no más para que hagas el ejercicio, te va a hacer bien a la salud. No me diga eso don Leonidas, no me humille, usted me vio, estoy seguro, no me vacille. Nada, negro, no me jodas más, chao. Le di la espalda y el negro se quedó desolado en la puerta del estadio, yo no le regresé a ver siquiera. En la oficina retiré las listas y las encomiendas, me subí al carro, saludé a los pasajeros en voz alta y me fui, me tocaba a Guayaquil.

– Qué desgraciado Leonidas le dijo Jorge sonriendo por compromiso, yo también sonreía forzosamente. Así hay que hacer los negocios dijo Leonidas y añadió: me fui pensando en el negro todo el viaje y lo pensé mientras estuve en Guayaquil hasta el día siguiente y todo el viaje de regreso. El otro viaje me



Como todos los uruguayos, quise ser jugador de fútbol. Yo jugaba muy bien, era una maravilla, pero solo de noche, mientras dormía: durante el día era el peor pata de palo que se ha visto en los campitos de mi país. *Eduardo Galeano*

tocaba a Esmeraldas pero a la noche. Al mediodía fui otra vez al estadio y allí estaba el Chicha con los mismos muchachos. Saludamos con el brazo en alto y yo me senté hasta que finalizó el tiempo. El negro al verme se esmeró mucho entrando a quitar, driblando, pasando, animando. Esa vez no fui hasta el centro de la cancha a saludar, me retiraba lentamente así mismo sin voltearme, hasta la salida.

Antes de llegar a la puerta sentí unos pasos al trote y de nuevo, don Leonidas, esta vez me volteé casi violentamente, enojado: qué pasa, qué quieres, por qué me fastidias... Por favor don Leonidas,

escúcheme sólo un minuto; no me jodas negro, no sé qué quieres. Ya le dije el otro día y esta vez jugué mejor. Ah, ya me acuerdo lo que me pediste, imposible, negro, si a eso llamas jugar, tú no has visto nada. No me diga eso don Leonidas, me dijo con mucha tristeza. A ver, a ver, a ver qué carajo quieres, ya me tienes cabreado. Don Leonidas, sólo una oportunidad... el resto es cosa mía. Pero hombre, cristiano de dios mírate vos mismo, ¿no te has visto en un espejo?, esas canillas, ese pecho e lata, esos bracetos... vos no tienes futuro; ¿de dónde carajo saliste, negro? Soy de Esmeraldas.

Pertenezco al club River Esmeraldas. Ahí si me reí de a de veras; de Esmeraldas... no me hagas reír con ganas. Colombiano has de ser, de Tumaco, de por ahí... no has de tener ni cédula y el club, ¿cómo, cómo era?... River Esmeraldas, pero ¡qué es eso! Me burlé de nuevo... No don Leonidas, soy de Esmeraldas y el River es un club como cualquiera, me dijo con firmeza y mirándome de frente. No sé negro, ya que tanto jodes, ya veré; el negro me gustaba. Gracias don Leonidas verá que no le defraudaré, me llamo Segundo Alirio Matamba, me dijo mientras me alejaba. Le di la espalda y me fui sin siquiera ver su reacción.

Andaba en mi carro y me fui hasta el centro, estacioné por allí y pasé por la vereda del almacén del turco Yadala, estaba solo detrás del mostrador leyendo el diario. Apenas me detuve un ratito para hacerme notar y saludé con la mano. Qué fue don Yadala. El turco levantó el brazo, hola Leonidas. Le tengo un negro don Yadala le dije ya casi al pasar la puerta, inclinándome hacia atrás. Vea Leonidas espere, diga algo. Es un negro muy así, le dije volteándome y torciendo los dedos frente a la boca, ex-tra-or-di-na-rio. Pero Leonidas cuente algo verá que usted era de los míos. Después le cuento don Yadala, ahora no. Me alejé gustando de la trampa que le tendí al turco.

Esa noche salí para Esmeraldas con la firme decisión de comprar el pase del negro. Llegué bien de mañana y lo primero que averigüé fue por la sede del

club River Esmeraldas a uno de los que sacaban las maletas, y ya entradito el día me fui para allá, era una tienda en donde seguramente se tomaba en la parte de atrás. En la puerta estaba sentado un negro, gordinflón, ojeando un diario. Hola, aquí es el club River. Si cabayero que se le ofrece, yo soy el presidente. ¿Usted conoce a Segundo Alirio Matamba? Sí señor, es un muchacho del club. ¿Está registrado en la Federación? Sí señor tiene su pase internacional, creo que anda por la sierra viendo si puede hacer algo, el pase internacional nos pertenece, me dijo intuyendo algo y casi sin mirarme. Le compro al muchacho, cuánto cuesta. No está de venta señor. Pero él me ha dicho que no quiere regresar y qué le ayude, es mi único interés, porque da lástima. Nadie hace nada por sólo la pura lástima señor si no hay otro interés de por medio. Como quiera, si se anima me dice, vuelva después de almuerzo, yo me voy esta noche, hasta luego. Me puse en guardia, no quería discutir. El negro no respondió mi saludo y se instaló otra vez a mirar el diario.

A la tarde volví y encontré al presi en el mismo banco, con las piernas estiradas mirando aburrido a la vereda de enfrente. ¿Qué fue mi presi, le dije, ya lo pensó? No cabayero, el muchacho no está en venta; yyy... bueno, le dije y fingí resignación disponiéndome a seguir de largo. Cuánto da por el pase me pregunto. No sé, pues, usted es el dueño. Yo no soy dueño de personas, es del club, pero yo

soy el presidente. Bueno diga, que me voy. Cuesta diez lucas, cabayero. Me reí con desparpajo. Pero que va hombre, ese man no vale ni dos lucas. El muchacho es buenísimo, cabayero, usted debe haberlo visto para que ande interesado. No hombre ya le dije que es sólo por ayudarlo. No quiero discutir eso pero sea razonable, ponga algo más, ocho digamos. No hombre le dije fingiendo desinterés, cinco ni medio más. Seis. No, ni medio más. Bueno, ya por ayudar al muchacho. Pase por aquí en dos horas y le tengo el pase firmado, déjese algo. Nada de nada, plata en mano, culo en tierra, don, ¿cómo se llama?. Rigoberto Tenorio, a su orden cabayero y cuál es su gracia? Leonidas Buenaño. Everest, ¿No? Era bueno, si me acuerdo.

Nos reímos y Leonidas pidió dos cervezas más. Tal vez un cebichito dijo Leonidas. En realidad a eso vine, pero permítame que yo convide. No, hombre, no se preocupe, tenemos cuenta en la casa. Hombre, muy gentiles, pero yo pago las cervezas. Chévere, está bien, no nos enojemos por eso. Reímos un poco con mutua simpatía. Está bonita Manta, ustedes hicieron bien en venirse a tiempo, ¿la casa es de ustedes?. Sí... bueno, de mis papis, dijo Jorge, se entretienen con el negocito de la pensión para turistas, yo tengo un par de piecitas arriba, doy clases en Guayaquil. Hay lindas hembras en la playa. Las manabas son lindas, dije. Aquí como que ha bajado mucho al fútbol, los equipos siempre andan del medio

para abajo o en segunda. Antes en las épocas de los campeonatos por selecciones andaban siempre peleando por arriba. Sí, pero siempre salen muchachos a Guayaquil y a Quito, yo creo que más bien es el mercado, fíjense en el Capacho, el Susman, el Torres Garcés, hay buen material. Bueno, les sigo contando.

El asunto es que regresé al club, es decir a la tienda y el presidente me recibió con el pase internacional en la mano. Ya sé, lo tengo me dijo y me lo enseñó con mirada interrogadora: plata en mano, culo en tierra, se desquitó. Le di las cinco lucas. Son quinientos mangos más para la Federación, me dijo; le iba a discutir pero me contuve. ¡Mire, además eso! Pero saqué los quinientos. Firmó, selló y me despedí con un apretón de manos, sentí su mano grande y dura, esta vez nos miramos de frente, me metí el pase en el bolsillo y me fui. Iba disimulando mi contento pero al doblar la esquina lo saqué y miré. Efectivamente era el pase internacional de Segundo Alirio Matamba, nacido en Esmeraldas y allí estaba el logo de la Federación y la firma del presidente. Estaba la tasa de impuesto para la Federación, quinientos mangos.

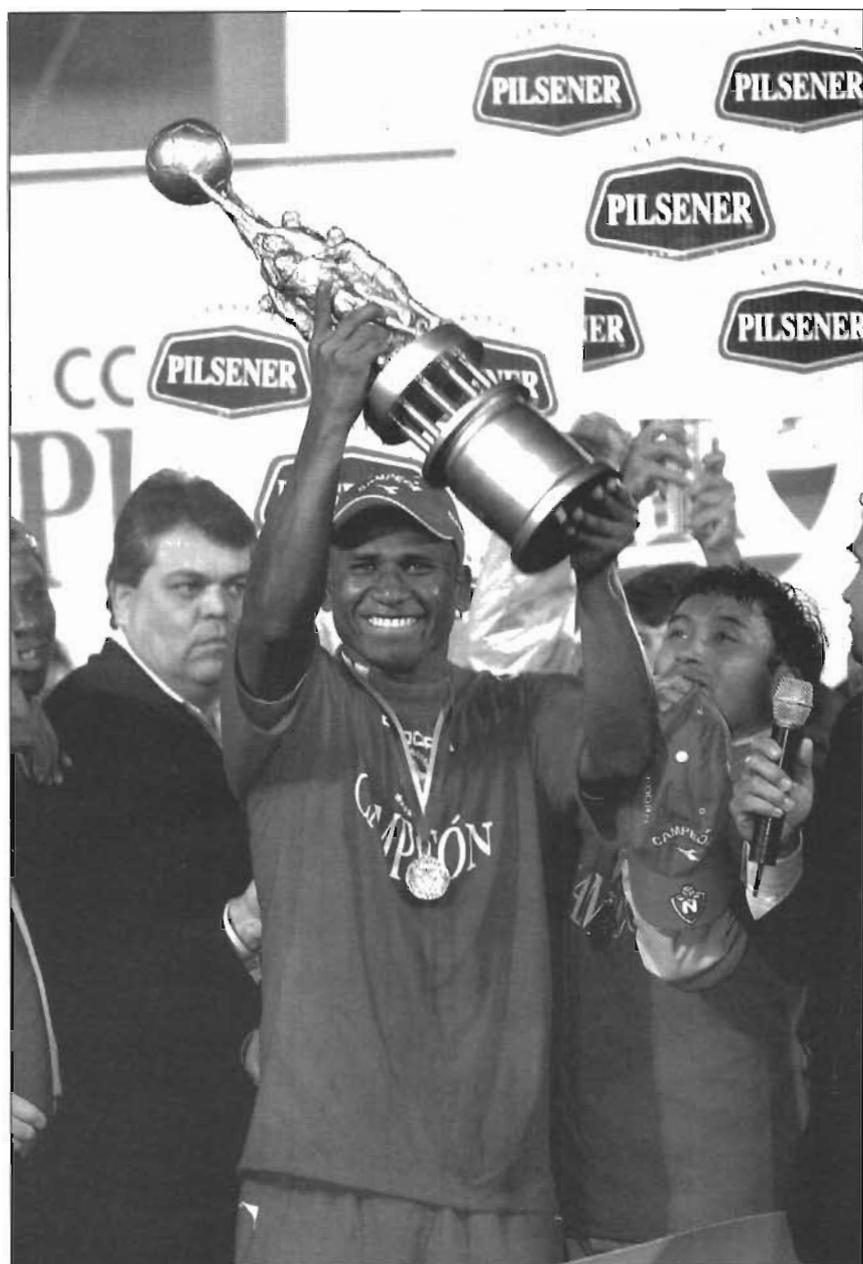
Esta vez regresé pensando en el turco y efectivamente al llegar, después de reposar, bañarme y comer me pasé otra vez por el almacén del turco; qué fue don Yadala. Usted es muy jodido, Leonidas, cuente o me está cuenteando. Ya le dije que le tengo un negro, créame es

excelente. Pero diga quién es. Confíe en mí don Yadala. Pero cuánto vale. Sesenta mil maravedíes don Yadala. Qué le pasa fs Leonidas que es fs, me está vendiendo al Sívorí, al Ratón Ayala, o qué. No don Yadala, me le reí al turco, es mejor que Sívorí y que el Ratón Ayala juntos, le dije, va a causar sensación, se lo prometo. Pero no le voy a comprar a ojos cerrados. O me lo compra o me voy a Quito o a Guayaquil allá me pagan ahí las platas. Pero no sesenta fs, bájese algo. Cincuenta y cinco para no discutir, ni medio menos. Ni un centavo más de cincuenta para arriesgar y quiero ver la mercadería. Nanay don Yadala, confíe en mí, ya le dije, yo fui del club, no es la primera vez que entramos en negocios, usted me da un cheque posfechado y si el negro no le gusta a los quince días se lo devuelvo, pero eso sí, sólo quince días. Ya, ya, está bien. Chévere don Yadala. Me hace el cheque y le doy el pase, aqué está; se lo mostré. Usted hace todos los trámites y paga todos los gastos. ¡Putá, verá que confío en usted Leonidas! Esté segurísimo y usted va a hacer negocio con ese negro, le garantizo, ya vengo.

Me fui hasta el estadio, los muchachos estaban jugando y yo llamé al negro hasta las gradas. Y qué fue don Leonidas me pregunto con ansiedad, el Chicha me miraba sonreído desde el centro de la cancha y me hizo una seña de contar

billetes con los dedos de su mano en alto. Después hablamos, le grité y él asintió. Bueno, ya te conseguí algo le dije, pero cuídate, chucha, dónde mierda estás viviendo. Vivo con dos paisanos en un cuarto. ¡Qué cojudo carajo!, esos negros han de ser mariguaneros, ¡qué huevada!... sepárate de inmediato y ciudadito. No fumo, peor mariguana. Toma cincuenta latas, ándate a la pensión del parque Doce, ahí me esperas o te van a ver y cómete un buen plato de tortillas con huevo y chorizo en la plaza. Te pasas por donde el maestro Carranza en esa misma cuadra y escoges un pantalón y una camiseta a mi cuenta, yo le hablo ahora mismo. El negro me agradeció emocionado y se fue al vestuario, seguramente pensando en su buena suerte o a lo mejor puteándome. Más tarde pasé por donde el turco y le entregué el pase internacional de Segundo Alirio Matamba, oriundo de Esmeraldas, procedente del club River Esmeraldas. Él me entregó un cheque posfechado de cincuenta mil sucres. Esto es como el florón amigos: de mis manos ya pasó. Se rió con ganas.

Salud señores, aquí hacen buenos cebiches, yo siempre vengo. Nosotros estamos al lado y venimos siempre también. Don Pepe puso a Daniel Santos, Pirrrrgen te medianoche... Sonaba hermoso El Jefe en la bella en la bella y apacible tarde tropical.



Patricio Terán - El Comercio

Outsider

Paúl Hermann

Lo único que quería hacer después del partido era volver a la caleta, sacarme las medias y meter el pie en una lavacara de agua caliente, con harta sal. “Si en lugar de hacerle un túnel al *back centro* del Gremio, probaba puntería al arco, no me clavaban tan salvaje guadañazo”, iba lamentándome. Pero para qué también, cuando la pisé y giré y me colé entre dos volantes y salté con el balón y el *stopper* —que se había barrido con los pupos en alto— pasó de largo, los pocos panas que habían ido a vernos al estadio de la Ferroviaria empezaron ¡Ole! ¡Ole! ¡Ole! y me acaramelé.

Pero cuando llegué, casi sin poder asentar el balón, encontré a mamá llorando en la cocina. Por un momento pensé que era a causa de las cebollas que rebataba sobre la carne del domingo, pero no bien le pregunté que cómo estaba, supe que hecha mierda. ¡No veía que mi taita se había vuelto a escapar con el pretexto de ir a comprar una cocacola.

“Mucha pena pero yo no salgo a buscarlo”, iba a decirle, pero me dio pena verla sin ánimo ni de quitarse el único vestido decente que guardaba para misa

de domingo. Y es que cada vez que al viejo le daba por chupar, regresaba a los tres días, como salido de una mina de carbón, tembloroso y endeudado, pues no dudaba en gastarse de contado lo que a cuotas le daban los clientes de la fábrica para la que vendía desinfectante de excusados. ¡Qué chucha que mi vieja tuviera que ir a la tienda a fiar algo para parar la olla! ¡Qué no pudiera dormir pensando de dónde sacar plata para los buses de mis ñaños!

Así que adolorido y todo, salí diciéndole que no se preocupara, que por ahí ha de estar, que volvía en seguida. Y es que tenía la esperanza de encontrarlo en el campito de indor, en el que de pelado me creía Maradona en el Azteca, mandándose media de Trópico a picoebotella mientras veía a los panas del barrio jugar contra los roscas pataeplayos que los fines de semana salen de sus cuartos pulguientos, apestosos a pecueca, a intentar ganarse las bielas... “¿Vamos una jaba o jugamos por deporte?”, preguntan haciéndose los dignos antes de que algún chiro se ahueve y les proponga que por sudar un chance nomás.

Al verme llegar, el Topo Carrión pensó que quería jugar y le pidió a alguien que me cediera su lugar en la cancha. “¡Oigan no, con ese man se cargan!”, protestaron los del equipo contrario mientras su arquero corría a buscar la bola tras el arco. ¡Y para qué también!, por un momento olvidé que el entrenador de la Liga me había dejado afuera de la juvenil por falta de talla y me sentí como cuando regresaba al barrio vacilando la sudadera del equipo. Así que me agrandé y les dije que no se preocuparan, que había bajado a buscar a mi viejo. “¿Lo han visto...?”. “Por aquí no ha venido”, me contestó el Topo mientras corría a rechazar de cabeza una bola aérea. “Qué mierda”, suspiré del despecho. Me pregunté si no sería conveniente ir a buscarlo en las cantinas de Chimbacalle, el barrio del que salió cuando se casó con mamá, pero al que siempre regresa cuando la vida le gana una partida, pues, con tal de que pague las bielas, los canallas en que se han convertido sus amigos de juventud, siempre están dispuestos a escucharlo hablar de cuando era futbolista.

Pero como también era posible que estuviera en un chongo de la 24, o en una cantina de la Marín, o de San Blas, o de la Plaza del Teatro, y yo estaba rechiro y súper adolorido, decidí nomás regresar a casa.

A media cuesta vi un grupo de mujeres, no tan jóvenes que bajaban a jugar fulbito uniformadas con pantalonetas

azules y casacas y calcetines amarillos. Y me dieron ganas de decir ¡puta madre! esas pobres, si sus maridos las llevaran a comer al peor de los salones, no protestarían al encontrar cucarachas en la sopa; si las sacaran a pasear, aunque sea a la Alameda, no dudarían en ser ellas las que remen los botes esos, a los que hay que sacarles el agua con un balde, pero en cambio, han terminado por adoptar hasta los gustos de sus maridos convencidas de que así es la vida de los pobres. Aunque después, pensándolo bien, consideré que la verdadera pobrecita era mi vieja, todo es guisar ella, planchar ella, zurcir ella, creyendo que la vida podría ser como en las novelas que mira en la tele que entre todos los de la casa sacamos a crédito para ver los goles del domingo.

Casi llegaba cuando me topé con el Camioncito Correa.

– ¿Qué fue Capi? –me saludó, mientras abría la puerta de su casa-. Tu viejo te andaba buscando.

– ¿Mi viejo...?

– Sí, loco. Esta abajo en el *Fuera de Juego* mandándose bielas con los cuchos del pasaje.

– Ah, bacán. Me voy para allá entonces –me despedí con la mano.

El *Fuera de juego* es un salón de focos amarillentos, mesas de vinil y sillas de cuero sintético, que un vecino pastuso ha montado en el primer piso de una casa en eterna construcción, para que la gente del barrio tenga donde ir a chupar



Siempre me ha parecido más viril el desafío entre cuchilleros. Sigo sintiendo que a pesar de que matar formaba parte de esta práctica, había una cierta nobleza que no he podido encontrar en un hombre que patea una pelota. *Jorge Luis Borges*

y a jugar fútbol y billar al volver del trabajo.

Encontré al viejo bebiendo cerveza con dos vecinos a los que apenas conocía. Tenía los ojos rojos, el cabello desordenado y la camisa desabotonada hasta medio estómago.

– Hola papá.

– ¡Ve! ¡Este es mi hijo! –alargó el brazo como para abrazarme—. Estaba jugando en la juvenil de la Liga pero el hijueputa del Armijos lo sacó dizque por falta de porte. Pero, qué chucha mi hijo –continuó tomándome de la cintura– en las barriales les haces un toque a todos esos malos.

“Siempre que estás borracho dices lo mismo, pero bien que en el fondo consideras que soy un maricón al que le faltaron huevos y no estatura para ascender a primera y sacarte de la pobreza”, estuve a punto de soltarle de una puta vez, pero uno de los tipos de la mesa me interrumpió para preguntarme que de qué jugaba.

– De volante – le contesté de mala gana, y le dije a mi viejo que ya, que ya era tarde y que mi mamá nos estaba esperando para almorzar. Y mi viejo, no mi hijo, no jodas, todavía es temprano, tómate una cervecita mejor. Y yo, no

papá, mi mamá está cabreada, vamos a la casa. Y mi viejo, Luchito, tráigase unas tres cebadas. Y yo papá, ¡por favor! Y mi viejo, no me jodas el único día libre que tengo a la semana y tómate tu biela. ¡Salud! Y yo salud... Pero en el fondo pensando: “se acaban las bielas y nos vamos, ojalá chupando se me pase el dolor del tobillo”.

Pero hablando de los goles que la Liga le clavó al Emelec en la final del 98, se acabaron las bielas y mi viejo pidió tres más. Y los manes que estaban con nosotros, para no quedar mal, una jaba mejor tráigase Luchito. Y yo, diciéndole con la mirada, “¡qué verga!, para chupar si tienes, pero cada vez que mi vieja te pide una crema o un tinte para el pelo, le preguntas que si cagas plata”. Así que me puse de pie, lo tomé del brazo y le dije que ya estaba bien, que mamá debía estar desesperada.

Entonces los manes de la mesa me pidieron que me fresqueara y me sentara y que en todo caso, si estaba preocupado, fuera a la tienda a llamarle a mi vieja. Pero mi viejo me dijo que si hacía eso la cagaba, ¿no veía que era capaz de salir a buscar carnos? Y siéntate hijo, me pidió en tono de súplica. Y a mi me dio pena y lo obedecí, pues, a final de cuentas, los únicos momentos en que mi viejo se sentía feliz, eran cuando hablaba de fútbol. Y es que

de joven mi viejo jugó un par de temporadas en el Quito, Pito Freire lo llamaban porque, cuando algún delantero lograba burlarlo, imitaba el silbido del árbitro y detenía la jugada. Había sido rebueno mi viejo, pero como todo futbolista salido del potrero, no podía creer que le estuvieran pagando por divertirse, por hacer algo que él habría hecho incluso gratis, y en lugar de invertir, se chupó la plata, lo que a la larga también lo dejó afuera de las canchas. Así había sido mi viejo, un *outsider* en la cancha y en la vida.

Así que en lugar de bielas, que siempre lo tienen a uno mea y mea, sugerí que nos mandáramos un frasco de ron con cocacola. Simón, de una, que nos vamos a estar engañando, contestó mi viejo encantado, y empezamos a darle duro y parejo mientras recordábamos, cada vez más entusiasmados, todos los partidos que había jugado la Selección en el mundial Japón Corea. Y cuando mi viejo se puso de pie para recordarnos cómo la había chuteado Edison Méndez cuando le clavó el gol a Croacia en el estadio de Sapporo, el balón de los manes que estaban jugando voley en la calle le llegó a los pies. Fue entonces que empezamos a retirar las mesas, hicimos arcos con sillas y, hecho verga de borrachos, nos pusimos a meterle goles a la vida por más arqueraza que ésta sea.

Gambetas para un poema

Marcelo Cevallos

Carta abierta

*Globo libre,
el primer balón flotaba
sobre el grito espiral
de los vapores.
Roma y Cartago
frente a frente iban,
marionetas fugaces
sus sandalias.*

Rafael Alberti

Para salir de pobrezas Cirilo Montaña planeó una estrategia. Durante su vida lo había intentado todo, desde someterse en cuerpo y alma al trabajo porque, según el orden natural de las cosas, ese es el camino correcto; pero llevaba quince años en su oficio y no había logrado completar ni siquiera el menaje de su casa. Eso de “su casa” es un decir, porque era un arrendatario que se veía en pindingas para pagar puntualmente las mensualidades. En algún momento, cuando su espíritu rebosaba fe y optimismo, condenó la posición de un viejo compadre suyo que rechazaba sistemáticamente cualquier

posibilidad de trabajo bajo un argumento simple: para morir pobre y cansado; prefiero vivir pobre pero descansado.

Hoy ya no era tan radical en esa apreciación, incluso había llegado a darle la razón porque él mismo, tras esos tres lustros de sacrificios sin cuenta, tras deslomarse trabajando en un aserradero primero, y en las oficinas de la empresa maderera después, (había estudiado por las noches hasta alcanzar el título de Contador Público), apenas si podía mantener decentemente a su familia.

Cuando se dio cuenta que por el camino del trabajo no llegaría jamás a su objetivo, decidió entregarse por entero a la esperanza. Jugó sistemáticamente a la lotería y apostó a cuanto sorteo se promocionaba en la tele, él se atrevía a soñar, tal y como recitaba un extrovertido animador; pero, como sabemos, todo en la vida es sueño y los sueños sueños son, cada jueves, o el día siguiente a los sorteos, volvía a la frustración y a la realidad desalmada de su pobreza.

La Providencia entonces le envió un mensaje, por lo menos así lo creyó Cirilo, hombre de convicciones y perse-



Diego Pallero - El Comercio

Desconfiad de quienes llevan libros a las concentraciones y del jugador que a los 20 años no ha descubierto los placeres del amor.
Pablo Hernández Coronado

verancia, a través de una noticia publicada en primera página por un matutino de gran tiraje. La información contaba que en Madrid un emigrante ecuatoriano había logrado vender a su hijo en seis millones de euros. Hay que precisar que el negocio comprende su “carta pase”, es decir a los derechos deportivos, que no a la persona misma, aun cuando en la práctica es igual, más todavía si el objeto de venta es de raza negra.

El comprador era el Real Madrid, aquel equipo de fútbol que, en su tiempo, fue gloria del balompié de España y Europa y del generalísimo Franco, así lo afirma con pelos y señales el escritor uruguayo Eduardo Galeano, y si él lo dice, así debe haber sido, no sólo porque

es hombre merecedor de crédito sino porque la afirmación está publicada y nadie la ha desmentido todavía.

Fue entonces cuando Cirilo Montaña se fijó en su hijo. ¿Tenía dotes para futbolista? No lo sabía, porque se dedicó por entero y sin distracciones al trabajo, poniendo sus cinco sentidos en la meta sagrada de ganar dinero. De ninguna manera podría atribuírsele falta de preocupación hacia su único hijo. Por el contrario, buena parte de su exigua renta la dedicaba a educarlo con esmero, a cuidar de su salud y a vestirlo convenientemente; lo que no se le ocurrió jamás fue comprarle unos zapatos de fútbol, o unos guantes de arquero, ni siquiera una camiseta del equipo campeón. A su criterio tal actitud hubiese sido un desperdicio. Pero ante la realidad plasmada en la noticia se dio cuenta de su equivocación, creyó que el camino era evidente y decidió seguirlo. De la noche a la mañana cambió su conducta. Renunció a los tiempos extra que le daban algún dinerillo adicional y actuó como manda la lógica: compró literatura futbolera para adentrarse en el tema y leyó, a más de obras de táctica y estrategia y manuales de entrenamiento, a Oswaldo Soriano, Eduardo Galeano, inúmeros cuentos de fútbol, la autobiografía de Diego Maradona y hasta, nadie lo hubiera creído, a Pier Paolo Pasolini, el cineasta apasionado por el fútbol.

Así instruido pasó de la teoría a la práctica. Compró un balón e invitó a su

hijo, que a la sazón frisaba diez años, a un picadito de indorfútbol. Y se sorprendió de la habilidad del chiquillo. Jugaba a lo Franklin Salas, paseando el balón como si estuviera en una fiesta, acariciándolo, escondiéndolo del rival, y goleando. Era un diez que no se contentaba con servir sino con hacer.

Y se dio cuenta de la mina de oro que tenía en sus manos o, propiamente expresado, en los pies de su hijo. Sin embargo, existía una grave dificultad. No lo podía vender en el país. Ningún club nacional arriesgaría un dólar por su muchacho, y si lo hicieran, los del negocio serían ellos, excluyéndolo. Tenía que seguir el ejemplo que le daba la vida y que había sido reseñado por los periódicos: tenía que emigrar, y se fue.

De nada valieron los llantos de su mujer, acostumbrada ya a las pobreza cotidianas. Para ella tenía más valor la integridad familiar que los posibles réditos que las habilidades de su hijo pudieron eventualmente ofrecerles. Prefería a su marido en casa que en esa búsqueda incierta. Prefería ver a su hijo en la escuela, estudiando e imaginarlo en el colegio y en la universidad, que correteando tras una pelota, aun cuando su habilidad era evidente. No pudo detenerlo y, como en el bolero, cerrando

los ojos lo dejó partir.

Han transcurrido varios años. Don Cirilo Montaña vive en España. Ha progresado. Después de cosechar aceitunas y brócoli, derrochando su tesón habitual llegó a las oficinas de una empresa internacional donde hoy trabaja llevando las cuentas. Es un hombre eficiente aunque insatisfecho.

Mi madre viajó a reunirse con él. Hoy viven juntos en Murcia. Yo tengo 20 años. Llegué a jugar con algún suceso en el Esmeraldas Petrolero; pero seguí la carrera de Letras en la extensión de la Universidad Católica. Pretendo ser escritor. Pero no puedo dar por terminado este relato sin consignar que fue mi propio padre, don Cirilo Montaña, el culpable de que yo no esté jugando en el Real Madrid o en el Barcelona, ni siquiera en la Liga de Quito, cuadro del que soy devoto hincha, porque, cuando él se fue, y como una forma de mitigar mi tristeza, empecé a leer los libros que compró y que, como a don Quijote de la Mancha, le llevaron a su particular locura, y desde entonces dejé el balón por el oficio de las letras. Siempre sería pobre. Pero no me importa, nada mejor que la gambeta de un poema, digo yo, contrariando los sueños de mi adorado y ausente progenitor.



Alfredo Lagija - El Comercio

La clasificación

Patricio Herrera Crespo

¡Uta! Quíoras también será.

Si está oscuro. Ni el gallo maricón del vecino canta todavía.

Así decía mi papá, recuerda entre sonrisas. Se cabreaba, cuando no sabía la hora de levantarse, sobre todo los lunes, medio chuchaqui o chuchaqui y medio. Mi papá. ¿Qué será de mi papá?

Sus ojos negros miraban al techo. Más que mirar, imaginaba las pajas, colgando, moviéndose al viento. Otra vez se han caído los cartones de los vidrios rotos. El viento los desprende de las ranuras y el frío entra en el cuarto y se instala como mala visita. Se encoge, se arrima, queriendo hacer cobija de su cuerpo para tapar la desnudez de sus hermanos.

Se da la vuelta, se acurruca en posición fetal y cierra los ojos. Así talvez el tiempo pase más rápido, cante el gallo, venga el día. Este es el día, ningún otro, es el día de la clasificación y hay que ir temprano al estadio.

Cantó el gallo maricón. Su cuerpo es un resorte al levantarse la cama. Salta sobre sus hermanos sin importarle su sueño y ya está de pie.

¿Y su madre? Debe estar por afuera.

Seguro en la lavandería, en esa piedra fiel que todos los días refleja su tristeza. La piedra de lavar y mi madre, un extraño animal. Siempre encorvada, moviendo los brazos y las manos para sacar la mugre ajena. El pelo sobre su cara llena de lágrimas sin tiempo ni edad. ¿Cuántos años tendrá? Le dicen la joven María, pero ¿Dónde estará su juventud? ¿Qué se habrá hecho? Sacude la cabeza para ahuyentar las ideas. Mejor hay que apurarse, empezar a caminar hacia el estadio.

¡Uta! Qué pata que me jalé... Hola, ya han llegado no. Cómo está la cosa. Qué cantidad de gente. Hasta con güügüas vienen. Ahora si se llena. Y todavía faltan horas. Mejor vamos para ese lado donde están las tortilleras. A veces los señores dejan sobras en los platos y ellas nos regalan.

Cómo jugará ahora la selección. Tenemos que ganar o empatar para ir al mundial de Alemania. ¿Cómo será ese país, no? ¿Habrá gente como nosotros? Dicen que allá los niños hablan ese idioma difícil desde chiquitos, sin ningún problema. Si quisiera irme. Aunque sea en la maleta del Tin.



Mariano Espinosa - El Comercio

¿En qué se parece el fútbol a Dios? En la devoción que le tienen muchos creyentes y en la desconfianza que le tienen muchos intelectuales.
Eduardo Galeano

Pero ahora, que clasificamos ¡clasificamos! porque está buena la selección, los jugadores son de todo el país, los jugadores son como nosotros, de chocolate y barro.

Mi abuelo dice que siempre ha habido buenos jugadores, pero los dirigentes que eran monos sólo hacían jugar a los de Barcelona y Emelec y por la muerte de un judío, algún quiteño. Y mi abuelo se caga de risa diciendo que ahora de ahí casi no hay nadie. Que desde que llegó ni se cuál entrenador de un nombre difícil, y después unos paisas que bailaban después de cada gol, la cosa cambió.

Todo nos dan haciendo los de afuera, porque los dirigentes y los políticos son una tarea de cojudos y ladrones sabe decir mi abuelo cuando se cabrea.

Y ha de ser cierto porque mi abuelo sabe harto. Cuando conversa de fútbol es lindo, sabe desde hace años. A veces nos cuenta del Garnica, del Pocito, del Capacho Jiménez. Sabe mucho más que mi papá, no ves que es más viejo.

Mi papá el otro día decía que esta selección con Spencer, Polo Carrera, el Pibe Bolaños y Aguinaga, jueputa... no le para nadie, decía.

Yo siempre le oigo cuando cuenta. Y cuando se toma los tragos empieza a recordar y no le para nadie. Desde el tiempo del Arbolito... Un estadio dizque había en el Ejido que le decían el estadio El Arbolito porque tenía un árbol en la general. Ahí cuenta mi abuelo que había un señor que le llamaban el Chulla Pérez, donde comían tortillas, y tomaban cerveza Victoria. Que pasaban chévere viendo el fútbol, pero sólo entre equipos de Quito y Ambato porque estaban peleados con los monos. ¡Qué huevada no! Pero mi abuelo dice que pasaba lindo, que todos se conocían, que sí había plata para la entrada y las "victorias" no como ahora que no hay para nada... Sabe decir cabreado, ¡qué va a haber trabajo con la tarea de cojudos que nos gobiernan!

Pero ve, ya comenzó el partido, ¡Qué pena no estar adentro! Esos gritos son de esperanza, ¡que emoción que será no! Apeguémonos donde doña Miche aunque se le ha dañado el radio que sabe colgar del toldo.

De ese estadio, contaba mi abuelo que la tribuna era de madera, con palco, a

donde iban todos los pesados, pero que un día, en pleno partido, se cayó. Con razón se cayó si estaban todos los pesados, le dijo un amigo y mi abuelo le mandó a la mierda por chistoso.

Pero lo que me gustaba es oírle que en ese estadio vivía un familia que cuidaba, y dos hijos se hicieron futbolistas. Guambras como nosotros que después fueron a Liga. El uno dijo que era puntero y el otro mediocampista, que le decían el Cacique. Que nosotros jugáramos así, no, qué fuera...

¡Hijo! Nos salvamos... Ese grito es de que nos salvamos. ¿No es cierto que nosotros vemos el partido a través de los gritos?, sabemos cuando ellos atacan, cuando tapa nuestro arquero, cuando nos meten un gol y también cuando avanzamos, cuando nos escapamos de anotar. Pero los gritos más claros son cuando metemos un gol o cuando el árbitro pita mal; nosotros, desde nuestra vereda, si sabemos ver el partido...

Dice mi abuelo que antes dejaban entrar gratis a los guambras. Que una vez él leyó en Últimas Noticias a un señor Blasco Mocosó, Mocosó, no se qué, que había una "Tribuna de las Golondrinas" donde entraban gratis los guambras. Ahora nada, ni nos toman en cuenta, más

lo que se matan con "los niños tenemos derechos", lo único que tenemos es hambre y orfandad con nuestros taitas en las españas, albañiles de España.

¡Chuta casi metemos!, el Tim ha de haber sido.

Qué nervios.....

Verán decía mi abuelo que había un jugador que le decían el Ministro de Defensa porque el auténtico, decía, no el otro cojudo.

Oye ese grito ya pitó el árbitro. ¡Ya ñañito! Estamos clasificados. Ese es el grito de clasificación. Sí se puede y se pudo. Es lo único que sabemos.

Mira que lindo ver tanta gente y tanta alegría; como hablan y se ríen, saltan, bailan. ¡Que así fuera siempre no!

¿Y nosotros? También estamos así, ahora nos olvidamos de todo, nosotros también somos la selección, nosotros también ganamos.

Yo me voy riendo y hablando aunque sea solo en mi largo camino de regreso.

Pero para la próxima clasificación si hemos de ver el partido desde adentro. Ya hemos de tener trabajo y plata para la entrada. Mi papá dice que la voz del pueblo es la voz de Dios.

¡Dios le oiga!



Archivo El Comercio

Anselmo quería ser futbolista

Antonio Rodríguez Vicéns

24 de junio de 1998

Anselmo nació en un pueblo sin nombre. En un miserable caserío rodeado de tierras abandonadas, áridas y polvorientas, cercanas a una zigzagante carretera. A lo lejos se divisaban los árboles que crecían, como en un oasis de frescura y verdor, en las orillas de un escuálido río de aguas corrientes y espumosas. Al otro lado, hacia arriba, las montañas, como gigantes inaccesibles, denunciaban su deseo de llegar al cielo transparente y azul, sin nubes, con un sol cegador y calcinante. La rudimentaria casa- tablas y troncos toscamente levantados sobre un piso de tierra y bajo un techo de yerbas y ramas secas- fue el refugio de sus primeros años. No conoció a su padre. La madre, con la diligencia callada y dura de las gentes atezadas por el sufrimiento y la pobreza, atendió sus necesidades y sus incipientes anhelos de ternura. Nunca le oyó una queja y, sin embargo, en la oscuridad de las noches solitarias, en el silencio inmenso, desde la estera en que dormía, creyó escuchar muchas veces un intermitente y apagado

rumor de sollozos difícilmente reprimidos. Una hermana mayor -ojos vivaces y sonrisa blanca- acompañándole, sus juegos iniciales.

Los niños de las familias vecinas -tan pobres como la suya- correteaban por los senderos, llegaban hasta la carretera y, cuando se sentían más audaces, bajaban hasta el río. Anselmo, sentado junto a la puerta de su casa, les miraba con ojos tristes y vehementes. Habría querido irse con ellos. Una tarde, mientras el sol empezaba a esconderse detrás de las montañas y la brisa vespertina refrescaba los campos, le invitaron a participar en sus juegos. Muy pronto fue un miembro más de un grupo de chiquillos bulliciosos, alegres y exaltados. Iban de un lado a otro, hacían travesuras, deambulaban sin rumbo... En un terreno aledaño, arrancando malezas, desterrando raíces y retirando piedras, improvisaron una cancha de fútbol: jugaban todos los días, sin importar las horas, en la mañana o en la tarde, con una pequeña pelota hecha con paja y trapos viejos. La madre, ocupada en sus tareas cotidianas, observaba y callaba. Ese juego se convirtió poco a

poco en su pasión. En su vida nueva, sin horizontes, casi sin sentirlo, había comenzado a nacer, todavía vago e impreciso, inocente e intenso, un sueño obsesivo: quería ser futbolista.

La familia se trasladó a la Capital. La madre alquiló un modesto cuarto en una casa ubicada en un barrio marginal, al extremo norte de la ciudad. Todo le resultaba hosco y ajeno: el rumor sordo que llegaba desde lejos, las luces encendidas, el aislamiento y la soledad, la gente desconocida que se movía con indiferencia a su alrededor. Extrañaba sus campos abiertos y luminosos, el horizonte sin límites, el risueño verdor de los árboles que seguían el curso sinuoso del río, las noches tranquilas y quietas, la vida sin sobresaltos, los amigos, la rústica cancha del fútbol, los juegos interminables. El mundo de su primera infancia había quedado atrás. Hasta que un día sobrevino la tragedia. En su memoria, acuciantes y angustiosas, sólo han quedado grabadas, indelebles, imágenes aisladas: las llamas creciendo inconteniblemente y devorando la estrecha habitación, el miedo paralizante y, después, los dolores agudos e insoportables, la impotencia frente a lo inevitable, la rebeldía desafiante e infructuosa, la lenta adaptación a su nueva realidad, cruel y desconcertante.

Es domingo. El sol del mediodía reverbera en lo más alto de un cielo

claro. El estadio es una fiesta. Anselmo, sentado por primera vez en las graderías, escucha, ansioso y atento, el entusiasmo expectante del comienzo, las voces estridentes de los vendedores, los comentarios y los insultos, los cantos y los gritos emocionados y, allá abajo, sobre la cancha que imagina de un verde lustroso y limpio, los golpes a la pelota, secos y apagados. En sus ojos sin luz, cubiertos por nubes incoloras, que vagan sin detenerse en un punto fijo, como mirando hacia adentro, parece reflejarse una emoción temblorosa. En su pecho, en un lugar inconcreto, siente un peso opresivo, un dolor que no es dolor, que es una angustia inexpresada e inacabable, la sensación indefinible de una esperanza que él sabe, con lucidez y certeza, que ha muerto irremediablemente. Es como si su sueño, más cerca que nunca, redivivo, golpeará de pronto contra el cemento y se rompiera, como un cristal delgado y fino, en infinitos pedacitos. Es como si esa pompa de jabón multicolor transparente, que en sus desvelos fue creciendo y creciendo, estallara en silencio. Es como si una diminuta gota de agua fresca y cristalina, al caer sobre las áridas tierras de su infancia, se desvaneciera para siempre.

Artes Gráficas Señal
Enero 2002



Cantante y poeta

Margarita Laso: canción, poema y fútbol

Poesía, fútbol... y ¿qué más?

Por un lado los hinchas, por otro los jugadores; por un lado la hierba, verde como en cualquier estadio del mundo, por otro la altura de Quito. Por un lado estas pelucas irisadas que hemos comprado antes del partido, por otro el país multi-geográfico que está en los cuadrantes de la cancha.

Por un lado, el arquero con su sobretodo y por otro las camisetitas mojadas que atraviesan el túnel cuando ha terminado el cotejo: en la oscuridad, con las finas fibras pegadas a los poros, los jugadores vencidos, vencedores. Un elástico de latidos y jadeos, el cuerpo es un árbol hecho de caucho.

Ecuador, ¿sí se puede?

Aquí estoy de aficionada que algo entiende de táctica y estrategia, tratando de desviar los ojos del torso desnudo de Ulises de la Cruz en la portada de una revista. Toda su sensualidad para el deleite. Pienso en él como un portador de la gloria. ¿Es algo que podemos relacionar con lo ecuatoriano, la gloria? ¿Qué representan los antiguos laureles que de algún modo posan sobre este Apolo? Una corona hecha de hojas frescas, acaso con su olor, contiene a las fuerzas naturales y nos iguala con ellas. ¿Es que puede haber un premio que dignifique más el esfuerzo deportivo? Pienso en este tronco y recuerdo el camino que ha cumplido el fútbol en mi sangre. Ahora que entramos al Atahualpa, ahora, precisamente, que nos quitaron las astas de la bandera a la entrada. Mujeres policías después de pasarnos su mano arriba y abajo sus trajeron a las banderas los tubitos de pevecé.

Ahora que ya nos acomodamos en el graderío, donde muchos guardan puestos acostados sobre el cemento, pienso en la exclusión. El fútbol acaparaba toda la atención de mi familia. Capturaba especialmente a mi padre.



(En la copa América que se jugó aquí, la presencia de banderas ecuatorianas flameando en el contorno anudaba la garganta. Miles de tricolores bailando cerca de las tórtolas.) Ahora está esta otra bandera. Es descomunal. Por ratos tapa el cielo. Es una carpa que recorre el nerviosismo y la alegría de la multitud. Todos saltamos para tocar con las yemas de los dedos la seda traslúcida que camina sobre miles de cabezas risueñas.

¿Nueva religión? ¿Opio del pueblo?

Ahora que ya nos acomodamos en el graderío, donde muchos guardan puestos acostados sobre el cemento, pienso en la exclusión. El fútbol acaparaba toda la atención de mi familia. Capturaba especialmente a mi padre. Ese oso en cuya espalda yo añoraba recorrer el bosque. El fútbol tenía narcotiza-

do al estado mayor de nuestra casa. Y había absorbido por completo a mi hermano-el-lugarteniente que encontraba en él su absoluta pasión y, tal vez el único gran caudal que, en ciertas horas, lo separaba de mí. Para colmo, mi madre, mi hermana y mi hermano más chico, también deportistas- siempre sucumbieron también a esa afición. De modo que el fútbol podía significar eventualmente la ausencia y la soledad.

Más tarde me pareció un tema de hombres, donde se exacerbaban algunos de sus signos de identidad menos amables. En primer lugar, nunca una mujer en el campo de juego, y para colmo el insulto a quien errara consistía en equiparlo a las mujeres. Aún hoy se utiliza lo femenino para descalificar y esto es inaceptable. El machismo en el estadio sigue campante aunque el siglo ya se dio tres volteretas- sin cambiar ni un ápice a la gente.

También era desenfrenado el racismo en las canchas y aún lo es. Las acusaciones e insultos son brutales en la calentura del juego pero son especialmente ofensivas cuando hacen visibles nuestros complejos y prejuicios sociales.

¿El mundo en un balón?

Mi hermano—el—estudiante estuvo muchos años en Argentina. Cartas conmovidas me hablaban de sus vivencias en los estadios de Buenos Aires. Su pasión, ahora desde los graderíos, sobrecogida con la forma de vivir el fútbol de los muchachos, se desbordaba con una forma de comprensión afectiva del fenómeno.

La voz colectiva, angustiada y llorosa, clamaba por incluir a quien disfrutara de esa sacudida sensibilidad. Mi hermano—el—cronista me hablaba de un pulpo gigantesco, una bandera desplegada en La Bombonera y de cómo todo el estadio coreaba diegoooo, diegoooo, tres minutos, siete minutos, diez minutos.

No me pude perder ese Diego en el mundial de Italia. Entonces el equipo ecuatoriano estaba lejos de toda aparición en esos estadios de Europa. Pero yo ya cantaba a favor de esos irreverentes que me parecían los futbolistas, atletas solitarios, con Maradona a la cabeza, cuyas historias de humildad, azar y heroísmo me parten el alma. Y empecé a ver en los partidos más que habilidad y jugadas, más que piernas veloces, una pelota que girando hace voltear los corazones del gentío pero también el pequeño trompo esperanzado de cada uno. Alguien decía que la pelota en el centro del campo es una representación del ser. Ahí está la muchedumbre absorta persiguiéndola con sus ojos.

¿Unidad nacional?

Retengo la fe con la que seguimos la carrera de Édison Méndez desde la preferencia, con una radio apretada en el pecho.

Estábamos en el mejor ángulo para ver su remate. Así dijo Domingo. Nadie en el estadio repleto vio mejor ese gol que nosotros. Era en esa fila que debíamos estar para ver la comba que hizo la pelota.

Un trayecto cargado de vértigo y deseo. El deseo desaforado y angustiado de todo el estadio que quería el empate con Paraguay. Pero nosotros, tal vez como todos, nos sentíamos dueños absolutos de la jugada, dueños también del glorioso Méndez, hermanos suyos, compadres que le deben la gratitud y los abrazos. Y teníamos en los ojos el resplandor gatuno de un sol que regresaba sólo a despedirse. Qué Pichincha decora en este Quito. Qué tarde de

júbilo. Aquí, en estas alturas donde Iván Vallejo firma autógrafos poniendo 8 sin oxígeno. Ahí donde estamos instalados para celebrar las empanadas de morocho y el gol y la sonrisa de Antonio Valencia.

Estas sonrisas: Antonio, Iván, el Diablito Lara iluminan el cielo de los ecuatorianos. Y, entonces digo que si hay alguna esperanza de nacionalismo es en el fútbol y en los que no están. Sé que para muchos intelectuales y no intelectuales la pertenencia, la identidad y la asociación con su país son vergonzantes, indeseables y primarias. Digo, sin embargo, que un poco de nacionalismo implicaría orgullo y amor propio y tal vez el deseo de defender este horizonte y vivir mejor dentro de él, poner lo ecuatoriano en las oraciones de los propios ecuatorianos y en sus cantos. De pena y despedida pero también, por supuesto, de victoria. Que son inventos humanos. Y ninguno es para siempre.

¿Qué es la gloria? ¿Qué es la derrota?

Porque si la gloria no es un estado duradero, tampoco la derrota lo es, (ni siquiera en el caso de los arqueros o de los futbolistas que fallan el tiro penal en las definiciones). Derrota es sólo una palabra. Como cuando cayó Chilavert en Lens (Mundial 98), después de un cabezazo de Laurent Blanc, ese diablo viejo. El paraguayo dejó que su rostro, ya escabullidas la ilusión y la pelota, toque con todo su peso el césped, el pasto, la gramilla de la cancha. Todo su pecho martillado, sus muslos de vellos empapados, descansaron con su musculatura de gladiador sobre la recortada alfombra vegetal. Y duró en el piso lo que dura lo breve. Y con las mandíbulas duras se puso en pie y se despidió del mundial abrazando y cargando a sus compañeros y caminó hacia el encanto de lo inolvidable, mientras las lágrimas de ellos llenaban de dignidad el pasto del Félix Bollaert y toda la Francia. ¿Pero por qué es inolvidable? Por obra de su irreverencia y sus piernas de dios volador, tal vez.

Porque la derrota es la palabra que todos los arqueros conocen mejor, porque ninguno es invencible, porque los amargos de ese caer se prueban directamente de la tierra. O porque con todo su volumen ese hombre habla del hombre de este conti-

En el fútbol la alquimia no busca prolongar la juventud, busca el hechizo en sí mismo, busca los embrujos, a veces a costa del leve sonido de una tibia que se parte



mente, del atleta, del obrero, de su geografía, del orgullo, rebeldía y sagacidad que son vitales para cualquier juego. En el fútbol la alquimia no busca prolongar la juventud, busca el hechizo en sí mismo, busca los embrujos, a veces a costa del leve sonido de una tibia que se parte, del salto que dan en un tendón las fibras rotas. Y aquí su puesta en escena. El repertorio no ha terminado de inventarse y ninguna interpretación es igual a la otra. Queda la constancia, queda la historia, pero eso es cosa de otros. Queda el canto de un corazón aunque se haya partido, y la música lo habita para siempre. Aunque siempre también sea cosa de otros.

¿Pasión?

En la entrada de nuestra casa permanecían estampados los balonazos de mi-hermano-el-goleador, y en el lodo quedaban los rastros de mi-hermano-el-arquero que se arrojaba al charco de la felicidad disparando contra la pared. Se había ganado un lugar en los equipos de los grandotes del barrio con su habilidad. Sus guantes y rodilleras, así como sus buzos de guardameta, eran verdaderos instrumentos del placer. Lo recuerdo entrando a la cocina dando botes al balón que las canciones llamaban inexplicablemente la número cinco. Tengo al fondo de mi memoria auditiva el rascar de los pupos en las baldosas. La pared, a veces, un equivalente al palo y, otras, la par de una red convulsionada según decidiera mi-hermano-el-narrador, daba cuenta de lo cerca que estaba mi-hermano-pedazo-de-mí de su pedazo de cielo. Dos cielos aquí en Quito, seguir lo que manda la pasión, y dejarse contemplar de las alturas.

¿Cosa de hombres?

Veo a Edwin Tenorio luchando fragorosamente y pienso en esas frases tan ambiguas que hablan de lo que hay que poner. Mis amigas sostienen que como se habla de testículos -mejor dicho de

Poner lo que hay que poner es poner el cuerpo. Como en el amor. Y las condiciones sexuales que entran al juego son el cerebro, el coraje y la superación del dolor; la capacidad de olvidarse de sí mismo y en medio del autodomínio entregarse al otro



huevos- el tema es de hombres, pero yo defiendo que al hablar de huevos se hable también de mujeres y no sólo deportistas. Huevos querría decir arrestos sexuales. Hormonas. Agresividad. Valor. Valentía. Fuerza. Decisión. Adrenalina en el juego. Lo que hay que poner está hecho de sexo: la suma de cuerpo, sangre y todos los sentidos erizados; o la suma del cuerpo, que es todo y nada, con el alma, que es todo y nada. En el léxico limitado del graderío poner huevos querría decir jugar entre hombres. Y entonces poner huevos sería pura literatura. Pues, no se juega con los huevos sobre la hierba porque entonces la cancha sería un campo-santo. Poner lo que hay que poner es poner el cuerpo. Como en el amor. Y las condiciones sexuales que entran al juego son el cerebro, el coraje y la superación del dolor, la

capacidad de olvidarse de sí mismo y en medio del autodomínio entregarse al otro, y el amor por algo más grande aún que el sentido del honor, por algo tan universal como el anillo que besan los que hacen goles y piensan en los suyos. Tal vez también es literatura, pero muchos jugadores ponen sobre la hierba el amor a sus pequeños pueblos y ciudades, y nos regalan el orgullo de quien elegiría de nuevo nacer aquí.

¿Qué siente el hincha?

Así como recuerdo con un cortocircuito el uniforme del equipo infantil de Pichincha con el que mi hermano-el-seleccionado viajó al Perú, así recuerdo la exaltación que vivíamos aún una semana después del gol del Tin contra Brasil, en las eliminatorias a Japón-Corea. La cara de mi madre atravesada por una camiseta que ella también había lucido fue como la sonrisa de la gente, que muchos días más tarde, seguía en el pase de Aguinaga, el sortilegio de Iván Kaviedes y la punta del pie de Agustín Delgado. Recuerdo nuestra felicidad. Tan pasajera, tan

pájara como esa jugada que duró algo como 16 segundos, o tal vez 11, o sólo 7.

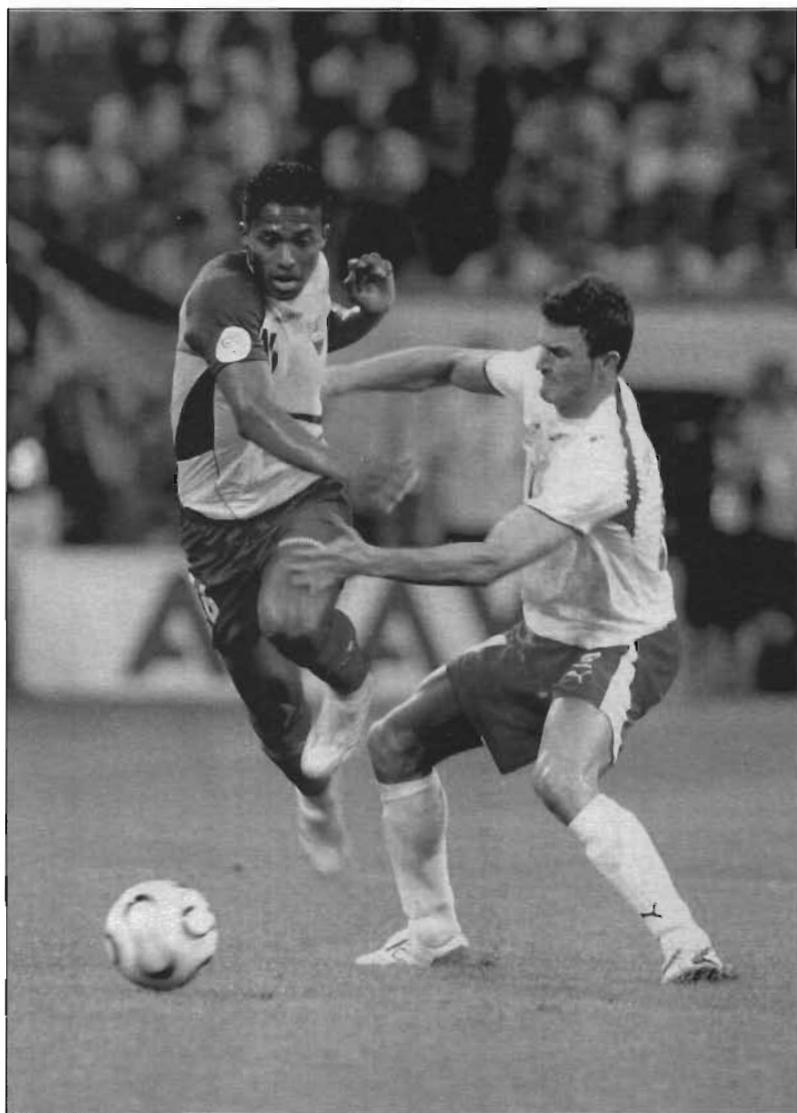
Tengo en mi alma las fibras de la voz de mi padre. Ahora parece que se acerca alguien al área chica, cierro los ojos porque una respiración honda y tensa me anuncia una suerte de peligro inminente. Puedo percibir un cambio de colocación en la voz. El balón rueda cerca de la meta, esa malla trémula, y una pequeña convulsión acompaña los giros de la garganta que combina un suspiro minúsculo con un movimiento velocísimo de las sílabas. Una escala que cae al pecho, un do de garganta, anuncia que la bola volvió al centro del campo. Las pausas angustiadas ceden cuando llega a los pies del león del medio campo, como dice mi hermano-el-que-comenta, qué jugador, felino este felino de patas gigantes que defiende con una hélice de su lomo una pelusa leve, la que pasa en el tiempo, sí se puede, dice el público, y el esférico puesto como el pan en la mesa a la vista de todos, ahí está bailando Lara, viene el centro, remata gol, es el tín, gol de delgado, gol de agustín delgado, dice el cantante. Es la voz de un chelo que se ríe, gol dice, pero es un torrente de emociones: exaltación y sollozos del alma que celebra, ríe, describe la jugada, un cabezazo imponente y ríe, se goza, como decimos aquí, cómo dicen que no se goza.

Las palabras de mi hermano-el-que-concluye contienen un cambio de temperatura, el diafragma se mueve a la velocidad de una cuerda que se rompe y dichas desde adentro, quedan puestas sobre la hierba estremecida, después de la catarsis y la risa, para afirmar que es cierto. Que es cierto. Que vibramos con una colectiva exhalación de felicidad. Ahí están las voces de esta red de voces que me tiene tejida al fútbol. Ahí están mis hermanos y hermana, mi mamá, mis entrañables sobrinos jugando y narrando, zambullidos en la pasión que ha sido el canto de mi padre. Aquí estoy en estos jadeos risueños y aquí están los brincos de los ecuatorianos. Allí arriba, donde fue la pelota, cerca del cielo, como dice mi hermano-el-que-se-entrega que dice Pancho Moreno. Cerquita del cielo, digo, y mientras nos alejamos del Atahualpa, me saco la peluca tricolor, hasta el próximo partido.



Archivo El Comercio

III.
La barra
brava



Alfredo Laguna - El Comercio

Fotografía de Spencer en la peluquería

Galo Mora

*Ah, los retratos,
Construidos con materia de otro
Tiempo,
Documento de un olvido distinto
Y más certero.*

Darío Jaramillo Agudelo

La conmemoración de cualquier suceso tiene la astucia de convertir en rito e historia juzgada lo que, en su génesis, fue pasión humana. Cuando se fija en el tiempo, a través de monumentos, obeliscos o mausoleos, la memoria es capaz de desvirtuarse a sí misma generando materia inanimada, adusta y embustera, caldo de cultivo de interpretaciones o lamentos y, la mayoría de las veces, corpóreos recipientes de bronce para el estiércol de avecillas y palomas. Quizá la confirmación de lo expresado se manifieste en el mismo escudo republicano, encabezado por un cóndor, el mayor de los carroñeros voladores.

Un libro, una serie foto estática y hasta un telegrama de condolencia, al ser

historiados, deben pasar por filtros que, bajo la premisa de trascendencia o interés social, casi siempre terminan en el baúl de la nada y las polillas, salvo que intervenga en su favor algún vínculo de potestad y señorío, como lo expresaba Foucault: "... la conversión de la memoria en historia se remite a las relaciones de poder".

No todo es subterfugio, por fortuna, porque las paredes hablan. Detrás de insulsos títulos de bachiller o licenciado, que cubren humedad, hollín o moho, aún reposan los espíritus de los mayores, siluetas sombrías de las fotos de las parejas de otro tiempo, que a través de sus furtivas miradas exigen tan sólo misericordia para volver a vivir.

¿Vive en algún lugar del universo la memoria de las fotografías?

Quizá los agujeros negros sean solamente mandas de fotógrafos universales que anhelan revelar, en rojoscuro, el inútil paso del tiempo, la agobiante lista de desaparecidos, la temerosa ficción de los difuntos.

"La fotografía representa ese momento tan sutil en que, a decir verdad, no soy

sujeto ni objeto, sino más bien un sujeto que se siente devenir objeto: vivo entonces una micro-experiencia de la muerte (del paréntesis): me convierto verdaderamente en espectro. El fotógrafo lo sabe perfectamente, y él mismo tiene miedo (aunque sólo sea por razones comerciales) de esta muerte en la cual su gesto va a embalsamarme (...) Diríase que, aterrado, el fotógrafo debe luchar tremendamente para que la fotografía no sea la muerte”.¹

Ante ese ámbito iconográfico que reunía a la gente en bautismos, aniversarios, paseos, y, más tarde, credenciales, cédulas y carnés con los rostros de los hijos, me pregunto sobre el destino del retrato que tramaba la historia de mi adolescencia, la que singularizaba en su imagen el delirio de esa edad perdida: ¿Dónde fue a parar la fotografía de Alberto Spencer que presidía los afeites en la peluquería de la infancia?

La Peluquería Palmolive está situada en la Calle Bolívar, a pocos pasos de la Sociedad Obrera Primero de Mayo, claustro de algazara y alcohol.

Los señores de lustre bordean la esquina para no acercarse a la cantina de Tranquilino, viejo dispensero que “da de beber al sediento” a condición de que nadie se burle de su cara de chanfle. Unos toman agobiados por las deudas, otros por las infidelidades de esposas y

amantes. Un altanero, vaso en mano, dice, refiriéndose a las elecciones universitarias: “Los estudiantes de Derecho creen que sólo ellos tienen derecho. También tenemos derecho los de Agronomía”. Frente a él se ubica, con sus espirales de humo, el viejo profesor escolar que “fuma para frotar el tiempo”.

En el portal de enfrente, una mujer golpea el alfeñique sujeto de un gancho. Se le va la vida en ese ajetreo en el que la melcocha es una lombriz melada que se irá alargando con cada porrazo. Parece que quisiera matar insectos invisibles. El óxido del clavo de 12 pulgadas y el sudor de la vieja ayudan a colorear el confite, que más tarde, será devorado por muchachos que degustarán la golosina, mientras ésta les produce portentosas caries a sus dientes de leche. Cuando el espejo desde que la observo se mueve, la mujer danza y su pollera colorada zigzaguea hasta desdibujarse, como si fuese ensalmo.

Don Segundo Meza, el peluquero, afila su navaja en la cincha de cuero que tiene sobre el aguamanil. Ha puesto petróleo sobre la vieja duela para dar una bronceada apariencia de limpieza. De su mandil extrae una pequeña brocha, mezcla el agua tibia con la sosa cáustica y me embadurna el pescuezo. Por la nuca chorrean gotas espumosas que, mezcladas con el sudor porquerizo, dibujan en el cuello el mapa de Sudamérica. El ribete de la camisa tiene rastros de cebo añoso. El barbero saluda al guitarrista, el Maestro Santa María, que concentrado en

Roland Barthes; *La cámara Lúcida; Notas sobre la fotografía*; Barcelona; Gustavo Gili (Fotografía); Barcelona; 1980; p.p. 46-47.

semi-fusas no contesta su atención, entonces, dejándome prendido en el cabello la raedera, sale hasta la puerta y exclama: ¡Qué te pasa, pues huevón! Regresa y me dice el emblema que parece ser marca de fábrica: “Vas a quedar como novio”, bajo la antigua costumbre de rasurar casi a pelo a cualquier compromisario. Da vueltas al asiento hasta que éste quede a la altura de sus brazos. Los giros causan náusea. Hay que apoyarse en la cabecera del sillón y no fijarse demasiado en el cristal de enfrente. El agua jabonosa produce escozor y hace cerrar los ojos. Es el barrio de San Sebastián, nombrado así en honor al mártir cristiano, patrono de los atletas.

Por llevar la contraria, práctica cotidiana de los pobladores, casi nadie es atleta en esta barriada. Ocasionalmente, por las discrepancias con los vecinos de El Sagrario, jurisdicción vecina, se organizan contiendas. La Memoriosa recibía cartas que le informaban de tales sucesos, cuando ya había abandonado esta tierra de sequías con olor a timolina.

“Las disputas consuetudinarias se han resuelto con un partido de fútbol”, escribe el tío Iván, “los unos desfilaban con camiseta amarilla y sin calzoncillo, los otros verde, pero el culo” dice la misiva.

El hijo del peluquero Meza juega en el mismo equipo que mi hermano mayor. El Club se llama “Rayo Rojo”. “Hola cholito”, dice, con lástima. Él pasa cada quince días por la misma rasurada del padre. Próximo a salir para el juego

contra el Botafogo de la esquina, el peluquero le da la bendición y de paso lo baña con agua sucia. Él se encomienda más bien al retrato que descansa en la mesa, entre menjurjes, desinfectantes y peinillas. Es la instantánea de Alberto Spencer, jugador del Everest, transferido hace un año al Peñarol de Montevideo. Toda la página de la revista está dedicada al goleador ilustre. Viste traje largo y sus flamantes mocasines se ven apenas cubiertos por pantalón de doble basta, con campanas de 28 centímetros. Todos los clientes celebran y conversan sobre el tema. Spencer tiene un balón marca “Soria” entre las manos que apenas apoya en una camisa blanca con dos líneas horizontales y rombos fucsias. La lámina tiene la siguiente inscripción: Alberto Spencer: un ecuatoriano, Vice Campeón Mundial de Fútbol. Al fondo los graderos de madera, la pista atlética terrosa y un sol que descuidado y cobarde apenas ilumina la fotografía y la cancha.

La foto de Spencer es del tiempo del ovalito. De cuando a uno lo llevaban a montar un burro de viruta o aserrín, le ponían un birrete y ¡zas!, el flash en la carótida, como dicen los locutores, después, las burlas en el jardín de infantes.

La gran fotografía enmarcada en cuatro palitos caoba hace gala de la incursión de Alberto Spencer en el fútbol uruguayo. Su club es el Peñarol de Montevideo, llamado alguna vez Central Uruguay Railways Cricket Club. Debe su nombre actual, según una versión, al italiano

Pedro Corsa, nacido en Pignarol, y el uso coloquial de la palabra habría generado la derivación. Otra interpretación indica que el nombre se debe al inmigrante Pedro Pignarolo, que era el dueño de los terrenos donde se jugaba al fútbol, la gente decía entonces “vamos a jugar al campo de Pignarolo, más tarde convertido en Piñarol, y finalmente, Peñarol. No importa mucho la génesis del nombre, para los clientes lo que interesa es que gracias al equipo mirasol, Spencer es ahora una personalidad universal, viniendo como viene, de un pueblo infeliz.

Los protagonistas de la charla en la peluquería hacen menos mortificante la trasquilada. En las silletas desvencijadas, forradas con un cuero que alguna vez debió ser de color café y que ahora muestran una apariencia menos correosa y más descolorida, se han instalado los pocos jugadores que hay en la ciudad y algún comentarista espontáneo. Cuenta cada uno una historia diferente que va ilustrando la vida de Spencer.

Que es el hijo ilustre de Ancón, pueblo que acogió a la Anglo Ecuatorian Oil Fields, compañía que de ecuatoriana sólo tenía el sudor de sus entrañas.

Que su padre, Don Marcos Spencer, oriundo de Jamaica, era incansable en el trabajo y en la cama. Tuvo trece hijos, Alberto el penúltimo. Alberto quedó huérfano a los nueve años.

Que ya despuntaba en el club Andes, de Ancón, desde el cual lo llevó su hermano Marcos, también jugador y selec-

cionado ecuatoriano, a jugar en el Círculo Deportivo Everest.

Que su debut internacional frente al Deportes Tolima fue esplendoroso, así como el gol de palomita que marcó para Liga Deportiva Universitaria de Quito cuando el equipo quiteño venció dos a uno al Botafogo de Garrincha, Nilton, Didi y Zagalo.

Que había quedado de goleador en el campeonato uruguayo.

Que era mejor cabeceador que Kocksis, lo que era decir bastante, pues se decía que el húngaro era la mejor cabeza de Europa después de Churchill.

Que no tuvo compasión con su ex – equipo y le metió cinco goles en el 9 a 1 del Peñarol al Everest, en la disputa de Copa Libertadores.

Que su hermano Jorge es el rey del autogol, es decir, un espléndido goleador, pero a la inversa.

Que Pepe Sasía, el gran delantero, amenaza a quien tenga intención de dar a Spencer diciendo: “Cuidado, porque gracias a él comemos todos”.

Todas aquellas señales que identificaban al naciente mito con los voceadores de su magnificencia serían, con el tiempo, signos orgullosos de una nacionalidad en ciernes. A la distancia no importaba ni siquiera que fuese moreno. Los coros ebrios que cantaban Angelitos Negros, lo hacían con tal certidumbre y entonación que Spencer debe haber escuchado el eco pomposo y adulón de sus compatriotas en el lejano Montevideo.

Cuando lo conocí, en una emisión de un programa de televisión, Alberto Spencer había dejado la práctica profesional del fútbol. Se retiró, sin partidos de despedida ni ostentaciones, en otra cancha lejana, en Brasil, tras enfrentar, vestido con la casaca tricolor del Ecuador a los equipos de Portugal e Irlanda. El corazón empezaba entonces a jugarle malas pasadas, y el tic tac exacto de la gacela oscura repiqueteaba sincopado, como esas danzas etíopes con las que, seguramente, despidieron hasta dejar en las galeras a los esclavos africanos que poblaron las tierras americanas. En uno de esos negreríos se embarcó, forzadamente, el bisabuelo de Spencer, que entonces, antes de llegar a Jamaica se llamaría Kambiré o Kokoré, onomatopéyico blasón que los colonizadores pisotearon hasta renombrarlos con sus propios apellidos esclavistas, como ese universal de Cassius Marcellus Clay, que a fuerza de islamismo, convicción y orgullo étnico, obligó al mundo a reconocerlo como Muhammad Alí, hombre grande al que Norman Mailer consideraba el más inteligente de los Estados Unidos de Norteamérica.

Spencer alzó también su voz en los magros episodios de las batallas fratricidas. Junto a su hermano Juan Joya, puntero izquierdo peruano, declararían a la Revista Estadio: “Duele, porque somos hermanos. Ninguna vida se puede perder por lo más absurdo que puede vivir el mundo, una guerra”.



Yo coloco perfectamente a mis jugadores en la cancha. Lo que pasa es que empieza el partido y ellos se mueven. *Alfio Basile*

Máximo artillero del campeonato uruguayo de 1961, 1962, 1967, 1968, Alberto Spencer jamás aceptó la oferta de nacionalizarse uruguayo, aunque esa decisión le costó no jugar nunca un campeonato mundial.

Spencer nacido el 6 de diciembre de 1937, declarararía al periodista Alfonso Laso Bermeo: “De Ancón no tengo sino gratos recuerdos, sobre la arena de sus playas aprendí a jugar al fútbol y quizá la inmensidad de su paisaje me hizo soñar siempre con marcar muchos goles en estadios inmensos llenos de gente entusiasta”.

Gratos recuerdos, reconstruidos cotidianamente, entre sueños y frentazos, sin anacronismo utilitario, con las memorias episódicas que habitan en las biografías y

la lucidez encanada de galardones y retretas.

En la Peluquería Palmolive se fraguan otro tipo de contiendas. Una pareja de novios asiste, ceremoniosamente, al recorte de cabello que deberá hacerse el prometido. Mientras rapan al humilde consorte me parece ver, entre la bruma, mis propias somnolencias enamoradas, acontecidas no lejos de allí, en otra barbería.

Recuerdo, enlanguado quizá, de palpitante violento, arrítmico, con volteretas de anacruza, al enamorarme, poseo adolescente, de aquella muchacha rubia de anteojos, hija de un peluquero, que nunca regresó a ver los asombrados ojos míos que seguían la serpentina de su falda tableada camino del Colegio La Inmaculada. ¡Ay amor por vez primera!, amor con luces galopantes.

“La memoria es un telescopio que apunta hacia el tiempo”, decía Proust, y por la mirilla rumorosa me parece ver a Don Meza, el figaro pueblerino, que tras ser desalojado de la casa en la que instaló su gruta de recuerdos, guarda el ropaje, los utensilios de tonsurar y entresacar, y con cuidado, en una valija donada por la compañía de aviación Panagra, coloca la estampa de Alberto Spencer.

¿A dónde iría a parar aquella imagen?

Guardarropas y armarios del antiguo taller fueron subastados en media calle y

a la muerte del peluquero jamás se encontró vestigio de la fotografía. Se habló de hurto o indiferencia, de frialdad y abandono, pero lo cierto es que nunca volvió a aparecer aquella lámina.

¿Sería capaz de evadir el tizón, el agua o el olvido?

Woody Allen, que alguna vez habló de fútbol diciendo: “las únicas competiciones genuinas son las que se hacen en las pistas y los terrenos de juego”, logra, en su película *Broadway Danny Rose*, que los protagonistas escapen de las cintas, vuelen a otros continentes, enamoren, multipliquen sus propias sombras y enjuicien toda verdad en el laberinto de su libertad; quizá por ello, aquella estampa de Spencer no ha regresado, porque seguramente está en alguna peluquería oriental, entre las ruinas de Constantinopla, haciendo creer a un niño que todo tiempo es siempre el mismo.

Ahora debo salir hacia el trabajo, toco mi cabeza y froto el mismo empeine que el peluquero Meza me tatuó en el cogote. Al mirar mi rostro en el espejo observo al que fui y al que no pude ser. Uno de los dos se ríe. En los pliegos del agua se hicieron las primeras fotografías de la tierra. Camino y silbo preguntándome: ¿Quién enlodó el charco, en el que con mi madre, nos miramos por primera vez?

Eskeletra, 2002

El crack

Edmundo Ribadeneira

Los años 30 revisten mucha importancia en la historia de nuestro país. Son los años iniciales de la gran literatura y pintura nacionales. Los años de Joaquín Gallegos Lara y Camilo Egas, de Jorge Icaza y Diógenes Paredes, de Alfredo Pareja y Eduardo Kingman.

También son los años a través de los cuales se acentúa y proyecta la figura de un político que influirá como ningún otro en el Ecuador y lo gobernará o intentará gobernarlo durante cinco ocasiones.

Son los años del primer velasquismo, de este fenómeno tan curioso como apasionante, todavía no descifrado a cabalidad, por sociólogos y politólogos nacionales.

También son los años que marcan la apoteosis del tango y de Carlos Gardel, su representante máximo. Son los años de su muerte trágica, en momentos en que su voz vibraba en casi todo el mundo, y el Pibe del Abasto configuraba la imagen más popular de Latinoamérica.

En Europa, son los años del fascismo, los años del odio racista, de la Guerra Civil Española y el asesinato de García

Lorca, de la preparación cada vez menos encubierta de la Segunda Guerra Mundial.

También son los años de la increíble crisis económica mundial, de la recesión norteamericana, la ley seca y Al Capone.

Son años, en fin, matizados de sucesos y acontecimientos de todo tipo, por aconteceres grandes y pequeños, regocijantes y penosos, serios y ridículos, de mucha hondura humana o simplemente superficiales y tontos.

Quito era, por entonces, una ciudad bajo cuyo alero cordial las gentes se reconocían cotidianamente. Era, ciertamente, una auténtica ciudad para vivir.

Es decir, no era como el Quito actual, ciudad cada vez más deshumanizada, ciudad en la que ya no es posible saludar de acera a acera con los amigos, carente de esquinas fraternas desde donde mirar pasar un poco la vida. No era esta ciudad estridente y angustiada, con características propias de las complejidades urbanas modernas, en la que campea un individualismo desatado y voraz, atosigante y neurótico.

Era, en la medida de su contenido

humano y su inefable perfil de provincia, una ciudad de personajes típicos, capaces de representar y ejercer no solamente el sentido del humor a veces colindante con lo genial, sino el proceso mediante el cual era inevitable y tal vez imprescindible definir su naturaleza exacta de nuestro mestizaje histórico.

Era el Quito del “Sordo” Piedra y Luis Clemente Concha. El Quito del “Lluqui” Endara y el “Perro” Rojas, de la Lola Vinuesa y el “Terrible” Martínez. El Quito de los rostros diferenciados por aquello que alguien llamara “la sal de la tierra”. La ciudad que enseñaba a reír por encima de los pesares diarios. Una ciudad digna de la picaresca española, en la que la presencia del “chulla” quiteño daba la tónica de las desigualdades sociales, y cuyo claro y oportuno ingenio, ágil como una saeta, permitía suavizar los abusos y durezas de la política, y estaba siempre en trance de caricaturizar la grandeza de los unos y las miserias de los otros.

El Club “Crack” no nació del aire y fue en este contexto, que no hago sino esbozar, que un grupo de amigos dispersos sintió la necesidad de organizarse, de darles a sus sentimientos un estatuto legal, de administrar seriamente su risa y también hacer deporte.

La época era propicia para tales objetivos, pero inducía también a procurar la unidad entre personas afines, en previsión de un futuro que ya se avizoraba con colores inciertos y todo parecía indi-

car que la humanidad estaba amenazada de muerte.

Nuestro Ecuador, por su parte, estaba amenazado por un vecino belicoso que haría valer, muy pronto, su prepotencia militarista, en conjunción con la debilidad pero, sobre todo, la negligencia y la cobardía de un gobierno ecuatoriano nefasto.

He pensado muchas veces en lo que significa un amigo, y la conclusión ha sido casi siempre la misma: amigo es aquella persona en la que se encuentra lo que a uno le hace falta, es el complemento humano indispensable dentro de un concepto globalizador del hombre y una preocupación recíproca en función de sus necesidades, carencias, esperanzas y agonías diarias.

Nuestra sociedad puso en ejercicio permanente esa idea del amigo. Éramos y seguimos siendo amigos, y bajo este signo inalterable hemos alcanzado estos 50 años de edad, sin que hayan variado en lo más mínimo los sentimientos, bien es verdad que las huellas del tiempo son demasiado visibles, además de que hay muchos vacíos dejados por los compañeros que se fueron para siempre, y a quienes, en nombre de todos nosotros rindo mi más entrañable homenaje.

Éramos y seguimos siendo amigos. Cosa interesante: hoy se usa la palabra “pluralismo”, en el sentido de indicar respeto por las ideas ajenas y la posibilidad de coexistir entre personas que piensan de manera diferente.



No creo haber perdido nada con este irrevocable ingreso que hoy hago públicamente a la santa hermandad de los hinchas. Lo único que deseo, ahora, es convertir a alguien.

Gabriel García Márquez

En aras de ese “pluralismo”, no hubo entre nosotros disensiones que valiesen la pena. Nos habíamos asociado sobre la base de sentimientos comunes y en este filtro esencial desaparecían las cuestiones que podían separarnos.

Sin embargo, no vaya a creerse que no valorábamos los problemas de la patria y del mundo. La inquietud que sentíamos ante la suerte de los hombres y de los pueblos, no admitía mayores discrepancias.

Me atrevería a afirmar, ahora que han transcurrido 50 años de nuestra fundación, que, de una u otra forma, fuimos

partícipes activos de las luchas y los problemas de nuestro tiempo.

Aclararé que no llevamos la política al seno de nuestra sociedad, aunque algunos de nosotros éramos militantes de las luchas políticas fuera de él. Este hecho determinó que ocurrieran ciertas cosas propias de esas luchas y las muchas circunstancias y factores que giraban alrededor de las mismas.

Cosas de ningún modo imputables a una voluntad personal en particular, sino al juego veleidoso y sorpresivo de la política. Y si Dios perdona, yo tampoco, como se dice.

La composición de nuestro grupo contaba con elementos y detalles capaces de consolidar su funcionamiento y sus virtudes.

Por ejemplo, los hermanos Moscoso, pioneros del Club, abanderados de aquella empresa exclusivamente destinada a poner en práctica el grato oficio de la amistad.

Y los hermanos Reyes, apodados los "loros", pero no por habladores o por tener el prurito de remedar, especialmente las palabrotas, sino por la forma de la nariz.

Primos, cuñados, sobrinos, como quien dijera "pueblo en general", la estructura humana de nuestra querida Sociedad daba para establecer un claro ejemplo de solidez institucional, atenta a reaccionar al unísono de una coherente y tácita voluntad colectiva.

Tocaré ahora el asunto relacionado con nuestro nombre: "Crack".

Algunas personas han preguntado el porqué de este nombre. Y yo mismo no recuerdo cómo fue el planteamiento previo al respecto y cuáles fueron los argumentos que pesaron en definitiva para adoptar el nombre de "Crack".

"Crack" era y es, el jugador sobresaliente de fútbol. Tomada la palabra en su acepción de sonido, significa algo que llama la atención, ruido.

Leemos por ahí que "crack" quiere decir crujido, chasquido, restallido, trueno, estallido. También quiere decir persona o cosa excelente, de primera; rotura,

grieta, bronquedad de la voz cuando está en muda.

Y también, vena de loco, tornillo flojo, chifladura. Y algo tal vez importante: significa beber una botella. A lo mejor fue por esto que escogióse el nombre de "Crack".

Creo, en fin, que la idea fue llamar la atención mediante una denominación que expresara al mismo tiempo sonoridad y excelencia.

Pero, como quiera que sea, nuestra Sociedad asimiló plenamente la palabra y, ciertamente, demostramos desde un primer momento que éramos muy capaces de llamar la atención, comenzando por el barrio, pasar luego a la ciudad y terminar bajo la mira de todo el país.

Fue, quién lo dudaría, un hermoso nombre sonoro, muy apropiado para ilustrar lo que realmente éramos y lo que queríamos ser.

Esto es: trueno, estallido, tomillo flojo, vena de loco, bebedores y no de una sino de muchísimas botellas y, como gran resumen humano, buenas gentes: sanas, cordiales, llenas de humor y a ratos también de lágrimas, dadas a la música ecuatoriana y a las confesiones íntimas, totalmente incapaces de no ver con el ojo del amor y la amistad los problemas de los unos y de los otros, y, en tal virtud, acudir en ayuda del amigo necesitado, de una oportuna palmada de solidaridad y comprensión.

Éramos, pues, y hasta hoy lo somos, "cracks" en el sentido inglés del com-

portamiento irreprochable entre nosotros y con los demás, en el sentido del deportista correcto y leal, cuando, por supuesto, el fútbol y el básquetbol y, en general, todos los deportes, se basaban en la voluntad y el desinterés, cuando nuestra camiseta se llenaba de corazón y sólo nos preocupaba la salud física y espiritual, enriquecida siempre a través del reciclaje de nuestros afectos mutuos.

Dije que fuimos capaces de llamar la atención de la ciudad e inclusive del país, y es la verdad.

Nuestro nombre, en efecto, cubrió un largo período de la vida quiteña en el campo de los deportes, las bromas, la bohemia y la amistad ejemplar. Lo hizo con honor y con orgullo, y fue, sin duda alguna, la Sociedad más representativa de Quito en un momento en que posiblemente hacía falta algo así como una síntesis de pundonor, humor y todos aquellos matices que pudieran definir el alma de una ciudad.

Esta feliz coincidencia no podía disminuir el valor y la esencia de los clubes fraternos y similares, que también le dieron a Quito su calidad deportiva y social, y con los cuales nosotros no rivalizamos jamás, sino mantuvimos una emulación tan leal como desinteresada.

Quiero exaltar, por consiguiente, los nombres de los clubes “Gimnástico”, “Gladiador”, “Argentina”, “Aucas”, “L.D.U.”, etc., entidades con las cuales competimos frecuentemente, y que también sazonaron y dieron color a la

vida quiteña.

Pero fue la Sociedad Deportiva “Crack” la que supo responder de mejor manera a las necesidades de representación de una ciudad, en cuanto a reflejar las condiciones de una época que tuvo de todo y que, en función de la historia, se vio colocada en una grave encrucijada de problemas nacionales y mundiales.

Ahora, transcurridos 50 años de nuestra fundación, podemos mirar hacia atrás sin temor de convertirnos en estatuas de sal (el omoto Rogelio Morales diría estatuas).

Mirar hacia atrás bajo el signo de una predisposición evocativa que califica la nostalgia de las canas que pintamos quienes no nos pintamos el pelo.

Mirar hacia atrás para reconstruir tantas horas vividas juntos, tantas jornadas ganadas al aburrimiento cotidiano, tantas lágrimas derramadas al son de los pasillos.

Noche, por ejemplo, como aquella en que el famoso Trío Mastra, los “bestias” de los “potolos”, los “Indianos” y ese equipo de retacos formado por los dos López y Ernesto Albán, se fajaron a punta de canciones hasta las seis de la mañana.

Vivimos lo que nos gustaba, lo que nos unía, lo que nos alejaba más y más de aquello que Miguel de Unamuno llamara “el sentimiento trágico de la vida”.

Mirar hacia atrás promueve la sonrisa que no deja de aflorar en mi caso, cuando rememoro todas aquellas inofensivas locuras que solíamos cometer improvisadamente.

Cómo no sonreír recordando los “cachos” tan genialmente contados por el inolvidable “Cabo” Vaca, a su manera un extraordinario creador de la narración humorística.

Del querido “Perro” Rojas, tengo una memoria llena de anécdotas, todas relacionadas con su fabulosa capacidad de mentir. Y de Luis Emilio Yépez, alias “huevitas”, persiste la visión de su pánico fingido, cuando el “loco” Leonardo (también conocido como “orejás de capacho”), simulaba querer arrojarlo desde un segundo piso a la calle, para cuyo efecto ese torturador inocente cercaba a su víctima con periódicos encendidos.

Curiosamente, la felicidad de Yépez dependía del menor o mayor ritmo que el “loco” imprimía a sus bromas. Y cuando éstas cesaron por causas ajenas al vicentino, el “huevitas” se murió.

Entre risa y risa, copa y copa, la música, nuestra música, gratificada infaltablemente con sonoros silbidos y pifias, cada vez que el dúo Benítez Valencia, los “bestias”, lucían esa insuperable calidad de juglares hondos y emotivos de nuestro pueblo, expresaba claramente lo que nosotros sentíamos como auténticos hombres de nuestra tierra.

Eran “bestias” por eso, bestias para cantar y no por lo otro. Porque de tanto emocionarnos con sus canciones, que eran ciertamente canciones del alma, y hacerlo bellamente, lo único que se nos ocurría decirles era “bestias”.

Junto a Gonzalo Benítez y Luis Alberto Valencia evoco la memoria del “Pollo” Ortiz, de los dos Idrobos, de todos quienes nos acompañaron con frecuencia, atraídos por la luz de nuestro jolgorio alimentado por la pasión de la vida y la necesidad de ser por encima de todas las dificultades.

El tiempo que nos tocó vivir nos permitía, precisamente, ser como fuimos. ¡Qué hubiera sido de algunos de nosotros, entregados con pasión a las luchas universitarias, si no hubiéramos tenido el desahogo que nos brindaba nuestro Club cotidianamente!

El “Crack” era la convergencia de muchas inquietudes y esperanzas que cada uno podía expresarlas a su modo. Era la concreción de múltiples deseos, a veces no bien definidos y perturbados por los problemas que vivían la patria y el mundo, propios de una humanidad hollada por la Segunda Guerra y de una patria mutilada por el infame Protocolo de Río.

Pero esos deseos inciertos y vagos nos unían y nos exigían, de cualquier modo, una forma de actitud que se manifestó sin perder oportunidad, alrededor de un concepto de amistad que tanto se echa de menos en el tiempo actual, tan embebido en el egoísmo, la prepotencia y la desigualdad.

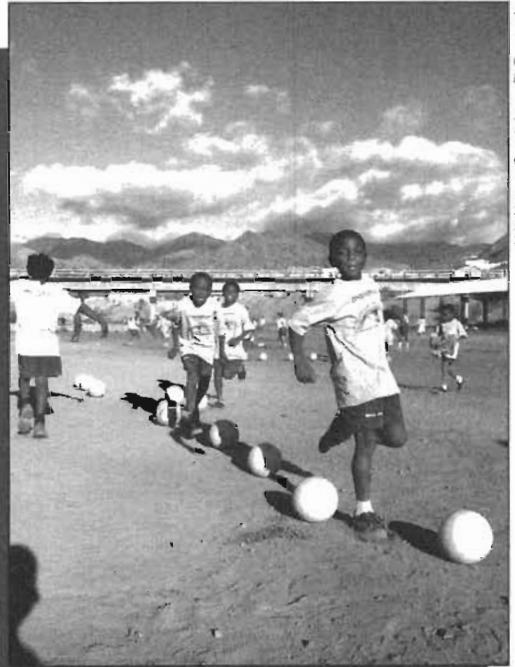
Nuestro Club estaba abierto para todos. Si fuera posible rescatar un libro único, que el “Perro” Rojas cuidaba con auténtico celo de perro, allí descubriríamos un cúmulo de pensamientos, ocu-

rencias, ovillejos, etc., cuyos autores eran Jorge Adoum, Patricio Cueva, Juan Cabrera y más ingeniosos poetas entrañados en el corazón de la gracia.

¡Qué pena que no hayamos registrado, si se quiere notarialmente, la historia detallada de nuestro Club, que hubiera resultado ser, en cierta medida, la historia del Quito de ese entonces! Pero cuantas ocasiones quisimos grabar clandestinamente los cuentos insuperables del “Cabo” Vaca, como que éste intuía la conspiración, lo que le reprimía, obligándolo a enmudecer. Inclusive, se enojaba como si le hubiéramos mencionado la edad. Y es que él era de aquellos individuos con la chispa a flor de labios, instantáneo como una flecha, con una maravillosa fibra cerebral conectada automáticamente a los comentarios más sagaces y oportunos.

Y así, nada ha quedado del recordado “cabito”, que no fuera el recuerdo de las muchísimas horas que disfrutamos a su lado y el dolor de haberlo perdido demasiado pronto.

Inolvidables aquellos partidos de fútbol, por fortuna reseñados en los periódicos locales. Pero solamente nosotros podíamos comprender hasta qué punto operaban en el interior de los respectivos compromisos una serie de sentimientos, todos los cuales comenzaban por exaltar el valor de un deporte practicado por gentes aficionadas, es decir, sin otro interés que no fuera rendir homenaje a la cultura física.



Washington Benalcázar - El Comercio

La perniciosa idiotización a través del pateo reiterado de un objeto redondo. Misa y pelota, la peor droga para los pueblos.

La Protesta

De paso diré que los equipos rivales cifraban los resultados de los cotejos en dos posibilidades importantes: los geniales autogoles cometidos por el “Flaco” Moreano y la famosa piedrita del “Negro” Ribadeneira.

Han quedado, pues, y lo repito, los recuerdos, esa sensación especial que nos deja la vida transcurrida, un poco difusa, como de reencarnación, pero que hacia dentro del hombre constituye el peso específico y la constancia de que se ha vivido: una riqueza de expe-

riencias que vienen a ser el certificado de haber cumplido con el deber y, en tal virtud, tener cosas en qué pensar y evocar.

De esa riqueza generada por la vida cumplida, embebida en el cuadro de una inquietud humana consecuente con su tiempo y la Sociedad a la que pertenecemos, he podido extraer algunos momentos que ahora reconstruyo, como quien piensa en voz alta.

Organizar la memoria de nuestra Sociedad creo que sería una tarea altamente difícil, un verdadero proceso de investigación de personas y épocas, de gentes y de historia. Ojalá eso se pudiera hacer algún día.

Pero ello no quita que, de todos modos, llevemos una sobrecarga de vivencias esenciales y sólo cabe que nos felicitemos por este encuentro, bajo cuya realidad de amistad y presencia rediviva florece el año en que nació nuestro Club.

Cierto es que nuestras filas, al cabo de 50 años, han visto disminuir su contingente de hombres y de amigos, como no podía ser de otra manera.

Los demás, como dice el "Olo" Lasso, estamos, en lista de espera. Una espera, sin embargo, que la afrontamos como tiene que ser, sin los brazos cruzados.

Y esta feliz conmemoración es buena prueba de lo que se puede hacer, sin olvidar que, de vez en cuando, nos hemos estado reuniendo para vernos en la perspectiva de la evocación y al calor de

esta tónica vivificante, comprobar que seguimos tan vivos como antes.

Para los que se fueron, van mis palabras más cariñosas y sentidas. Y quiero incluir entre ellos, a ese betunero excepcional que fue Carlitos Zambrano, que supo dar a sus hijos sendas carreras universitarias, y fue por largo tiempo, su puesto del Portal, lugar de convocatoria forzosa para todos nosotros.

Y como me es fácil ver en ustedes, sobre todo en algunos, la gana de tomarse ya un buen trago conmemorativo, me parece prudente suspender este discurso, que ha salido de mi corazón, que tiene irremediablemente que resultar incompleto, pero mejor así, puesto que, de inmediato, cada uno de ustedes aportará a la memoria común lo que ha sido omitido a través de mis palabras.

Termino, pues, agradeciéndoles efusivamente el haber confiado en mí para este discurso de orden, y convocándoles para la celebración de los segundos 50 años de nuestra fundación, a cuya sesión solemne no faltarán dos de nosotros: el "Pelado" Vélez y el "Caballero" Veintimilla, los más "angos" de todos.

Queridos compañeros y amigos:
¡Salud!

Sesión Solemne realizada por la Sociedad Deportiva "Crack", el día 25 de abril de 1985, con ocasión de celebrar dicha entidad el Quincuagésimo Aniversario de su fundación, en la Sala Jorge Icaza de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

Cabeza mágica

Carlos Ríos Roux

Suenan los tambores y su sonido se remonta en las olas que lo llevan y lo traen multiplicándolo, entre las barcazas y redes de pescadores.

Ha nacido un niño y Ancón está de fiesta.

Con su llegada, la familia Spencer ha aumentado.

Muy pronto la pelota y Alberto pasarán casi todo el tiempo juntos y juntos harán muchos amigos.

En la calle, el baldío, en la playa o en el patio de la escuela, siempre estaba Alberto Spencer, descalzo y flaco, corriendo con los compañeros tras la pelota que era de trapo y pocas veces de caucho.

La familia Spencer migra a la ciudad de Guayaquil y allí va Alberto con su íntima, la pelota.

Sus correrías llamaron la atención a los descubridores de talentos que lo recomiendan al club Everest.

Alberto Spencer debuta en primera división en el año 1956, constituyéndose en figura y goleador del fútbol ecuatoriano.

Sus goles se repetían de domingo en

domingo y pronto la Selección Ecuatoriana lo incorporó como su centro delantero titular.

Muchos equipos ecuatorianos intentaron conseguirlo, pero fue uno del Uruguay, el afamado Peñarol, quien consiguió su transferencia en el año 1959.

Pronto Alberto Spencer, el incide “piel canela”, se convierte en goleador y Peñarol es campeón del fútbol uruguayo, campeón de América y campeón del mundo, derrotando Peñarol con Spencer en la final de 1961 al Benfica de Portugal y en 1966 al Real Madrid de España.

Los dirigentes del prestigioso fútbol uruguayo, muchas veces campeón del mundo de selecciones, intentan persuadir a Alberto Spencer que obtenga la ciudadanía uruguaya para que se integre a su selección de fútbol. Sólo consiguen que Spencer vista la camiseta celeste en partidos amistosos en una gira por el continente europeo. El Estadio de Wembley en Inglaterra aplaudió un magistral gol de Spencer.

Alberto Spencer, con orgullo de ecuatoriano, decide que sólo quiere representar a Ecuador en competencias

futbolísticas de selecciones.

El casamiento, la llegada de los hijos y la seguridad económica, mejoran su práctica profesional.

Pasaron más de diez años y Spencer siguió siendo goleador y campeón con Peñarol.

Sus goles y triunfos contribuyeron a que el nombre del fútbol ecuatoriano se conociera en todo el mundo.

Alberto decide terminar su carrera como futbolista activo donde comenzó, en su patria Ecuador. En 1971, Barcelona lo contrata y se repite la historia, Spencer con sus goles hacen de Barcelona campeón nacional.

Pronto cuelga los zapatos de fútbol.

Después de haberse retirado de la competencia internacional en 1972, sigue siendo el máximo goleador de la Copa Libertadores de América de todos los tiempos.

Su pasión por el balompié lo retorna a las canchas, ahora como entrenador.

Algunos equipos se beneficiaron de su prestigio, experiencia y conocimientos.

En 1974, Universidad Católica; en

1976, el Club Sport Emelec y en 1978 Huracán Buceo de Uruguay.

Las emociones, alegrías y tristezas por más de 20 años fueron obstruyendo su corazón. En 1980 tuvo una crisis cardíaca que obligó a los médicos uruguayos a practicarle una operación de corazón abierto.

Pronto los pueblos uruguayos y ecuatorianos acuden en su ayuda- el Gobierno de Ecuador en reconocimiento a su trayectoria deportiva y a las labores de embajador deportivo ad honorem que había realizado en veinte años, le otorga el nombramiento de Primer Secretario y posteriormente Cónsul en la Embajada del Ecuador en Uruguay.

Hoy Alberto Spencer, ya abuelo, rodeado de familiares y viejos amigos, continúa desempeñando el cargo con eficacia en la Embajada ecuatoriana en Montevideo.

Él sabe que la vida continúa y que todos los días, en cualquier parte de su querida tierra, siguen naciendo niños de origen humilde como él, pero ricos en ilusiones de servir a su patria.

Una zancadilla en el césped

Juan Carlos Morales Mejía

Primera escena: en el observatorio astronómico maya de Chinchén Itza, el sacerdote corta la cabeza del fiel que regala su vida a los dioses. El sacerdote toma la cabeza y la pateo desde la pila ofertorio. Abajo esperan más devotos que comienzan a dar pases cortos y a tratar de topar al cielo. Corre el año de 347 A.C. y se cree que así comenzó el fútbol. Más tarde, los ingleses se encargarían de expandirlo por el mundo y poner sus reglas. Otros aseguran que nació en Japón cuando a alguien se le ocurrió patear la cabeza de un prisionero anteriormente cercenado.

Segunda escena: la garra charrúa propina dos goles en el “Maracanazo”, ante los ojos atónitos de los brasileños, que han anotado un tanto. Es el año de 1950 y mucho tiempo después el arquero, odiado y olvidado por no tapar el gol, barre los desperdicios del propio estadio. El viejo se agacha para recoger una naranja y ya nadie lo recuerda.

Tercera escena: en un laboratorio gringo la orina de Diego Maradona reposa en un tubo de ensayo. El científico la manipula y descubre efedrina, una

sustancia prohibida por la FIFA. Maradona jura por sus hijas que es inocente y después se convierte en un mar de lágrimas. Las saladas sustancias no alcanzan al todopoderoso Joao Havelange y el “me cortaron las piernas” se va hundiendo en el pasado. En los tiempos en que la mamá de Maradona lavaba el único par de medias en una villa-miseria, en Buenos Aires. Ni siquiera imaginaba que su hijo prepararía una boda, donde asistió hasta el propio presidente, Menem.

El “Pelusa” ha rodado nuevamente, siempre envuelto entre la polémica y unas piernas tan maravillosas como las de Marilyn Monroe. Los niños, que en una ocasión lo miraron por la T.V. —en propaganda contra las drogas— miran absortos las desgracias de su héroe. A esa misma hora, el rey Pelé inicia su comentario y sueña en la política. Pelé no esperó que la vida le jugara un naipe bajo la manga. Ni tampoco que Xuxa siguiera junto a él por siempre, como su primer amor, en las revistas rosas.

Cuarta escena: Andrés Escobar toma licor en el bar “El Indio” y un fanático

colombiano lo increpa por el auto gol, en el partido contra EE.UU. Escobar es sencillo e inteligente pero el guardaespaldas no lo deja replicar. Tres balas surcan el aire y cambian el destino de Escobar. Los medios de comunicación del mundo repiten hasta la saciedad los incidentes: “es un país de bárbaros”, dice un comentarista ruso. En Londres, los temibles fanáticos ingleses, conocidos como *hooligans*, preparan sus mejores golpes para el próximo mundial, y los muertos suman más de medio centenar.

Quinta escena: después de los ensayos nucleares en el atolón de Mururoa, en la Polinesia, Francia está bajo los ojos del mundo. En la 6 de Diciembre, en Quito, aparece un graffiti: “Si no paran los ensayos no iremos al mundial 98”.

Sexta escena: “Ecuador, Ecuador, mi país, mi país”, grita el locutor cuando la selección tricolor gana a los argentinos. “Tenemos fuerza testicular”, dice el Vicepresidente de la República, Eduardo Peña Treviño, ante unas cámaras de T.V. que ya no aguantan nada más.

Séptima escena: Francisco Maturana sabe lo que hace. Saca a los muchachos fuera del país para trabajar más allá de las piernas: en el cerebro. Sabe que el miedo al éxito puede hacer temblar a cualquiera, frente al arco vacío. Por eso dice que es un proceso y que en definitiva un partido es un partido: en la cancha cualquiera puede ganar. Pero los fanáticos del fútbol no saben de eso. Si gana su equipo saldrán a las calles a festejar, aunque sea

en plena ley seca. ¿Y si pierde? La resaca los empujará, a algunos, a votar en las elecciones presidenciales por el candidato que no pensaron. Sólo como una manera de vengarse... “Ahora que se murió JJ qué nos queda, ñañito, sólo Barcelona”, dice un hincha mientras añora los viejos tiempos.

Octava escena: en una oficina burocrática están listos los sánduches y las cervezas para la hora del encuentro. El árbitro da el silbato para que inicie el cotejo. Afuera, una mujer presenta sus papeles para que le atiendan a la ventanilla pública. “No hay sistema”, le dice un apresurado funcionario, que se atrasa a mirar el inicio de la fiesta del mundial de fútbol.

Se cierra el telón: los niños volverán a tener pesadillas: las piernas cortadas del héroe no son una buena compañía. En una habitación oscura alguien prenderá la T.V. para escuchar cómo pontifican los comentaristas, cómo siempre son los primeros en tener la razón. En Chichón Itzá los niños juegan en la calle mientras el “Güero”, como lo conocen a Alex Aguinaga, peina al balón.

PD: Ecuador se alista para entrar por primera vez en un mundial... La pelota rueda en la cabeza de millones que sólo la intuyen como es.

Historia de Pelotudos
Editorial Astrolabio
Juan Carlos Morales, 1998

La hora de la verdad

Fernando Arias M.

Había llegado el momento, la hora de la verdad. Durante dos años, Ecuador luchó codo a codo por alcanzar un lugar entre los treinta y dos países invitados al más importante evento del orbe, el Campeonato Mundial de Fútbol, y por primera vez en toda la historia se encontraba a un solo punto de llegar a la meta. Nunca antes estuvo tan cerca como ahora. Nunca antes.

En esta extraordinaria campaña, incierta al inicio, hasta alcanzar ribetes espectaculares en la segunda vuelta, Hernán Darío Gómez era el principal responsable. “Bolillo” formó un equipo compacto, con gran personalidad y concentración que cosechó 16 puntos en los encuentros de revancha, diez fuera de casa, hasta convertir a su selección en el mejor plantel después de Argentina durante la segunda etapa, además Ecuador tenía en sus filas al goleador de las Eliminatorias con nueve anotaciones: Agustín Delgado, cifra similar a la del argentino Hernán Crespo. Nunca antes los ecuatorianos estuvieron en una posición tan espléndida como el tercer lugar,

ni ganaron cinco juegos de manera consecutiva, ni lograron tantos puntos en condición de visitante.

La Selección y “Bolillo” unificaron al país, regalaron a millones de ecuatorianos una felicidad infinita, inolvidable e indescriptible y a estas alturas del torneo, cuando la clasificación aún no se concretaba, Hernán Gómez ya se había hecho acreedor en forma justiciera a aquella condecoración que le dio el gobierno antes del histórico “Monumen-talazo” de Lima. Hasta las balas arteras no afectaron el espíritu del mejor director técnico de la historia del balompié del Ecuador, quien contó con el apoyo solidario de sus muchachos, los actores de esta hazaña, de dos hombres que fueron claves en la campaña: Elkin Sánchez y el Capitán Vinicio Luna, y tras ellos, un equipo de trabajo, comenzando por el presidente Luis Chiriboga hasta el último integrante del cuerpo de utileros. Todos ellos también formaban parte de este éxito.

Sin embargo, el sueño mundialista aún no se había cristalizado, faltaba Uruguay que con 25 puntos parecía resignado a luchar por el quinto lugar y así



Archivo El Comercio

Ser partidarios de un club de fútbol reporta la intensidad emocional de una militancia político-religiosa, y hoy podría decirse que todos los clubes de fútbol son algo más que clubes de fútbol.
Manuel Vásquez Montalbán

acceder a la repesca contra Australia, pues la clasificación directa al momento la tenía Ecuador con sus 29 unidades.

Los ecuatorianos no se podían confiar, ni creerse ganadores antes de jugar. Eso le pasó a Brasil en la final del IV Mundial de 1950, cuando sólo requería empatar con los uruguayos para coronarse campeón y ante 200.000 personas en el mítico estadio Maracanã de Río de Janeiro, perdió 2-1. El número uno, contra todo pronóstico fue Uruguay, un país acostumbrado a realizar este tipo de gestas y a levantarse de sus propias cenizas como el ave Fénix.

“Bolillo” Gómez convocó a 22 futbolistas para jugar las dos jornadas finales de las Eliminatorias, frente al equipo charrúa primero y a Chile una semana después. Los clubes del país colaboraron decididamente con la causa y compactaron las fechas del campeonato ecuatoriano para facilitar a sus jugadores diez días antes del choque programado para el 7 de noviembre. Se realizaron cuatro programaciones del torneo local en una semana, algo inédito en el Ecuador, incluso Emelec de Guayaquil tuvo que disputar el mismo día dos partidos, uno por el campeonato nacional y otro por la

Copa Merconorte. Los guayaquileños ganaron ambos juegos y por goleada, sin duda una gesta histórica de este club.

La semana previa al inicio de los entrenamientos el Necaxa de México transfirió a Agustín Delgado al club inglés Southampton. La presencia de este goleador en la selección estuvo en duda por una cirugía que debía realizarse en la rodilla desde hace varias semanas. Se acordó con los directivos británicos que esta operación se lleve a cabo luego del partido contra el equipo charrúa, por consiguiente el "Tin" ya se convirtió en la primera baja para el siguiente choque contra Chile, pero se aseguró su presencia en este encuentro crucial ante Uruguay. La decidida intervención del Dr. Patricio Maldonado, oponiéndose tenazmente al deseo del médico del Necaxa que quería una cirugía inmediata e injustificada, permitió contar con el goleador del valle del Chota¹ para este juego. Otra ausencia fue la de Nicolás Asencio por un fractura de dos dedos de su mano, pero sí fue convocado ante la posibilidad de que pueda jugar contra los araucanos. No fue llamado el defensor Guagua luego de la grave lesión muscular acaecida en La Paz.

1 El valle del Chota es una zona subtropical ubicada a 150 Km. al norte de Quito, en la provincia de Imbabura. Su población es de color. De este sector provienen los hermanos Guerrón, Édison Méndez, Ulises De La Cruz, Cléber Chalá, Agustín Delgado, Geovanny Ibarra y la "Sombra" Espinoza.

Por otro lado, Ecuador recuperó a Augusto Poroso, titular hasta aquel partido contra Paraguay donde fue expulsado, posteriormente se lesionó jugando para su club y quedó al margen de la selección hasta esta convocatoria. El resto del grupo era el mismo de otros encuentros, incluyendo el gran capitán Alex Aguinaga, cuyo retorno causó enorme alegría a todos sus compañeros. El "Güero" se recobró de su lesión, aunque físicamente no estaba en su mejor momento. Así mismo fue llamado Carlos Tenorio, goleador de LDU en la Serie B, quien nunca antes había jugado en ninguna selección porque nadie se percató de sus recursos futbolísticos. Tenorio, de 22 años de edad, tenía excelentes condiciones técnicas y algunos periodistas mencionaron que se encontraban ante el probable sucesor de Alberto Spencer.

Uruguay en cambio tenía muchos problemas, perdió a su mejor hombre, el volante de creación, Fernando Magallanes, por doble tarjeta amarilla y tuvo varios jugadores golpeados que se recuperaron pocas horas antes del viaje a Guayaquil. Su entrenador era el uruguayo Víctor Púa, reemplazante de Daniel Pasarella quien a su vez renunció a la selección por divergencias con los directivos de los principales clubes; sin embargo, el rendimiento actual del cuadro charrúa era igual de irregular que en los tiempos de director técnico argentino, por eso estaba ubicado en el quinto lugar.

Uruguay tenía varias estrellas que actúan en el fútbol italiano y español. Su fuerte era la defensa, la mejor de las Eliminatorias, con apenas once goles en contra, donde sobresalía el gran arquero Fabián Carini, el veterano zaguero Paolo Montero, Alejandro Lembo y Washington Tais, que formaban un frontón muy difícil de superar. Los uruguayos eran insuperables en el fútbol aéreo, duros en la marca y si debían entrar con pierna fuerte o agredir al adversario, no se andaban por las ramas. Los problemas comenzaban adelante donde Álvaro Recoba, el único delantero sobresaliente, no igualaba a las grandes estrellas de otras épocas. El equipo celeste se parecía a Colombia al tener un buen sistema defensivo pero un pobre ataque, por eso los uruguayos, al igual que los cafeteros, obtuvieron sus mejores resultados jugando de visitantes y eso los convertía en un rival muy peligroso para el Ecuador.

El interés del público por este partido fue extraordinario. El 80% de las entradas se vendieron con anticipación y las pocas que llegaron a las taquillas del estadio Atahualpa se agotaron inmediatamente, los hinchas permanecieron hasta tres días haciendo cola para poder obtener un boleto. La prensa de varios países sudamericanos, europeos, de Corea y Japón se hicieron presentes en los entrenamientos del Ecuador y todos estaban convencidos que el equipo ya tenía asegurado su cupo en el Mundial. Tanta importancia le dieron al cuadro de

“Bolillo”, que incluso en la cadena internacional de televisión PSN, en un programa dirigido por Pelé, se presentó Alberto Spencer, el más grande futbolista ecuatoriano de todos los tiempos y máximo goleador de la Copa Libertadores con 54 goles. La vida de Spencer y la actuación del equipo de Hernán Gómez fueron el tema central de este programa.

La expectativa por la Tricolor había superado los límites nacionales, era la selección del momento, el plantel dispuesto a ingresar por la puerta grande al Mundial, aunque aún se encontraba en la antesala. La fiesta estaba armada, el pueblo listo a entregarse entero por la causa de su país, porque estaba seguro que los once actores de esta epopeya y aquellos que ingresen al cambio, iban a lograr la ilusión de toda la vida, clasificar al Mundial de Japón y Corea del año 2002. La afición respiraba un aire triunfalista... excesivamente triunfalista.

Dos días antes del partido, el “Nine” Jaime Kavedes recordó a los periodistas un sueño que tuvo en su niñez. Este sueño lo mencionó a la prensa en muchas ocasiones desde que se dedicó a la profesión de futbolista y vestía la casaca del Emelec: “Sueño con estar en un Mundial. Cuando yo sea un jugador profesional, Ecuador estará en un Mundial y yo haré el gol de la clasificación”.

Una guerra de nervios se creó cuando Carlos María Morales, delantero uruguayo del Toluca de México, señaló

que iban a ser maltratados por los ecuatorianos.

Esto provocó la reacción airada de la prensa ecuatoriana, especialmente quiteña, porque este jugador vistió la camiseta de LDU, fue un ídolo en este club y ahora actuaba como un malagradecido. Las palabras precipitadas de Morales perdieron validez cuando Uruguay llegó a Guayaquil 24 horas antes del lance. Víctor Púa y varios jugadores dieron una rueda de prensa y el trato que recibieron fue de lo mejor.

El siete de noviembre de 2001, ríos humanos pintados de color amarillo se trasladaron desde las primeras horas de la mañana hacia el estadio Atahualpa. Los hinchas estaban decididos a esperar hasta siete horas en medio del inclemente sol con tal de ser testigos de la histórica clasificación de su país a un Mundial de fútbol.

Todos portaban la camiseta tricolor, llevaban gorros con textos alusivos, sombreros japoneses, rostros pintados y cientos de estandartes. Había carteles con leyendas de agradecimiento a “Bolillo”, otros con palabras de aliento, más allá aquellos que indicaban el lugar de procedencia de los autores, sitios tan diversos de la geografía del Ecuador como de los países a donde emigraron miles de ecuatorianos en busca de una vida mejor. Alrededor de las 11h00, el escenario estaba repleto y aún faltaban cinco largas horas para el arranque del juego. Una gigantesca bandera humana formada por

42.000 cojines de color amarillo, azul y rojo que fueron repartidos entre los asistentes a su ingreso, se formó una y otra vez en el estadio y competía con aquella que subía y bajaba en el sector de general norte, ésta última hizo su primera aparición en el partido anterior contra Argentina. Los gritos de aliento eran incansables a pesar de que el equipo ecuatoriano aun permanecía en su concentración de Parcayacu.

Todos los conjuntos musicales que escribieron canciones dedicadas a la Selección del Ecuador, así como grupos de danza folklórica y las chicas de la barra de LDU, participaron en un festival que conmovió hasta al más impávido de los hinchas. Cuando el cantante guayaquileño David Cobo interpretó su pieza “Quiero amanecer soñando”, la primera canción compuesta para la Selección de Ecuador siete años antes, todo el estadio cantó con él. Con el paso de los minutos, la fiesta crecía en intensidad, el espectáculo que se vivía era conmovedor y miles de ecuatorianos vestidos con la piel tricolor, estaban decididos a empujar con sus gritos a sus once héroes deportivos a la conquista de la hazaña. Era un día inolvidable.

Uruguay llegó a Quito tres horas antes del inicio del juego y sus jugadores fueron recibidos con una sonora silbatina cuando ingresaron a la cancha por pocos minutos para reconocer el césped. El clima se iba acercando, los gritos se multiplicaban, así como las frases: “Vamos

ecuatorianos, que esta tarde tenemos que ganar” y aquella que ya era parte del alma de todos: “¡Sí se puede, sí se puede, sí se puede!” Treinta minutos antes de la hora programada para el partido, los 42.000 hinchas se abrazaron entre sí celebrando el día del ser humano. Los rostros henchidos de emoción y cubiertos de lágrimas expresaron en aquellos instantes cuán honda era la emoción y cuán profundo el amor por el equipo de todos.

“Bolillo” ingresó a la cancha y se puso a bailar, a renglón seguido entró la Selección de Ecuador y la histeria se desató en los cuatro puntos cardinales. Mientras Hernán Gómez bailaba, los seleccionados llegaron a la mitad del campo y levantaron los brazos en señal de agradecimiento. Miles de globos con los colores de la bandera fueron liberados, una lluvia de papel picado cayó sobre la cabeza de todos, y decenas de bengalas encendidas de amarillo, azul y rojo, repartidas por todo el estadio, brillaron durante varios minutos. Nunca antes un equipo de fútbol tuvo un recibimiento tan extraordinario como este.

Pero lo mejor estaba por venir. Sucedió después que entró Uruguay en medio de la silbatina y se juntó al Ecuador para dar inicio a la ceremonia previa al arranque del juego. Fue el instante en que los 42.000 asistentes cantaron con voz estentórea todo el Himno Nacional, a pesar de que la música se suspendió al final de la primera estrofa. Fueron minutos tan emocionantes

donde el patriotismo y el orgullo de ser ecuatorianos brotaron a flor de piel. Fue la unidad total, aquella que sólo se vivió en la guerra del Cenepa y que ahora la magia del balón volvía a provocar.

Sin embargo, aún no se llegaba al clímax de estas emociones nunca antes vividas por esos afortunados aficionados que pasaron tantas horas esperando este momento. El instante supremo llegó cuando los miles de hinchas terminaron de cantar y seis aviones caza bombarderos cruzaron el cielo quiteño pintándolo de amarillo, azul y rojo con una estela tricolor que salió de sus colas. Nadie pudo soportar tanta conmoción, la histeria fue total, y los ojos de todos los ecuatorianos presentes en el estadio Atahualpa se llenaron de lágrimas de gratitud hacia Dios y sus ídolos deportivos por permitirles vivir tan bello recuerdo.

¡No se podía perder después de todas estas demostraciones! Los jugadores no podían fallar luego de tanto apoyo. ¡Esta vez se tenía que clasificar al Mundial! Esta vez sí... o nunca.

Finalmente, el árbitro mexicano Felipe Ramos dio inicio a los 90 minutos más importantes en la historia del fútbol ecuatoriano. Los recuerdos de agosto de 1965 salieron a relucir, aquellos en que el Ecuador estuvo a un paso de la hazaña y falló. Pero esos fueron otros tiempos, ahora con hombres compenetrados en su papel, unidos por su causa, dueños de una identidad y convencidos de sus posibilidades, las cosas iban a ser

diferentes. No se trataba simplemente de once jugadores que formaban un equipo de fútbol, era una familia, un grupo de amigos en busca de la gloria y a un grupo de amigos es muy difícil derrotar.

Uruguay mostró desde el inicio un planteamiento netamente defensivo con cuatro hombres en el fondo: Tais, Montero, Lembo y Guigou, tres volantes de corte: Romero, García y De Los Santos que con Guigou tenían la misión de bloquear la salida de Ulises De La Cruz, uno mixto por delante: Olivera, uno de creación: Recoba y un solo delantero en punta: Darío Silva. Era evidente que los uruguayos sintiéndose inferiores y asustados de la altura preferían quemar sus naves en la repesca con Australia que buscar la victoria, la única alternativa que les servía para clasificar directamente al Mundial. Era una táctica medrosa del entrenador Víctor Púa, quien temeroso de una derrota que deje a su país al filo de la eliminación, decidió no arriesgar y así conservar el pírrico quinto puesto que no se compadecía de la historia, otrora brillante de esta nación. En otros tiempos Uruguay hubiera ingresado a la cancha con todo, a dejar las cosas en el lugar que siempre debían estar, pero ahora le temían al Ecuador, esta vez lo respetaban. Púa jugaba con fuego porque Australia no iba a ser nada fácil, incluso asomaba como favorita para superar al equipo charrúa según muchos periodistas europeos y de Oceanía.



Cuando estás construyendo un equipo buscas buenos jugadores, no chavales para casar a tus hijas. *Dave Basset*

Ecuador alineó al mismo plantel que inició el partido en Bolivia: Cevallos en el arco, De La Cruz, Hurtado, la “Sombra” y Guerrón en la defensa; Tenorio, Obregón, Méndez y Chalá en el medio, y como delanteros en punta “Tin” Delgado y el “Nine”. Alex Aguinaga se quedó en la banca y era la primera alternativa para un cambio.

Los jugadores tricolores, a pesar de que el empate les servía para lograr la histórica clasificación, quisieron complacer a los 42.000 hinchas excesivamente triunfalistas y se fueron al ataque en busca de la victoria. Sin embargo, la presión y la responsabilidad que cargaban en sus hombros eran inmensas, y eso los hizo equivocarse en varias ocasiones. A los dos minutos ya tuvo que intervenir el arquero

Fabián Carini ante un centro de Édison Méndez desde la derecha. Pocos minutos después Cléber Chalá eludió a Gianni Guigou y Pablo García, pero su débil disparo fue contenido por el arquero.

Los ecuatorianos tocaban el balón e intentaban proyectarlo al frente, mas la sólida defensa uruguaya cortaba el juego una y otra vez, de manera que las acciones, aunque se desarrollaban cerca del área celeste, no llevaban mayor peligro para Carini. Chalá se enredaba frecuentemente, Guerrón no se atrevía a subir y los continuos avances de Ulises De La Cruz eran detenidos de cualquier manera. A la hinchada nada de esto le importó, el apoyo era total y de todos los rincones del estadio surgía el aliento, los cantos y el flamear de la bandera. Los 42.000 fanáticos estaban decididos a empujar con sus gritos a su país para que consiga la hazaña. Pero sobre el césped del Atahualpa la historia no se escribía como todos querían, los errores de los volantes y delanteros ecuatorianos se reiteraban, había prisa por llegar al arco y dificultad para dominar el balón.

Sin embargo, Ecuador llegaba empujado por su propia fuerza anímica y su maravilloso público. Un centro de Chalá para Delgado no fue aprovechado por el "Tin". Luego un remate de Guerrón provocó un enredo en el área uruguaya hasta que Paolo Montero alcanzó a rechazar. Después fue Kaviedes, quien se tardó en rematar y Lembo con las justas le quitó el balón. A renglón seguido De La Cruz

superó a sus celadores, envió un centro, el "Nine" bajó nuevamente el esférico... se demoró en disparar y le arrebataron la pelota.

En el otro arco, Cevallos pasaba de vacaciones, apenas un par de tiros libres que fueron despejados por la zaga y un remate alto de Recoba, fueron las únicas llegadas de un equipo que inexplicablemente se negaba a atacar, sabiendo que la victoria era el único medio que podía clasificar a Uruguay directamente.

En los quince minutos finales del primer tiempo, la presión sobre el arco de Carini se incrementó. Mientras el joven golero uruguayo se convertía en figura, Iván Kaviedes se iba transformando en villano al fallar otra clarísima opción de anotar, tras nuevo pase de Ulises De La Cruz, el "Nine" retuvo demasiado el balón y lo perdió ante la recia marca de los zagueros celestes. Luego fue Guerrón, quien ensayó un remate fortísimo de más de 40 metros y Carini en una estupenda estirada logró enviar el esférico al tiro de esquina. Casi de inmediato Alfonso Obregón eludió a tres adversarios, remató muy lento y el arquero detuvo el balón.

Restaban menos de cinco minutos para el final cuando Álvaro Recoba logró superar a Ulises De La Cruz con un estupendo taco hacia Nicolás Olivera, quien ingresó por el centro del área pero el balón se le adelantó demasiado llegando a las manos de Cevallos. De esto no se percató la "Sombra" Geo-

vanny Espinoza y en un acto desesperado e infantil desplazó al pequeño volante uruguayo cuando éste ya había perdido el balón. El árbitro no dudó un instante y señaló el manchón penalti.

Un silencio de muerte corrió por el estadio, mientras algunos hinchas reclamaban airadamente al juez por su decisión. La falta, completamente innecesaria, existió y no hubo nada que hacer. El propio Olivera se paró frente al balón. José Cevallos se puso en cuclillas, de espaldas al esférico, atenazó las mallas con sus manos y rezó. Pidió por la felicidad de su pueblo que se sacrificó para llegar al estadio y tanto apoyo brindó hasta ese momento a los seleccionados, le rogó a Dios, al Divino Niño y a su padre fallecido hace 17 años, que desde el cielo lo estaba mirando, para que lo ayuden como aquella maravillosa tarde, en este mismo escenario, cuando detuvo esos dos remates de Rosario; o esa jornada inolvidable en Lima cuando todo estaba en contra y se logró la victoria; o aquella noche memorable de 1998 en Asunción cuando detuvo un penalti del Cerro Porteño en contra del club de sus amores: Barcelona de Guayaquil, dándole a este equipo el histórico paso a la final de la Copa Libertadores de América². Oró hasta que el juez le pidió que ocupe su puesto para proceder al cobro de la falta penalti.

² Barcelona derrotó a Cerro Porteño 1-0 en Guayaquil y perdió 1-2 en Asunción. Esto forzó la definición por la lotería de los tiros penaltis. Allí ganó Barcelona y Cevallos fue el héroe.

Dios no escuchó su ruego o quizá tenía cosas más importantes que hacer. El tiro esquinado, alto y dirigido hacia el ángulo derecho, llegó a la red, a pesar del esfuerzo de Cevallos que se lanzó al mismo lado pero no alcanzó a desviar el balón. Sin hacer el menor mérito Uruguay abría el marcador, comenzaba a soñar con la clasificación directa y enviaba al Ecuador al infierno de la repesca.

Con un pequeño bailecito y rodeado por sus compañeros, Nicolás Olivera celebró el gol. A su alrededor las banderas dejaron de flamear, los gritos se acallaron y fueron reemplazados por miradas de asombro, frustración e inmenso dolor. Tres minutos después terminó el primer tiempo, justo cuando Ecuador se lanzaba con todo en busca del empate. El silencio y la soledad cayeron sobre el escenario, hasta el cielo quiteño, soleado antes del juego, se había nublado como si estuviese a punto de llorar.

En el camerino Tricolor, las cabezas gachas y las miradas en el piso le decían todo, pero “Bolillo” levantó el ánimo a sus muchachos y les recordó que de peores situaciones salieron adelante.

—No se desesperen —dijo Hernán Gómez— La clasificación se puso más linda porque ahora va a ser más difícil. Sigán jugando como lo están haciendo, sigan deleitándose y ya verán como alcanzamos el empate.

Aquellas palabras levantaron la moral del grupo. Lo mismo sucedió con los hinchas, los quince minutos de descanso

sirvieron para que se tranquilicen, reúnan energía y vuelvan a alentar al país. Cuando Ecuador retornó a la cancha el grito de “Sí se puede, sí se puede” retumbó en el estadio Atahualpa. 42.000 fanáticos de pie aplaudieron a su nación y volvieron a empujar a su selección hacia el arco visitante.

Olivera ya no retornó al campo de juego, tuvo una discreta actuación, a pesar del gol y fue reemplazado por el delantero del Toluca, Vicente Sánchez. La intención de Púa era darle velocidad al ataque con un hombre acostumbrado a jugar en la altura, pero su plan no resultó porque Sánchez nunca se acomodó y ni siquiera pudo tapar las continuas subidas de Ulises De La Cruz. Sin embargo, Ecuador seguían naufragando en su sistema y sus jugadores comenzaron a utilizar el juego aéreo donde los uruguayos eran insuperables, el aliento continuó a pesar de los problemas del equipo Tricolor.

A los doce minutos del segundo tiempo los hinchas se emocionaron cuando vieron a Aguinaga, el gran capitán, al borde de la cancha. El cemento retumbó con el grito de miles de fanáticos: “Ole, ole, ole, ole... Alex... Alex” Instantes después el “Güero” ingresó al campo de juego en sustitución de Chalá. Muchos periodistas se contrariaron con este reemplazo porque desde que Aguinaga no jugaba, Ecuador había logrado importantes triunfos y pensaban que Alex ya no estaba en condiciones físicas para un encuentro de esta catego-

ría. El pueblo que sufría en las gradas del Atahualpa no pensaba así... y la voz del pueblo, es la voz de Dios.

En los siguientes minutos, Aguinaga se pegó a la derecha y se perdió en el campo de juego por lo que “Boliillo” arriesgó todo, sacó al defensor Guerrón y lo reemplazó con “Cuchillo” Fernández quien se convirtió en un puntero derecho, de esta manera Alex se fue al centro de la cancha donde su aporte tenía que ser más eficiente.

Sesenta segundos después Álvaro Recoba se escapó solo y Tenorio lo derribó. El árbitro Ramos le sacó la tarjeta amarilla al volante tricolor y éste quedó suspendido para el siguiente juego.

La hinchada no claudicaba y empujaba a sus jugadores de una manera extraordinaria, saltaba, gritaba y alentaba. En todo el estadio se escuchó una y otra vez: “¡Vamos ecuatorianos que esta tarde nos vamos al mundial!”

A los 24 minutos se cobró un tiro de esquina a favor del Ecuador, la “Sombra” Espinoza ganó por primera vez en el juego aéreo, pero su remate fue salvado casi desde la raya de sentencia por Lembo. Miles de hinchas se pararon a gritar el gol y volvieron a sentarse desconsolados. De inmediato Alex recuperó un balón en propio territorio, levantó la cabeza, miró a Kaviedes entre dos zagueiros y le puso un pase extraordinario, de unos 40 metros. El “Nine” paró la pelota con mucha clase, ingresó solo al área,



Después de muchos años durante los cuales el mundo me ha permitido vivir experiencias variadas, lo que sé acerca de la moral y las obligaciones de los hombres se lo debo al fútbol.

Albert Camus

se resbaló pero alcanzó a rematar a una esquina. La hinchada, nuevamente, se puso de pie y volvió a sentarse en medio de una impotencia total. Los gritos pidiendo la salida de Kaviedes, que ya se escucharon desde el inicio del segundo período, se incrementaron.

A los 27 minutos nuevamente el maestro Aguinaga puso un pase magistral, esta vez a Agustín Delgado. El “Tin” retrocedió con la pelota siendo perseguido por Paolo Montero, miró que Alex se proyectaba hacia el vértice del área y le devolvió el esférico. El “Güero” recibió el balón, levantó la cabeza, vio al “Nine” ubicado

en el área chica y le envió un centro medido “con escuadra, regla y compás”. Kaviedes se elevó entre García y Lembo y cabeceó hacia el arco. Carini levantó los brazos aduciendo una posición adelantada inexistente y se quedó inmóvil. 42.000 hinchas contuvieron el aliento y siguieron la trayectoria del balón, hasta que éste murió en la red.

Una explosión de felicidad, de locura y de frenesí invadió los graderíos del Atahualpa. Era el clamor de 42.000 enloquecidos ecuatorianos que gritaron el gol hasta enronquecer. Las lágrimas rodaron a raudales, el pueblo se conmo-

vió hasta lo más íntimo, los extraños se abrazaron entre sí y lloraron juntos. La gente corrió de un lado a otro, todos saltaban, vociferaban y seguían llorando. Otros de rodillas elevaron sus voces al cielo en señal de agradecimiento, habían quienes besaban su camiseta mientras subían y bajaban por las gradas. Por allá las parejas se confundían en abrazos y besos interminables, esposos, novios, padres e hijos, niños pequeñitos y ancianos, blancos y negros. Todos formaron un solo puño, un solo grito, un solo llanto. Fueron los cinco minutos más hermosos en la vida de los ecuatorianos.

En la cancha, Kaviedes corrió hacia la banca, se sacó la camiseta, la sostuvo en su mano y con el rostro lleno de lágrimas buscó a su maestro, a “Bolillo”, al hombre que nunca le perdió la fe. En su carrera finteó a sus propios compañeros y sin que nadie puede alcanzarlo llegó hasta los brazos de Hernán Gómez. Entonces se abrazó con él, lloró, y una montaña humana formada por todos los jugadores titulares y suplentes, cuerpo técnico, médicos, utileros, pasabolas y hasta reporteros, se edificó sobre el césped del estadio, en la mitad del terreno, sin importar los reclamos del juez que pedía que salgan al borde del campo de juego. En aquella inolvidable tarde, se vivió un festejo prolongado, interminable y divino.

Trece millones de ecuatorianos gritaron el gol en todos los rincones del país. En las calles, restaurantes, bares, cines,

almacenes, en el campo y en todos los hogares, la celebración fue interminable. Muchos se arrodillaron ante el televisor y levantaron los ojos al cielo para agradecer a Dios, otros besaron la pantalla, hubo quienes lloraron de emoción y se abrazaron con perfectos extraños. Todos se unieron en ese mágico momento, sin importar la región de origen, la condición social o el color de la piel, todos gritaron hasta enronquecer. Hasta las amas de casa a quienes no les interesaba el fútbol se sintieron arrastradas por ese vórtice de pasión que sólo el balompié puede provocar.

El partido materialmente terminó después del gol de Kaviedes. Uruguay ya sin resto físico, se resignó al empate que al menos le mantenía con opciones de jugar la repesca aunque lo dejaba al margen de la clasificación directa. Ecuador, que sólo necesitaba un punto para lograr su pase histórico al Mundial de Corea y Japón, tampoco arriesgó. Víctor Púa intentó darle fuerza a su ataque con el ingreso del polémico delantero del Toluca, Carlos María Morales en lugar de Darío Silva, pero de nada valió. La actuación de Morales fue tan discreta como la de su compañero de club Vicente Sánchez. Los dos deambularon en la cancha y fueron superados abrumadoramente por la zaga ecuatoriana. Para colmo de males, Álvaro Recoba se lesionó y tuvo que ser reemplazado por Diego Pérez, con lo cual Uruguay se quedó sin creación y sin ataque.

“Bolillo”, en forma inteligente sacó a Kavedes cuando restaban doce minutos para el final e ingresó al “Chino” Gómez, con lo que reforzó el sistema defensivo que quedó debilitado con la salida de Guerrón. El “Nine” salió en medio de los aplausos de los hinchas, quienes lo habían vuelto a convertir en héroe luego de tildarlo de villano. Esto es lo hermoso del fútbol: la oportunidad de la revancha. Kavedes había perdido goles increíbles pero, finalmente, anotó la conquista decisiva y con ello se reivindicó ante sí mismo y especialmente ante la hinchada.

Los minutos finales pasaron en medio del drama y tensión que vivieron tanto los 42.000 asistentes como la banca ecuatoriana. El grito de “Sí se puede, sí se puede” retumbaba en el estadio al igual que “Vamos, ecuatorianos que esta tarde nos vamos al Mundial”. Los jugadores suplentes y el cuerpo técnico del Ecuador se abrazaron entre sí como viejos amigos y de pie esperaron el final, a cada momento se volvían hacia la tribuna y se convertían en directores de barra. El único que no estaba parado era Kavedes porque de rodillas oraba y sufría más intensamente que los demás. El pueblo contagiado por ese espíritu de unidad de sus futbolistas centuplicó su aliento.

La angustia que envolvía el ambiente contrastó con la calma y concentración de los once ecuatorianos en la cancha, donde el maestro Alex Aguinaga se había convertido en el director de la hermosa

sinfonía futbolística que sus compañeros desplegaban en el campo de juego. El toque acertado, las paredes, el pase corto y largo formaban parte del repertorio de Ecuador, dueño absoluto del balón, ante un adversario resignado a su suerte. El grito de “Ole, ole, ole” pronunciado una y otra vez por millares de hinchas, convirtieron al estadio Atahualpa en una plaza de toros.

El juego lo manejaba Ecuador, lejos de su área, en campo uruguayo y el equipo visitante sufría ante la posibilidad de un nuevo gol en contra. A seis minutos del final, Ulises de la Cruz llegó al área aludiendo a cuanto rival se le puso al frente, alcanzó la línea de fondo, enfrentó a Carini y envió un centro retrasado, el llamado centro de la muerte. El balón llegó a los pies de la “Sombra” Espinoza, convertido en providencial delantero, y su remate se perdió increíblemente sobre el horizontal cuando tenía todo el arco a su entera disposición. Uruguay volvió a respirar.

Dos minutos finales! Eso fue lo que exhibió el cuarto juez en la tarjeta electrónica cuando se completó el tiempo reglamentario. Se comenzaron a jugar los descuentos y todos los hinchas, que hace mucho rato veían el partido de pie, comenzaron a brincar emocionados y a gritar: “¡Sí se pudo, sí se pudo, sí se pudo!” Otros contaban los segundos: “Cinco, cuatro, tres, dos, uno”. La banca también saltaba esperando el desenlace, y éste finalmente llegó cuando el árbitro

mexicano Felipe Ramos levantó los brazos y decretó el final.

Entonces la fiesta se inició, los integrantes de la banca ingresaron a la cancha y se confundieron con sus compañeros que acababan de concretar la hazaña, en un abrazo inmenso y solidario. Fue el momento más feliz en la vida de esos seres humanos que aún no alcanzaban a dimensionar la magnitud de su logro. José Cevallos se desplomó sobre su arco y lloró como un niño, nadie lo podía consolar hasta que vino su compañero en Barcelona: Nicolás Asencio y juntos, abrazados sobre el césped dieron rienda suelta a su enorme alegría.

“Bolillo” tomó en sus manos una bandera ecuatoriana y lleno de euforia sin límites, corrió por la pista atlética hacia la tribuna a agradecer a ese pueblo que tanto lo quería. Continuó por el resto del estadio y a cada paso recibía un aplauso ensordecedor, un aplauso mezclado con gritos, lágrimas y enorme amor de una hinchada agradecida e inmensamente dichosa. “Bolillo” tampoco pudo reprimir la emoción y lloró junto con la gente.

En otro sector del estadio, Kaviedes saltó sobre la visera de la banca de suplentes y se convirtió en un nuevo director de barra, alentando a los asistentes a gritar con él. Millares de ecuatorianos lo aplaudieron, le dieron besos volados y gritaron su nombre sin cesar. Luego apareció el tenista Geovanny Lapentti, el “Nine” le regaló su camiseta

tricolor y juntos dieron la vuelta olímpica por dos ocasiones. Kaviedes cumplió su sueño, anotó el histórico gol de la clasificación. En la camiseta blanca que llevaba puesta bajo su uniforme estaba escrita esta leyenda: “Si eres pequeño sueña, si eres grande no dejes de hacerlo... ¿Aún no lo crees? Nine”.

En otro parte, Luis Chiriboga profundamente emocionado se abrazó con otros directivos y luego con sus jugadores. El presidente había sufrido durante cuatro años toda clase de desventuras, estuvo a punto de abandonar su cargo y ahora acababa de convertirse en el dirigente más exitoso en la historia del fútbol ecuatoriano. ¿Qué más le podía pedir a la vida, después de todo lo que pasó?

En las cabinas de prensa del estadio, los periodistas ecuatorianos vivían una efervescencia indescriptible, algunos lloraron y con voz quebrada se les hizo muy difícil poder expresarse ante su público. Durante tantos años les tocó vivir una cadena de frustraciones y humillaciones por las actuaciones de la selección y ahora por primera vez podían exteriorizar toda la alegría que significaba una clasificación tan sufrida, pero tan merecida. Luego de los protagonistas directores de la hazaña, los cronistas deportivos eran los que más merecían celebrar, sobre todo porque en los tramos finales vivieron en unidad, junto a los futbolistas, dejaron de lado el regionalismo, nunca exageraron en las victorias ni fueron tan duros en las derrotas como en

épocas pasadas. Los periodistas mantuvieron equilibrio en sus comentarios, un alto grado de madurez y las consecuencias estaban a la vista; la clasificación al Mundial se había cristalizado.

Casi 60 minutos transcurrieron luego del partido y durante ese lapso nadie se movió en el estadio. Las sombras de la noche ya habían caído, y los jugadores que ingresaron al camerino retornaron a la cancha para dar la vuelta olímpica tan ansiada por toda la hinchada. Portaban banderas, corrían abrazados y gritaban junto con el pueblo: “Sí se pudo, sí se pudo, sí se pudo” Fue el más hermoso epílogo para aquella inolvidable tarde del 7 noviembre. Sólo cuando las luces del estadio se apagaron, la gente lo abandonó para continuar la celebración por las calles de Quito.

Nunca antes se produjo un festejo tan extraordinario como aquel. Minutos después que concluyó el juego, las principales calles y avenidas de todas las ciudades ecuatorianas se llenaron de miles de personas que salieron a vitorear la clasificación, vestidos de tricolor. Cientos de vehículos formaron caravanas interminables y al sonar de sus bocinas, el cielo se llenó del grito de Ecuador. Todo el pueblo se sintió identificado con su país y orgulloso de formar parte del mismo. Fue un instante de unidad que apagó temporalmente la crisis económica, fue un bálsamo contra la pobreza y la miseria, fue la noche de la felicidad total.

Ese día se descubrió que cuando una nación se une, cualquier meta, por más difícil que sea, sí se puede alcanzar. Aquella velada bien pudiera considerarse como el inicio de un nuevo país, el amanecer de una noche aciaga y demasiado prolongada, el despertar de una pesadilla y la salida de un túnel tenebroso hacia un valle prístino. En esa jornada se vivió la auténtica solidaridad y anhelada unidad. Ese fue y será sin duda, el más bello recuerdo de aquel histórico 7 de noviembre de 2001.

En la rueda de prensa que se atrasó por el festejo, “Bolillo” dijo: “Este es un triunfo del país para el mundo, es una muestra de que podemos hacer cosas grandes. Esto lo llevo en el alma por todo lo que me han dado los ecuatorianos, por lo que me han hecho mejorar como persona, como hombre de bien para dar ejemplo. Cada ecuatoriano puede dedicar esta clasificación a cualquiera, y yo, como un ecuatoriano, se lo dedico a “Pacho Maturana”. Luego añadió: “Agradezco a todos los técnicos, dirigentes y preparadores físicos de los equipos ecuatorianos, principalmente a Vinicio Luna, que ha trabajado muy duro, quiero agradecerle delante de todo el mundo, porque él es uno de los principales pilares en esta clasificación”.

El gol del “Nine” fue festejado en Colombia, Brasil y Paraguay, equipos interesados en que los uruguayos se vean frenados en sus aspiraciones. Aquella misma tarde los cafeteros mantuvieron esas escasas opciones gracias a su triunfo sobre Chile por 3-1 en Bogotá. Brasil en cam-

bio vivió una nueva humillación al caer sin pena ni gloria ante Bolivia por 3-1 en La Paz. Al día siguiente el “todo terreno” Argentina derrotó a Perú por 2-0 en Buenos Aires, mientras que el sorprendente equipo de Venezuela volvió a llenarse de gloria al vencer sin atenuantes a un descolorido y ya clasificado Paraguay por 3-1 en Mérida. Al equipo guaraní le pesó la ausencia de su gran capitán, José Luis Chilavert, suspendido por la FIFA luego de escupir al defensor brasileño Roberto Carlos, además los futbolistas paraguayos jugaron desmotivados luego de que Ecuador los clasificó 24 horas antes.

Concluida la penúltima jornada de las Eliminatorias, Argentina acumuló 42 puntos, Paraguay se quedó con 30 y a ese puntaje llegó Ecuador. Guaraníes y Tricolores se convirtieron en los dos nuevos invitados a la justa mundialista asiática. En cambio Brasil, en la peor campaña de su historia, se estancó en 27 unidades y su clasificación quedó pendiente para la fecha final. Uruguay con

26 puntos aspiraba sólo a la repesca con Australia y Colombia con 24 tenía escasas posibilidades de arrebatarse ese derecho al plantel chiarrúa.

Habían transcurrido 41 años de frustraciones, desde Diciembre de 1960, cuando Ecuador intentó llegar a un Mundial por primera vez. Cuatro décadas en donde los ecuatorianos tuvieron que agachar la cabeza y morderse los labios de amargura cada vez que su selección quedaba eliminada, pero no hay mal que dure cien años y algún día eso tenía que terminar. Así sucedió.

El 7 de noviembre de 2001 cambió la historia y Ecuador clasificó a un Mundial por primera vez. Cuando llegó el momento de la verdad, en vez de jugar como nunca y perder como siempre, esta vez *sí se pudo*.

*Historia de la Clasificación
Ecuador y un sueño mundialista
Editorial Florencia 2002*

Una vuelta alrededor del alma

Roberto Bonafont

Lloraba con las manos al cielo, sin pasarlas por el rostro, lloraba con sentimiento. El estadio Atahualpa parecía un pedazo de belleza robado del paraíso, por el color de los fuegos artificiales, el sonido de los petardos que rompen la noche, el calor de miles de manos incansables, el juez dice que el partido ha terminado.

Allá, en la cumbre de la tribuna, Pedro Isaías y Lucho Chiriboga están gritando como chicos, porque intuyen que este tiempo será irrepetible. La vuelta olímpica de Bolillo, la de todos, hace llorar a los machos sin pudor, a lo bravo sin soberbia, a lo Bolillo sin barrera límite, sin dar descanso al querido personaje que siempre supo del rugir de las tribunas, que creció acunado con el aroma del pasto pobre y quebrado de las canchas. Siempre lo golpearon, nadie pudo borrar su sonrisa de antioqueño rural que encuentra el desquite en estos pequeños regalos de la vida.

Todo el cielo quiteño se abre para él, porque dio valor a sus negritos ecuatorianos, no por lo que valen sino por lo que significan. Se va abrazando al pueblo,

besando al pueblo, con la inocencia y alegría de un niño, antes de que la vida lo endurezca. Su vida está hecha a destiemplos (como Borges), le quitó amor más cuando lo necesitaba, y se lo dio después cuando menos le importaba. Mezclado entre 50.000 almas parece un barquito de papel desafiando vientos tormentosos de pasión. Se va Bolillo, corre, frena, estalla y se queda en silencio, corre con pasito ligero cerca del alambrado.

Cincuenta mil almas se convierten en una de las más paralizantes visiones que la alegría del fútbol pueda generar. No hay piel que pueda resistir a esta impresionante postal eterna sin erizarse. “¿Te dolió, Bolillo con el resto de voz que le queda, una fanática con rostro de “Gioconda” colgada de alambre, cuando pasaba frente a ella preguntaba en medio del infernal estruendo-. ¿Te dolió cuando te caíste del cielo para nosotros?” La noche está caliente, Bolillo no quiere despertar, los ojos húmedos, el pulso al galope, el pecho sin aire. Los colores de la patria tiñen los barrios humildes en loco festín, la pelota descansa en un rincón de la cancha, este es el pequeño mundo del

fútbol con soles y amaneceres, donde una cosa es vivir de esperanzas y otra vivir lo soñado. ¿Quién se atrevió a decir que este era un pueblo gris y dormido?

¿Quién?

Basta verle la cara al pueblo para interpretar sus silencios y comprender sus iras. ¡¡Gloria para siempre Bolillo!! Los humillados, los maltratados, los incomprendidos, retornan desde el fondo de la melancolía para inflar el pecho de orgullo, aparecieron sin aviso Chicken Palacios, Carlos Rodríguez Coll, Pepe Murillo, Fabián Vizcaíno, Miguel Martín Icaza (gordo bueno), Blasco Moscoso, Arístides Castro, porque todos somos memoria colectiva, llegaron los abrazos emotivos de nuestros maestros queridos.

Como sin querer herir el pasto, Bolillo trota eternamente, un mundo de sensaciones pasan por su memoria, miles de almas ansiosas estiran las manos a su

paso, por un mimo, por una caricia, la cancha es una hoguera sin llamas, Bolillo se lanza a la prohibida aventura de la quimera, el pecho se le pone chico para tanto corazón emocionado. Extraño en un hombre de victoria perpetua, que le gusta seducir a la victoria porque tiene nombre de mujer. Se siente de esta tierra, siente el coraje y la rebeldía de los humildes, aquellos que se les puede leer la miseria en el rostro, aquellos que nacen por montón, y mueren por montón en una sociedad con técnica y sin alma, ese coraje que los mantiene vivos, inmortales, después de la muerte, y que le gritan “¡No te mueras Bolillo, sin decirnos a dónde vas!”.

La hora de los humildes
Editorial Ecuador F.B.T.
2002

El fútbol sólo es vida. Nada más

Pablo Lucio Paredes

El chocolate te endulza y vuelves a él sin remedio, desde la tierna infancia.

El fútbol te llena y nunca lo abandonas.

Te llena. Desde los primeros partidos en la casa, desde los primeros goles cantados con la garganta herida, desde esas tardes interminables en que, solo contra tus propios sueños, peloteas y peloteas contra la pared descascarada.

Vuelves sin cesar.

Como vuelve, en una publicidad televisiva, ese prisionero que está jugando un partido de fútbol entre cuatro paredes, el balón sale disparado a la calle, trepa el muro ante la mirada atónito de todos. Los guardias parten en su busca... y a los pocos segundos escala el muro en sentido contrario, balón bajo el brazo y retoma su puesto en el equipo. Prefiere la intensidad del partido de fútbol al escape hacia la libertad. Es una de las más bellas ofrendas al fútbol que la pantalla nos haya ofrecido.

La misma pasión que veo en mi hijo, cuando grita los goles más imaginarios

con toda la intensidad de sus 6 años. Ayer, yo fui su arquero en un potrero de Pomasqui. Desfilé como Maier, Banks, Gatti y Oliver Kahn. Atajé y fui derrotado por los pies mágicos que él había calzado. Los de Muller, Maradona y Pelé. Cada gol lo festejó con los brazos tendidos, con el rostro alegre y la garganta tensa. Hoy ha amanecido ronco de tanto festejar los goles que marcó a su padre, en encuentros imaginarios de grandes estrellas, en un simple potrero en Pomasqui.

Porque el fútbol nace con los primeros pasos. Empujas los pies y empujas los primeros objetos hallados en el piso. Una lata. Una piedrita. Luego convertidas en balón. Y lo sigues empujando hacia el horizonte. Sólo más tarde adquieres la habilidad para manejar los brazos, para coordinarlos. Y entonces podrías tornar tu mente hacia el basket o el volley, pero el fútbol mientras tanto ya ha llenado todos los poros del alma.

El fútbol es sólo grito y alegría. Hasta que descubres, como Camus, que en el sudor del vestuario y en el temblor de la cancha es donde más aprendes sobre los

seres humanos. Donde los encuentras nobles o tramposos, entregados o pusilánimes, dispuestos a la pasión o simples aventureros de mis camisetas.

Porque el deporte te fotografía de cuerpo entero. Sin maquillaje, sin miramientos. Es la resonancia magnética de los pobres.

Más aún los deportes individuales, donde no hay disimulo posible. Sólo en la cancha, no hay escondites. Nadie a quien pasar la pelotita para que la maneje en tu lugar. Estás solo con tus errores, tus nervios, tu desesperación, te hundes o te superas.

El fútbol colectivo te ofrece algunas variantes. Sí te puedes esconder. Correr con aparente interés, pero retrasado siempre la milésima justa para no recibir la pelota, para no arriesgarte. Buscar el desmarque, pero encontrar siempre la pierna adversaria más presta y voluntariosa. Pero de tí mismo, nunca te puedes esconder.

El fútbol es mágico porque se despliega en un espacio amplio y cambiante.

Porque el terreno se ensancha cuando atacas, pero le puedes devolver holgura con un largo pelotazo hacia las alas o hacia los volantes posteriores.

Porque con la cancha grande y unas reglas sencillas, hay una infinidad de combinaciones. Muchas más que en los deportes de cancha pequeña. O en los deportes de reglas muy estrictas.

Un partido de fútbol nunca puede ser repetido en mil universos posibles.

El fútbol es parte de la belleza del infinito.

Como dice mi amigo, César Montúfar: “el fútbol es quizás, y solamente la trivialidad más importante que Dios puso sobre la tierra”. O como alguien, que él cita, dijo: “el fútbol no es asunto de vida o muerte, sino algo más importante”.

... Búsquele usted sus propios calificativos...

Lo puedes vivir como actor o como hincha, y mejor aún como los dos.

El hincha es todo y nada, individuo y masa, alegría, pasión y odio vehemente.

Es un individuo perdido en la sociedad gigantesca, en busca de su tribu para volver al calor humano.

Es alguien buscando en la cancha y en las tribunas, las victorias tan difíciles de alcanzar en la vida diaria. En el griterío siempre gana, incluso cuando el equipo pierde.

Es todos nosotros, nuestros instintos diversos, nuestros gustos variados, nuestras pasiones extremas, reducidos a la identidad. Todos para uno, y uno para todos. Los Tres Mosqueteros hubieran sido hinchas trepados en los tejados.

El hincha se cuelga de todo. De la televisión para repetir mil veces el mismo gol. Del radio para oír, siempre iguales los comentarios sobre el mismo partido. De los graderíos.

Sin el hincha, el jugador es un ser abandonado a su suerte. Solitario. No comparte la adrenalina de un estadio

llo, del aplauso y la ira. El hincha y el futbolista juegan cada partido. En la cancha y en el alma.

Por eso todo futbolista-hincha o todo hincha futbolista, puede recitar las siguientes palabras (recibidas vía Internet, sin derechos de autor):

Por amor a la redonda

Cómo vas a saber lo que es el amor
si nunca te hiciste hincha de un club
Cómo vas a saber lo que es el dolor
si jamás un zaguero te azotó las piernas
Cómo vas a saber lo que es el placer
si nunca ganaste un clásico barrial
Cómo vas a saber lo que es llorar
Si jamás perdiste un clásico, sobre la
hora, con un penal dudoso
Cómo vas a saber lo que es el cariño
Si nunca acariciaste la redonda para
dejarla jadeando bajo la red
Cómo vas a saber lo que es la solidari-
dad
Si jamás saliste a dar la cara por un
compañero golpeado
Cómo vas a saber lo que es la poesía
Si nunca tiraste una gambeta
Cómo vas a saber lo que es la humilla-
ción
Si jamás te hicieron una galleta
Cómo vas a saber lo que es la amistad



Galo Paguy - El Comercio

Nunca he admitido que para jugar al fútbol haya que sufrir. Lo que se hace sufriendo no puede salir bien. *Charles Rexach*

Si nunca devolviste una pared
Cómo vas a saber lo que es un orgasmo
Si jamás diste una vuelta olímpica de
visitante
Cómo vas a saber lo que es el pánico
Si nunca te sorprendieron mal parado
en un contragolpe
Cómo vas a saber lo que es morir un
poco
Si jamás fuiste a buscar la pelota dentro
del arco

Cómo vas a saber lo que es la xenofobia
Sin nunca en una cancha te gritaron
“negro de mierda”

Cómo vas a saber lo que es la soledad
Si jamás te paraste bajo tres palos, a
doce pasos de un fusilero

Cómo vas a saber lo que es el barro
Si nunca te tiraste a los pies de nadie,
un día de lluvia

Cómo vas a saber lo que es el egoísmo
Sin nunca hiciste una de más, teniendo
un compañero bien ubicado

Cómo vas a saber lo que es el arte
Si nunca inventaste una rabona

Cómo vas a saber lo que es el suburbio
Si nunca te paraste de alero, allá perdido
en las tizas

Cómo vas a saber lo que es la clandestinidad

Si nunca te tiraron un pelotazo largo
para que aguantes, vos solo, a toda la
defensa rival

Cómo vas a saber lo que es la injusticia
Si nunca te sacó tarjeta roja un árbitro
localista

Cómo vas a saber lo que es el insomnio
Si jamás fuiste al descenso

Cómo vas a saber lo que es la vergüenza

Si nunca hiciste un gol, en contra de tu
arco

Cómo vas a saber lo que es la vida, hijo
mío,

Si nunca, jamás, jugaste al fútbol.

El Fútbol ya no es un sueño
Pablo Lucio Paredes
Editorial Publigráf, 2000

Goles y recuerdos

Carlos Rodríguez Coll

La escuela de fútbol es una esquina cualquiera, allí donde el guambra travieso rompe el primer vidrio de la casa vecina, para emprender luego su loca carrera, que no será la última precisamente; el Colegio, un potrero donde el sol y el aire no se venden, pero donde hace falta mucha estabilidad en el piso; la Universidad, una de esas moles de cemento, llamadas estadio, donde para la graduación del crack, concurren miles y miles de testigos.

La de trapo, fabricada con una media cualquiera y rellena con ilusiones, trapos y papeles, con sus descomunales descosidos, que le dan sabor a protesta; la de cuero, que por achatada y gastada con tantos piques, pisadas y tiros en los postes, está prohibida de ir al estadio; y, por último, la flamante “número cinco”, a la que no se golpea sino que se acaricia porque tiene alma de mujer, son los únicos textos en los que se aprende las cinco vocales, el alfabeto y la literatura hermosa de una profesión que requiere por igual, garra y calidad: ¡su majestad, el fútbol!

“Goles y recuerdos” es un esfuerzo periodístico que hago, con modestia pero con un entusiasmo grande, animado del mejor deseo de entregar al público aficionado deportivo del país y especialmente al de Quito, un libro que recoja momentos emocionantes del deporte: victorias sensacionales y derrotas dolorosas, inevitables en el amplio campo deportivo. Es más que nada, una recopilación de momentos culminantes saturados con el relato de anécdotas vividas por nuestros cracks, dentro y fuera del país. He confiado a la memoria, todos estos hechos en su mayor parte. Y de allí extraigo estos recuerdos que me son tan gratos, que forman parte del “haber” de mi vida, y que no los he olvidado, aunque muchos de ellos estén ya amarillentos por la acción del tiempo y por el paso incontenible de los años. En algunos casos he tenido que recurrir a la investigación —grata tarea— cuando, como en mi caso, es para satisfacer una pasión, que como la deportiva, está arraigada en el corazón de miles y miles de aficionados.

En mi caso particular, el deporte ha sido mi pasión más grande. Y en los últi-

mos quince años me entregué con un entusiasmo sin renunciamiento, a la crítica escrita y al relato radial de los acontecimientos deportivos. Haciendo el inevitable balance que todo ser humano realiza llegado determinado momento, sobre su obra, perdonen la inmodestia, encuentro que el mío, es favorable. Ampliamente favorable: el deporte y mi profesión, me han dado grandes, enormes satisfacciones. Y si la modestia de este trabajo está particularmente dedicada –con tanto cariño– a la ciudad de Quito, a sus deportistas y a sus miles de aficionados, es porque esta querida ciudad me dio todo lo que tengo y lo que soy. Miles de aficionados quiteños me dispensan su cálida amistad, y en el saludar diario con ellos me parece encontrar –vuelvo a pedir perdón por la inmodestia–, el reconocimiento público a mi modesta labor en el campo del deporte.

Profesionalmente en Quito me hice y a Quito me debo. Aquí terminé mi educación. Aquí me casé y mi orgullo es tener dos hijos quiteños, que alegran tanto mi vida. Vale decir, que Quito me dio amor y fortuna, probablemente dos de las metas más ansiadamente buscadas por todo ser humano. Y por todo eso, considerando que lo recibido es mucho más de lo que he merecido, trato –y es mi más caro anhelo llegar a conseguirlo– demostrar mi profundo agradecimiento, a través de este libro, esperando devolver con él, aunque en pequeña escala, todo lo

infinitamente grande que Quito me dio.

Quito, siempre quise decirte una frase que me sale de lo más recóndito de mi corazón y creo que, por fin, ha llegado la oportunidad.

¡¡¡Gracias. Muchas gracias!!!

Si es verdad la afirmación de que el hombre es producto del medio ambiente en que se crió, conmigo no ha fallado la regla. Si es cierto que el profesional –en todos los órdenes– se hace para ir luego evolucionando e ir entregando, convertidos en obras positivas, sus conocimientos a favor de los demás, quiero creer con modestia, que tampoco en mi caso soy excepción.

En efecto, la mía, ha sido una vida vinculada al deporte desde su más tierna infancia. Y es una bendita herencia recibida. Siendo un niño, allá en mi Manabí natal, era llevado de la mano por mi padre, a todos los espectáculos deportivos. Y cuando por alguna circunstancia, el “viejo” no podía concurrir, recibía de él monedas necesarias para la adquisición de la entrada. Pero en aquellas esporádicas ocasiones muchacho al fin, esas monedas las destinaba a incrementar el “stock” de golosinas; entonces era tarea fundamental, ir en busca de uno de los tantos huecos en las paredes de cañitas del estadio de Bahía. Y por esos huecos, vigilados por policías, de mirada adusta, entró al estadio, en compañía de otros chicos, mi pasión deportiva. Entraba el alma a saturarse con la emoción del fútbol, gambeteando la celosa custodia...

¿Qué otra cosa es la vida, sino una constante gambeta?

Cuando el “recurso” fallaba, había que pararse frente a la puerta principal del estadio. Para entrar en ocasiones, portando el maletín de mi tío por parte de padre –Eduardo– gran figura del fútbol manabita por aquella época, conocido popularmente allá como “el enano”. Y cuando no, a la espera de alguien que ayudara a “filtrarse”. Muchas veces fue un amigo de mi padre. Y casos se dieron en que al encontrarse con el “viejo”, le dijera:

– Ayer hice entrar a tu hijo al estadio.

Entonces tenía que encarar la consiguiente “amonestación de mi réferi”.

Por eso es que cada domingo, o en cada espectáculo deportivo “mi” historia –que es la de millares de aficionados– se repite como una copia al carbón. Y con cada niño que veo los domingos entrar al estadio, llevado por su padre, revivo años... y años. Con cada niño que implora su deseo de que alguien lo ayude a entrar, se revive el pasado. De allí que por lo menos uno de ellos, cada domingo entre conmigo al estadio.

Por eso es que creo, que este libro deportivo sale de la entraña misma del pueblo. Porque yo, con orgullo, a él me pertenezco.

Simultáneamente, en aquellos años, en la esquina del barrio y en aquellas preciosas playas caraquenses, comenzaba mi aprendizaje práctico del fútbol que luego me llevaría a jugar en el campeo-



Patricio Terán - El Comercio

Los árbitros juegan en el fútbol un doble papel: el de creadores de incertidumbre y el de chivo expiatorio. *Joaquín Leguina*

nato local, en la única categoría existente, a los 17 años de edad, en el puesto de interior izquierdo, luciendo la divisa del Colegio Eloy Alfaro: un uniforme blanco con una franja roja sobre el pecho. Suplente el primer año, titular desde el segundo.

Qué invaluable es la emoción cuando se acerca el entrenador y le dice a uno:

– Debutas el domingo.

Por eso sé, lo que siente un muchacho que va a debutar; lo que se siente la víspera... y el día del partido.

El corazón se convierte en una banda de tiempo que estalla cuando se logra el primer gol... la primera victoria. Sé, porque lo he pasado, que uno se desvela la víspera del esperado debut. Que las horas pasan y uno sigue en ese loco revolverse en la cama sin poder conciliar el sueño. Sé también, que uno sería capaz de dormir con el uniforme puesto. Sé que la noche es una eternidad y que la mañana parece haber olvidado que tiene que volver.

— A qué horas serán las siete... ¡tengo que jugar a las nueve!

La mente vuela. Ya se ve uno alineado. Allí están los compañeros; al frente los rivales. A un costado de la bomba central, el árbitro. De fondo, el público. Es cuestión de segundos... ¡Ya por fin! Y la mente sigue su vuelo. Se ve uno gambeteando, pisándola, haciendo un túnel, llegando al área, consiguiendo el primer gol el día del debut.

Y en la mañana, cuando ésta por fin llega, y uno está ya uniformado, qué lindo suenan los taponos del calzado sobre el piso. Qué bello es ese idioma... con sabor a melodía.

Eso siente el debutante cuando es previamente notificado de que alineará en el equipo al día siguiente.

Por eso, cuando el fútbol moderno exige a los entrenadores, guardar en secreto la primera aparición del muchacho, conspiran directamente —aunque con sobrada razón— al desate de esos sueños.

Cuánto siento por aquellos que no gozaron con la intranquilidad de la víspera. ¡No saben lo que se han perdido!

Cuánto siento por aquellos que jamás experimentaron en carne propia, la dulce emoción de practicar el deporte.

Allí, en el equipo seleccionado del colegio experimenté mis primeras satisfacciones de victoria... y mis primeras decepciones en la hora de la derrota.

De entre mis compañeros de aquel equipo hubo dos que adquirieron notoriedad nacional e internacional, ambos suficientemente conocidos por la afición deportiva ecuatoriana: Heráclides Marín, que llegó a ser figura en el Barcelona de Guayaquil, y seleccionado nacional, fallecido en un accidente automovilístico; y Pepe Rivero, ahora flamante abogado radicado en Manabí, que fuera crack en el equipo de Liga Deportiva Universitaria de esta ciudad.

Me aparto un momento del asunto deportivo, propiamente dicho, para hacer la siguiente anotación:

Nuestro profesor de matemáticas —y con ellas siempre tuve dificultades— era, y sigue dictando su cátedra, don Sucre Mieles, distinguido profesor, con una bien conseguida fama de catedrático “duro”. Entraba él a su cátedra y a más de uno de nosotros se le ponían las cosas “color de hormiga”. Al deporte lo miraba de lejos.

Pero un día, en una de esas mañanas de inspiración, el equipo del Colegio le daría una satisfacción enorme: ganamos

al clásico rival, “Racha” –hasta ahora no sé lo que ese hombre significaba– “sólo” por seis goles a cero. Qué baile le dimos. Al término del partido fuimos al camerino.

De pronto escuchamos la conocida voz del profesor que a gritos emitía sus felicitaciones. Imperativamente dice:

– ¿Dónde está Rodríguez?

Dios mío –pensé yo– ¿Será que no le satisface el resultado?

Muy emocionado me entregó su felicitación, igual que al resto de compañeros. Luego de intercambiar con nosotros algunas frases, y obsequiarnos unos cuántos *chiclets*, hizo comentarios sobre el partido y el resultado. Para terminar diciendo:

– Ahora todo el mundo a descansar que mañana tendremos clases.

No faltó un compañero valiente, que le dijo:

– Don Sucre, ¿quiere hacernos un regalo?

– Ustedes se merecen cualquier cosa, contestó.

Y el “valiente” propuso:

A varios de nosotros nos hace falta un “puntito” en Matemáticas para el pase de año. Y la tabla de posiciones no se puede dar el lujo de regalárnoslo. Usted es el “hombre...”

La fracción de segundo que siguió nos pareció un siglo. Menos mal, la respuesta fue:

– Bueno. Uno, nada más, para aquellos que están en dificultades. Y salió.

Qué doble alegría aquella. La victoria y el “obsequio”. Y yo necesitaba tanto de aquel punto, como para decirle ahora al querido profesor, que en este momento, igual que en aquella mañana, siento un profundo agradecimiento por lo que hizo.

Nuestra clase, ubicada en el primer piso del edificio, tenía una vista preciosa: tridimensional, en las mañanas y panorámica, en las tardes. Me explico: por los ventanales del costado derecho se divisaba la hermosa playa caraquense. Y en las mañanas, preciosas sirenas manabitas, de aquellas cuya belleza ha alcanzado nominación nacional, aparecían radiantes a recibir mucho sol... con poca ropa. Y claro, era frecuente que nuestras miradas estuvieran dirigidas hacia el mar... y no hacía el pizarrón. Cuántas veces se escuchó a algún profesor, ordenar:

– Fulano de tal. Levántese y cierre esas ventanas.

Más de una vez argumentamos que haría falta luz. Pero la orden se mantenía, aunque de reojo, también los profesores gustaban del “paisaje”.

Y explico lo de la visión panorámica en las tardes: al costado izquierdo de nuestra clase estaba la canchita de fútbol del colegio, aquella canchita que tiene aún una caprichosa “lomita” muy cerca del área norte, y que tanta extrañeza ha causado a cuantos equipos afuereños han ido a jugar allá. Y en horas de la tarde se realizaban las prácticas de los distintos equipos. Cuántas veces estábamos pen-



Varios cientos de miles de españoles aplican sus energías de los lunes, los martes y los miércoles a glosar los lances del partido de fútbol que está al caer. Los domingos, descansan y van al fútbol: a sufrir o a solazarse, honestamente, viendo sufrir a los demás. *Camilo José Cela*

dientes del desarrollo de los encuentros, de un avance; de un hermoso *dribling*, de una buena intervención de la defensa, de una hermosa estirada del portero.

Recuerdo, como si fuera en este mismo momento, una tardecita en que se desarrollaba el clásico partido de entrenamiento. Una jugada violenta en el área y el juez que decreta un tiro penalti.

El disparo, violento, se estrella en el horizontal. Regresa la pelota y el mismo delantero que ejecutó el castigo remata con potencia y decreta la conquista. Gol viciado de nulidad, naturalmente. Reclamamos. Pero allí fue "Troja". Se produjo una

gresca con sabor a batalla campal. Conste que era sólo un entrenamiento.

Mientras esto acontecía, Sucre Mielles, a quien en nuestro trato siempre le anteponíamos el título nobiliario de "don", dictaba su cátedra.

La gresca continuaba en la cancha, y la mitad de la clase la seguía ávidamente mientras el resto "trataba" de poner atención al profesor. De pronto, éste interrumpe su disertación, hace una pausa y cuando ha concitado la atención de todos nosotros dice:

— Señores, fulano y sultano. Nos enumera a unos seis y entre ellos a mí. Me da

la impresión de que a ustedes no les interesa la clase. Estoy convencido que el fútbol les interesa más que las matemáticas. Y como yo creo que el fútbol les dará en la vida todo lo que la matemáticas no les podrán dar, les ruego, les pido, les encarezco —y esto lo decía en forma satírica— que abandonen la clase. Considérense expulsados por esta tarde, y vayan a ver el partido.

Esto último lo dije con su conocido tono imperativo. No fue necesario que repitiera su orden. Salimos a calmar nuestra ansiedad deportiva. Nuestra “hambre” de fútbol...

Cuando muchos años más tarde, regresé a Bahía en vía de vacaciones con motivo de las fiestas de la ciudad, y cuando ya estaba de lleno “metido” en el deporte, y en su crítica radial, tuve un grato encuentro con mi profesor, mantuvimos una larga plática, hasta que trató del asunto deportivo. Me felicitó por la labor cumplida y por el camino recorrido. Me inquirió acerca de otros países, etc. Y entonces le recordé el episodio de aquella tarde:

— ¿Recuerda cuando nos expulsó a unos cuantos?, le interrogué.

— Sí. Con precisión matemática, fue su tajante respuesta.

Y entonces aproveché para decirle con cariño algo que había tenido bien guardado dentro de mí, durante todos esos años:

— Sabe una cosa Don Sucre. Usted tuvo razón. Mucha razón. El fútbol me

ha dado tanto, que dudo, que eso mismo, me hubieran dado las Matemáticas.

— Ya lo veo, ya lo veo. Le felicito, fue su respuesta.

Pero pese a su fama de “hombre malo”, para aquel querido profesor, y para los demás, siempre hubo en sus alumnos el respeto y el agradecimiento que se merecen todos los elementos que se dedican a esta noble tarea. Sucre Mielles ha contribuido a educar, en Manabí, a tres o cuatro generaciones. Y todos, viviremos eternamente agradecidos de él.

A poco de eso se produce la venida de mi familia a Quito. Continué mis estudios... y el fútbol en el Mejía, plantel al que quiero con el mismo cariño que al “Eloy Alfaro”.

Quiero apartarme un tanto del tema para consignar lo siguiente: en mi profesión radial he tenido dos momentos de tanta emoción, como para que las lágrimas aparecieran en mi rostro. La primera, allá en la fabulosa y bellísima Río de Janeiro, en la reunión final del Campeonato Sudamericano Masculino de Básquetbol, cuando nuestro tradicional adversario —el Perú— nos ganó en los últimos tres minutos un partido en el que siempre estuvimos en ventaja. Con gran esfuerzo pude decir las palabras finales de la transmisión para una gigantesca red de emisoras nacionales, encabezada por “Gran Colombia”. ¡Era tanto el dolor por esa derrota!

El segundo, hace muy poco tiempo.

Transmito entonces para Radio “Metropolitana”, un programa deportivo especial, desde el Estadio Olímpico, que se desarrolla en homenaje al Presidente de la República, doctor Carlos Julio Arosemena M., como agradecimiento por la promulgación de un Decreto-Ley de emergencia que creaba fondos a favor del deporte, y de determinados planteles educacionales gravando para ello a la cerveza.

Hay un imponente desfile de las fuerzas deportivas de la ciudad. Y naturalmente, de los colegios favorecidos con ese decreto. El Mejía, uno de ellos.

De pronto aparece la juventud “Mejía”. Todo el alumnado uniformado con atuendo militar. ¡Con casco y todo!

Al frente una Banda de Guerra, precedida por un cachiporrero, tan marcial, elegante y pinturero, que el muchacho se sobra en el cometido de su misión.

Cuánto orgullo de haber sido “Mejía” sentí en ese instante supremo. Relataba yo el acontecimiento haciendo una ligera síntesis de lo que es el Mejía. De lo que han sido siempre los “Mejías”. De lo mucho que el plantel ha aportado a la cultura nacional. De las grandes estrellas deportivas que allí se forjaron. De los héroes nacionales que salieron del Mejía para ir a defender nuestras fronteras habiendo caído gloriosamente sin ceder un milímetro del terruño patrio. ¡Tampoco pude terminar aquel comentario! Me faltó aire. Y cuando éste falla, el corazón se resiste a seguir. De allí que me

viera obligado a ceder el micrófono a un compañero de trabajo, quien se encargó de terminar una frase que entonces yo dejé inconclusa.

Al llegar a Quito viví en Chimballa, enrolándome en las filas del Club “Tarqui”. Qué lindo cuadrado aquel... Más que nada por la unión, por la camaradería existente entre todos nosotros. Juntos estuvimos en las buenas... ¡y en las otras!

Era nuestro arquero Carlos Tapia, a quien apodábamos “el piojo”, aunque el “mote” le enfadaba. Aquel muchacho, a quien en el transcurso de un partido, lo “sonaron” de un balonazo. Después de varios minutos “revivió” y continuó jugando. Pero ante nuestra sorpresa general, al término del partido, y cuando entrábamos a las duchas, preguntó en voz alta:

– ¿Qué sucedió? ¿Ganamos?

Había jugado noqueado el resto del encuentro, y el agua fría lo “despertó”.

Nuestra defensa la formaba “Don” Oswaldo López. Así con el “Don” antepuesto al nombre. Era el diplomático del equipo, hombre serio, mayor que nosotros y atildado comerciante. Daba risa cuando cometía algún error y el más próximo de nosotros le decía:

Pero “Don” Oswaldo, pro favor. ¿Por qué hizo eso?

Bueno ya. Vamos a ganar, era su reacción optimista.

Completaba la defensa el “maestro” Jorge Ortega. Lo de “maestro” no era por

el fútbol. Era el sastre del barrio. ¡Nos vestía a todos... y a plazos!

Era “tipazo” para un autogol. Cuando la pelota venía a media altura y él se aprestaba al despeje, los demás cerrábamos los ojos, mientras nuestro arquero se preguntaba:

¿Por cuál de los ángulos me la mandará?

Una vez el “piojo”, luego de un autogol, salió calmadamente del arco y poniéndole una mano sobre el hombro le dijo con resignación:

– Vea “maestro”. ¿Por qué no la manda para allá?, y le señaló la Estación del Ferrocarril del Norte... distante un kilómetro de la cancha.

La línea media la formaban: el “gordo” Gonzalo Reinoso. Con un abdomen tan grande como la paciencia que tenía para soportar nuestras bromas. Enrique Zapata, qué gran centro medio. Valiente. Impetuoso. Era prepotente en el centro de la cancha. Le decíamos que cuando no había rivales en 4 metros a la redonda, se fouleaba a sí mismo... para no perder la costumbre. Alfonso Flores “el zurdo”, completaba la medular. Le hacíamos bromas diciéndole que lo alienábamos en el equipo sólo para que cobrara los saques laterales.

Washington Obando “el pelado” era nuestro puntero derecho. Con casi medio siglo encima había que verle el “pique”. Alfredo Baldeón era el *insider* derecho. ¡Qué clase tenía! Hoy es un prestigioso médico radicado en el exte-

rior; Bolívar Félix, “el ciego” era el centro delantero; yo era el número 10 y mi hermano menor Milton, que fue después gran figura en Atlanta Liga, era el puntero izquierdo.

Lo repito, ¡Qué lindo equipo teníamos! Ganamos varios de los campeonatos de nuestra categoría, en el torneo organizado anualmente por la Central Obrera Deportiva de Chimbacalle.

En la lujosa residencia del “maestro” Ortega, que ahora tiene un próspero negocio, reposan por acuerdo entre todos nosotros, varios trofeos y diplomas que atestiguan nuestra campaña. Pero el mejor es un recuadro enorme en el que figuran las fotos de todos nosotros. Una composición fotográfica que simula la alineación que el equipo tenía. Y debajo de cada foto, las últimas once medallas que ganamos, con una leyenda simple que lo dice todo: “Campeones” ¡Qué grato resulta verlas al cabo de tantos años!

Así prendió en mí ese amor al deporte, noble actividad que me propuse exaltarla con modestia pero con entusiasmo. Prendió, además, el deseo de contribuir a su difusión, a través de la prensa y la radio. Esta última pudo más, y con el correr del tiempo le fui destinado más minutos durante el día, y más días durante el mes. De pronto comprendí que estaba iniciándome en una nueva profesión, que hoy cuando tantos años han transcurrido, llevando en la mano un micrófono y en el corazón un sano propósito, debo confesarlo me ha

dado grandes satisfacciones, aunque no pocos dolores de cabeza. Aquellas tan enormes que, pesan muchísimo más que éstos.

Poco a poco esta profesión que tanto quiero, me fue proyectando en el ambiente local primero y nacional después, habiendo tenido el honor de transmitir para muchas prestigiosas emisoras nacionales desde varias canchas del país; y luego, recibiendo el honroso encargo de representar a la querida Patria, desde otros países. Desde estadios colombianos, peruanos, chilenos, argentinos y brasileños tuve la suerte de relatar importantes acontecimientos deportivos. Fueron viajes en los cuales tuve la ocasión de ir haciendo acopio de todos estos hechos

que, con enorme modestia, someto a juicio del lector.

“Goles y recuerdos” comienza a desgarnar aquí todos esos pasajes deportivos, anecdóticos. En su mayor parte que, no se han perdido en la bruma del tiempo, porque me son tan queridos que los recordaré siempre, aunque bien es cierto que en algunos casos tuve que registrarlos en cuadernillos que he sabido atesorarlos, como un precioso regalo de la vida, del deporte, de la amistad, con miles de deportistas. Regalo de mi profesión, en una palabra...

Goles y Recuerdos
Carlos Rodríguez Coll
Editorial Minerva, 1963

Papá Aucas: pasión y sombrero

Jorge O. Andrade

Al examinar los caminos por los que mi vida ha transitado, a veces intento explicarme el por qué de mis grandes aficiones: lo de Julio Jaramillo y la música ecuatoriana se explican por sí mismos. J.J. me enseñó con su voz de risueño a reverenciar los ritmos tradicionales de la música nacional. Pero la pasión por el amarillo y rojo del equipo de mis amores es incomprendible: cuando yo empecé a interesarme en el fútbol profesional, ya habían pasado los años de gloria amateur del Aucas, el estadio del Arbolito no era sino un espacio abandonado en el parque del Ejido y la tradicional garra del segundo tiempo que solía voltear resultados, no era sino una nostalgia de los auquistas de la vieja guardia. Los nombres de los Garnicas, de Gonzalo Pozo “Pocito”, del Chalmeta Pérez eran ya solamente una memoria llena de mitos y leyendas.

Las frías estadísticas tampoco explican mi cariño por el Aucas. Los años que seguí fielmente al equipo oro y grana guardan una gran semejanza con un ascensor: sube y baja, desde la segunda categoría en que empecé a vivir los

superclásicos con la Liga, de allí a la primera B, y tras largas y penosas campañas de regreso a la primera A. Era todo un proceso. El camino de regreso a la segunda era por lo general más rápido y sin tantas ceremonias.

En mi libro de recuerdos no constan un campeonato o un vicecampeonato, un tercer puesto es lo mejor que se ha logrado. Nunca he tenido la satisfacción de mirar a mi equipo en un torneo internacional como la Copa Libertadores de América.

En mi generación, y en especial en el colegio en el que estudiaba y en la Universidad Católica de Quito a la que asistí más tarde, ser hincha del Aucas era sinónimo de falta de inteligencia, de dinero y hasta de inferioridad racial. Orgulloso siempre de mi fanatismo por el equipo del pueblo, inevitablemente terminaba aislado de mis compañeros. Aunque no soy un apostador empedernido, cada vez que aposté dinero o especies (comida o bebida) a favor de mi equipo, perdí casi obligadamente. Vistas así las cosas, mi pasión por el Aucas debe venir de algún otro lugar.

Mi primera memoria de una visita a un estadio de fútbol se remonta a los primeros años de la década de los setenta, cuando en el Atahualpa se jugaba un encuentro Aucas-Liga. Tendría yo unos cinco o seis años, cuando mi padre y yo llegamos al estadio y todas las puertas estaban cerradas. Las gradas estaban repletas y miles de hinchas se quedaron afuera, muchos de ellos con entradas en sus manos. Comprensiblemente molesta, la gente empezó a empujar las puertas de la preferencia con claras intenciones de tumbarla. La policía empezó desatinadamente a reprimir a los fanáticos con gases lacrimógenos.

Entre el miedo, la desesperación y el desorden causados por los gases, la puerta de la preferencia finalmente se vino abajo. Mi padre me agarró entre sus brazos, y en medio de empujones y gritos frenéticos conseguimos cruzar la entrada, y nos lanzamos gradas abajo hasta encontrar un asiento, apretados con otra gente. No recuerdo el resultado, quizá porque era menos importante que la aventura que habíamos sobrevivido. Durante los años de mi infancia y de adolescencia, los domingos, mi padre y yo teníamos una cita a la que no se podía faltar: los partidos del Aucas. Después de cada encuentro, el regreso a casa estaba amalgamado por comentarios sobre el triunfo o la derrota, los errores de los jugadores o el cuerpo técnico, las posibilidades futuras, los detalles de cada gol. De a poco, el día en el que jugaba el

Aucas se volvió mi día favorito de la semana.

Con el paso del tiempo, el domingo se convirtió en un día de la familia. Mis hermanas se incorporaron activamente a las filas de la fanaticada oriental y nos acompañaban casi siempre al estadio, apropiadamente vestidas de amarillo y rojo. Mi madre siempre fue poco efusiva con respecto al fútbol; sin embargo, cuando la invitábamos a acompañarnos a un encuentro en Esmeraldas o Manabí, venía gustosa. Era la perspectiva de un fin de semana en la playa lo que la animaba, sin duda. Mi abuelita también era una auquista empedernida. Aunque por su edad no iba a los estadios, en cada juego se sentaba al lado de la radio, tomaba su viejo rosario y rezaba fervorosamente por el triunfo del amarillo y rojo. Sus oraciones no tenían siempre efecto, quizá porque en la idolatría por el equipo del pueblo, los de allá arriba encontraban una competencia desleal. Aunque, vale aclarar, es de común conocimiento que San Pedro es auquista de corazón, y por eso a menudo cierra las llaves del cielo cuando juega el Aucas, y las abre cuando el equipo pierde.

Mis aventuras futboleras están llenas de anécdotas graciosas. Nuestro fervor auquista nos había premiado con la amistad de algunos de los jugadores del equipo. Recuerdo a David Tapia, Mario Landín, el Cocoa Pazmiño, el Chino Salazar, el Gringo Berrueta, el Doctor Luna y el entrenador de entonces, el



Hay ya bastantes causas reales de conflictos para que además las incrementemos incitando a los jóvenes a darse patadas en las tibias en medio del rugido de los espectadores enfurecidos.
George Orwell

Armario Pérez, entre otros. El día que mi hermana cumplió 17 años, en la casa teníamos alineación completa. La gente del barrio no podía creer nuestra suerte. Entre autógrafos, bailes y tangos tuvimos una fiesta inolvidable.

Durante el gobierno de Febres Cordero se entregó dinero, para que el Aucas construyera su estadio en el sur de la capital. Mi padre y yo estuvimos allí desde los primeros días en que se empezó a edificar dicho proyecto. Periódicamente visitábamos la construcción para testimoniar personalmente el avance de las obras. Allí estuvimos también con

toda la familia el día en que se jugó el primer encuentro oficial. Desde entonces, mi padre ha asistido fielmente a cada encuentro. Como resultado directo de la ubicación del estadio, mis padres compraron una casa en el sector de Turubamba, exactamente a tres cuadras de "La Caldera del Sur".

Por esos extraños avatares del destino, he vivido en los Estados Unidos los últimos siete años de mi vida. Gracias a mi radio de onda corta y al Internet puedo seguir, con una tremenda melancolía, los resultados de mi equipo cada semana. Sin embargo, cuando vuelvo al país, al día

siguiente de mi llegada, visito “La Caldera” y me siento a mis anchas en las gradas vacías. Toda la nostalgia acumulada encuentra su desahogo final, allí de regreso a mi segunda casa, donde cada domingo de mi visita regresaré, vestido de amarillo y rojo, con mi atesorada banderita a gritar hasta perder la voz, y a revivir con lujo de detalles los años de mi fanatismo por el Aucas. Quizá la explicación para mi pasión por el equipo del pueblo se pueda reducir a dos palabras: tradición familiar.

Los viajes de ida y vuelta al estadio Atahualpa, el testimonio personal de la construcción de nuestro propio estadio y el turismo por toda la provincia de Pichincha y por el Ecuador, ha permitido acercarme y conocer mejor a mi padre, compartir momentos memorables con mi madre y mis hermanas, guardar en la memoria el fervor religioso de mi abuelita y hasta hacer algunos grandes amigos. Ahora que tengo mi primogénito y un segundo hijo en mi camino, no

puedo esperar el día en que pueda personalmente llevarles al estadio y bautizarlos como hijos del papá Aucas, para que sigan esa hermosa tradición, que me fue legada un día lejano cuando se rompieron las puertas de la preferencia. Allí, en los graderíos del estadio, en las banderas, en los gritos frenéticos después de cada gol, en los abrazos, en las amistades, en la gente está esa vieja pasión popular que se llama Aucas y que más allá de resultados y de estadísticas es una forma de mirar la vida y sobrevivir.

Especial para Historias de Pelotudos. Andrade, como se ve, es un ecuatoriano residente en Estados Unidos y fanático del Aucas. El regalo que más aprecia de su esposa es una radio de onda corta, pero se queja que en las emisoras sólo pasan reportes de Liga.

*Historia de Pelotudos
Juan Carlos Morales
Editorial Astrolabio, 1998*

El campeonato en los graderíos

Juan Reyes Daza

Pues por ahora soy fotógrafo, ¡Cámara, acción, corten! (Corten la respiración que voy a hablar de hinchas).

Mientras abajo, allá en el rancho grande, allá donde los golpes son regalos y el fútbol limonada, mientras allá en la gramilla, veintitrés (25) señores pelean, sudan, corren, caminan una media docena de kilómetros, se agachan, rebuscan la jugada, quiebran y desquiebran, arriba, en las frías gradas de cemento, otros jugadores elaboran otra batalla. ¿Cuál es más apasionada? ¿Cuál es más sincera y efectiva? ¿Vale tanto la guerra de un campeonato como la guerra de nervios y aclamaciones? ¿Puede darse la una sin la otra o la otra sin la una? ¡Cuestión de jurisprudencia! ¡Pero ahí va, que también es asunto de fotógrafos!

El hincha de Aucas

Retrato: Camisa de ocasión, pantalones bien fajados, zapatos sin “lustrar” La color, mestiza, de trigo maduro de Cayambe o de Latacunga. Sudor brillante,

olor de chofer en las manos, línea de bajo-ventre “bien repartida”.

Acción: Puntual; cerebro en la cerveza, corazón en los dedos de las manos y hasta de los pies. Boquilargo, garganta con corneta de auto o Skania Vabis, grita. A veces coquetea con los refranes o lanza discursos “subversivos” contra los del “otro equipo” (porque los del Aucas son bien machos, señor). Nunca puede aplaudir porque siempre tiene o “cariucho”, o “cosas finas” o “picantes” en las manos. Si gana su equipo, bebe. Si no gana, también bebe. No sabe quiénes arman la bronca, porque con Aucas no hay bronca sino bronquitis después de la amanecida “natural” que sigue a cada encuentro del ídolo. A propósito del ídolo, nunca se arrodillan ante nadie, a no ser ante la “adorada” mujercita que les obliga a pedir perdón y les hace prometer santidades.

Total: Hincha de plato y taza, con tal de estar fuera de casa.

El hincha de Liga

Retrato: Camiseta de mangas, gafas ahumadas (y baratas), “lloqui”, zapatillas de básquet. (Para sí es otro deportista consumado). Vello poblado, dedos amarillos por la “dicha” del cigarrillo. Apariencia de aseo, apariencia de sabiduría, “plantilla” andando sobre plantillas.

Acción: Nunca madruga: si llega, llega al segundo partido o al segundo tiempo. ¡Es que tiene tanto que “estudiar” y la noche anterior hizo experimentos de gárgaras con algún whisky barato! Desde que se sienta, habla de reglamentos. Sabe toda la tabla de posiciones del Uruguay, de la Argentina, de Italia, aunque no sepa precisamente la tabla de dividir. Su grito llega como en sobre de navidad: siempre abierto, elegante, oloroso a “azucenas”. Si su equipo pierde, se queda más silencioso que la cabalgadura de Balaá o que el mismo cuando le tomaron lección en la U. Si gana, es capaz hasta de bañarse en el agua de una pileta que no deje dudas acerca del usuario (generalmente la del parque Indoamérica, pileta de azulejos siempre cubiertos de limo.

Actualmente padece las de mamá ante la idea de que su “ballet” dance bajo las trompetas del Aucas. Siempre discute y hasta reconoce a otro club, con tal que no sea el Aucas.

Total: Hincha de casta, aunque nunca gasta.

El hincha de Nacional

Retrato: (Antes de leer, ¡póngase a discreción!); camisa deportiva a la fuerza, porque él preferiría camisa kaky con charreteras; líneas recargadas en ancho, aunque a veces la recargada es sólo la línea vertical. Cara redonda, bigotuda, con aire de amo y emperador. Billetes. Muchos billetes. Carcajada ambulante (o sentarte), reparte cerveza y hasta whisky en plena tribuna. Cuando es hincha popular, tiene ojos hundidos de tantos días de “servicio especial”. Color de taxi maduro, apariencia de osito bravo.

Acción: Tampoco madruga (siquiera en el estadio no suena la corneta para empezar el día). No habla del fútbol sino de golpes de Estado o de viajes. No sabe muchas veces con quién juega su equipo, pero sabe que su equipo es “el único ecuatoriano”. Al que le grita al oído algún viva para equipos contrarios, le lanza la muletilla: -¿Dónde tienes el patriotismo? ¡Uh esos equipos con gente importada!” El juego para él, no es juego sino acto cívico. Si por él fuera, espectaría de pie y en firmes haciendo honor a las banderas “sagradas” de los árbitros de línea. Si gana el Nacional, el fútbol ecuatoriano está a la altura de los grandes del mundo; si pierde: -“Polo Carrera está lesionado” o -¿No recuerdan la primera vuelta?” son las disculpas suficientes. Jamás llegará a la sangre en encontronazos con otros hinchas; (“¡si llega a saber

mi coronel... o mi general... o mi cabo!”).

Total: ¿Hincha del fútbol? - ¡Nada!; más bien de la Fuerza Armada.

El hincha del Deportivo Quito

Retrato: Camisa roja y pantalones azules, tinturados o de reciente hechura; siqueira una señal del Quito en el pecho, la cabeza, los puños o cualquier sitio. De edad variable, acepta compadres de hinchada hasta de ochenta años o de cinco abrils. Lo de “la plaza del teatro” es puro cuento: el hincha del Quito vive en la Loma, la Guaragua, los Dos Puentes o la Vicentina. Aparece más en tiempos de triunfos que en el de derrotas. Su aire es el de un señor que no tuviera vecinos: su único objetivo visual es “Barreto” o “Battaine” y “Utretiras”. Zambito, churoncito o melenudo: última moda o señal de “virulencia”.

Acción: Desde que se despierta en casa, ya habla del Quito o por lo menos de Robila. Se desayuna pan con mantequilla y Deportivo Quito. Se viste de pantalones largos y amarrados con... Deportivo Quito. Llega al estadio con media hora de anticipación para oír Radio Tarqui entrevistando al Deportivo Quito y sobre todo a Battaine. Cuando hace una picardía uno de los chullas en la cancha, saca como fuelle el “dale y



Pelé era Pelé, y Maradona uno y basta./ Di Stéfano era un pozo de picardía. / Todos tienen sus méritos./ A cada quien lo suyo. / Pero para mí ninguno como Kubala. *Joan Manuel Serrat.*

dale... Quito dale”, haciendo señas de dar palazos o pólizas o con los puños cerrados. Si pierde un gol, Calderón le insulta de buen modo; si lo pierde Barreto, le disculpa con cariño. Siempre se fija en el árbitro. Para él, el árbitro ya decide los penaltis a favor o en contra. Siempre se adelanta a hacer los cambios y parece que Ernesto Guevara lo escuchara, pues entra Battaine o Madruga tal como el hincha dispone. El “trompudo” y “los guambras” tienen el alto honor de ser conocidos hasta en sus intimidades por el hincha. (Por ejemplo, todos sabían que Trillo se casaba, desde hace medio año).

Total: Un hincha que nunca admite los méritos del que compite.

El hincha del Cuenca

Retrato: Afeites atenienses, corte de pelo “tomebamba”, piel de fresa (a veces con pintitas de ajonjolí), encorbatado, la frente siempre oblicua hacia arriba. Traza de declamador y de bohemio griego.

Acción: Oye misa a las seis con sombrero en mano, él, los guaguas, las hijas y la mujer. En el estadio empuja desde las seis y media. Paga sobre todo tribuna para ver bien detrás de los postes del Municipal, sin que se le haga roja la nariz. Antes del preliminar ya está con algún shumir encima y blande las botellas gritando: - “Melo, Melo, Melo... pagarás”. Nunca mira el preliminar porque él sabe sólo del fútbol de fondo. Oye los goles cincuenta veces en una emisora, y cambia luego a oír cincuenta veces más en los comentarios de Don Viche Serrano. A cada “extranjero” que por desgracia cae a su lado, le canta: “¿No es cierto que el fulano es mejor que el mengano? ¿Qué radio tal, es mejor que la cual? ¿Qué los comentarios de Merchán son mejores que los de Moscoso? ¿Qué el Araña le gana en hacer goles al Barreto? ¿Qué la aplanadora aplasta de veras?”

Y durante la semana oye cinco programas deportivos por día. Cuando la

Voz del Tomebamba o Don Viche atiende a “el hincha opina”, hacen preguntas como ésta: ¿Fue foul el puntapié de Jaramillo el domingo anterior o no fue? O esta otra: ¿Qué hay de los boletos que se perdieron la otra vez?

Total: Hincha fanático y con ganas de dejar pronto sus primeros lazos.

El hincha de Barcelona

Retrato: Camisa ligera, voz ligera, lengua ligera, mente ligera. Flaco o gordo, siempre cabe en tribuna o en populares. Pálido de especie, nunca se colorea ni por iras ni por vergüenza. Hablador. Cuentista. Fragancia de tamarindo en aire de estero salado.

Acción: Durante la semana llena cupones de pronóstico como loco, porque así “asegura” la victoria del ídolo. En el estadio estará aunque sea muerto cuando juega el “torero”. Ha de conseguir dinero para la “apostadita” aunque en la semana no coma. Ya en el juego, grita sin cesar hasta que delira, cuando León hace el gol. “Con manes así como Nelsinho o Perico, cómo no va a tricampeonar” Lee Estadio y Aucas para repetir los comentarios, como cosa propia y asegura que él conoce a cada jugador de pie a rabo, y hasta es medio pariente de Valdivia. Palabra andando, no quiere oír sino de las jugadas de

Madruñero o Bolaños.

Total: Berreador como las cabras, hace todo con palabras.

Hincha del Emelec

Retrato: Igual en estampa a un guayaquileño empedernido: movilidad, “buen quiebre”, ojo ducho, mano de lanzadera. Delgadito, “que así como lo eléctrico”. Tez de repollo por dentro.

Acción: Se electriza unas veces y otras no. Unas veces alaba y otras critica. Conoce tanto de tácticas y “místicas” futbolísticas, que ahora enseña a lazo y mañana a Imbelloni. No perdona su lengua a ningún eléctrico que falle. ¡Ay de Emelec si pierde! El hincha será barcelonista hasta que gane Emelec en otra ocasión. Si gana, no tendría necesidad ni de fuerza eléctrica para un mes. Pues con sólo su emoción y “loreía” basta. “Lukea” todos los rincones y anuncia los goles antes de las jugadas. Algo brujo. La fuerza de la voluntad la pone en predecir el final del campeonato ¡Ah! Y pudiera ser que el próximo año sea

barcelonista definitivamente. En cuanto a los “mancitos” de la sierra, no sirve ninguno para parar a “Propiti”.

Total: Un hincha criticón, según va la ocasión.

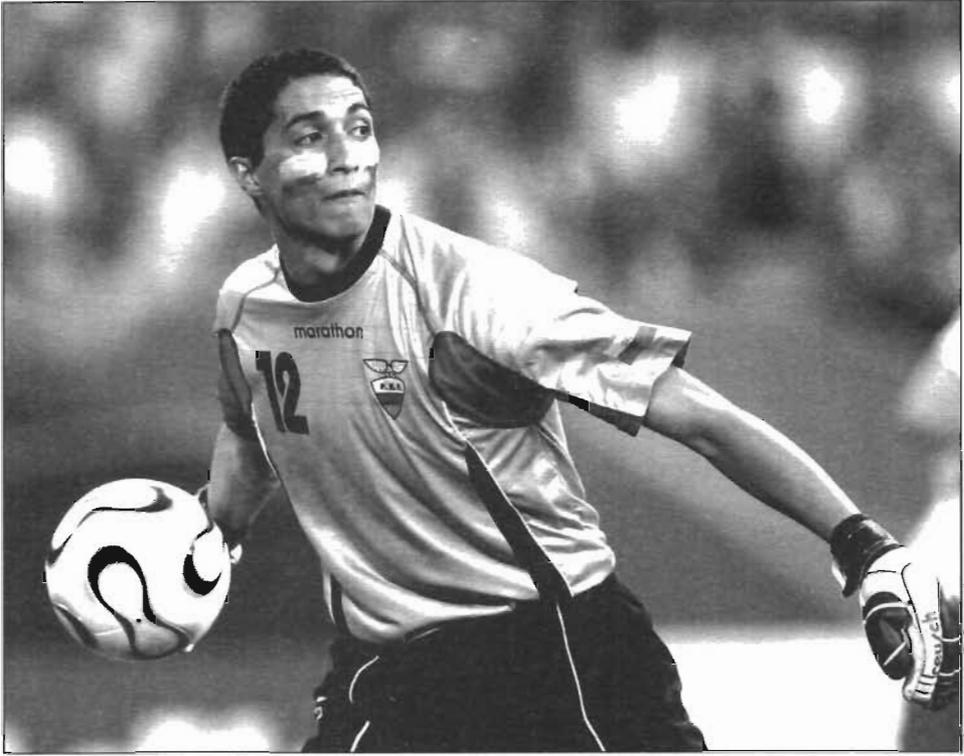
Y justamente esta batalla es la terrible. Los nervios se gastan como camisa de popelina. Ahí no más es la guerra de los cuatro días cuando se sientan al lado dos hinchas irreconciliables, dígase Liga – Aucas, dígase Quito – Liga, dígase Cuenca – Nacional. A esta batalla he asistido muchas veces con miedo: botellas inocentes sufren la ruptura de sus asientos en estruendosas cabezas; puños humildes y trabajadores tienen el dolor de chocarse con narices frágiles; gritos sabrosos rasguñan los oídos más taponados; palabritas, palabrotas, golpecitos, golpezotes... Yo creo que ser hincha es ser más que futbolista: ¡se trabaja pero no se cobra!

Figuras del ayer

El deporte con sal

II volumen

Imprenta El Quiteño Libre, 1974



Alfredo Laguna - El Comercio

Una historia de magia y goles

Kintto Lucas

Uno

Creo que fue la Copa Libertadores del 71. Jugaban los dos grandes del fútbol uruguayo, Nacional y Peñarol, para ver quien pasaba a la segunda fase. El primero clasificaba con un empate, el otro estaba obligado a ganar. Faltaba un minuto, el partido era parejo y se mantenía empatado 1 a 1, de repente Pedro Rocha se le va a Espárrago y centra el área, Spencer se anticipa a Masnik y gol de Peñarol. La hinchada de Nacional queda muda. Aunque en realidad ya no sé si aquel gol fue en la Libertadores o en el campeonato uruguayo, ni si fue en el 71 o en el 72. Tampoco recuerdo si fue real o sólo imaginación. Son tantas las broncas que hizo tener a los “bolsilludos”, aquel centrodelantero ecuatoriano que nos acordamos de todas y nos olvidamos de la mayoría. Eran los tiempos en que el fútbol de Uruguay todavía estaba entre los mejores del mundo, se jugaba muy bien en el Río de la Plata, habían grandes jugadores y los dos equipos montevideanos se mantenían arriba en la Libertadores y la Intercontinental. Eran

los tiempos del fútbol jugado con calidad, ¡qué tiempos! Aunque a veces me falla un poco la memoria.

Dos

Pero los tiempos de Alberto comenzaron antes, allá por 1960, el día que llegó a Montevideo. Lo llevaron por la noche a Los Aromos, donde Peñarol estaba concentrado a la espera de un partido frente a Nacional que definiría el campeonato del año anterior “Los compañeros me recibieron bien –comenta Spencer–. Juan López, aquel que fuera técnico de Uruguay en el Maracanazo, dirigió a Ecuador en la Copa América del 59 y me recomendó a Hoberg y William Martínez que eran los más veteranos, porque los demás muchachos eran muy jóvenes, era un equipo que se estaba armando”.

El debut fue frente a Atlanta de Buenos Aires, donde jugaba Luis Artime y empezaba de despuntar en el arco, un loco del fútbol, llamado Hugo Gatti. Peñarol ganó 6 a 0 y Spencer convirtió tres goles. “La gente no entendía nada

—dice—, era muy raro que hubiese llegado un ecuatoriano y que además hiciera goles. En ese momento, el fútbol uruguayo era muy fuerte, hacía sólo diez años del Maracaná. Luego vino la Copa Libertadores, salimos campeones y fui el goleador. Allí la parcialidad comenzó a tenerme confianza y yo me sentí mucho más seguro. Aunque seguía sintiendo la responsabilidad que me llegaba de Ecuador, porque a cada partido venía un periodista para cubrir mi actuación. Allí todos estaban expectantes”.

Tres

Los recuerdos del fútbol van surgiendo de a poco y se entrecruzan con otros pensamientos, pero estoy casi seguro que la historia comenzó antes de 1960, en otra parte. A mediados del año 1959, para inaugurar el Estadio Modelo de Guayaquil se disputó un cuadrangular en el que participaron Emelec, Barcelona, Huracán de Buenos Aires y Peñarol de Montevideo. Spencer jugó reforzando al Barcelona y convirtió el primer gol en el nuevo estadio, se lo hizo a Walter Taibo que atacaba en Huracán. Era común que, cuando se jugaba un torneo internacional de importancia, Alberto reforzara al local. En el segundo partido, le hizo un gol a Peñarol. A fines de ese mismo año se jugó la Copa Americana y él defendió la camiseta ecuatoriana, el técnico era el uruguayo Juan López. El campeón fue Uruguay y al finalizar el torneo, López

recomendó a Spencer para que fuera a jugar en Peñarol. En los primeros días del año 1960 se hizo la transferencia del Everest al equipo aurinegro. Era la primera vez que un jugador ecuatoriano salía al extranjero. “Tenía veintidós años y sentía la tremenda responsabilidad de defender a Ecuador vistiendo los colores de Peñarol. “Los días previos a mi partida fueron una locura, me homenajearon en mi pueblo, en la Federación, los amigos, en el club y hasta me organizaron un partido de despedida en Quito”, comenta Alberto.

Cuatro

La memoria vuelve a traicionarme, pero si no me equivoco, la historia se inició antes de la llegada a Uruguay, mucho antes todavía, en un pueblito llamado Ancón, a 130 kilómetros de Guayaquil. El hombre trabajaba en la compañía anglo-ecuatoriana, era inglés y se casó con una joven ecuatoriana. Pero ninguno de los dos se imaginó que el decimosegundo de sus catorce hijos, al que llamaron Alberto, sería ídolo del fútbol sudamericano.

Eran siete mujeres y seis varones. Alberto tenía sólo ocho años cuando murió su padre de un ataque al corazón, desde ese momento su niñez se complicó, aunque los mayores que ya trabajaban en la anglo-ecuatoriana se hicieron cargo de la familia. “Mi padre como buen inglés era muy exigente —comenta—, aun-

que también lo recuerdo claramente jugando con nosotros y haciéndonos cantar a todos juntos. A mi madre por suerte la pude disfrutar bastante, siempre fui muy apegado a ella, supongo que porque era el menor de los varones. Gracias al fútbol le pude hacer su casa en Guayaquil”.

Marcos, su hermano mayor, era puntero derecho del Everest de Guayaquil y llegó a jugar en la selección ecuatoriana. Jorge, el segundo, jugaba en el Barcelona. Alberto empezó a jugar al fútbol en el colegio del pueblo, luego pasó al Andes de Ancón. A los quince años ya pintaba para gran goleador. Entonces, sus hermanos decidieron llevarlo al Everest, donde empezó en las inferiores hasta que a los 17 se inició como titular. “Extrañaba tanto mi pueblo –dice–, que en el contrato estaba estipulado que sólo viajaba a Guayaquil para los partidos. Así, seguía viviendo con mi madre, entrenaba con el Andes y los domingos me iban a buscar en un coche para el partido, después me llevaban de vuelta a casa. Jugaba de centrodelantero pero con el diez en la espalda”.

Cinco

Pensándolo bien, creo que la historia de Alberto Spencer empieza y termina en cada gran victoria de Peñarol. En cada campito de Uruguay, en cada canchita de Ecuador, donde los pibes se ponen su nombre y manejan la guinda como los

diosos. Y la historia está en sus goles. En aquellos que les hizo a River Plate argentino en la final de la Libertadores del 66, cuando Peñarol perdía 2 a 1 y ganó 4 a 2 en el alargue. En aquel partido, Alberto cada vez que fue a la pelota, ganó. Cada vez que ganó remató. Cada vez que remató, la pelota se fue al fondo de la red. El primero fue un golazo y además inició la reacción de Peñarol. Rodeado de defensores, en una superficie donde no era muy fácil sacar la piedad para el impulso, dio un medio giro perfecto y cuando caía la pelota la tomó de bolea con la zurda.

Puso el 3-2 en el alargue, con un cabezazo, ganándole a tres de River. Y además fue un problema constante para la defensa millonaria, carta de triunfo de la delantera aurinegra. Tranquilo pero dinámico, no bien un defensor dejó caer la pelota, él ya la pescó y a cobrar. Cada vez que entró en juego cambió la tranquilidad por velocidad e imprimió un vértigo que desconcertó a sus marcadores, con un pique demoledor.

Los escribas de todas las geografías supieron elogiar su calidad. Esa que puso de manifiesto en aquellas finales de la Intercontinental con el Real Madrid, cuando hizo tres de los cuatro goles “manyas”. Un periodista franchute de nombre Francois Thébaud, de la revista “Miroir du Football” de París, dijo por entonces: “Sin duda, Spencer ha sido la gran atracción del match. Yo lo conocí hace seis años, cuando fue la primera

Intercontinental. Los progresos que ha realizado me resultan sorprendentes. Es el único jugador que me hace recordar, por sus cualidades y su estilo, al formidable Pelé. Del gran brasileño, tiene Spencer la misma desenvoltura, la potencia, las increíbles posibilidades de aceleración, el sentido que le permite esquivar los golpes, la técnica sin fallas. También un extraordinario juego de cabeza. Juzgándolo por la manera como se entendió con Joya en el segundo gol, su inteligencia para el fútbol colectivo es muy superior a la de Eusebio, a quien exageradamente se ha querido comparar con Pelé. Spencer es el único que soporta comparación con el incomparable futbolista de Brasil”.

Seis

Spencer está en un rincón de la historia de Peñarol. Su fútbol es una imagen de

ese gran club en el que jugó once años, ganó Libertadores, Intercontinentales, campeonatos en Europa. Ganó todo, sólo le faltó participar en un Mundial. Podría haber estado en el ataque uruguayo en México 70, pero no se dio. Si bien jugó con la pre-selección, no quiso nacionalizarse porque perdía la nacionalidad ecuatoriana. A la celeste le faltó un centrodelantero de su categoría para llegar más alto que aquel cuarto lugar.

Cuando los ojos y la memoria se pueblan de imágenes. Esas imágenes ya son una partecita de la historia del siglo ¿y qué es el siglo sino recuerdos? Los recuerdos, sean reales o imaginarios, sean soñados o vividos, están ahí, por lo tanto existen. La memoria del fútbol ecuatoriano existe en el juego de Alberto Spencer.

Apuntes sobre fútbol
Kintto Lucas
Abya Yala, 1998



Escritor, poeta
y ensayista

Jorge Enrique Adoum

El fútbol jamás ha impuesto una corriente de pensamiento

Se decía en algún momento que el fútbol era como la religión, el opio del pueblo... ¿qué cree?

Supongo que el parangón se debe a las pasiones que ambos suscitan y a su difusión por el mundo, aunque ninguno de ellos es universal. Pero hay una diferencia esencial, que anula el paralelo: el fútbol jamás ha tratado de imponer una corriente de pensamiento, condenando y hasta matando a quienes opinan diferentemente, como ha sido y sigue siendo el caso de las religiones.

Encuentra sentido a la relación que puede haber entre el fútbol y la literatura?

Si entiendo la pregunta, sí. Sería absurdo no encontrárselo a una actividad que mueve multitudes, incluso a grandes distancias, que aviva comportamientos colectivos hasta el delirio, que une (también separa) a naciones y pueblos, que es una de las fuentes de su orgullo y de su pesar pasajero. En cuanto a la literatura... Por respeto al DRAE y para no tergiversar definiciones, transcribo una de las que trae para "sentido" «Inteligencia espiritual y mística que se da a algunas palabras de la Sagrada Escritura, aplicándolas a personas y cosas distintas de las que se dijeron en su riguroso y literal significado». Para mí, la literatura es "sagrada" y las Sagradas Escrituras también son "literatura". Y esa acepción del Diccionario, ¿no es la mejor definición de "metáfora"?

¿Se puede leer en el fútbol lo que somos los ecuatorianos?

Sí, pero deletreándolo con cuidado. Hay mucha imitación internacional, actitudes, gritos, disfraces de las barras, que son las que dan al fútbol su carácter de popular y de elemento de identidad.

¿De todos los tiempos? Pelé.
 ¿De ahora? Debiendo citar un solo nombre diría que Ronaldinho, porque hallo que encarna y enriquece todos los rasgos del "jogo bonito" del Brasil.



En cuanto al juego mismo, ignoro las cuestiones relativas a alineación, reemplazos, táctica, estilo, pero no creo que ninguno de esos elementos, ni todos ellos juntos, puedan determinar como característica propia, la violencia, por ejemplo, de los hoolligans en algunos países de Europa.

¿Hay alguna seña de identidad ahí?

Tal vez, porque no siempre el comportamiento ocasional de un grupo puede ser indicio de la identidad de un pueblo. (No sé si en todo el mundo se da simultáneamente ese otro espectáculo, que no es privativo del fútbol; ahí están las corridas de toros, el de la embriaguez colectiva en los graderíos, pero aún si fuera así, se trataría de una señal de

identidad hasta cierto punto particular pero no exclusiva). Cabe recordar, además, en ese tipo de espectáculos, la supremacía de un yo colectivo sobre el yo individual: a quien regresa de ellos a su casa, le cuesta imaginarse a sí mismo, sólo, en un estadio o un coso vacíos, adoptando actitudes desaforadas como parte del público.

¿Le ha inspirado alguna vez el fútbol? (¿le gusta verlo o alguna vez ha jugado fútbol?)

"Inspirado" literariamente, no. Tampoco lo he jugado. Pero mientras viví en Ecuador, antes de ir a Europa, no había domingo en que no fuera con los amigos del "Crack" al Estadio del Arbolito. En París fue distinto. Tras una o dos veces, dejó de interesarme porque no era capaz de juzgar imparcialmente el juego: necesitaba, como siempre, entusiasmarme a favor de un equipo, y no tenía preferencia por ninguno.

¿Es sentencia cierta esa de que el fútbol y la guerra con el Perú han sido los dos únicos factores de unidad del Ecuador?

Desgraciadamente, parece que sí.

¿Le gusta alguna figura del fútbol mundial? Por qué?

¿De todos los tiempos? Pelé. ¿De ahora? Debiendo citar un solo nombre diría que Ronaldinho, porque hallo que encarna y enriquece todos los rasgos del "jogo bonito" del Brasil.

¿Es el fútbol parte de la cultura popular? ¿Se puede calificarlo de folclor?

Me parece que, en Ecuador, forma parte de la cultura popular urbana: algún domingo se ve, en un plaza de aldea, a dos equipos tristemente incompletos, jugando a que juegan un fútbol sin público, y no creo que figure entre las costumbres de los campesinos montubios ni de los indios, y tampoco se los ve como espectadores en los estadios. En cuanto a los negros, se sabe que son las figuras más destacadas de algunos de los mejores equipos del mundo, pero no hay uno, completo y estable, en su lugar de origen. ¿Calificarlo de folclor? No. El folclor, por definición, carece de institucionalización en todos sus niveles: de ahí que se transmite pero no se enseña, y se practica y reproduce sólo de manera anónima.

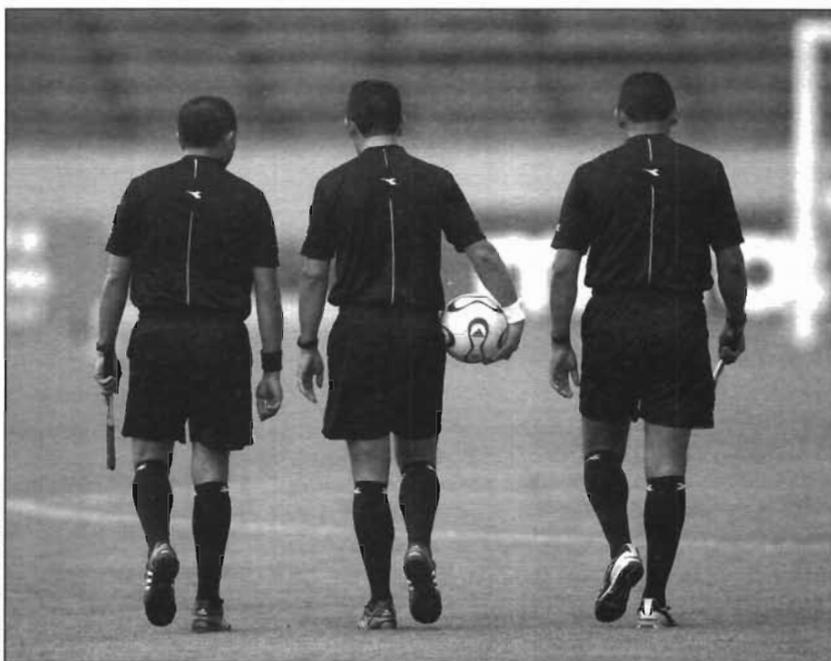
¿Qué encuentra en textos de sus colegas en donde el fútbol es protagonista (Galeano, Pérez Torres, Donoso Pareja, entre otros)?

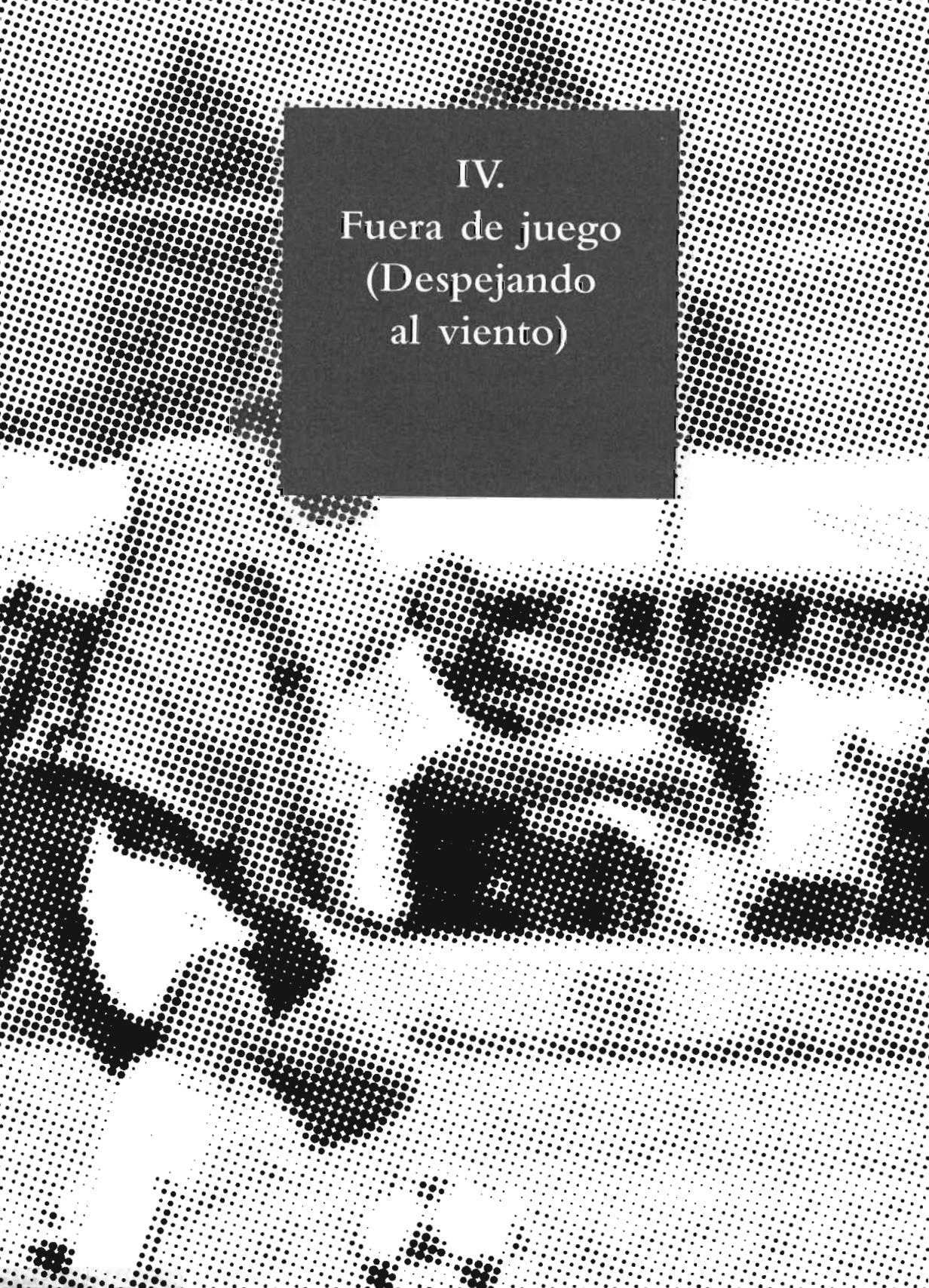
Citaría también a Galo Mora Witt con *Un pájaro redondo para jugar*, y falta además, aunque no sé si está traducido, Georges Haldas con "La leyenda del fútbol", obra maestra del género. Admiro en todos ellos su capacidad para tratar, sin concesiones demagógicas de su estilo, un tema aparentemente tan alejado de la literatura, y para hacer que su dinamismo se mantenga pese al carácter estático de un texto impreso.

¿Escribiría ud. sobre fútbol?

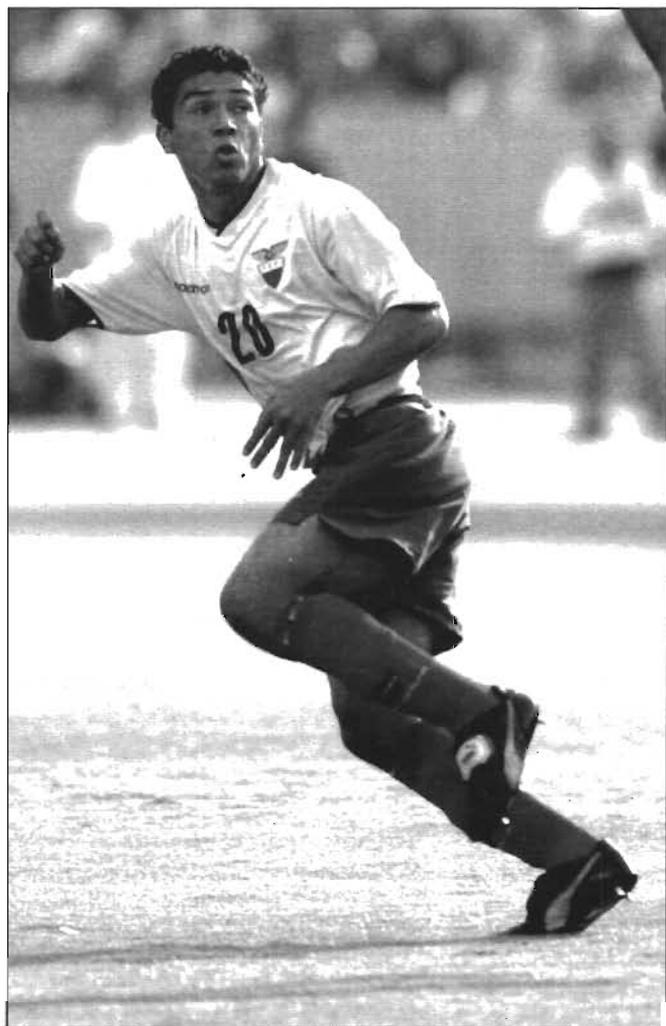
No, jamás se me ha ocurrido hacerlo, ni sería capaz.

Patricio Terfán - El Comercio





IV.
Fuera de juego
(Despejando
al viento)



Armando Prado - El Comercio

El barrio el Batán y su Estadio Olímpico Atahualpa

Carlos Ríos Roux

A menudo nos juntamos miles y nos ponemos la camiseta local...
En ocasiones usamos una sola, la de Ecuador y somos millones...
Por la noche en la Eloy Alfaro somos cientos, con el atuendo de la farra...
Con los vecinos vestimos la camiseta barrial...
Y en el hogar nos ponemos la casaca familiar...
En la cama somos dos sin camiseta...
Y volvemos a ser millones con una sola camiseta, la tricolor nacional...



Vicente Costales - El Comercio

¿Qué es el mundial sin Maradona?

Raúl Pérez Torres

Esas frases lo dijo consternada Carmen Lucía, artista cubana que lamentaba el retiro intempestivo del astro argentino, quien había prometido a Fidel, su amigo personal, y a todo el pueblo cubano, visitar ese país con el trofeo de la copa del mundo, para pasearlo por las calles de la Habana.

Imponderables de la conducta humana, de la obsesión, y la vehemencia, no han permitido que esto se haga realidad, porque al contrario de lo que piensan “los sabios” comentaristas deportivos, a mí me parece que Argentina no será la misma sin la presencia de este genio del fútbol, porque no solamente su influencia estaba dada por la magia de sus piernas, sino por otra serie de factores que tienen que ver con una personalidad magnética y poderosa, que distribuía su energía vital en el campo del juego.

“Me han cortado las piernas, y se las han cortado a mis hijas y a mi familia” ha dicho Maradona, con rostro compungido por el llanto, asombrado quizá de que la vida sea tan cruelmente injusta con un hijo del pueblo, que ha tenido la posibilidad de pasearse por el cielo y el infierno, lleno de una voluntad ejemplar que le permitió

resurgir como el ave Fénix y demostrarle al mundo, lo equivocado de sus apreciaciones ligeras cuando echando por tierra todo lo que él había significado, decidieron enterrarlo bajo las palabras y los conceptos más denigrantes.

“Me han cortado las piernas” dijo, mientras hacía puchero para no llorar, y esto pasaría como una más de las perversidades cotidianas sucedidas en el inefable país del norte, si no fuera porque esas piernas representan las ilusiones de una cantidad inmensa de gente, de jóvenes y niños de un pueblo en definitiva, que ha encontrado en él, el mejor paliativo para olvidarse de una guerra sucia que lesionó para siempre el espíritu argentino. Hemos dicho muchas veces, con ese humor típico de los latinos, que el ego significa aquel argentino que todos llevamos en el alma, pero ahora pienso que cada vez ese ego se va volviendo más triste, menos altivo, más desencantado, aunque quizá también estas experiencias se constituyan en lecciones de humildad y respeto a los demás.

El niño que soñaba con la camiseta del Boca Junior, se ha topado de bruces con el diablo. El diablo, la sociedad de consumo que quiso hacer de él una empresa para

explotarlo, no un ser humano, al que se le exigió y le presionó hasta límites increíbles. El pibe del barrio que se las pasaba haciendo cascaritas para olvidarse del hambre, se ha topado con la frialdad post-moderna, con el *Terminator* creado por una sociedad vacía de calidad humana, su pelota de trapo se ha convertido en pelota de oro y le ha golpeado la cabeza. Es quizá el último jugador humano, el que se equivocaba, el que se divertía, el que lloraba y volvía arrepentido, el genial y el minusválido, el preponderante y el humilde, el hombre en definitiva, el hombre de Vallejo, considerado en frío, imparcialmente, el mismo que ahora con los brazos caídos, derrotado, se ha entregado a la sonrisa de los buitres.

Este mundial nos va enseñando muchas cosas. El realismo maravilloso de Colombia que en este campeonato escribió una pésima novela, ¿por qué? Porque para escribir una buena novela se requiere una gran dosis de humildad, de perseverancia, de voluntad, y parece que a ellos se les olvidó estos instrumentos en la pretemporada, se les confundió entre la esplendorosa cabellera del pibe Valderrama. Un amigo que me llamó desde Estados Unidos me decía que los jugadores de Colombia, cuando caminaban por la calle, necesitaban dos veredas, una para ellos y otra para su ego. Otra lección. Lección para ellos, para los periodistas especializados en fabricar dioses de pacotilla para un pueblo, al que García Márquez le devolvió su magia y Asprilla se la quitó.

En un poema a la muerte de Julio Jaramillo, mi amigo guayaquileño Fernando Artieda, decía doliente: "...ahora sólo nos queda Barcelona" emulándolo diría yo,

"ahora sólo nos queda Brasil". Es posible que los dos nos equivoquemos, porque Barcelona ya ha pasado por el proceso del barro y Brasil no ha demostrado más que la mitad de aquel embrujo que se encuentra en la zamba, la garota y la caipiriña. Romario es ese bello Walt Disney, que con cámara en los pies ha filmado en la cancha "la dama y el vagabundo". Jugador inespereado, a veces duerme durante 80 minutos, pero cuando despierta, se despierta el mundo. Beбето también parecería que cuando juega, no juega si no que acuna a un niño. Quizá se está acunando a sí mismo o a esa doña Bella que se llama Brasil.

De los europeos prefiero no hablar. Son tan fríos y tan metódicos que hasta las palabras se congelan. Nunca he conocido un futbolista alemán (por ejemplo) que sonría, y si sonríe, su gesto es tan trágico y solemne, que yo prefiero el llanto.

¿Y los africanos? Gamos, gacelas y leopardos que están preparándose para después, para regar con su colorido y fuerza los escenarios del mundo, para dar el gran salto, el salto del tigre que lleva en sí la inteligencia y la fuerza, la astucia y la acrobacia, pero además el humor, la alegría, esos rasgos tan olvidados por el ser humano.

Pero ¿Qué es el mundial sin Maradona? Yo por lo menos, voy a apagar el televisor y mi corazón futbolero para volverlo a prender dentro de cincuenta años, que es lo que se tendría que esperar hasta que un nuevo Maradona vaya a entregar a Cuba, su más digno tesoro.

Diario El Clarín,
Buenos Aires, 1994

Yo jugué en una Liga de fantasía (Perfil de Carlos Ríos)

Raúl Pérez Torres

Yo bajaba con Iván Egüez, después de clases, todos los días a los entrenamientos de la Liga Deportiva Universitaria, para estar al lado del Mariscal Ocampo, para escucharle, para aprender de su maravillosa sencillez, que luego nos servirá en la literatura. Corría el año de 1968, año en el que José María Ocampo tomó como cosa personal, el entrenamiento de nuestro mejor jugador de todas las épocas (esto es para que los lectores no olviden que están leyendo a un hincha compulsivo): Polo Carrera Velasteguí, quien iría en pocas semanas a Peñarol de Montevideo, a codearse con aquellos bicampeones del mundo, cuyos nombres cubrían nuestros sueños: Spencer, Mazurkiewicz, Elías Figueroa, Rocha, Joya, Abadie, Matosas, etc.

Polo, que siempre huía de la gimnasia como de la magnesita, que era el último de la fila, que siempre pretextaba algo para evadirse de los ejercicios, en ese tiempo obedecía al Mariscal con la cabeza gacha y el ojo luminoso. Una vez, delante de algunos de nosotros, entre ellos recuerdo a Tito Larrea, Mikey

Salazar, Enrique Portilla, el Mariscal le dijo estas palabras: “Escuche Polo, para mí concepto usted es uno de los diez mejores jugadores del mundo. Depende únicamente de usted llegar a ser el número uno”. Luego lo mandó a que subiera y bajara cincuenta veces las gradas del estadio de la Universidad. Era el tiempo en que Polo se iba, y de Peñarol nos mandaban otro crack: El Tano Bertocchi.

Pero no es de ellos de quienes voy a escribir ahora, sino de otro uruguayo que venía de esa cantera donde Spencer ponía la cabeza, un “rabito” de 19 años, que desde los 17 ya se había dado el lujo de alternar con aquellos grandes: Carlitos Ríos Roux quien, de paso, me cuenta que días antes de venir, en Montevideo se jugaba el partido Peñarol - Liverpool, y todo el estadio coreaba enfebrecido el nombre de Polo... Polo, ante el imán de su zurda portentosa.

Ríos Roux llegó para Liga, trayendo en la mochila un título de Magisterio y la esperanza de ser Arquitecto. Y eso es lo que empezó a ser en el equipo de 1969. Guiado por Gómez Nogueira, jugando



Eduardo Terán - El Comercio

Tengo la sospecha de que el deporte se apoya cada vez más en la tecnología, y los países que no lo pueden hacer se han quedado en el terreno deportivo. *Abelardo Sánchez León*

al lado de Bertocchi y Tito Larrea, se fue convirtiendo en el conductor, con un juego preciosista, técnico, depurado, veloz, un “jogo bonito” como decía su entrenador, un juego imparabile que no se contenía en los pies, sino en la actitud, en la mística que se desprendía desde el espíritu de su Presidente, el Ingeniero Telmo Ponce, hasta cada uno de sus jugadores, a saber: Solimando (muerto ya hace algunos años a causa de una patada recibida, quedó parálítico y luego le sobrevino el cáncer), Iván Noboa, Eduardo Zambrano (el eterno), Enrique Portilla (hasta ahora “enyesado”) Ramiro “tronco” Tobar, Santiago Alé (el jugador más sereno del mundo). Jorge Tapia (no era de carne sino de hierro) Mikey

Salazar (siempre creían que en las fotos estaba agachado, pero no, estaba parado) Carlitos Ríos y Tano Bertocchi (que jugaban de memoria, como si estuvieran en un colegio de monjas) y Armando Tito Larrea (el mismo que se tiró una chilena delante de cincuenta mil espectadores; obviamente fue gol, y fue en el estadio de Santiago).

Bueno, no hay que olvidar que antes de tener ese equipo de ensueño, ya habíamos sido campeones en los años 54-58-60-61-66-67, como locales y 69 como nacionales, pero apuntábamos ya a los campeonatos del 74-75 y 90. Y no hay que olvidar tampoco a ese maravilloso equipo del bicampeonato. Liga había descendido en 1973, por esos imponderables errores de la vida, pero desde allí, y bajo la magia del Polo Carrera, el equipo logró dos campeonatos más. Allí estaban: Bolaños, Moreno, Villena, De Carlos, Guevarita, “Carita” Gómez, Sussman, Jorge y Gustavo Tapia, Oscar Subia (mi hija moría por él, hasta ahora tiene un álbum completo) Patricio Maldonado, Hernán Vaca, Maesso, Ramiro del Pozo, Polo Carrera y J.J. Pérez (que desgraciadamente no es el que esto escribe) y estaban también otros universitarios: Patricio Pintado, Ramiro Aguirre, Garzón, Humbolt de la Torre, González, y junto a todos ellos, claro, Rubén Montoya.

Siempre correcto, alegre, emocionado, el arquitecto Carlos Ríos me cuenta que jamás le expulsaron, solamente en el 69,

cuando Liga pasó a la segunda etapa de la Copa Libertadores de América. Jugaban en Paraguay contra Guaraní y Tito Larrea estaba endiablado, los paraguas le pegaron y Eduardo Zambrano y Carlitos Ríos se lanzaron contra los agresores del niño. Resultado: dos expulsados y un empate. Liga quedó segundo. Luego de Peñarol.

Y desde el recuerdo otra anécdota: Un partido en Manta. Liga gana 3 a 0. Un montubio samuray (como el que sabemos) corría loco por el filo de la cancha, con un machete al viento, quería matar al árbitro. “Empecemos a jugar todos por el centro de la cancha. Cuando acabó el partido lo metimos al árbitro dentro del arco y nos pusimos al frente para defenderlo”. El árbitro era René Torres. Tiempos que los ambateños nunca olvidarán, porque también a ellos se los goleó 11 a 0, con 8 goles de Bertocchi (rompió la marca de Pelé). Tiempos en que se le ganó a Gornik, equipo base de la selección de Polonia que luego quedaría tercero en el mundial de Alemania 70. Tiempos en los que Carlos Ríos daba cátedra, de buen juga-

dor, y entre partido y partido dibujaba para arquitectos, estudiaba y empezaba a dirigir las inferiores de Liga, de donde iban a salir jugadores como “superchiri”, Samaniego, “muñeco” Mina, José Moreno, Porras y muchos otros.

Pero como nadie puede ser perfecto, Carlitos Ríos pasó a jugar en el Deportivo Quito en 1973. Allí enfermó con flebitis y embolia pulmonar y abandonó el fútbol; luego puso un restaurante con el recordado “loco Bataine” y con Alberto Lavie, donde íbamos a comer parrilladas a la uruguaya, todos los que queríamos sentirnos jóvenes; se llamaba “Vilcabamba”. Y para enmendar el error de haber jugado en el Quito, se casó con Patricia Touma, hija del médico de L.D.U. Dr. Marcelo Touma y de golpe tuvo cuatro bellas hijas, una de ellas estudiaba ingeniería electrónica, las otras sueñan con jugar en Liga, mientras su padre alterna entre la arquitectura social, la cátedra, escribe sobre la recreación del deporte y hasta hace poco era coordinador técnico del equipo de sus amores, Liga Deportiva Universitaria.



Alfredo Lagla - El Comercio

Aquí yace un hombre bueno

Raúl Pérez Torres

Al fin el maestro, el Mariscal José María Ocampo, ha decidido depositar en un libro toda su sabiduría, todas aquellas virtudes éticas y estéticas, que tanto nos han beneficiado a todos los que hemos permanecido cerca de él. Esa es la razón de este libro, que sale a la luz a instancias de sus pupilos agradecidos, para multiplicar su pensamiento, para poner al alcance de todos; jóvenes y viejos, esos consejos sabios que no solamente sirven para formar técnicamente a un futbolista, sino que van más allá, es decir a su formación integral, a tratar de fundir en un solo pensamiento armónico lo físico y lo espiritual.

Cada uno de los temas tratados por el Mariscal, ha pasado por su diaria experiencia, por su reflexión continua, por su inagotable necesidad de dar la mano al que llega, de aportar con su bondad y su sencillez para que el hombre se reconozca en sí mismo y pueda sacar a flote el tesoro de su voluntad y de su fuerza.

Eso es lo que tenemos ahora en estas páginas, un manual de comportamiento, una visión total sobre las distintas fases que se deben superar para llegar a ser un

crack y de la misma manera un hombre de bien.

Muchos años le hemos tenido a este paraguayo ecuatoriano, entre nosotros, por eso su voz tiene la autoridad del conocimiento, él ha estado siempre cerca de nuestra juventud, conoce su idiosincrasia, su psicología sus manifestaciones intrínsecas, sus aspiraciones; y es ahora cuando ha cumplido un ciclo vital al servicio de los demás, que nos entrega su patrimonio intelectual acumulado en toda su vida, una vida atravesada por el amor y la solidaridad. Su cabello es ahora blanco. Su cuerpo de abedul un poco azotado por el viento, sus manos gesticulan con pasión, su mirada por momentos se llena de peces vivos, su voz sigue dirigiéndose a mí, como hace veinte y siete años, voz de padre, voz de campana y sortilegio.

Sonríe entonces, un poco acusadoramente y me dice: “Ehaa, Pérez, usted ha sido el futbolista más bohemio que he tenido” y nos deslizamos serenamente por el túnel del recuerdo y la nostalgia, para salir a entrenar, llenos de optimismo y de fe, en aquel maravilloso equipo de Liga Deportiva Universitaria de 1967,

que conoció la brujería de Polo Carrera, la ubicuidad de Tito Larrea, la música de los hermanos Zambrano, la piel de ébano de los Tapia, la singularidad de Portilla, el carisma de Ramiro Tobar, las diabluras de Mikey Salazar, el compañerismo de Carlitos Ríos, la filigrana de Capacho Jiménez, la garra y la solidaridad de tantos y tantos futbolistas que con el Mariscal Ocampo, aprendimos algo que no siempre se aprende en una cancha de fútbol: a ser hombres de bien.

La primera vez que pisó suelo ecuatoriano fue en el sudamericano del 47, en Guayaquil, con la selección de Paraguay. Amor a primera vista, a pesar de que salió campeón el equipo de Argentina y como no ser campeón, si era un equipo que tenía de suplentes a Néstor Raúl Rossi y Alfredo Di Stéfano. Saldo de aquello: Paraguay vicecampeón y un nuevo sentimiento de hermandad.

Mediocampista consumado, es decir conductor, líder. En el 49 lo contrataría Racing y en el 50 pasaría a ese maravilloso equipo de Boca Junior de Cali, lleno de estrellas rutilantes como Centurión, Arce, Atilio López, Solano Patiño, Cañete. ¿Quién de los que en aquel tiempo ya jugábamos con pelota de trapo, no los recuerda? Si hasta los teníamos coleccionados en “los caos” que guardábamos religiosamente en el libro de Lugar Natal.

11 de noviembre de 1951. Inauguración del Estadio Olímpico. Cúcuta y Boca para la inauguración. José Ricardo

Chiriboga Villagómez y Galo Plaza, festejan desde la tribuna, y la ciudad chiquita se viste de blanco. Muchos años después, en 1983, en un gran homenaje rendido a este Mariscal de las canchas, Galo Plaza diría: “Usted, maestro, es el único que ha logrado unir a los ecuatorianos”.

1955. El Mariscal Ocampo es contratado para LDU como entrenador y jugador. Con su ojo de lince mira corretear tras la pelota a los guambras de “Las Mallas”; Mario Zambrano con sus diecisiete años, con su cara de niño dios, Pepe Morillo, Clemente Rodríguez, Gen Rivadeneira, ese caballero que jugaba con smoking, Eduardo Zambrano, el Potrito Stacey, que obviamente no se separa del engramado, y el inefable Capacho con su camisa a cuadros y sus brazos de chimpancé. Equipo para 15 años. Equipo que llenó de azucenas nuestros sueños.

Vagabundo de fútbol, buscador incansable de nuevas voluntades, junto con el coronel Caupolicán Marín y el capitán Enderica, sellarían entonces el pacto de formar un nuevo equipo, el Mariscal Sucre, semillero y antecedentes del actual equipo El Nacional.

Luego, aquel gran hombre del deporte: Milton Rodríguez Coll, le llamaría a que entrenara el equipo de sus amores: Atlanta de Chimbacalle. No había dinero para pagarle, pero los habitantes de ese barrio decidieron contribuir con un sucre para pagar sus honorarios.

El gran señor paraguayo nunca les cobró. “Soy del sucre de Chimbacalle”



Bolivar Vázquez - El Comercio

Veintidós camisetas persiguiendo otro afán./ El ritual o la fiesta del domingo, que han hecho/ Para que crezca el fútbol con milagro de pan./ El gol vendrá estallando desde/ truenos dispersos/ Y su eco prodigioso ya no se apagará./ Regueros rumorosos volcarán los regresos / Y más allá del lunes la pasión arderá. *Héctor Negro*

dice orgulloso. Luego vendría la gran amistad y solidaridad con Gonzalo Benavidez, y que ha perdurado hasta ahora. Pasa luego a relatarme su entristecido regreso al Paraguay, años setenta. Enferma su esposa. Su compañera de sueños y nostalgias. Y enferma de algo grave, irreversible: síndrome de Renault. Empezaría entonces aquella única prueba para la que nunca estuvo preparado; el lento desmoronamiento de una vida que le dio cuatro hijos, y los momentos irrepetibles y mágicos de la cotidianidad. Veinte y cinco años de enfermedad, 28

operaciones, gangrena, y siempre la sonrisa, siempre el consejo oportuno, siempre la mano cariñosa.

Vuelve a nuestro país, cargado de luto y de tristeza, pero el país lo recibe con los brazos abiertos. Polo Carrera le está esperando en el aeropuerto para ofrecerle un departamento de su propiedad. Es el gesto noble de un hijo hacia su padre que se lo dio todo. El Mariscal lo rechaza agradecidamente. En los campos de Liga reverdece la esperanza, y es ese hombre maravilloso el que ahora nuevamente está regando la semilla entre los

niños y jóvenes. Semilla que ha dado a LDU, en el año que acaba de terminar, cuatro campeonatos invictos y un vicecampeonato, en las categorías de 12, 14, 16, 18 y 20 años.

Y es ese mismo hombre maravilloso el que al despedirse me ha dicho: “No he

regresado a esta patria para ganar plata, sino a pagar lo que debo a los ecuatorianos; para volver solamente he pedido comida y techo, quiero morir en esta tierra y que en mi tumba simplemente se diga aquello que fue un pensamiento de mi mujer: “Aquí yace un hombre bueno”.

Nosotros

Abdón Ubidia

Nunca me gustó el fútbol. Nunca lo entendí. De joven prefería el básquet. Decía que era por razones de estatura. Mentía. La verdad: odiaba el tumulto, el bullicio, el apasionamiento de esas masas de fanáticos que, en otros contextos, igual seguían, a veces hasta la muerte, a los demagogos y a los iluminados. Como muchos, como los propios hinchas enfervorizados, no distinguía bien el juego en sí, del fervor unánime que provocaba. Claro, uno no se vuelve escritor porque está en perfecto acuerdo con el mundo. El fútbol era uno de mis desacuerdos. Lo sobrellevaba como un secreto. Nunca discutí el tema. Su euforia me llegaba como desde lejos. No me conmovía.

Con seguridad, yo era el gran equivocado. Me limitaba a repetirme esa frase de Chesterton que me gustaba tanto: “Me he pasado la vida comprobando que los otros tienen siempre la razón”.

Algo cambió en mi vida, sin embargo, el miércoles último. En principio, porque vi, completo, el partido Ecuador-Uruguay. Luego, porque, por momentos, llegué a emocionarme tanto o más que esos

chicos que lucían sus rostros pintados. Y después porque —por momentos, repito— abandoné la nostalgia con que muchas veces miré, en los estadios repletos, esa inmersión profunda de los individuos en “la masa”, en esa gran hoguera o agujero negro que borra todo vestigio del yo, y que junta a los fanáticos del fútbol con gritos que no por primarios son menos establecidos y con gestos que no por absurdos son menos repetidos.

Porque en algo al menos creo no estar del todo equivocado. Una cosa es el juego loable de los atletas y artistas que se baten en la cancha y otro, paralelo pero distinto, es el que juegan los hinchas en las barras o frente a los televisores. Quiero decir que, en ese miércoles, por una vez en la vida, yo sentí que estaba jugando al fútbol, a la manera de cualquiera de los cientos de miles —¿de millones?— de apasionados espectadores que sufrían, en esos instantes, por algo que, en el fondo, incluso si ganábamos, no nos prometía el paraíso terrenal.

Ganamos, sí. Y mi alegría estalló como cohete de fiesta popular. De pronto —entendí, aparte de las inconscientes—,



Es, junto con la música, el juego que nos enfrenta de forma directa y sensible con la potestad del aire. La mano del que escribe, envuelta en aire es su vínculo. No otra cosa sucede en el fútbol. Lo que está en juego es el aire. El aire guardado en una esfera, atrapado en la entraña de un balón.

Jorge Esquinca

las otras razones que me estremecían por ese triunfo. Como en muchos años no había ocurrido, el pronombre personal “nosotros” sonaba en todos los lados. Lo gritaban los locutores y comentaristas. Lo decían todos al unísono. De improviso, un país sumido en la anomía más absoluta, que había sido —y sigue siendo— saqueado por los bribones; un país que vivía cotidianamente con el peligro de su real disolución, gracias a un hecho casi fortuito, decía su palabra gregaria y contundente: “nosotros”. “Nosotros”, como un reclamo, como una réplica, como una esperanza y, acaso, como una advertencia. Porque ¿quiénes éramos “nosotros”? Mejor: ¿qué era ese “nosotros” que todos coreábamos en ese día inolvidable? Aunque parezca repetitivo: “nosotros mismos”: esos negros, salidos del último lugar del mundo; esos blancos y mestizos que admitimos, al fin sin complejos raciales ni sociales, un ser colectivo que hasta nos permitió el triunfo, es decir, la defensa de algo común que nos une: la idea de una patria, de un patrimonio, de una historia, de una bandera.

Noviembre 11, de 2001

Cosa de pelotas

Edgar Allan García

En primer lugar, no sé casi de fútbol, pero he escuchado que es una especie de guerra simbólica. Lo probaría la utilización de palabras militares como, por ejemplo, “atacar” (avanzar), “ofensiva” (delanteros), “escuadra rival” (el otro equipo), “artillero” o “fusilero” o “matador” (goleador), “patrullar” (perseguir de cerca de otro jugador), “atrincherarse” (defender el arco), “disparar” (patear la pelota), “fusilar” (patear de cerca), “campo minado” (cancha llena de defensas), “bombazo” (patear fuerte el balón) “reclutar” (contratar jugadores), “estratega” (entrenar), “asaltar el área rival” (avanzar con la pelota), “retaguardia” (los defensas), “acribillar” (golear, patear de cerca), “ir al sacrificio” (aceptar un rol desventajoso), “capitán” (eje del equipo), “liquidar la contienda” (meter un gol decisivo)...

Pero según mi casi nulo conocimiento del tema, hay términos en el fútbol que parecerían indicar todo lo contrario, por ejemplo, “tirarse de palomita; en primer lugar, digo yo, ¿por qué “tiraste”?, ¿no se supone que han ido a jugar?, y si, qué diablos, deciden “tirarse” en la cancha y no en el hotel, ¿por qué “de palomita”?, ¿por

qué no son más consecuentes con su formación de “guerreros” y se tiran de condor o de pterodáctilo?, ¿por qué no a lo “bestia”, que es como al parecer les llaman los “fanáticas” cuando fallan un gol?

Y ni qué decir de eso de “ponerle el pecho a la pelota”. ¿No suena acaso sospechosa una actitud maternal respecto de un pelota que, en principio, no necesita ser amamantada? y ya, que me he muerto por salir de la curiosidad, ¿es por esto que cuando meten un gol, se levantan la camiseta ante el público como diciendo “miren los chupetones que me hicieron mis compañeros en el camerino”?; además, y no rían, ¿por qué “pechan” al árbitro?, ¿acaso lo hacen sólo por el placer de sobarse los pechos con alguien que no es de ningún equipo, o todo el secreto reside en que el tipo de calzoncillos negros es el dueño del “pito”?

Y ya puestos a averiguar ciertos “secretos”, ¿me podrían decir qué es eso de “lamerle los tobillos” al contrario?; me imagino que es a esto a lo que se refieren los locutores deportivos cuando dicen que “hay que ponerle ganas al partido”...

Repito: por algo dicen que al “parti-

do”, no más abajo. Sin embargo, es tanta la emoción del juego, que por lo visto necesitan “lamerle los tobillos” al jugador “del otro equipo”, ¿por qué no se lamen mejor la oreja, la nariz, el pecho –que lo tienen tan acondicionado para estos menesteres– o el partido, como recomiendan los locutores?

Y ya que estamos en el tema de las cuestiones “dudosas” en el fútbol, ¿alguien me podría explicar la costumbre aquella de algunos jugadores de “meterle la mano a la bola”? El asunto me parece particularmente grave cuando alguien “mete la mano” nada menos que en “el área de candela”, sobre todo porque está jugando con unos tipos en calzoncillos que tienen la extraña costumbre de “ponerle el pecho a las pelotas”, “tirarse de palomita” y, como si fuera poco, intentan por todos los medios, llenarle “la canasta” al arquero, en especial si éste se llama Nery Pumpido o algo por el estilo. Con razón, digo yo, el asunto de la mano se “penaliza”, momento de euforia en que los jugadores aprovechan para “pechar” al árbitro y, entre los jugadores, toquetearse con manotazos y abrazos que no son otra cosa que caricias disimuladas. Y entonces, claro, viene el gol, lo que quiere decir que la bola entra, por fin, hasta el fondo de la malla, pero... ¿acaso no han notado que cuando uno mete un gol, tan pronto se saca la camiseta para mostrarnos los chupetones, sus compañeros de equipo le caen encima para aumentárselos?

¿Y todo esto no aclararía, digo yo, por

qué ciertos jugadores, quizás recelosos de las cosas raras que suceden en la cancha, se ponen en fila, hombro con hombro y temerosos se toman con ambas manos los genitales?, ¿y no explicaría por qué, algunos incluso “rifan las pelotas” tan pronto éstas llegan “ahí donde las papas queman”? Finalmente (y disculpe que los deje pero en estos instantes tengo que meterme en un emocionante juego de damas... porque las damas juegan, sí señor, y de qué manera, en especial cuando el esposo y los niños se han ido al estadio), ¿es por estos detalles un tanto sospechosos que el público se refiere a ellos con términos como “maricones de mierda”, o simplemente, “qué maricones los hijuemadres”?

Digo, son preguntas absolutamente inocentes de alguien que poco o nada sabe de fútbol, de un viejo sedentario que cree que comerse una Reina en una tarde de domingo es una de las mejores cosas que a uno le puede suceder en la vida, y que siempre se ha consolado diciendo que eso de los estadios llenos de “fanáticos” son “cosas de pelotas”.

Cosa de pelotas II

Apenas ayer, me atreví a confesar que no sabía nada sobre el fútbol y, ya metido en el tema, con unas cervezas demás, hice una serie de bromas sobre este deporte, sugiriendo –de buena fe– que era un juego de “pelotas”. Creí que todo quedaría ahí pero, una semana más tarde, de forma inesperada, sufrí la fractura del

peroné. Alguien parecido a Aguinaga me pateó mientras pasaba por una de las canchas de fútbol del parque La Carolina. Siempre bajo el efecto alucinógeno de los desinflamantes, me he hecho las mismas preguntas: el güero que me confundió con una pelota o, peor aún, con un pelotas: a) ¿era el mero mero Aguinaga o un triste imitador con pelo largo y acento mexicano?; b) ¿le caí mal sólo porque invité a mi casa a la muchacha que estaba al borde de la cancha y con la que juego se marchó abrazado?; c) ¿se dio cuenta de que yo era escritor, por los lentes y el corbatín de lazo, y le entraron ganas de acabar con los escritores?; d) y si sabía que yo era un escritor, entonces... ¿leen los jugadores de fútbol?

Espero que estas inocentes inquietudes –siempre de buena fe– no me causen la fractura del maxilar o de cóccix, en especial por lo que viene: sucede que gracias a mi hijo Alejandro, he tenido que empapar me de ciertos temas futbolísticos ya que, pese a mi buen ejemplo como consumado jugador de damas, el chiquillo se volvió un “fanático” de este deporte. No quiero detenerme en esto. Escalofrío que me causa esto de “fanático”, así que paso a confesarles que he tenido que hacer interminables colas, paraguas en mano, aguantar hasta cuatro horas sentado en los graderíos, para ganar un buen puesto, aprender a comer papas con cuero y, despistado, hacer la ola mientras los demás gritan gol... con el único afán de congraciarme con mi hijo.

Con todo, algo he aprendido: una chilena, por ejemplo, no es una chica del sur del continente, sino una graciosa cabriola de ballet, y un periodista deportivo no es un tipo de práctica del periodismo en short y camiseta, sino un señor de terno y corbata que trata de explicar, con palabras confusas e hiperbólicas, las siempre misteriosas razones por las que una pelota acabó por entrar en el fondo del arco... mientras yo estaba distraído tratando de no atragantarme con el cuero del chanchito.

A propósito de esta “raza” periodística –que hasta entonces debió haber existido en algún lado del planeta, sin que yo me percatara–, aprendí que sirve, entre otras cosas, y sobre todo si son de radio, para convencernos de que el partido es emocionante a pesar de lo que constatan nuestros ojos. En su estremecido relato, todo es “espectacular”, “impresionante”, “increíble”, “fuera de serie”... como los ministros de economía cuando hablan de los inmensos logros del gobierno. Al escucharlos, hasta los rengos me parecen atletas olímpicos. Eso sí, practican el racismo a discreción: ataca el “moderno jugador”, dicen, nunca “ataca el blanco (o mestizo) jugador”; y hacen gala de una dudosa imparcialidad que, a la primera oportunidad, se vuelve exaltado fanatismo.

Pero resulta innegable que son unos verdaderos personajes: hay uno, chiquito, que dice verdaderas barrabasadas, pero rápido y gritando, para que nadie se de cuenta, en tanto su compañero, un tal Vito Muñoz, tiene la costumbre de escu-

pirle bilis a quien se cruce por delante, incluido al presidente del Real Madrid que, de seguro, le tendrá tanto miedo como yo. Hay un gordito engominado que dice un puñado de lugares comunes con una solemnidad de risa. Y hay otro, con apellido de poeta español que cada tanto le agradece llorando a la “sagrada pelota de fútbol” por haberlo llevado rodando? a todos los mundiales.

Hay, eso sí, un par de periodistas que me parecen diferentes: el primero es un señor al que llaman doctor –para distinguirlo de los licenciados, de seguro– y que me da la sensación de saber todo de todo, hecho éste que a su colega, un tal Carlolú, le parece intolerable, al punto que se ve en la obligación de quitarle la palabra, para entonces dedicarse a gerundiar como un bendito: se va cayendo, lo va tapando, lo va fauleando, dice Carlolú, con mucha gracia.

El otro periodista diferente tiene un apellido extraño, producto de que a comienzos del siglo XX, su bisabuelo francés atracó en el puerto de Guayaquil, con la secreta esperanza de tener, algún día, un bisnieto comentarista de fútbol. Ya se imaginarán, se trata de Bonafont: el inigualable (se me pegó) “poeta del gol”. Lo descubrí un día en que –en medio de un aburrido partido– *yo quería partir sin rumbo cierto y silenciosamente de algún puerto,irme alejando mientras muere el día...* Contra todo pronóstico, el abogado, como también le dicen, empezó a mezclar –como un prestidigitador– literatura con fútbol y fútbol con literatura. Mi cuerpo se des-

pertó de pronto, *claro como una lámpara, simple como un anillo*. Ante mis ojos, Rulfo avanzaba por media cancha y le daba un pase gol a Camus, que de taquito se la pasaba a Kafka y éste la metía de cabeza, en tanto Navokov volaba inútilmente manoteando la nada. ¡Gooooo!, grité emocionado por primera vez en mi vida, ante la sorpresa del público que hacía la ola y de mi hijo que susurró, con cierta vergüenza, que era la última vez que me llevaba al estadio.

Pero yo estaba en otra fiesta: la fiesta del vértigo en el horizonte verde esmeralda de la cancha del fútbol, lisa como mesa de billar de garito prohibido en el nebuloso París de Rimbaud, veía el horamen inmaculado que provocaba la pelota en aquel cielo límpido de la alegría sin tacha, me conecté con el esfuerzo arrollador de un jugador que llevaba el alma en los botines y sudaba sangre con el único propósito de depositar el balón, como un bebé de pecho, en las mallas acogedoras del arco, y es que por fin comprendía ¡Oh, Dios!, la certera e inexorable humildad de una cámara que seguía como un perro exhausto, el torbellino voraz y alucinado del partido, porque ahí ya no habían jugadores en la cancha sino el grito audaz e inaudito de un macondo frenético al que llamábamos, con lágrimas en los ojos: Mi Ecuador del alma. Entonces me levanté y corrí hasta la cabina de transmisión, y para sorpresa de la grey vociferante, le di *un abrazo emocionado, qué más da, emocionado... ¡emocionado!*

El fútbol como práctica de identificación colectiva

Fernando Carrión M.

El equipo nacional no es simplemente el resultado de la creación de un Estado: a menudo ayuda a forjar la nación”.

Boniface (1999)

El fútbol es una de las *prácticas sociales de identificación colectiva* más importantes porque trasciende su condición de juego para convertirse en un hecho *total* -social, cultural, político y económico- y porque rompe con las fronteras de su origen como actividad de ocio, circunscrita a un territorio y a un segmento social (de las elites londinenses), para convertirse en una actividad *global*.

En esta dinámica incluyente del fútbol -de totalidad y globalidad- la sociedad se retrata y representa, pero también se cohesiona para dar sedimento al sentido nacional (Dávila, 2003). El fútbol es un sistema de relaciones y representaciones que produce una integración simbólica de la población alrededor de los múltiples componentes que contiene, produce o atrae; sea a partir de la práctica deportiva como de las esferas que le rodean directa o indirectamente.

La integración simbólica se construye a través de las prácticas y mensajes que genera el fútbol en el contexto de una pluralidad de ámbitos cambiantes. Según Giménez (1999), las identidades provienen de una doble situación: por un lado, de la *condición de pertenencia* que expresa la adscripción al territorio, género, clase, generación o familia y, por otro, de la *cualidad funcional* que asume desde el rol de hinchas, jugador, dirigente o empresario. Estos dos orígenes identitarios pueden, en ciertas condiciones, ser excluyentes, contradictorios o funcionales, dependiendo del momento y del lugar, dada su condición histórica.

De esta doble cualidad, a partir de la que se construyen las identidades, es factible plantearse la pertinencia de las siguientes preguntas: ¿Cómo se construye mi identidad como ecuatoriano (pertenencia territorial) alrededor de la selección nacional si soy periodista, dirigente o hinchas (función)? O, de otra manera ¿Cómo se expresa la identidad con la selección de mi país si ella es un colectivo de jugadores con estilos, razas y personalidades diversas? ¿Cómo proceso mi



Patricio Terán - El Comercio

¡Oh fútbol! / Golpeando la red/ con el sueño de un gol/ /Si solo fuera Pelé el Rey/ pateando mis canciones/ Un pintor mediando exactamente/ Para colgar en una galería/ ninguna pincelada mas perfecta/ Que un chispazo al gol/ Crujiente como una flecha o una hora seca. *Chico Buarque*

identidad si soy ecuatoriano, hombre, joven y empresario a diferencia de ser mujer, adulta y obrera? Por otro lado, ¿qué significa ser hincha del Aucas (equipo popular y de garra) o de Liga (equipo de elite y estilo depurado) y además ser hincha de la selección nacional que tiene un estilo distinto al de mi equipo y cuenta con jugadores de otros equipos?¹

La identificación que produce el fútbol es *colectiva* y *múltiple*, gracias al atributo de ser una *arena simbólica* y *simbiótica*. Arena, en el sentido de ámbito de confluencia social de los diversos. Colectiva, en tanto es una práctica donde varios

conjuntos sociales se identifican entre sí y en contraposición a otros (por eso múltiple). Es en, definitiva, un espacio público (arena) que integra (simbiótico) y representa (simbólico) a partir de una pluralidad de elementos que confluyen simultáneamente.

1 Ver el trabajo de Antezana (2003) donde se hace un análisis de los dos tipos de identidades: las relativas a los clubes, definidas como “tifosi” y al de las selecciones nacionales como “meta identidades”. Es en esta dinámica de la identidad con un club y con una selección que, por ejemplo, el hincha y el dirigente del primero termina confrontándose con los segundos.

Las adhesiones múltiples se consiguen por varias vías, entre las que se pueden mencionar las siguientes:

Identidad del club a partir de su origen. Si su propuesta nace en el *astillero* por la alianza del inmigrante catalán con el trabajador del puerto será del Barcelona y de extracción popular. Si la propuesta futbolística viene de una institución militar en una época donde el nacionalismo tuvo importante peso, el ser *criollo* será el referente del Nacional. Si una universidad desde su facultad de medicina proyecta un club hacia el mundo -con su uniforme blanco como mandil de médico- sus seguidores serán de *clase media universitaria* y de la Liga Deportiva Universitaria. En definitiva, la adscripción social a un club no deja de lado la imagen de su origen; es decir, la representación vinculada a ciertos segmentos sociales mayoritarios que llevan a calificar al equipo como popular (Aucas), millonario (Emelec) o taxista-barrial (Deportivo Quito).

Identidad del club por estilo. Por ser el fútbol un juego colectivo que opera en equipo, la suma de las partes hacen un todo identificable a través de la línea o la escuela², la cual actúa también como un identificador desde su origen. Los

equipos tienen desde siempre líneas de juego definidas -reales o ficticias- que les definen y que atraen a los sectores de la población identificados con ellas; allí están los equipos que hacen de la garra su escuela futbolística (Aucas, Paraguay) o de la técnica (Liga, Argentina) o del físico (Nacional, Alemania), lo cual lleva a los dirigentes a buscar jugadores y entrenadores que mantengan esta tradición. De allí viene la calificación del estilo de juego de cada equipo mediante ciertos estereotipos: el Nacional es la “máquina gris”, la Liga es una “bordadora”, el Emelec es el “Ballet Azul” o el Deportivo Quito es “puro corazón”.

Identidad por el jugador. También se generan identidades a través de cada uno de los jugadores. Los futbolistas, como individuos aislados, representan colectivos sociales que son portadores de imaginarios que transmiten a partir de su personalidad, del puesto en que juegan, de la condición étnica, de la edad y de la técnica que tienen. Esta situación lleva a tres posiciones extremas:

Si Maradona juega en el Nápoles, soy del Nápoles y si lo hace en el Barcelona, soy del Barcelona. En este caso se muestra la sobre representación del jugador sobre el equipo. La identidad va de la mano del jugador hacia el club.

Si Figo sale del Barcelona para ir al Real Madrid es un traidor. Este ejemplo permite mostrar el peso que tiene la

2 “Juego luego soy. El estilo de juego es un modo de ser, que revela el perfil propio de cada comunidad y afirma su derecho a la diferencia”. (Galeano 1995).

pertenencia al club por sobre la del deportista.

Si Ronaldo juega para Nike, en el equipo de los Galácticos, consumo productos Nike. En este caso existe un peso del mercado sobre el club y el jugador, que hace pensar que el deportista ficha para una marca. Ronaldo no es del Real Madrid porque –antes que nada– es de Nike y no es un deportista sino un modelo de las prendas deportivas.

Identidad de uniforme. Las identidades del equipo se expresan a través de los colores de la camiseta que, de esta manera, se convierte en el símbolo con el que se identifica el hincha y que, en algunos casos, sirve para identificarse por el mundo con orgullo sin par³. Con los colores del quipo, el aficionado, el hincha o el fanático terminan por construir la identificación del nosotros incluyente: “voy al estadio porque ahora jugamos. No voy a ver a mi equipo, voy a jugar con mi equipo. Soy el jugador número 12”.

Identidad por membresía. No se pueden dejar de lado las referencias a la membresía territorial en la formación de identidades en el fútbol. Si hoy juega un equipo ecuatoriano contra uno extranjero el nacionalismo prima, aunque cada vez con menos fuerza. La mayoría de los equipos son locales (por eso juegan de locales) y

muy pocos rompen los límites de la localidad para convertirse en clubes nacionales. El Barcelona en Ecuador es un club nacional y el Barcelona de España es local y global a la vez, pero no español.

Identidad por socialización. Otra matriz de referencia identitaria en el fútbol y que tiene mucho peso son las herencias familiares y las estrategias de socialización del barrio, estudio, trabajo o amistad. Allí se produce una transmisión generacional o social de la membresía simbólica. Un hincha tiene probabilidad de construir una “identidad derivada” hacia otros clubes que guardan ciertas similitudes identitarias. Así, un hincha de Liga será seguidor del Universitario de Deportes de Perú o del River Plate de Argentina, y uno de Aucas lo será de Boca Juniors de Argentina y de Alianza de Lima del Perú.

Identidad con el éxito. Con la entrada de la eficiencia en todos los dominios de la vida cotidiana, el éxito ha terminado por ser un factor fundamental de adhesión. Ganar no es lo importante, es lo único. El ser un equipo campeón tiene más probabilidades de convocar a una mayor hinchada que un equipo que pelea por el descenso. El juego bonito o con estilo definido, hoy es menos importante de lo que fue ayer en la determinación de los referentes identitarios, porque el poder simbólico del fútbol está vinculado a su objetivo supremo: *traspasar la meta con la pelota: el gol*⁴. En ese sentido, meta y gol

3 Para descubrir que en la actualidad existen algunas hinchadas globales.

terminan siendo sinónimos del camino hacia el triunfo sobre el otro, que no significa, bajo ningún punto de vista, que se busque la eliminación del rival. Sólo se quiere su derrota, no su muerte; porque la desaparición del otro conduce a la desaparición de uno mismo.

Identidad por oposición. En la confrontación está la esencia del fútbol y la base de las identidades. El rival y la rivalidad son la vida misma del fútbol. En el primer caso, el rival, existe porque —como en la vida— la alteridad es su condición de existencia. La confrontación o el encuentro entre los distintos es lo que le da la razón de existencia al fútbol y a cada uno de los rivales. El contrincante es la base fundamental de la existencia del fútbol, de allí que sea un espacio proclive a la alteridad. En la rivalidad existe un proceso histórico de reconocimiento del otro (el rival), que toma fuerza mediante la expresión máxima de la confrontación: el clásico. Aquí se confrontan las identidades sociales de los ricos contra los pobres: Universitario de Deportes vs. Alianza Lima (Perú), Nacional vs. Peñarol (Uruguay) y Fluminense vs. Flamengo (Brasil); de una región contra otra: Real Madrid vs. Barcelona (España); Chivas vs. América

(México), Liga vs. Barcelona (Ecuador). El clásico es la expresión máxima de la disputa del poder simbólico.

Esto significa que la simbología que porta el fútbol permite que la población se identifique de manera simultánea y múltiple alrededor de su disputa. Por esta razón se convierte en un elemento importante de atracción social que le lleva a ser un espacio de encuentro y confluencia de voluntades, pasiones e intereses diversos y contradictorios. Por eso, un partido de fútbol se define a sí mismo como *encuentro*; lugar donde las adhesiones sociales terminan siendo distintas pero no excluyentes.

Bibliografía

- Antezana, Luis (2003). "Fútbol: espectáculo e identidad" en: Alabarces, Pablo (ed.) *Futbológicas: fútbol, identidad y violencia en América Latina*; Buenos Aires, Editorial CLACSO.
- Boniface, Pascal (1999). "Geopolítica del fútbol" en: Seguro, Santiago. *Fútbol y Pasiones Políticas*, Madrid, Editorial Debate.
- Carrión, Fernando (2005). "La gol-balización del fútbol ecuatoriano", *Revista Quehacer*. Lima.
- Dávila, Andrés y Londoño, Catalina (2003). "La nación bajo un uniforme, fútbol e identidad nacional en Colombia, 1985-2000", en: Alabarces, Pablo (ed.) *Futbológicas: fútbol, identidad y violencia en América Latina*. Buenos Aires, Editorial CLACSO.
- Galeano, Eduardo (1996). *El fútbol a sol y sombra*. México, Editorial Siglo XXI.
- Jiménez, Gilberto (1999). "Materiales para una teoría de las identidades sociales", en: Valenzuela, José Manuel (comp.) *Decadencia y auge de las identidades*. México, D.F. Plaza y Janés.

4 La interjección gol viene del inglés *goal*, que significa objetivo, y la meta, que es la portería, significa el fin último. Y esta es la gran diferencia con el fútbol americano, que busca principalmente la conquista del territorio y el gol es simplemente la constancia de aquello.



Archivo - El Comercio

Los que se van

Humberto Vacas Gómez

Cada vez, con menor frecuencia, debo evocar a personas que van dejando esta vida y con las cuales tuve las inevitables relaciones de la generación o de ese poderoso sentimiento que es la amistad. Esos luctuosos sucesos nos entristecen sin sorprendernos, porque significan, también, para los pocos que quedamos, la cercanía de ese inevitable complemento de la vida que es la muerte. Para la edad promedio de nuestro país, los que hemos nacido en la primera o en la segunda década de este siglo, hemos vivido ya bastante. En lo que va de este mes, han bajado a la tumba tres compañeros de aulas que llegaron a ser, por sus propias capacidades, hombres que han dejado huella en sus respectivas especializaciones.

El primero fue Galo Ballesteros, el negro para los amigos. Llegó a ser uno de los médicos más prestigiosos. Gastroenterólogo y cirujano, especializado en el Hospital Cook County de Chicago, realizó las primeras “reelecciones amplias” de estómago en caso de úlceras y tumores malignos. Profesor universitario, fundador y miembro del viejo Hospital Eugenio

Espejo, que tantos beneficios ha prestado a la gente pobre. Sus sabias manos de cirujano fueron buscadas y requeridas a porfía. Sin embargo de su fama, jamás dejó de ser sencillo y de atender, de manera solícita, a la gente de escasos recursos. Era humano, muy humano.

Blasco Moscoso, el formidable periodista y comentarista deportivo. En ese escenario entrecruzado de emociones y de pasiones que es el deporte y muy especialmente el fútbol. Sus opiniones fueron escuchadas con respeto por varias décadas. Era una especie de oráculo en el mundo deportivo. Como ser humano fue transparente y cordial. Jamás se le subieron los humos a la cabeza por sus programas televisivos, como ocurre con otros que se inflan como pavos y se creen dueños de la verdad. Era miembro de ese célebre reducto de la sal quiteña que el viejo Club Crack, que aún queda.

En él alternábamos, conversábamos, hacíamos chistes y nos reíamos en primer lugar de nosotros mismos y luego del mundo y de la vida.

Apenas hace cuatro días murió Francisco Sanpedro, mi compañero de

aulas. Desde sus bancos se perfiló su afición de investigador. Era uno de los estudiantes “aplicados” a quienes los zánganos les motejábamos de “matones”. Graduado de ingeniero militar en las especializaciones de cartografía y aerofotogrametría, sirvió en el Instituto Geográfico Militar. Fue geógrafo e historiador. En sus vuelos de reconocimiento en la Cordillera de El Cóndor, con él en ese entonces, comandante de la Fuerza Aérea Ecuatoriana, pudieron

constatar la existencia del río Cenepa desconocido al momento de firmarse el Protocolo de Río de Janeiro y por cuya razón nuestro país lo considera inejecutable. Sanpedro se preocupó con pasión en estudiar e investigar esos asuntos tan importantes y escribió tres libros relacionados con el Amazonas, el Cenepa y el problema territorial.

Todos ellos fueron eminentes profesionales en sus especializaciones pero mejores seres humanos.

Conversando con Don Blasco Moscoso: ese fútbol que hipnotiza

Andrés Carrión

Hace cinco años Blasco Moscoso Cuesta se retiró definitivamente del periodismo deportivo. Estuvo 35 años en esa profesión. Asistió a ocho campeonatos mundiales y ocupa, a los 78 años, el sitio del periodista de más prestigio y autoridad que tiene el país en esta especialidad. Una elección unánime. Una definición categórica.

Entonces, a pocos días de que arranque el Mundial USA 94, es obligatorio recurrir a la inteligencia, brillante memoria, sabiduría y bondad del maestro. En el silencio las ideas ruedan en salpicada competencia con el balón y el verde césped.

El regionalismo y el fútbol... ¿un vínculo inevitable en nuestro país?

De manera general le diría que siempre existió, lamentablemente por cierto, pero en el deporte se ha afinado un poco más. Ha sido motivo de constantes disgustos.

¿Hubo alguna razón?

El paso del deporte amateur al profesionalismo. Estando de por medio el asunto

dinero, porque a eso se reduce el hablar de profesionalismo, las cosas se pusieron difíciles.

¿Y el periodismo?

Bueno, mis colegas, el periodismo deportivo, ha contribuido mucho para que este regionalismo siga existiendo para mal de los ecuatorianos, aunque no sea sólo en el deporte sino en muchas otras actividades. El periodismo deportivo ha contribuido desgraciadamente a que subsista este regionalismo.

¿Puede ser que los periodistas expresen ese regionalismo?

Así es. Lo reflejan porque en cada uno de ellos nace el partidismo, y ese partidismo deportivo, especialmente relacionado con los clubes más populares, es el que contribuye y ayuda a que este regionalismo perdure.

¿En el fútbol existe también un manejo político?

Yo creo que sí. Gente que está cerca del deporte y que ha trabajado junto al deporte se ha ganado las simpatías del público.

¿El Barcelona es una central de campaña?

Le diría... creo que sí. Pero, no es sólo el Barcelona.

¿Cómo ve el periodismo deportivo actual? Se le han hecho muchas críticas.

Hace cinco años me separé definitivamente del periodismo, mis enfermedades me han determinado que no vuelva por el deporte. Oigo, veo y leo mucho del deporte.

¿Pero cómo ve el periodismo deportivo?

Hay mucha mediocridad. No quiero hablar de manera muy general, porque sí existen buenos elementos, pero al oír las narraciones, al escuchar los comentarios, me doy cuenta que les falta mucho conocimiento del deporte y también conocimientos gramaticales.

¿Qué es lo que más le molesta?

Los apodos. Yo nunca hice eso. Siempre he respetado a la personalidad, al hombre, al caballero. Cuando me dirigía a un futbolista, le decía el señor.

Está de moda que ex – jugadores o directores técnicos sean comentaristas.

No es lo justo. No es lo veraz. Durante la administración de un ministro de Educación, cuyo nombre no recuerdo, se convido que un tribunal califique a los

periodistas. Desde esa oportunidad se concedió una credencial, eso permite que el periodista sea capacitado en un deporte.

¿Especializarse?

Eso es. La especialización en el deporte juzgo que es una cosa fundamental para el mejoramiento del deporte.

Don Blasco... ¿le habría gustado ser director técnico?

Recibí muchas invitaciones. Nunca acepté porque yo juzgo que el periodista debe ser eso: periodista y nada más.

Le habrían llamado profesor, ¿de dónde nació ese calificativo para los entrenadores?

Desgraciadamente en nuestro medio somos muy amantes de las cosas de otros países. Ya ve: nombres, jugadas, posiciones que son tomadas de otros lugares. Las barras mismo son copiadas. Por ejemplo el “dale Quito, dale Quito, dale” son expresiones de Argentina o de cualquier otro país. En eso, también, el periodismo tiene que ser auténtico, capaz y profesional.

¿Se puede ser objetivo al comentar un partido de fútbol?

Naturalmente. Hay que ser objetivo. Sobre todo contando con el conocimiento de las bases fundamentales del deporte.

Es que uno tiene su corazoncito...

Bueno, siempre hay el cariño por determinados colores. Sin embargo, si por algo me distinguí y tengo mucho honor, es porque en mis 35 años de periodismo nunca fui hinchas de un equipo. Incluso cuando jugaba mi hijo realizaba juicios imparciales.

Ahora ya no tiene esa limitación.

Díganos ¿hincha de qué equipo es?

De ninguno. Yo soy hincha del fútbol. Mi padre, al que le gustaba mucho el deporte nos decía que el único gusto que tendría es ver jugar a sus cuatro hijos en un mismo cuadro. En el cumplimiento de este anhelo mi padre con otros amigos fundó la Sociedad Deportiva Crack. Se fundó en nuestra casa. Y tuvo el gusto de ver jugar a los cuatro hermanos juntos.

¡Ah! Entonces fue hincha del Crack Natural. No sólo hincha sino integrante. Y antes del Crack fui de un equipo amateur, el Sacramento.

¿Podemos decir entonces que usted sí tuvo su corazoncito?

Claro. El sábado nos reuniremos los viejos del Crack. Ya no es deportivo, desgraciadamente, es un club más bien social.

Alguien dijo que el fútbol es el opio del pueblo

Tiene razón al decirlo. No sé si el término apropiado sea aquello de opio, el opio es una droga, pero en verdad el fútbol

hipnotiza. Bien decía un ex – presidente, “lo único que tiene el pueblo como diversión es el fútbol”.

¿Es bonito, estéticamente es agradable el fútbol?

Es lindo. Yo lo siento como una de las cosas que más me gusta, que más lo siento.

¿Es un deporte estéticamente bello? Verá que nosotros tenemos una cultura futbolística... ¿a un gringo le gustará?

No mucho. Pero es un deporte mundial.

- Hay quienes dicen que es un deporte simple, once mudos tras de una pelota...

Depende cómo lo tomen. Es que hay manifestación física, pero hay que saber llevar la pelota, hay que saber pasarla, hay que saber jugar con ella y con los compañeros. En ese sentido el fútbol es una manifestación hermosa.

¿Es una guerra también?

Sí. Estrategias, tácticas. El fútbol profesional es un tanto agresivo, tosco. Lo que no era antes, cuando realmente era una manifestación deportiva, una forma de divertirse, de jugar, de gozar, de reírse.

¿Los actuales futbolistas son mejores que los de antes?

Son mejores. Primero, porque tienen una preparación física más intensa, con bue-



Patricio Terán - El Comercio

Tal vez los jugadores tengan la hermosura y la tragedia de las mariposas, que vuelan tan alto y tan bello pero que jamás pueden apreciar y admirarse en la belleza de su vuelo. *Milan Kundera*

nos profesores. Segundo, porque les dan normas teóricas de ubicación y desplazamiento. No es la perfección, pero están muy cerca de alcanzarla.

¿Le gusta el nuevo sistema, el fútbol total?

Sí, me gusta. Demuestra inteligencia. Es que para todas las cosas de la vida se necesita inteligencia. Después, tienen recursos para cumplir en la cancha.

¿Se puede cumplir en cualquier función?

Natural. Los futbolistas deben ser polifuncionales.

¿Qué le gusta más, el 4-2-4

o el 2-3-5?

A mí me gusta el 4-2-4. Hay el equilibrio natural y necesario entre la defensa y la ofensiva. Dentro de eso vienen las variaciones que es lo más inteligente, esto es, que el volante pueda ser puntero y el puntero regresar a la media.

¿El 2-3-5 era más ofensivo, se hacían más goles?

Se metían más goles. Era un fútbol de diversión, de alegría y no se llegaba a la competencia que hoy se tiene. El fútbol era simple y llanamente una diversión.

¿El mundial de fútbol es la expresión máxima del deporte o todavía las olimpiadas siguen siéndolo?

Siguen siendo las olimpiadas. El mérito es que el fútbol es apenas un deporte de los 50 o 60 que tienen en las olimpiadas. Lo que sí es el mundial es el espectáculo que más aficionados atrae.

Don Blasco, vamos a otros temas. Vivimos un momento de desánimo, desaliento, pesimismo. ¿Qué pasa con el Ecuador?

Ay, Andrés. Yo no sabría qué es lo que acontece. Será la difícil situación económica por la que atraviesa nuestro pueblo. Nuestro país ha decaído mucho. Antes había un pueblo arrogante, trabajador, orgulloso, ahora no.

¿Han fallado los gobernantes también?

Natural, los gobernantes, como en el caso de ahora. Ahora el gobernante está fallando. Ha tenido tantos errores que el pueblo, ese que le dio el triunfo, se lo ha retirado, ha dejado ese afecto que sentía por él.

¿Y el talento del pueblo?

El pueblo podrá ser intuitivo, tal vez. Inteligente, desgraciadamente no, pero es porque no ha tenido la suficiente preparación. Aquellos que sí han tenido ocupan muy buenas posiciones, ocupan excelentes funciones.

¿Una mala educación?

Hay una educación mala, mediocre.

Ping pong

¿Un mundial?

1958 (Suecia).

¿Un árbitro?

Hermanos Torres (Ecuador).

¿Un dirigente deportivo?

Rodrigo Paz.

¿Un futbolista ecuatoriano?

Alberto Spencer.

¿Un futbolista de todos los tiempos?

Pelé.

¿Un equipo?

S.D. Crack.

¿El periodista deportivo?

Alfonso Laso Bermeo.

¿Un estadio?

Maracaná (Brasil).

¿La canción?

Viejo mi querido viejo.

¿Un amor?

Mi esposa de siempre, Violeta.

¿Un dolor?

Mi enfermedad y el retiro del periodismo deportivo.

¿Una ilusión?

Vivir como hoy, rodeado de mis hijos.

¿Su norma de vida?

Sencilla y honesta.

¿Su lema?

Honor y dignidad.

¿El don que quisiera poseer?

Tener dinero para ayudar a los necesitados.

¿Un pintor?

Eduardo Kingman.

¿Un amigo?

Rodrigo Paz.

¿Otro amigo?

Alfonso Laso B.

¿Un libro?

Enciclopedia de fútbol.

¿Cómo quisiera morir?

Tranquilo.

¿Qué debe decir su lápida?

Aquí yace un hombre de bien.

Receta para ser feliz...

Don Blasco, ¿usted es un hombre feliz?

Sí. Soy un hombre feliz. No he perdido a nadie de mi familia, salvo, por la ley de la vida, a mis padres. Soy feliz porque en mi hogar hay amor.

¿Se siente realizado?

Sí.

¿Ha hecho todo lo que ha querido?

Sí, todo lo que he querido. He tenido las dos cosas que más me han gustado: el deporte y el pase.

¿Ha viajado mucho?

Modestamente, Andrés, conozco más de medio mundo.

¿De qué se arrepiente?

No sabría decirte.

Su pecado, don Blasco, dígame aquí en confianza.

No. Si alguno he cometido, Dios me lo perdonará.

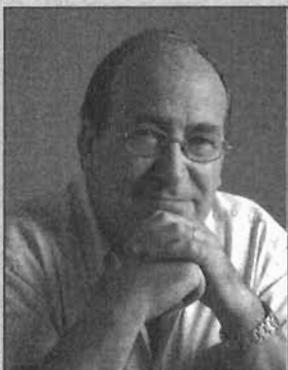
¿Cuál es el gol que le falta comentar?

El ver a mis nietos vivir, jugar, reírse. Ser felices.

¿En qué consiste su sueño?

En poder caminar.

Diario El Comercio
Mayo 1996



Escritor

Juan Manuel Rodríguez El fútbol es un retrato mejorado del país

¿Es el fútbol el opio del pueblo?

¿Es la sopa la diarrea del pueblo? No. ¿Es el fútbol el opio del pueblo? Tampoco. El fútbol es un deporte. El verdadero opio del pueblo es el sistema social que fomenta la usura, la ignorancia, la inconsciencia, la explotación, la injusticia y la corrupción. Las cosas no son opio o adormidera de nada, sino el uso que hacemos de ellas. Creo que es peor el uso que hacemos de la televisión como espectáculo que el fútbol. El que algo, en este caso un deporte, se convierta en amansador de masas dependerá de la devoción que tenga el devoto. En el fútbol hay los protagonistas, como en la misa se encuentran el sacerdote y los santos y mártires de la corte celestial; se halla el predicador de la doctrina que en el caso del fútbol son los locutores, comentaristas y periodistas; están las beatas que serían en este deporte los fanáticos dispuestos a morir por el equipo; hay los fieles que corresponderían a los espectadores aficionados; se encuentra la organización eclesial que en este juego son la FIFA y las organizaciones afiliadas. Alrededor de la misa está también el negocio: las velas, las flores, las limosnas, los misales y las estampitas. En el negocio futbolero también se encuentran enormes industrias: la propaganda, los medios y audiencias, los espacios, los linimentos y los artículos deportivos: la gorra, el calcetín, la banderita, las botas y los balones.

Si nos convertimos en adictos del fútbol (“futboadictos”), entonces el fútbol es opio, vibrador, porro y ansiolítico. Los fanáticos son aberrantes, sean del fútbol, de una religión, de la política o de las armas. Los enemigos de cualquier sociedad son los fanáticos. La situación de equilibrio es la del aficionado.

Hay autores que han escrito de fútbol. ¿Qué del fútbol se presta para una novela?

Fontanarrosa y Soriano escribieron relatos sobre este tema. Todos los ingredientes futbolísticos pueden convertirse en novela, porque todos los juegos copian y escenifican los dramas de la vida y la novela también lo hace. Ganar y perder, atacar y contraatacar, éxito y fracaso, engañar y desengañar, acercarse y separarse, la incertidumbre y la ilusión (o desilusión) son aspectos propios del juego y de la vida. A mi entender, lo novelístico del fútbol se hallaría en la explotación de muchos jugadores, las falsas promesas, los enredos de las directivas futbolísticas que se aprovechan de este deporte por negocio, los árbitros vendidos y los jugadores pachangueros, la negociación de visas para salir de inmigrante, y la muerte de algún aficionado despistado que se metió entre las barras bravas de los fanáticos: crimen en el estadio.

¿A qué extraño misterio se debe el hecho de que el fútbol sea tan masivo?

No hay misterio. El fútbol es masivo porque vivimos en una sociedad masificada. Masificar es el propósito de los grupos de poder para que una sociedad amaestrada sea dócil y satisfecha, en ello colaboran los medios de difusión publicitaria y propaganda como los catequistas del sistema. En la masificación del deporte intervienen aspectos de persuasión colectiva, seducción, copia, identidad grupal, interés económico, alienación y cultura gregaria. Gran parte de esta masificación se debe a intereses económicos y a la redundancia de los mensajes en los medios de información. La enorme acogida del fútbol se produce porque las reglas son muy fáciles de entender, no se necesitan grandes dosis de inteligencia para inmiscuirse y proyectarse. El fútbol nos ayuda en la socialización con extraños y a sentirnos útiles (en los gritos y ademanes) por una quimera. Nos agrada formar parte de algo, problema de afiliación en un país sin padres y sin destino. La seducción del deporte tiene que ver con la copia de comportamientos y la ilusión de creer que somos aceptados en el mismo grupo. Nos mueve el principio de placer, y el espectáculo del fútbol puede producir orgasmos masivos sin temor al SIDA.

El fútbol es una unión ficticia, durará hasta la primera o segunda ronda del mundial. Las uniones emotivas, las que no tienen un asidero más racional, son espejismos de enamorados quinceañeros.



¿Es el fútbol el retrato del país?

Un retrato algo mejorado. Nuestro fútbol, por lo menos a escala mundial, está mejor ubicado que el país en sus índices de desarrollo. Si comparamos nuestra posición como país en el listado de la FIFA y nuestro desarrollo en agua potable, alcantarillado, corrupción, alfabetización, institucionalidad democrática, etc., este deporte está mejor posicionado, una lástima que sea así. Por eso no nos sentimos orgullosos de las carreteras, de los centros de salud o de nuestra educación, pero sí de llegar a un mundial.

¿Por qué cree que la gente no tenga para comer, pero para ir al estadio y tomar cerveza nunca falta?

Un adicto puede matar por conseguir droga y si el fútbol nos droga, entonces no nos asombra pasar hambre y sacrificarse por el vicio. La diversión no debe ser un privilegio de unos pocos. Yo creo que el problema no está en que el pobre vaya al estadio, sino en por qué los pobres no tienen los medios para divertirse y optar por otras formas de diversión. En un país más equitativo, todos deberían tener el dinero suficiente para ir al fútbol o a otro esparcimiento. De lo contrario estamos hablando de privilegios de unos y desventajas de otros. La distracción sana no debería tener obstáculos de pobreza, una justicia equitativa permitiría borrar las diferencias entre espectáculos para ricos y pobres.

¿Por qué para los ecuatorianos sólo el fútbol es motivo de unidad?

Somos tribales. Las diferencias sociales se desvanecen con el anonimato de ser uno más en los graderíos. Esta igualación es un atractivo de los espectáculos colectivos. Cuando no podemos ser personajes, nos interesa ser testigos de primera línea, tener la anécdota, no excluirnos, participar y olvidar nuestros problemas momentáneamente. El fútbol es una unión ficticia, durará hasta la

primera o segunda ronda del mundial. Las uniones emotivas, las que no tienen un asidero más racional, son espejismos de enamorados quinceañeros. La desunión ecuatoriana necesita algo más que una pega “Brujita” y que esa majadería de “sentirnos orgullosos por ser ecuatorianos”. No nos sentimos orgullosos por nacer aquí o allá, por medir más o menos, que son accidentes de la existencia de los cuales no somos responsables, sino por lo que hacemos por nuestra realización personal. Yo no me siento orgulloso de ser ecuatoriano ni de ser español. Podría haber nacido en Madagascar. Desde cuándo el lugar de nacimiento otorga señorío y orgullo. ¿Cristo no nació en un pesebre?

¿Usted juega o ha jugado fútbol, o es de los que odia el fútbol?

Me gusta el fútbol y lo jugué en el colegio, también con alumnos cuando era profesor de bachillerato y con mis hijos. Soy un aficionado, pero nunca voy a un estadio porque me desagradan los conglomerados urbanos.

¿Por qué tanta intolerancia cuando a alguien el fútbol le da lo mismo?

La tolerancia es parte de la educación. Si no respetamos el semáforo en rojo ni las leyes, tampoco vamos a respetar al que no está de acuerdo con nuestros gustos. Tontamente creemos que somos la medida de todas las cosas y que debemos imponer nuestros gustos a los demás. Imponer es parte de la cultura de la violencia. Conozco a muchos seudocientíficos que, dueños de su verdad, intentan imponer sus conocimientos al resto como si fueran profetas bíblicos, es otro caso de lo mismo: cultura de la violencia.

¿Escribiría un cuento o una novela de fútbol?

Por iniciativa personal, no. Si me pagasen por ello, lo pensaría. Temo decir “nunca jamás” porque como todo humano estoy sujeto a caer en tentaciones.



V.
Pitazo
final



Diego Fallero - El Comercio

Se busca un 10 para una pichanga de ángeles

Fernando Artieda

Cómo nos vas a hacer esto “giorgi”
semejante cagada.
Cómo fuiste a torcerle de ese modo el rabo a la chancha
a patear el balde.
Es cierto que te habías retirado hace chance
y que de tus botines colgaba
una lágrima mohosa de nostalgia
pero por las calles del barrio
se escuchaba todavía
tu trotecito de pelotero viejo
tu voz de guacharnaco mandón
arremangando tu tropa a la victoria.
Y en la esquina
los sábados de tarde
entre bielas y música de radio
los panas recordaban tu luz
tu maravilla
tu melena
tus golpes
tus relajos de zambo patán
porque Dios -el único que te entendía la jugada-
nunca había aprendido a tocar el balón
ni podía ser árbitro.
Yo te recuerdo
desde cuando jugabas en las calles
de los alrededores del Parque de la Madre
barrio de gente sabida
bonchera y solidaria.
Y después
cuando enrolaste en el Club Sagrario
y jugabas con Sernaqué, Tolozano y Milton Pérez
y ponías de rodillas al sol

con el trueno de tu rayo y tu relámpago.
Por eso no nos llamó la atención
cuando entraste de golpe al fútbol grande
a Emelec
a River Plate
a Barcelona.
La bandera de la Patria te envolvió para siempre
como pollera de madre
para abrazar tu cintura de jebe
tu tinta de conserva de pechiche
tu milagro de santo.
Por eso el cemento se cuarteaba
cuando amasabas la pelota como un pan de cuero
porque la gente se volvía un gigante desaforado
con tu fútbol como jalea de guayaba
como canto de poeta en camino de estrella.

Jorge Bolaños Carrasco
mandamás del pepo y del trompo
de la pega con vida y de la perinola
de cometas elevadas
de capuchinas sin rabo
del primero sin que te roce
y por supuesto
del indor-fútbol con pelota de trapo
y la camisa metida
en el bolsillo de atrás del pantalón.

Ahora te has ido sin decirnos nada
pibe de oro
sin dejar pagadas las cervezas
a la gente del barrio
que cuarenteó tu muerte hasta la madrugada
dejándonos con la mirada boba
detrás de tu última cabria de pantera florida
cuando te sacaste a la muerte sobre la raya
y ella te hizo el penal que no cobraste nunca
dejándonos con la bata alzada
con el balde de morocho hirviendo
solo porque te cruzaron el dato
de que andaban necesitando un diez
para una pichanga entre los ángeles.

Bibliografía*

- Aguilera Malta, Demetrio (1988). *Una pelota, un sueño y diez centavos*. Quito, Nueva Narrativa Hispánica. Planeta Letra Viva
- Alberti, Rafael (1993). *Antología poética*. Madrid, Espasa Calpe
- Arias, Fernando (2002). *Ecuador y un sueño mundialista*. Editorial Florencia
- Arlt, Roberto (1960). *Nuevas aguafuertes porteñas*. Buenos Aires, Hachette
- Barrios, Mario (1961). *Montevideanos*. Montevideo, Alfa
- Cadicamo, Enrique (1964). *La luna del bajo fondo. Abierto toda la noche*. Buenos Aires, Freeland
- Campos, Martín (1961). *Desde un vasto recuerdo*. Buenos Aires, Siroco
- Carlino, Alfredo (1964). *Chau Gatica*. Buenos Aires, Colombo
- Castañón Rodríguez, Jesús (1991). *Creación literaria y fútbol*. Valladolid
- Centeya, Julián (1964). *La musa mistonga*. Buenos Aires, Freeland
- Coutinho, Edilberto (1980). *Maracana, adeus. Onze historias de futebol*. Civilizacao Brasileira
- De la Púa, Carlos (1954). *La crencha engrasada*. Buenos Aires, Porteña
- De Lellis, Mario Jorge (1962). *Hombres del vino, del álbum y del corazón*. Buenos Aires, Lautaro
- Delibes, Miguel (1982). *El otro fútbol*. Barcelona, Ed. Destino

* Elaborada por Manuel Dammert Guardia

- Flores, Celedonio (1951). *Chapaleando barro*. Buenos Aires, El Matutino
- Gagliardi, Héctor (1970). *Puñado de emociones*. Buenos Aires, Julio Korn
- Gardinelli, Tempo (1998). *El país de las maravillas*. Buenos Aires, Planeta
- Gelman, Juan (1956). *Violín y otras cuestiones*. Buenos Aires, Gleizer
- Giribaldi, Daniel (1968). *Sonetos mugres*. Buenos Aires, Sudestada
- Gorbatto, Viviana (1996). *La argentina embrujada*. Buenos Aires, Atlántida
- Guibert, Fernando (1955). *Poeta al pie de Buenos Aires*. Buenos Aires, Santiago Rueda
- Hernández, Miguel. *Elegía al guardameta*.
- Huasi, Julio (1959). *Sonata popular en Buenos Aires*. Buenos Aires, Cuadernos de Cultura
- Lascano, Tegui (1944). *Muchacho de San Telmo*. Buenos Aires, Kraft
- Lozzia, Luis Mario (1956). *Domingo sin fútbol*. Buenos Aires, Sudamericana
- Lucas, Kintto (1998). *Apuntes sobre fútbol*. Quito, Ediciones Abya Yala
- Manauta, Juan José (1968). *Fútbol*. Buenos Aires, Mayo- Junio
- Marechal, Leopoldo (1948). *Adán Buenosayres*. Buenos Aires, Sudamericana
- Martín, Vicente Aníbal (1963). *Glosando el tango*. Buenos Aires
- Melaza Muttoni, Jorge (1969). *Boca Juniors*. Revista Comorán y el Delfín. Buenos Aires, No.19, octubre
- Montoya, Leonel (2005). *Quiero ser futbolista*. Quito, Editorial Ecuador
- Morales Mejía, Juan Carlos (1998). *Historia de Pelotudos*. Astrolabio Editores
- Mujica Lainez, Manuel (1966). *Canto a Buenos Aires*. Buenos Aires, Eudeba
- Murena, H.A. (1948) *Fragmento de los anales secretos*. Buenos Aires, Sur No. 169
- Negro, Héctor (1957). *Bandoneón de papel*. Buenos Aires, Gleizer
- Paschero, Celia (1963). *Muchacha en la ciudad*. Buenos Aires, Flor y Truco
- Paredes, Pablo Lucio (2001). *El fútbol ya no es un sueño*. Publigraf
- Paz Noya, Cándido (1939). *Crepuscularios suburbanos*. Buenos Aires, Nueva Vida
- Piernavieja del Pozo, Miguel. *El deporte en la literatura latina*.
- Portellim A. (1991) *Literatura y fútbol en el Uruguay (1899-1990) – La polémica, el encuentro*. Montevideo, Arca
- Quiroga, Horacio (1918). *Juan Pólit, half back*. Buenos Aires, Atlántida. Mayo

- Rivera, Jorge B. (1963) *Beneficio de inventario*. Buenos Aires, Nueva Expresión
- Rodríguez Coll, Carlos (1963). *Goles y recuerdos*. Ambato, Editorial Minerva
- Salas, Horacio (1966). *Memoria del tiempo*. Buenos Aires, Losada
- Santoro, Roberto Jorge (1964). *De tango y lo demás*. Buenos Aires, El Barrilete
- Santoro, Roberto Jorge (1971). *Literatura de la pelota*. Buenos Aires, Editorial Papeles de Buenos Aires
- Sasturain, Juan (1986). *El día del arquero*. Ilustraciones de Fontanarrosa. Buenos Aires, Ediciones de La Flor
- Sábato, Ernesto (1961). *Sobre héroes y tumbas*. Buenos Aires, Fabril Editora
- Stillman, Eduardo (1976). *Febo asoma*. Buenos Aires, Corregidor
- Soriano, Osvaldo (1994). *Cuentos de los años felices*. Buenos Aires, Sudamericana
- Suburu, Nilo J. (1963) *Fútbol, pasión del mundo*. Montevideo, Gráfica Berchesi, S.A.
- Vargas Llosa, Mario (1997). *Los cuadernos de don Rigoberto*. Madrid, Alfaguara
- Varios autores (1982). *Área Chica*. Quito, Editorial El Conejo
- Vázquez Montalbán, A. (1995) *El delantero centro fue asesinado al atardecer*. Barcelona, Ed. Planeta
- Zambrano Zuñiga, Fausto (1992). *Dos palabras para el gol*. Publímpres
- Zito Lema, Vicente (1964). *Tiempo de niñez*. Buenos Aires, Cero



El ABC del fútbol

Fernando Carrión M.¹

Varias personas de fútbol han dicho en pocas palabras muchas verdades del mundo en el que se desenvuelve. Lo han hecho desde su propia lógica interior así como desde sus impactos en y hacia la sociedad. Para ello han recurrido a la poesía, a la filosofía, la sociología, la economía, las ciencias políticas, la técnica y táctica, la tecnología y la literatura, mostrando los mil rostros que tiene el fútbol y como -a partir de ciertas síntesis- se puede comprender este fenómeno total y global. Por eso, a continuación y en orden alfabético de autor, se presentan algunas citas de pensadores, entrenadores, jugadores, periodistas y médicos, cada uno de los cuales nos dicen sus verdades con un nivel de profundidad extraordinaria, develando las entrañas del fútbol.

A



La utilización de fútbol como máquina cultural productora de nacionalidad no es reciente sino que arranca en los años 20, de manera contemporánea a la máquina escolar.

Alabarces, Pablo

Desaparecido el ritual político, el fútbol es a simple vista el ritual de masas más importante que persiste en la etapa posmoderna de la cultura.

Alabarces, Pablo

1 El trabajo de selección y sistematización de textos fue hecho conjuntamente con Manuel Dammert G.

Globo libre, el primer balón flotaba
sobre el grito espiral de los vapores.
Roma y Cartago frente a frente iban,
Marineras fugaces sus sandalias.
Alberti, Rafael

La vida es como el fútbol, sólo cuenta el resultado.
Amalfi, Francis

El club de fútbol más antiguo del mundo es Notts Country, fundado en 1864, que actualmente milita en la tercera división inglesa.
Amalfi, Francis

El fútbol es la continuación de la guerra por otros medios.
Anónimo

La pelota en TV prácticamente no se mueve. La misión de las cámaras es mantenerla fija lo más cerca posible del centro de la pantalla y su entorno.
Antezana J., Luis H.

Lev Yashin, el memorable arquero soviético, declaró alguna vez que todo buen arquero es, un experto en geometría.
Antezana J., Luis H.

Es perfecta la palabra. Gol. Como la palabra pan. Como la palabra luz. ¿Quién hizo la palabra gol? Sí, ya sabemos que proviene del inglés goal, que significa objetivo, meta.
Araceli, Rodolfo

Los deportes de origen británico son concomitantes con la modernización, la construcción de estados nacionales y la internacionalización creciente de los intercambios económicos, sociales y culturales en el siglo XIX y comienzos del XX.
Archetti, Eduardo

El simbolismo del fútbol argentino descansaba sobre dos pilares: la gambeta como expresión del ingenio individual y el pase como medida del talento, la coordinación colectiva y el sentido estratégico.

Archetti, Eduardo

La conexión entre un estilo de juego y las figuras y los pasos en el tango formaron parte del imaginario argentino y europeo.

Archetti, Eduardo

El fútbol constituye un hecho social total porque atañe a todos los elementos de la sociedad, pero también porque se deja enfocar desde diferentes puntos de vista. En sí mismo es doble: práctica y espectáculo.

Augé, Marc.

B



Al poder le complace muchísimo traspasar al fútbol ciertas cargas, incluso la diabólica responsabilidad de entontecer a las masas.

Baudrillard, Jean

Yo coloco perfectamente a mis jugadores en la cancha. Lo que pasa es que empieza el partido y ellos se mueven.

Basile, Alfio

Cuando estás construyendo un equipo buscas buenos jugadores, no chavales para casar a tus hijas.

Basset, Dave

Sin los medios de comunicación, este deporte tendría una menor repercusión. Sin difusión no sería más que un acontecimiento local.

Baudillon, Phillippe

El fútbol es una tentación tan enorme que un paralítico en una silla de ruedas estira la pierna si le pasa por delante un balón.

Bernabeu, Santiago

No trabajarás el sábado ni el domingo, porque estos días están consagrados al fútbol.

Bierce, Ambrose

Es el desarrollo de un deporte que supo aunar esfuerzos con el avance de la aviación y la técnica televisiva para conquistar el mundo.

Blatter, Joseph S.

Cuando un hombre ve tres partidos de fútbol seguidos, debería ser declarado legalmente muerto.

Bombeck, Erma

Como si la definición del Estado no se limitara ya a los tres elementos tradicionales –un territorio, una población, un gobierno–, sino que hubiera que añadir un cuarto elemento igualmente esencial: una selección nacional de fútbol.

Boniface, Pascal

El equipo nacional no es simplemente el resultado de la creación de un Estado: a menudo ayuda a forjar la nación.

Boniface, Pascal

Siempre me ha parecido más viril el desafío entre cuchilleros. Sigo sintiendo que a pesar de que matar formaba parte de esta práctica, había una cierta nobleza que no he podido encontrar en un hombre que patea una pelota.

Borges, Jorge Luis

Los estadios ya son demoliciones que se caen a pedazos. Hoy todo pasa en la televisión y en la radio.

Borges, Jorge Luis y Bioy Casares, Adolfo

El planeta no es más que un único estadio, y la aldea global no es más que un único público que puede asistir a los mismos partidos al mismo tiempo.

Brochand, Pierre

El fútbol tiende no sólo a colonizar todos los países, sino igualmente a suplantarse las prácticas corporales tradicionales, los deportes populares o los juegos ancestrales. (...) el fútbol, al que la casi totalidad de la “gente de izquierdas” ha adulado siempre en tanto que deporte popular, escuela de vida, medio de integración cultural, etc., es el ejemplo típico del opio del pueblo.

Brohm, Jean Marie

El partido de fútbol se nos ofrece como una de las profundas matrices simbólicas de nuestro tiempo.

Bromberger, Christian

Antes se comparaba a un equipo con una empresa, hoy se compara a la empresa con un equipo.

Bromberger, Christian

“¡Oh fútbol!
Golpeando la red/
con el sueño de un gol/
Si solo fuera Pelé el Rey/
pateando mis canciones/
Un pintor mediando exactamente/
Para colgar en una galería/
ninguna pincelada más perfecta
Que un chispazo al gol/
Crujiente como una flecha o una hora seca”

Buarque, Chico

Trabajas cinco días a la semana, como dice la Biblia. El séptimo se lo dedicarás al Señor. El sexto día es para el fútbol.

Burgués, Anthony

C



Para ser un buen entrenador te tienen que haber echado por lo menos dos veces.

Camacho, José Antonio

Después de muchos años durante los cuales el mundo me ha permitido vivir experiencias variadas, lo que sé acerca de la moral y las obligaciones de los hombres se lo debo al fútbol.

Camus, Albert

El fútbol, además de jugarse, se lo piensa, se lo interpreta y es parte de la ficción o de los imaginarios simbólicos que tiene y construye.

Carrión, Fernando

Augusto Pinochet fue presidente del Colo Colo en Chile; García Mesa lo fue del Wilsterman en Bolivia, y Abdalá Bucaram, del Barcelona en Ecuador. Francisco Franco lo hizo a través de Santiago Bernabeu.

Carrión, Fernando

Algunos amigos me dicen que los jugadores profesionales son esclavos. Bien, si eso es esclavitud, que me condenen a ella de por vida.

Charlton, Bobby

El fútbol no es un juego perfecto. No comprendo por qué se quiere que el árbitro lo sea.

Collina, Pierluigi

Desconfiad de quienes llevan libros a las concentraciones y del jugador que a los 20 años no ha descubierto los placeres del amor.

Coronado, Pablo Hernández

El dinero tiene que estar en el campo y no en el banco, para que la gente disfrute.

Cruyff, Johan

El fútbol es un deporte que implica muchos fallos y en el que los aciertos pueden llegar a tener tanta trascendencia como los errores.

Cruyff, Johan

Siempre he pensado que el mejor método para enseñar a un niño a jugar al fútbol no es prohibir sino guiar.

Cruyff, Johan

Tal y como se han puesto las ciudades hoy en día, resulta difícil encontrar calles en las que se pueda jugar.

Cruyff, Johan

Tocar el balón es casi la última fase del proceso. ¡Hay tantas cosas que resolver antes!

Cruyff, Johan

El vestuario es mucho más importante que el consejo de administración o la junta directiva.

Cruyff, Johan

Para mí el fútbol es una batalla continua entre el vestuario y la junta directiva.

Cruyff, Johan

Las finales se ganan, no se juegan.

Cúper, Héctor

Lo peor de una final es no estar en ella y tener que verla por televisión.

Cúper, Héctor

¿A los jugadores les gusta el balón? Por supuesto, pero más les gusta el éxito.

Cúper, Héctor

La carencia más grande del periodismo deportivo es la investigación.

Czwan, Daniel

D



Pelé dedicó muchos años de su vida a luchar contra los poderosos de la federación. Sin embargo, cuando se le ofreció la oportunidad de juntarse se puso bien contento dándose besos con ellos. Y más contento se puso al sentarse en la misma mesa con la incompetencia y los todopoderosos. Tal vez, no se ha dado cuenta de que ha defraudado a todos los que creyeron en él, en sus buenas intenciones. También ha defraudado a su glorioso pasado, que conquistó sobre el terreno del juego.

Danielsson, Stellan

Como presidente del club tengo la obligación de respaldar a muerte a mi entrenador, hasta cinco minutos antes de echarlo.

Davice, Alfredo

El fútbol es, en realidad, un drama, y las decisiones equivocadas son la esencia del argumento.

Davies, Peter

Las hemorragias cerebrales son menos frecuentes en los jugadores de fútbol. Los cerebros también.

Desproges, Pierre

El que diga que le gusta ser entrenador miente. Sos entrenador porque ya no podés ser futbolista.

Di Stéfano, Alfredo

El balón está hecho de cuero, el cuero viene de la vaca, la vaca come pasto, así que hay que echar el balón al pasto.

Di Stéfano, Alfredo

No soporto que los periodistas escriban “la pasividad de la defensa”. ¿Qué pasividad de la defensa? Yo nunca ví a un defensa que dijera: “Pase, Alfredo, y meta gol”.

Di Stéfano, Alfredo

La poesía, porque ésta tiene algunas obligaciones con el hombre: tenemos que saber entender los suplicios del amor para ser definitivamente humanos, y entre los suplicios está la mujer; la música porque sin ella seríamos verdugos de nuestra memoria; el whisky porque es el detonante de la melancolía y el fútbol para que el corazón sufra y paguemos nuestros pecados. Ver el fútbol brasileño jugando con equipos internacionales es como cumplir una penitencia.

De Moraes, Vinicius

Hay tanta política en el fútbol que no creo que Henry Kissinger hubiera durado ni cuarenta y ocho horas en el Manchester United.

Docherty, Tommy

La obra de arte, en forma de gol o de texto, casa, pintura, sonido, danza y otras más, parece más bien una cosa que es en la naturaleza, revelada arbitrariamente, casi al azar del instrumento humano usado para la revelación. ¿Si la obligación es aprender, por qué todos los que aprender no la realizan? ¿Por qué solo este o aquel llega a realizarla? ¿Por qué no hay once Pelés en cada equipo? O diez, para darle chance al adversario... El fútbol es uno de esos raros ejemplos de arte corporal o mental que promueven la felicidad unánime, aunque divida a la masa de consumidores en grupos antagónicos. Antagonismo formal, pues la fusión íntima se opera alrededor de la belleza del movimiento, venga del cuerpo que viniere.

Drummond de Andrade, Carlos

La emergencia de las barras bravas representó la militarización del hincha del fútbol.

Duke y Crolley

E



La difusión del fútbol asociación británico hacia los países de Europa continental y de América se inició al día siguiente de la codificación del juego realizada en 1863. Ello fue una consecuencia de la gran expansión industrial y comercial de Gran Bretaña durante la segunda mitad del siglo XIX.

Eisenberg, Christiane

F



El lenguaje del locutor se disuelve inmediatamente en el alma del que oye.

Ferreres., Pere

La pasión por tal equipo (el tuyo, el mío) es un sentimiento inexplicable.

Ferreiro, Juan Pablo

Un acontecimiento deportivo puede servir a la nación tanto como una victoria militar.

Ford, Gerald

G



Y en las vísperas de los partidos importantes, lo encierran en un campo de concentración donde cumple trabajos forzados, come comidas bobas, se emborracha con agua y duerme solo.

Galeano, Eduardo

El entrenador decía:Vamos a jugar. El técnico dice:Vamos a trabajar.

Galeano, Eduardo

Maracaná sigue llorando la derrota brasileña en el Mundial del 50.
Galeano, Eduardo

En 1916, en el primer campeonato sudamericano, Uruguay goleó a Chile 4 a 0. Al día siguiente, la delegación chilena exigió la anulación del partido porque Uruguay alineó a dos “africanos”.
Galeano, Eduardo

Para el hincha fanático, el placer no está en la victoria del propio club, sino en la derrota del otro.
Galeano, Eduardo

El gol es el orgasmo del fútbol. Como el orgasmo, el gol es cada vez menos frecuente en la vida moderna. Hace medio siglo, era raro que un partido terminará sin goles; 0 a 0, dos bocas abiertas, dos bostezos. Ahora los once jugadores se pasan todo el partido colgados del travesaño, dedicándose a evitar los goles y sin tiempo para hacerlos. El entusiasmo que desata cada vez que la bola blanca sacude la red, puede parecer misterio o locura, pero hay que tener en cuenta que el milagro se da poco. El gol, aunque sea un golcito, resulta siempre gooooooooooooool en la garganta de los locutores de radio, un do de pecho capaz de dejar a Caruso mudo para siempre, y la multitud delira y el estadio se olvida de que es de cemento y se desprende de la tierra y se va al aire.
Galeano, Eduardo

¿En qué se parece el fútbol a Dios? En la devoción que le tienen muchos creyentes y en la desconfianza que le tienen muchos intelectuales.
Galeano, Eduardo

Esta época del fútbol reproducido en miles de pantallas, en vivo y en diferido, les pide más a los futbolistas. No solamente deben jugar, sino que también deben hablar.
Gantman, Marcelo

La nómina de escritores que han dedicado alguna atención al fútbol, a veces para vituperarlo, es más extensa de lo imaginable.

García Candau, Julián

La esencia de la pelota, que quizá nació a imagen y semejanza de la esfera solar, es rodar y quizá en un principio fue un elemento de culto al sol.

García Candau, Julián

El lenguaje deportivo es belicista y con ello contribuye a crear violencia. El lenguaje balompédico está basado en el hecho consustancial de una batalla.

García Candau, Julián

En los últimos tiempos, las multinacionales de la ropa deportiva han modificado los uniformes tradicionales de los equipos.

García Candau, Julián

Cuenta la leyenda que la primera pelota utilizada en Inglaterra, país al que se atribuye la paternidad del moderno fútbol, fue la cabeza de un soldado romano muerto en la batalla del año 55 antes de Cristo, en la que los bretones expulsaron a las huestes de Julio César. En el mismo país se relata también que la leyenda de la cabeza impulsada por el empuje parte de los martes de Carnaval de Chester y su antecedente fue el cráneo de un vikingo también muerto en batalla.

García Candau, Julián

La reina Isabel, en 1572, prohibió que se jugara al fútbol en Londres porque de este divertimento se aseguraba que era “más bien una práctica sangrienta y asesina que un pasatiempo o deporte amistoso”.

García Candau, Julián

Para el esteta, el fútbol es una forma de arte, un ballet atlético. Para el que tiene inclinaciones espirituales, es una religión.

Gardner, Paul

(Cancha) Es de origen quechua y significa precisamente eso: campo para jugar, para el ejercicio de la libertad y para el entretenimiento.

Giardinelli, Tempo

Además de su propio principio, el del rebote y el de la independencia, el equipo da a la pelota el motor de once malicias y once imaginaciones.

Giraudoux, Jean

La infancia, huérfana de juguetes, siempre tendrá el consuelo de una pelota de fútbol.

González Muñón, Enrique

La primera jornada de la liga siempre ha tenido un sentido especial: no porque sea más interesante, más disputada, más decisiva, sino porque con ella se inicia la vuelta a la normalidad.

Goñi Zubieta, Carlos

El fútbol es una de las realidades de nuestro tiempo que con más fuerza reclaman ser pensadas.

Goñi Zubieta, Carlos

Es curioso: sólo juegan once, pero sus hazañas, sus fracasos, sus derrotas, sus victorias, su buen o mal juego, sus goles marcados y encajados, su posición en la tabla, sus lesiones... nos atribuimos todos los aficionados.

Goñi Zubieta, Carlos

El hombre es el único animal capaz de jugar al fútbol.

Goñi Zubieta, Carlos

El fútbol de un país tiene que estar de acuerdo con la forma en que ese país piensa y vive. El fútbol escocés tiene que ser como el hombre escocés: trabajador, sacrificado, obstinado, temperamental, fogoso y peleador. La tribuna lo vive así y el jugador debe concordar con la tribuna.

El Gráfico

El portero es la joya de la corona y llegar hasta él debería ser casi imposible. El mayor pecado del fútbol es hacer que el portero trabaje.

Gram, George

El fútbol es un reino de la libertad humana ejercido al aire libre.

Gramsci, Antonio

El fútbol es un modelo de sociedad individualista. Exige iniciativa, competencia y conflicto. Pero está regulado por la norma no escrita del juego limpio.

Gramsci, Antonio

Las tácticas en el fútbol se han complicado tanto como la fórmula de la fusión del átomo.

Greaves, Jimmy

El fútbol es un juego sencillo. Lo más difícil es hacer que sea sencillo.

Greenwood, Ron

Si hubiera querido ser individualista, hubiese elegido el tenis.

Gullit, Ruud

H



Yo vendo un negocio llamado fútbol.

Havelange, Joao

A veces en el fútbol hay que marcar goles

Henry, Thierry

Con Estudiantes aparece otra ética en el fútbol: la del trabajo y disciplina al servicio de la victoria. El fin último es el triunfo y el éxito y no el "juego bonito".

Herrera, Helenio

Si resulta que se puede ganar jugando bien, estoy conforme, pero a los quince días se olvida si el partido ha sido bueno o malo. En la tabla queda el resultado, eso es lo que cuenta.

Herrera, Helenio

I



No son árbitros, son ladrones de sueños.

Il Messagero

K



El asunto más difícil es encontrar algo para reemplazar el fútbol, porque no hay nada.

Kevin Keegan

L



El fútbol es el único fenómeno social no impulsado por EEUU.

Labbo, Antoine

Los árbitros juegan en el fútbol un doble papel: el de creadores de incertidumbre y el de chivo expiatorio.

Leguina, Joaquín

Si el fútbol alguna vez se muere será de seriedad.

Levinsky, Sergio

La gente ve cada vez menos fútbol, habla más y ve menos. En una época en que paradójicamente cada vez se muestra más.

Levinsky, Sergio

Los dueños de los medios no se preguntan por los contenidos. Los dueños de los medios se basan en las mediciones de rating y tan-

das, y si lo que vende más son los programas deportivos, ellos hacen programas deportivos.

Levinsky, Sergio

Argentina tenía casi una sola opinión, así lo impusieron los militares, que nos hicieron firmar una resolución en la que no se podía criticar ni a la Selección ni a su técnico, y después de 1982 y del fracaso llegó la democracia.

Levinsky, Sergio

Y si el Mundial de Estados Unidos de 1994 fue visto por 3120 millones de telespectadores, para el Mundial de Corea del Sur y Japón se proyecta una audiencia de 4000 millones.

Levinsky, Sergio

La impunidad de los dirigentes deportivos es infinitamente mayor que la de los dirigentes políticos.

Levinsky, Sergio

En la Argentina, pueden verse cien horas de programación futbolística semanal (entre canales de aire y de cable), 144 horas diarias de programación deportiva y mil horas semanales solo por la televisión por cable.

Levinsky, Sergio

Un entrenador debe ser como Dios: estar en todos los sitios, pero nunca visible.

Lillo, Juan Manuel

Tengo que confesar mi culpa secreta: aparte de las veces que he mirado fútbol por televisión, he estado solamente una vez en mi vida en un partido de fútbol, es decir, personalmente. Siento que no tengo derecho a llamarme una hinchada del fútbol, que equivale a decir: no soy una buena brasileña.

Lispector, Clarice

Vender al exterior a los buenos jugadores para poder pagar a los malos del interior.

Lucero, Diego

Si no existiese el fútbol, todos seríamos futbolistas frustrados.

Lyon, Myke

M



Los deportes al aire libre están entre los últimos caminos que le quedan al hombre hacia la naturaleza.

Mafud, Julio

Lo hice con la cabeza de Maradona pero con la mano de Dios.

Maradona, Diego

Nosotros no éramos chicos de la calle; éramos chicos del potrero.

Maradona, Diego

A los jugadores de Nike no les sale el doping. A los de Puma, Adidas y Topper, sí. Investígalo.

Maradona, Diego

A los políticos les saco una ventaja. Ellos son públicos, yo soy popular.

Maradona, Diego

Soy completamente izquierdista: de pie, de fe y de cerebro.

Maradona, Diego

En España, el fútbol y su entorno mueven más de 3.000 millones de euros anuales, lo que representa entre el 0,9 y el 1% del PIB.

Martín, Gregorio

El portero libero no riñe ni con el fútbol espectáculo ni con el fútbol rito. Tiene sus riesgos, pero la vida es riesgo y sólo quien arriesga es libre.

Maturana, Francisco

Cuando se ofreció el primer pago de entrada a personas que querían presenciar un acontecimiento deportivo, nació el profesionalismo.

Meisel, W.

Ustedes (los periodistas) tienen información, pero de técnica y táctica no saben nada.

Menotti, César Luis

Lo malo no es que echen a los entrenadores, sino que no saben para que los contratan.

Menotti, César Luis

Quien sólo sabe de fútbol, ni de fútbol sabe.

Menotti, César Luis

Esto es como dirigir una orquesta. Si uno de los primeros violines entra siempre en el segundo compás en vez de en el primero, como el resto, al final hay que sacarlo y poner a otro.

Menotti, César Luis

Sé que durante el relato de un partido miento y exagero pero cuento con la complicidad del oyente.

Morales, Víctor Hugo

N



La masa financiera drenada por el fútbol en el conjunto del planeta está estimada en 1,5 billones de francos, equivalente al presupuesto de Francia.

Nys, Jean-François

Una doble diferencia golpea el fútbol europeo. La primera es la desigualdad entre las diferentes ligas y, la segunda, la desigualdad entre los clubes.

Nys, Jean-François

A pesar de la temporada sin títulos 2004-2005, el Real Madrid tiene una cifra de negocio de 275,7 millones de euros, aumentando el 17 por ciento en un año.

Nys, Jean-François

La aportación financiera de las cadenas de televisión a los clubes de fútbol varía sensiblemente, según los países, y constituye uno de los elementos diferenciadores de la economía del fútbol en Europa.

Nys, Jean-François

Analizando sus intereses económicos internacionales, un acercamiento macroeconómico permite considerar al fútbol, y más concretamente a la Federación Internacional de Fútbol Asociado (FIFA), como una multinacional con intereses planetarios, mientras que un análisis macroeconómico, a escala de un club, conduce a constatar que éste tiene una necesidad cada vez mayor de adoptar una estrategia de desarrollo internacional.

Nys, Jean-François.



P...la deuda del club es de 120 millones de euros.

R. Si un club crece mucho, las fichas también lo hacen. No es un problema nuestro. El Madrid lo arregla con un tema urbanístico.

P. ¿Y la deuda con Hacienda?

R. Es una solución política, porque los clubes no pueden pagarla...

P. ¿Por qué debe el Estado pagar las deudas privadas?

R. Si el Estado puede permitirse que quiebren todos los equipos, allá él.

Entrevista de Cayetano Ros a Jaime Ortí.

La violencia es un negocio de la televisión para alejar de la cancha a la gente, y en el fútbol se acabó el hincha.

O'Donnell, Hernán

Señor, aleja de nosotros ese juego que es necesario ser ciego para no ver que se opone a la virtud divina, al espíritu del bien. El fútbol, Señor, no es un juego sino un medio para batirse, es una práctica sangrienta y brutal.

Oración de la Iglesia Anglicana

Era menester que bajo los tubos cilindros de tela en que ese horrible traje consiste, se afirmase el cuerpo del futbolista.

Ortega y Gasset

Hay ya bastantes causas reales de conflictos para que además las incrementemos incitando a los jóvenes a darse patadas en las tibias en medio del rugido de los espectadores enfurecidos.

Orwell, George

P



Cuando el héroe del estadio es héroe de la nación, es que el país se ha quedado sin hombres.

Panzeri, Dante

Si marco un gol, sé que tendré una faena en defensa porque el equipo contrario intentará marcar otro. En lugar de correr arriba y abajo como un idiota, me estoy quieto y disfruto el momento.

Pearce, Stuart

La pernicioso idiotización a través del pateo reiterado de un objeto redondo. Misa y pelota, la peor droga para los pueblos.

La Protesta



R

Jugaba al balón y lo elevaba tan diestramente con las manos como con los pies.

Rabelais, Francois

El fútbol es una tarde al sol, la pelota picando, el gol que se grita y termina en un abrazo. El fútbol es lindo, limpio y transparente
Rafael, Eduardo

En Israel, por ejemplo, los grandes clubes están afiliados directamente a los partidos políticos.
Ramonet, Ignacio

Esta oposición confesional entre protestantes y católicos es una característica importante del fútbol del Reino Unido.
Ramonet, Ignacio

El primer régimen que instrumentalizó el fútbol fue el fascismo de Benito Mussolini (...) Mussolini fue el primero en considerar a los jugadores del equipo de Italia como soldados al servicio de la causa nacional.
Ramonet, Ignacio

El fútbol no es solamente un juego; constituye un hecho social total, ya que analizando todos sus componentes – lúdicos, sociales, económicos, políticos, culturales, tecnológicos-, se puede descifrar mejor a nuestras sociedades contemporáneas, identificar mejor los valores fundamentales, las contradicciones que conforman nuestro mundo. Y comprenderlos mejor.
Ramonet, Ignacio

Moderno es el que gana.
Rehhagel, Otto

Durante los años de entreguerras, el fútbol hizo más que cualquier otra cosa por hacer la vida soportable a los desempleados.
Relaño, Alfredo

Nunca he admitido que para jugar al fútbol haya que sufrir. Lo que se hace sufriendo no puede salir bien.
Rexach, Charles

El fútbol está inscrito en los genes de los hombres. Cada espermatozoide es un futbolista en potencia que sueña con ser un día seleccionado para la final.

Roca, Vicent

En el fútbol el único que no cobra es el balón. Por eso le dan tantos golpes.

Roca, Vicent

S



Admire, por supuesto, a Cassius Clay. Un fenómeno del boxeo. Un artista total. Claro que los negros tienen una ventaja. En el deporte, no tengo dudas que son una raza superior. Yo soy muy admirador de los negros. De su sensibilidad. De su talento. De su ritmo. La gran música terminó a principios de siglo de Debussy, pero la música contemporánea es de los negros. Recuerdo que la primera vez que estuve en el África, en una confitería había un mozo negro con una bandeja en la mano y todo en él era ritmo, sensualidad. Tienen un movimiento propio de un felino, como lo tenía Pelé. Por eso no es casualidad que en Brasil se juegue el mejor fútbol del mundo. En cambio, nosotros, los descendientes de europeos, somos rígidos, estructurados.

Sábato, Ernesto

No hay entrenador bueno después del tercer año.

Sacristán, Eusebio

Ser hincha de un equipo de fútbol es parte esencial de la personalidad de uno.

Sánchez León, Abelardo

La Naranja Mecánica es la expresión más refinada del laboratorio deportivo.

Sánchez León, Abelardo

Tengo la sospecha de que el deporte se apoya cada vez más en la tecnología, y los países que no lo pueden hacer se han quedado en el terreno deportivo.

Sánchez León, Abelardo

Los partidos se ganan dentro y fuera de la cancha.

Santibáñez, Luis

Los goles se los hace al equipo, pero el vencido es el arquero.

Sasturain, Juan

Ni siquiera juega al fútbol: juega de arquero.

Sasturain, Juan

En el estallido de identidades que algunos llaman posmodernidad, el fútbol opera como aglutinante: es fácil, universal y televisivo.

Sarlo

El fútbol es el deporte de la pasión y toda pasión es peligrosa.

Schell, Maximilian

Que es esencialmente la ley básica del fútbol: gana el que mejor engaña.

Sebreli, Juan José

Se puede cambiar de pareja, de amigo, de país, de partido, de ideas, hasta de religión; no se cambia nunca de equipo.

Sebreli, Juan José

La adhesión a un club le otorga el ilusorio orgullo de pertenecer a una elite poderosa.

Sebreli, Juan José

El crack o líder de una barra son ídolos que offician de guardianes de la identidad grupal.

Sebreli, Juan José

La identificación negativa con el equipo contrario es el complemento de la identificación positiva con el propio; el odio, la otra cara del amor.

Sebreli, Juan José

Los hooligans ingleses están tan institucionalizados que ya poseen en Carslile, al norte de Inglaterra, un cementerio donde son enterrados en ataúdes pintados con los colores de su equipo.

Sebreli, Juan José

Las barras bravas no existirían si no contaran con el apoyo o la complicidad de los dirigentes del club que las usan para forzar el retiro de un director técnico, presionar el contrato de algún jugador, o para apoyar su propia candidatura a la presidencia del club.

Sebreli, Juan José

A pesar de su eclecticismo, las barras tienen preferencia por la extrema derecha.

Sebreli, Juan José

El capitalismo convierte el juego en industria, al jugador en un trabajador especializado muy bien pago, y a las masas en consumidoras del producto.

Sebreli, Juan José

El jugador está sometido a un rutinario sistema de concentraciones con el club deportivo, convertido casi en un cuartel.

Sebreli, Juan José

El comienzo del partido ya no lo determina el árbitro sino el asistente de cámara de la televisión.

Sebreli, Juan José

El sentimiento seudopatriótico que se deposita en el seleccionado nacional sirve para ocultar la falacia de la unidad nacional.

Sebreli, Juan José

“Pelé era Pelé, y Maradona uno y basta.
Di Stéfano era un pozo de picardía.
Todos tienen sus méritos.
A cada quien lo suyo.
Pero para mí ninguno como Kubala”
Serrat, Joan Manuel

El fútbol no es cuestión de vida o muerte. Es algo más importante que todo eso.
Shankly, Bill

En Liverpool hay dos grandes equipos: el Liverpool y los suplentes del Liverpool.
Shankly, Bill

Si estás en el área de penalti y no estás seguro de qué hacer con el balón, mételo en la portería y después discutiremos las opciones.
Shankly, Bill

El problema con los árbitros es que conocen las reglas, pero no conocen el juego.
Shankly, Bill

Al lado de Konrad Adenauer, el primer canciller, también Fritz Walter, capitán legendario y mejor jugador de la selección alemana, pasó a ser uno de los padres fundadores de la República Federal.
Siemens, Christf

El fútbol es un juego muy sencillo. Son los jugadores los que lo hacen complicado.
Strachan, Gordon

Si no estás seguro que puedes ganar, no hace falta que te levantes de la cama.
Southall, Neville

En Latinoamérica, la frontera entre el fútbol y la política es muy difusa. Hay una larga lista de gobiernos que han caído o han sido depuestos tras la derrota de la selección nacional.

Suárez, Luis

T



Es peor perder siete veces por 1-0 que una por 7-0.

Tevenet

Lo importante es ganar, aunque sea en el último minuto y de penalti injusto.

Toro, Carlos

V



Para muchos, el fin justifica los mediocampistas.

Valdano, Jorge

El fútbol creativo es de izquierdas, mientras que el fútbol de pura fuerza, marrullero y brutal es de derechas.

Valdano, Jorge

En el nacimiento de la sociedad de masas el estadio fue el primer símbolo de integración social.

Valdano, Jorge

El presidente, que manda sobre todos, no gana nada. Yo, que estoy por debajo de él, gano mucho. El entrenador, que está por debajo de mí, gana el doble que yo. Y los jugadores, que están por debajo del entrenador, ganan el doble que el entrenador y yo juntos.

Valdano, Jorge

Cuentan por villa Fiorito, en Buenos Aires, que un día cierto técnico argentino vio hacer diabluras con la pelota a un joven de 15 años y 168 centímetros de estatura. El ojo clínico proporcionó un diagnóstico claro: si crece será un fenómeno. Aquel futbolista no creció un solo centímetro, engordó bastante y a veces se olvidaba de entrenar. Se llama Diego Maradona.

Valdano, Jorge

En el mundo se cayeron las grandes ideas, pero en el continente existieron Pelé y Maradona. Como ya no quedan fenómenos sociales capaces de defender el orgullo de pertenencia, el fútbol fue aumentando su influencia; es una isleta en la que, por extraños procesos de identificación, uruguayos, brasileños y argentinos nos sentimos alguien. Aquellos locos ingleses volvieron, esta vez sin balón, para invadir las Malvinas, pero el fútbol no corrió ningún peligro porque América del Sur lo tiene incorporado como algo suyo. No en vano se dice que “si Inglaterra es la madre del fútbol, en el Río de la Plata vive el padre”, ya se sabe que en este medio un poco de vulgaridad siempre está admitida.

Valdano, Jorge

Lo cierto es que uno grita “tocá”, y otro “volvé”, y otro “abríte”, y otro va y dice “marca a ése y no mires la pelota como un tarado”, que es como decirte olvídate del baldío que esto es una cancha de verdad. Cada uno va entendiendo para qué sirve y cual es el lugar que más le conviene, pero a veces alguien se rebela y en la cuarta gambeta se da cuenta que le sobaron al menos tres y no porque pierda la pelota, que la pierde, sino porque medio equipo lo devuelve a la realidad: “Soltála que no estás jugando solo la reputa que te parió”. Ahí se termina de entender, para siempre y con dolor, que la pelota es de todos. Llegó el momento de hacerse hombre.

Valdano, Jorge

En el fútbol entran tres maravillas humanas: la memoria, la emoción y los sueños; luego en el fútbol entra todo.

Valdano, Jorge

Lo cierto es que hay equipos que se caen a pedazos en las segundas partes por no saber administrar el capital físico.

Valdano, Jorge

El fútbol fue (in)definido como un “juego estúpido para personas inteligentes”.

Valdano, Jorge

El público es el amante más desagradecido, un día adora y otro asesina.

Valdano, Jorge

Noventa minutos de esfuerzo sirven para empatar. Un segundo de talento sirve para ganar.

Valdano, Jorge

El fútbol es un juego emotivo que autoriza la parcialidad del hincha, no del periodista.

Valdano, Jorge

Menotti declaró que el 99 por 100 de los periodistas no sabían de fútbol. El brasileño Tim creía que Menotti exageraba: los que saben son mucho menos.

Valdano, Jorge

Europa encontró una forma de odiarse, sin destrozarse. Este milagro se llama fútbol.

Valdano, Jorge

En el fútbol colombiano llamarle “hijo de puta” al árbitro costaba tres partidos de sanción, y llamárselo al línea uno. Esa discriminación a la madre del línea me parece cruel, como si la pobre no tuviera suficiente con la afición de su hijo.

Valdano, Jorge

Las camisetas pesan todas iguales, los jugadores no.

Valdano, Jorge

Los dirigentes políticos dirigen lo que otros (los mercados) deciden.

Vázquez Montalbán, Manuel

¿Se podría decir, por tanto, que el fútbol ocupa el lugar simbólico dejado libre por la política o por las grandes religiones?

Vázquez Montalbán, Manuel

“... no hay religión sin Dios. Y el puesto de Dios del fútbol está vacante desde que Diego Armando Maradona se autodestruyó”

Vázquez Montalbán, Manuel

Nadie se ha hecho aficionado a causa del prestigio de un entrenador o de un presidente de club.

Vázquez Montalbán, Manuel

Ser partidarios de un club de fútbol reporta la intensidad emocional de una militancia político-religiosa, y hoy podría decirse que todos los clubes de fútbol son algo más que clubes de fútbol.

Vázquez Montalbán, Manuel

Las selecciones nacionales sólo interesan a naciones-mercados de exportación de jugadores de fútbol, porque el equipo patrio se convierte en un catálogo de novedades.

Vázquez Montalbán, Manuel

Los ticos no sólo conocen su selección: se reconocen en (identifican con) ella.

Villena, Sergio

El fútbol ha vagado o errado por múltiples caminos hasta convertirse en lo que parece que es y será en el transcurso de este milenio: una religión en manos de grandes multinacionales.

Vásquez Sallés, Daniel

Las transmisiones televisivas de partidos de fútbol se inician en 1938, en Inglaterra. En 1954 se transmitió por primera vez una Copa Mundial. En América Latina, la primera transmisión televi-

siva de un encuentro de fútbol se dio en Argentina, en 1951. Y la primera transmisión intercontinental se realizó en 1962, con ocasión del mundial de fútbol realizado en Chile. El salto definitivo tuvo lugar en 1970, cuando, gracias a la televisión vía satélite, se pudo ver el mundial de México en todo el mundo.

Villena, Sergio

La Copa Mundial es el acontecimiento número uno en audiencia a nivel mundial.

Villena, Sergio

La cobertura televisiva, con ocasión de los mundiales, subió de 166 países, en 1986, a 196, en 1998.

Villena, Sergio

No sólo existen estilos de juegos nacionales, sino también “estilos nacionales” de narración y comentario deportivo.

Villena, Sergio

El fútbol se ha convertido en uno de los principales espacios de celebración del nacionalismo en las sociedades contemporáneas.

Villena, Sergio

El fútbol es uno de los más destacados y múltiples fragmentos que componen el “espejo trizado” donde la nación refleja sus ansias, pasiones y temores ontológicos.

Villena, Sergio

El fútbol es uno de los acontecimientos donde se genera, expresa y reproduce, un fuerte sentido de pertenencia al grupo (el equipo) o a la nación (la selección).

Villena, Sergio

El fútbol no sólo calendariza la vida, también provee un pasado y un futuro común.

Villena, Sergio

La imaginación, que tantas veces determina las jugadas, también determina la celebración y sus excesos.

Villoro, Juan

El sistema de referencias del fútbol está tan codificado e involucra de manera tan eficaz a las emociones que contiene en sí mismo su propia épica, su propia tragedia y su propia comedia.

Villoro, Juan

Diego Armando Maradona ha muerto. En el fútbol, sólo una vez un hombre fue todos los hombres.

Villoro, Juan

Todas las tentativas de “fútbol femenino” fracasaron hasta ahora ante la resistencia masiva de los futbolistas masculinos y sus funcionarios.

Vinnai, Gerhard

La pérdida de la pelota ante el rival contiene una castración simbólica.

Vinnai, Gerhard

Tanto en la empresa económica como en el campo de deportes, el hombre es intercambiable.

Vinnai, Gerhard

W



Al poder le complace muchísimo traspasar al fútbol ciertas cargas, incluso la diabólica responsabilidad de entontecer a las masas.

Wahl, Alfred

El establecimiento de clasificaciones conduce a las federaciones a controlar a sus jugadores por medio de una licencia, verdadero carné de identidad.

Wahl, Alfred

Las reglas de fútbol son muy simples; básicamente se trata de esto: si se mueve, chítala. Si no se mueve, chítala hasta que se mueva.

Woosnam, Phil

Z



El fútbol es un juego muy divertido. Por eso lo practiqué desde niño. Pero gradualmente, a medida que pasaban los años, entendí que también era un gran negocio. Y por eso seguí jugando cuando llegaron los momentos difíciles. Para ganar mucho dinero, para que todos me conozcan. No tengo miedo de decirlo. Sé muy bien que éste es mi tiempo. Ahora yo soy el ídolo. Zico es ídolo. Pero sé también que dentro de un par de años puede que no sea nadie. Por eso trato de aprovechar cada segundo. Vivir intensamente este período, esto me ofrece la vida. Y llenar de millones de cruzeiros mi cuenta bancaria.

Zico

Cine y fútbol*

El fútbol no solamente ha servido a literatos, ensayistas y poetas para escribir sobre sus contornos e interioridades, sino también al cine para explorar sus representaciones. En esta sección se presentan algunos ejemplos internacionales de cómo la cinematografía ha logrado captar este deporte. Se realizan pequeñas reseñas de ciertas películas que tienen como telón de fondo la problemática que rodea al fútbol.



Historias de Fútbol

Director: Andrés Wood – Chile 1997

Esta película se compone de tres relatos que giran en torno al fútbol (Mario Benedetti, Raúl Pérez Torres y Colectivo Andrés Wood). El primer tiempo, titulado “No le crea”, lo juega Carlos González en Santiago de Chile, un delantero con casi 30 años encima y que debe decidir entre el amor a la camiseta de su equipo y la tentadora oferta de un inescrupuloso dirigente que se presenta como su última oportunidad para acceder al fútbol profesional. El segundo tiempo o “Último gol gana” trata acerca de un grupo de chicos de Calama que se ven obligados a vivir un importante clásico fuera del estadio. Finalmente, el alargue o “Pasión de multitudes” narra la historia de Francisco quien en el camino para asistir a un partido decisivo del mundial de fútbol queda varado en la Isla de Chiloé.



Días de Fútbol

Director: David Serrano – España 2003

Jorge tiene 30 años y se quiere casar con su novia, quien no recibe con buenos ojos la noticia. Mientras tanto, su amigo Antonio (hermano de

* Las reseñas fueron obtenidas de la Internet.

la novia), ha salido de la cárcel y quiere retomar su vida. Alguien que debería retomarla es Miguel, ya que su mujer (hermana de Antonio también) no le deja vivir en paz. Algo parecido le pasa a Ramón, solo que por diferentes motivos. Al mismo tiempo, Gonzalo no tiene asumida la edad que tiene, y sigue siendo un estudiante de Derecho, lo mismo que Carlos, que alardea de ser un gran actor, pese a que no logra salir de ser un vendedor en una tele tienda. En este contexto, Antonio y Jorge, cada uno por su lado, tienen la osada idea de reverdecer sus viejos éxitos de antaño y apuntarse a una liga de fútbol 7. Lo malo es que son los peores del campeonato.



La gran final

Director: Gerardo Olivares – España 2005

Es una película que cuenta, a través de tres historias paralelas, las peripecias de unos hombres que tienen dos cosas en común: vivir en regiones remotas del planeta y estar empeñados en ver la final del mundial Corea-Japón 2002 entre Alemania y Brasil. Los protagonistas de las historias son una familia de nómadas mongoles, una caravana de camelleros tuareg en el desierto del Sahara y un grupo de indios amazónicos.



Once pares de botas

Director: Francisco Rovira Beleta – España 1954

Ignacio, un jugador de fútbol profesional tiene problemas sentimentales y laborales. Su novia está a punto de abandonarle a causa del asedio que sufre el hombre por parte de una admiradora. Al mismo tiempo, el jugador descubre que dos de sus compañeros se han dejado sobornar por otro equipo.



Apostando al límite

Director: D. J. Caruso – USA 2006

Brandon Lang (Matthew McConaughey) tiene un sueño que le ha llevado desde las ligas infantiles hasta la universidad. Su visión es lo bastante fuerte para que aguante trabajar en un cubículo en una empresa de apuestas de Las Vegas mientras espera la carta que cambiará su vida. El único problema es que Brandon ya no vale como jugador de fútbol. Las lesiones que sufre en las rodillas han dado al traste con su

sueño de jugar en la liga profesional. Pero su tenacidad se ve recompensada. Acaba de ficharle un cazatalentos de lo más inesperado. Para Walter Abrams (Al Pacino), piedra angular del mayor servicio de asesoramiento de apuestas deportivas del país, Brandon es mucho más que un quarterback acabado con un aparente don para escoger los ganadores de los partidos de fútbol del fin de semana. Es la clave que le permitirá vender certeza casi al cien por cien en un mundo muy inseguro: las apuestas deportivas. Hasta... que los dioses del juego les abandonan. Al mismo tiempo que Brandon pierde su toque mágico, Walter va demasiado lejos con la manipulación que ejerce sobre él. Hay millones en juego y los dos se sumergen en una peligrosa estafa. Cada uno intenta superar al otro, llevándose de paso a todos los que habitan su mundo.